Historia Universal

7 Europa Medieval

HISTORIA UNIVERSAL
Es un coleccionable de Clarín-proyectos especiales.
Buenos Aires, Argentina.

DIRECTORA
Ernestina Herrera de Noble

EDITOR GENERAL
Ricardo Kirschbaum

EDITOR GENERAL DE REVISTAS Y PROYECTOS ESPECIALES
Jorge Ezequiel Sánchez

SECRETARIO DE REDACCIÓN
Norberto Angeletti

EDICIÓN
Lic. Héctor García Blanco

DISEÑO DE TAPAS
Guillermo Peloche

HISTORIA UNIVERSAL: Europa Medieval.
1º ed. Buenos Aires: Arte Gráfico - AGEA, 2005. v.2, 128 p. ; 28x22 cm.
ISBN 950-782-591-6
1. Historia Universal 7. Europa Medieval.
CDD 909
Tomo 7: ISBN 950-782-591-6
Obra Completa: ISBN 950-782-584-3

Impreso en Artes Gráficas Rioplatense S.A., 2005.

HISTORIA UNIVERSAL



Durante la guerra de los Cien Años, entre Francia e Inglaterra, ambos ejércitos vieron el arco como arma principal.

Europa Medieval

HISTORIA
UNIVERSAL

Sumario Europa Medieval

CAPÍTULO 1

Los orígenes de la Europa medieval

CAPÍTULO 2

Bizancio: la herencia del Imperio romano

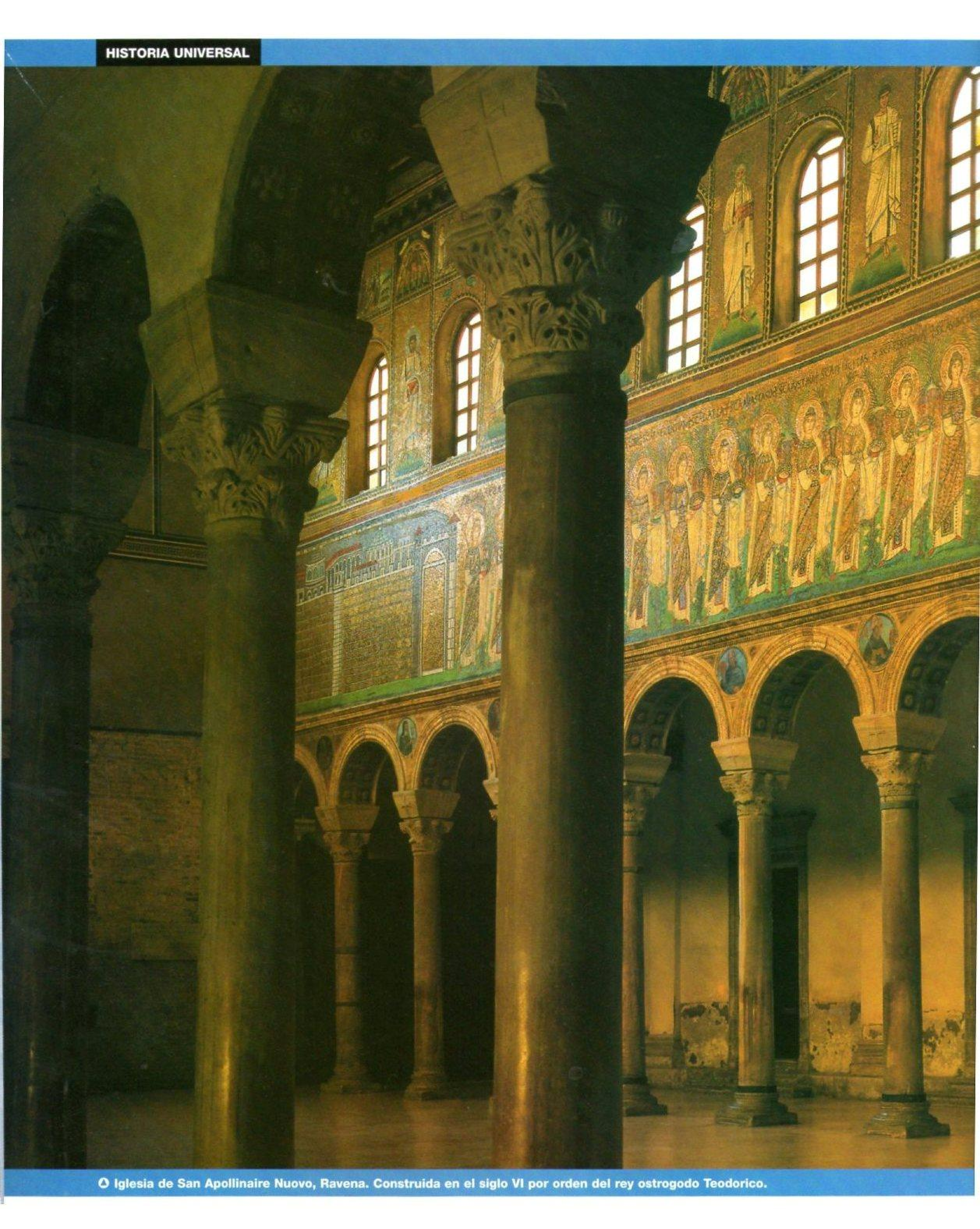
CAPÍTULO **3**

Orígenes y evolución del Islam

CAPÍTULO **4**

Europa en la Alta Edad Media

1. Los orígenes de la Europa medieval



Iglesia de San Apollinaire Nuovo, Ravena. Construida en el siglo VI por orden del rey ostrogodo Teodorico.



Al promediar el siglo III, el Imperio romano, que se había creído eterno, comenzó a resquebrajarse. En su interior, la expansión del cristianismo en amplios sectores de la población significó un cuestionamiento de las estructuras tradicionales. Al mismo tiempo, no bastaban las legiones para mantener fronteras tan amplias. Desde el otro lado de esa línea divisoria que se había trazado entre la "barbarie" y la "civilización", una oleada de pueblos avanzó sobre Roma.

Ni la aceptación de la fe de Cristo como religión oficial por parte del emperador Constantino consiguió salvar el Imperio. Otras lenguas, hasta entonces no reconocidas por Roma, se mezclaron con el latín y dieron origen a la diversidad de las lenguas romances. Otras creencias, a las que la Iglesia había repudiado por "paganas", alimentaron nuevos mitos, herejías y disidencias rituales, jerárquicas y teológicas. La supervivencia del sector oriental del Imperio romano con epicentro en Bizancio impuso el nacimiento de una entidad política distinta y hasta de una Iglesia diferenciada de la de Roma.

Nada pudo detener la marcha de la historia. Sobre los restos de la Roma de los césares surgieron nuevos estados. Aunque algunos creyeron reencarnar el antiguo Imperio romano, como lo imaginó Carlomagno al asumir el trono del Imperio carolingio, sólo reafirmaron el nacimiento de una nueva Europa. El avance del Islam desde el norte de África sobre Hispania terminó por definir la nueva situación. Y gran parte del actual mosaico del Viejo Mundo comenzó a configurarse en ese momento.

Los reinos germánicos en Europa

Tras el avance de los pueblos germánicos sobre el antiguo Imperio romano de Occidente, surgieron diferentes estados. La consolidación de algunas de estas entidades políticas, económicas y culturales trazó el primer perfil de la Europa moderna.

"Si una mujer deja al marido con quien está legalmente casada, se la ahogará en el fango. Si alguien quiere dejar a su mujer sin causa, deberá pagarle de nuevo lo mismo que le pagó por casarse con ella, y además se le impondrá una multa de doce sólidos".

Código burgundio (474). Acerca de los divorcios. *Imagen: corona votiva visigoda en oro y piedras preciosas (630).*

Cuando Odoacro, elegido rey por sus tropas de mercenarios germánicos, entre ellos los hérulos, culminó la invasión de la península Itálica y, en 476, depuso a Rómulo Augústulo, el último emperador romano de Occidente, Europa occidental entera quedaba en manos de los pueblos llamados hasta entonces "bárbaros". El senado romano envió una embajada a Constantinopla para informar del hecho al emperador bizantino Zenón. Al mismo tiempo, los embajadores pidieron al Imperio romano de Oriente que solicitase a Odoacro la administración de la diócesis de Italia. De hecho, significó el fin del Imperio romano de Occidente. En cambio, el Imperio romano de Oriente sí subsistió, con capital en Bizancio.

Las provincias que habían constituido el Imperio romano de Occidente se convirtieron en nuevos estados. Las principales entidades políticas surgidas de los restos del antiguo Imperio romano de Occidente fueron fundadas por los ostrogodos, los francos, los anglosajones y los visigodos.

El reino ostrogodo

Tras la destrucción de su reino, situado junto al mar Negro, a manos de los hunos, los ostrogodos recuperaron su independencia a la muerte de Atila y, como pueblo federado, pasaron a formar parte del Imperio romano de Oriente. Acaudillados por Teodorico el Grande, que se había educado en Bizancio y había alcanzado el rango de *magister militum* (jefe del ejército), los ostrogodos rompieron con el Imperio de Oriente, ocuparon la Panonia, saquearon los Balcanes y amenazaron a la misma ciudad de Constantinopla. En 488, Bizancio optó por rehacer su alianza con los ostrogodos. Teodorico fue nombrado patricio romano y enviado a Italia a destituir a Odoacro, que como rey de los hérulos había fijado su capital en Ravena.

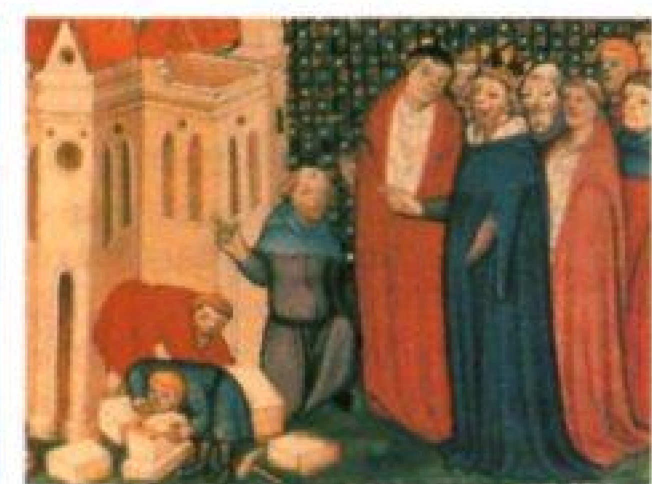
La conquista ostrogoda de toda la península Itálica fue arrolladora. Fundaron el reino ostrogodo de Italia, conservaron Ravena como capital y se preocuparon por mantener la organización y la cultura romanas. Teodorico prohibió el matrimonio entre romanos y godos para impedir la fusión entre ellos. A cambio de asumir la protección militar de la región, los ostrogodos reciben un tercio de los bienes raíces, pero la administración civil y la economía continúan en manos romanas. Durante el mandato de Teodorico, tanto la economía como la cultura vivieron un momento de esplendor.

La falta de alianza de los pueblos germánicos contra los bizantinos –gran sueño de Teodorico–, los problemas sucesorios y la creciente tensión entre ostrogodos arrianos y romanos católicos supusieron duros golpes para el reino ostrogodo. A la muerte de Teodorico, su hija Amalasunta asumió la regencia y pidió protección a Justiniano, pero fue asesinada.

Desde 535 hasta 553, la rivalidad comercial con Bizancio, promovida básicamente por el control del Mediterráneo oriental, se tradujo en una guerra. Las tropas del emperador Justiniano, encabezadas por Belisario, recuperaron el dominio del norte de África, gran parte de la península Itálica y el sureste de la península Ibérica.

Durante el asedio a Ravena, Vitiges fue proclamado rey ostrogodo pero cayó prisionero de Belisario. Le sucedió Totila, que inició la reconquista de Italia, excepto Ravena, y se impuso a Belisario. Totila cayó en combate y accedió al trono el último rey ostrogodo,

Mausoleo de Teodorico
Construido a 1 km del centro de Ravena con grandes bloques de piedra de Istria, consta de dos cuerpos superpuestos. En el inferior, de planta decagonal, cada lado comprende un amplio y profundo nicho rematado en arco. El cuerpo superior es también decagonal, aunque en su interior es circular. Arriba reposa una cubierta monolítica de 11 m de diámetro.



Una obra maestra

Hijo de Clotario II, el rey franco Dagoberto I (629-639) se alió con la iglesia y concedió privilegios a la abadía de Saint-Denis para construir una sede eclesiástica. Hoy se la considera la primera gran manifestación de la arquitectura gótica.

Teya, que murió meses más tarde en la actual Nápoles, tras lo cual culminó el dominio de Bizancio en toda Italia. Sin embargo, en el 568, los lombardos derrotaron a Bizancio, establecieron su propio reino en la península –con capital en Pavía– y confiaron el gobierno de las ciudades a obispos-condes. Dos siglos después, Carlomagno puso fin a los permanentes conflictos entre el reino lombardo y los dominios bizantinos, anexionando Italia.

El reino burgundio

A principios del siglo V, los burgundios emigraron hacia el área situada entre el Rin y el Main y fundaron un reino, con capital en Worms, del que fue proclamado rey Gundahar. Este reino fue destruido en 436 por tropas auxiliares de los hunos, llamadas por el general romano Aecio. Tras una nueva migración, en 443 se instalaron a orillas del lago Ginebra y se extendieron por el curso del Saona y del Ródano, para proteger los pasos alpinos.

Tras el enfrentamiento armado en el año 500 con los francos en Dijon, los burgundios se aliaron con éstos contra los visigodos. Bajo el reinado de Gundobaldo se produjo un período floreciente, en el que destaca la compilación de la *Lex Burgundionum*, derecho burgundio, en 516.

Teodorico
[454 - 526]



El rey ostrogodo Teodorico, hijo y sucesor de Teodomiro, vivió mucho tiempo en la corte bizantina. Entre 489 y 493, conquistó Italia. Fomentó la convivencia entre los godos y los miembros de la aristocracia romana, encargados respectivamente de la actividad militar y de la administrativa, y alentó un proyecto de hegemonía frente a las restantes aspiraciones expansionistas de los francos y Bizancio. En sus últimos años, entró en conflicto con la Iglesia de Roma.

El origen del "vandalismo"

El reino vándalo, fundado por Genserico, constituyó una verdadera autocracia militar. Se dedicó a ejercer la persecución sistemática del catolicismo, y sus reyes no dudaron en matar o desterrar a los obispos y confiscar los bienes eclesiásticos. Gracias a su flota, extendieron sus incursiones a todo lo largo de las costas del Mediterráneo. De todos modos, su fuerte expansión terminó por debilitarlos. Las tropas bizantinas, comandadas por el general Belisario, ocuparon Cartago, la capital del reino vándalo, en 533, después de un mes de sitio. Al año siguiente apresaron a Gelímero, su último rey. La mayor parte de la población fue desterrada a Bizancio, donde fue empleada como tropa mercenaria.

Un proceso de fusión cultural
En su mayoría, tras avanzar sobre Roma, los pueblos "bárbaros" se hicieron sedentarios y promovieron la fusión de sus tradiciones con las de la población romana. Incluso promulgaron leyes para facilitar la unión del modelo cultural romano y su estilo de vida militar de raigambre germánica. *Código de Eurico (466).*

Los visigodos en Hispania
A comienzos del siglo V, los visigodos se desplazaron hacia Occidente, primero a Italia, donde saquearon Roma (410), y después la región comprendida entre Hispania y el suroeste de la Galia, donde se establecieron. Su presencia en la península Ibérica terminó con la invasión musulmana. *Soldado visigodo; s. VI.*



Luego de varios intentos, los francos consiguieron conquistar el reino de los burgundios en 534, con la victoria de Autun.

El reino franco

A finales del siglo V, la provincia romana de las Galias estaba dividida en varios reinos, siendo el más importante el de los francos, al norte. Bajo el mandato de Meroveo, los francos se habían federado con el Imperio romano de Occidente y desempeñaron un papel decisivo en la batalla de los Campos Cataláunicos, contra Atila.

Bajo el reinado del rey Clodoveo I, fundador de la dinastía merovingia, el poder y el influjo del reino franco crecieron imparables. En 486, Clodoveo destituyó a Siagrio, último gobernador romano de las Galias, y a partir de entonces sometió a los alamanes –batalla de Tolviac (496)–. Al calor de esta victoria, e influido por su esposa, Clotilde, que era cristiana, Clodoveo adoptó la fe de Cristo. Su alianza con el papado le valió la adhesión de la población galorromana, que le ayudó a derrotar a los visigodos de Aquitania –batalla de Vouillé (507)– y a los francos ripuarios. En 511, tras la muerte de Clodoveo, el reino quedó dividido entre sus cuatro hijos en Austrasia, Neustria, Burgundia y Aquitania. Sus sucesores anexionaron los reinos de Turingia (531) y el de los burgundios. Clotario I reunificó estos territorios en 558, que a su muerte volvieron a separarse. Clotario II los unificó de nuevo en un solo reino, que extendía sus fronteras desde los Pirineos hasta Frisia y desde el océano Atlántico hasta el río Main. El último verdadero monarca merovingio fue Dagoberto I, hijo de Clotario II, que gobernó hasta el año 639. Sus sucesores estuvieron, en realidad, bajo el poder de los mayordomos de palacio, apoyados por la nobleza, entre los que empezó a destacar la familia de los carolingios.

Los anglosajones

Unos 50 años después de ser abandonada la provincia de Britania por las legiones romanas, hacia 450 fue invadida por anglos, jutos y sajones. Los bretones, sus antiguos habitantes, fueron vencidos y reducidos al territorio de Gales.



Un arte funcional y estilizado
En el arte original de los pueblos germánicos imperaba un geometrismo decorativo completamente centrado en lo funcional, que se manifestaba en la decoración de los utensilios domésticos y el armamento. Su carácter de aspecto tosco frente al arte romano no implicaba la ausencia de un refinamiento artesanal muy grande. *Hebilla merovingia decorada con esmaltes; s.VI.*

Los reinos germánicos
Los numerosos pueblos bárbaros que avanzaron sobre las provincias del Imperio romano terminaron por asentarse y, en un complejo y agitado proceso, crearon sus propios reinos. En su mayoría no subsistieron, pero todos dejaron su impronta cultural, a través del arte, la legislación o el mero lenguaje. Además, prefiguraron en Europa una nueva época histórica: la Edad Media.

Algunos emigraron a las costas de las Galias, en la actual región de Bretaña, donde introdujeron la lengua celta.

Los pueblos anglosajones quedaron dueños de toda la llanura del Támesis y constituyeron siete pequeños estados, que integraron una confederación conocida como la Heptarquía Sajona. Según la descripción hecha por Beda el Venerable, se trataba de siete reinos –heptá, en griego, significa "siete"–: Kent (jutos), Northumbria –hoy Sunderland–, Mercia, East Anglia (anglos), Essex, Sussex y Wessex (sajones). En realidad, el número de estas entidades políticas fue mayor y su variación muy intensa de un período a otro.

En el siglo VI, el papa san Gregorio el Grande logró que todos estos reinos adoptasen el cristianismo como religión oficial. Esta unidad religiosa dio pie más tarde a la unidad política, que se consumó en 827 con Egberto, rey del estado de Wessex.

Suevos, alanos y vándalos

En 406, ante la presión ejercida por el avance de los godos y los hunos, los suevos, los alanos y los vándalos se desplazaron hacia las provincias del Imperio romano,

atravesando las Galias e instalándose en Hispania. En realidad, los tres pueblos eran federaciones de diferentes tribus. Los suevos, por ejemplo, constituían una alianza de marcomanos, alamanes, senones, cuados, nemedos y vanjones. Atravesaron el río Rin, recorrieron las Galias y penetraron en la península Ibérica. A comienzos del siglo V, los suevos se establecieron en Gallaecia (Galicia), los vándalos en Bética y los alanos en el centro de la península.

Los suevos consiguieron establecer un reino propio, pero pronto fueron anexionados por los visigodos, en tiempos de Leovigildo. Los alanos, presionados por el avance de los visigodos, establecieron una alianza con los vándalos y, en 427, ocuparon el importante puerto de Cartago Nova (Cartagena). Tras apropiarse de la flota allí fondeada, avanzaron por el Mediterráneo occidental y, en 439, se apoderaron de Cartago y gran parte de la antigua provincia romana norteafricana.

A partir de ese momento, Genserico, caudillo de los vándalos, se estableció en las islas de Cerdeña, Córcega, Baleares y Sicilia, de modo que pasó a controlar el Mediterráneo occidental y central. Con importantes rutas comerciales bajo su control, se fortaleció militarmente, avanzó por el sur de Italia y, en 455, saqueó la ciudad de Roma.

Genserico fundó un reino independiente e hizo frente a Bizancio. Proclamándose continuador del Imperio romano de Occidente, proclamó el latín como lengua oficial y estableció su corte en Cartago. Aunque había abrazado la fe cristiana, se negó a admitir el tutelaje del papado e intentó crear sus propias estructuras religiosas sobre la base del arrianismo. Sus sangrientas persecuciones contra los católicos romanos terminaron por minar su propio poder. Los sectores afrorromanos, de fe católica, se enfrentaron a los vándalos, que constituían la base de sustentación de Genserico. En 534, el reino vándalo se derrumbó fácilmente ante la flota y los ejércitos de Justiniano, emperador de Bizancio, que recuperó su poder en parte de la península Itálica y en el norte de África.



La difícil centralización del poder
El franco Dagoberto se convirtió en rey de Austrasia cuando aún no había cumplido la mayoría de edad. Después, conquistó los reinos de Neustria y de Aquitania y, en un intento por centralizar el poder, fijó su trono en París, ciudad a la que nombró capital. Pero la resistencia de la nobleza impidió que prosperase su política centralista. Tras su muerte, sus dos hijos se repartieron el reino. *Trono de Dagoberto; siglo VII.*

La "ley sálica"
Los francos salios promulgaron leyes que regulaban la sucesión al trono. Uno de los artículos excluía a las hijas de la herencia. La llamada "ley sálica" se mantuvo durante toda la Edad Media y, en la Edad Moderna, fue retomada por varias monarquías europeas, como la francesa, para reservar el trono a los hijos varones. *San Gontran recibe a su primogénito Childeberto II; manuscrito de 1493.*



El primer diccionario
San Isidoro de Sevilla (556-636) está considerado como el hombre más sabio de la Hispania visigoda y de la Alta Edad Media. Este padre de la Iglesia es el autor de las *Etimologías*, consideradas como el más antiguo de los diccionarios.

Los visigodos

La segunda penetración germánica en las provincias romanas se verificó a comienzos del siglo V. Acaudillados por Alarico, los visigodos o godos del oeste, invadieron Macedonia y Grecia. Posteriormente, se trasladaron desde Mesia (actual Bulgaria) hacia Italia y, en 410, saquearon Roma. Alarico prosiguió luego hasta Reggio di Calabria. Muerto Alarico, Ataúlfo, su heredero, condujo a los ejércitos a través de Italia rumbo a las Galias e Hispania. Los primeros reyes visigodos aceptaron ser vasallos del Imperio romano de Occidente. A cambio, Roma les cedió las tierras del sur de las Galias, donde establecieron un reino con capital, sucesivamente, en Narbona, Tolosa y Burdeos. En 414, penetraron en la península Ibérica. Casado con Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, Ataúlfo impulsó la romanización, mientras que Sigerico, su sucesor, favoreció la germanización.

El rey Teofredo intervino en ayuda del Imperio de Occidente contra Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos, en la que halló la muerte. Eurico, al desaparecer el Imperio de Occidente en 476, declaró la independencia del reino visigodo. Expulsados los visigodos de las Galias por los francos, Alarico II trasladó la capital del reino a Toledo.

El rey visigodo Atanagildo, para conjurar la amenaza de los francos, estableció una alianza con Bizancio, cuyas tropas arribaron a la península Ibérica y se establecieron en el sureste, desde el río Júcar hasta el Guadalquivir.

Recaredo (586-601) convocó al tercer Concilio de Toledo y proclamó el catolicismo religión oficial del reino, lo que extinguió el arrianismo. Los visigodos lucharon contra suevos, vascones y expulsaron a los bizantinos.

Con Rodrigo –último de una serie de nobles que depusieron al rey y ocuparon el trono– acabó el reino visigodo. Los musulmanes cruzaron el estrecho de Gibraltar y lo derrotaron en la batalla de Guadalete en 711. El avance del Islam significó el fin del reino y un punto de inflexión en el desarrollo de la península Ibérica.


APres ces choses manda le roy gontran au roy childe rich son nepueu quil venist au parlemēt qui auoit este prins ētre eulx par cōmun accord. Le roy childerich y vīt a grāt plā


te de ses barons et cheualiers. Et le roy gōtran daultre part. Quāt le parlemēt fut assemble le roy gontran māda que les mes sagiers gōdouault fussēt amenez auāt en la presence de toꝰ. Lors cōmāda quilz racōp tassēt leur messaige si cōme ilz auoiēt fait

Época de cambios

Después de la invasión de los "bárbaros", aparece una nueva sociedad, con una nueva aristocracia y una nueva elite cultural. Pero la economía, la sociedad y el arte romanos decaen poco a poco y la transición a la Edad Media ocurre gradualmente. El fundamento de la producción sigue siendo la economía agraria, con el latifundio y los colonos. Los antiguos poblados siguen estando habitados y, en parte, se reconstruyen las ciudades destruidas. Se mantienen el uso de la lengua latina y la autoridad de la Iglesia católica, que con su organización se convierte en modelo para la administración pública. En cambio, el ejército romano y la antigua administración desaparecen.

Cronología

507 - 511 » Los reyes francos promulgan la *lex Salica*.

533 » Las tropas bizantinas ocupan Cartago y derrotan al ejército de los vándalos.

561 » A la muerte de Clotario I, el reino de los francos se divide entre sus cuatro hijos.

589 » Recaredo, rey visigodo de España, se convierte al catolicismo.

605 » Muere el monje romano Agustín de Canterbury, tras predicar entre los anglos y los sajones.

664 » En el sínodo de Whitby, la Iglesia anglosajona se subordina a la de Roma. Una epidemia de peste asola Europa occidental.

700 » En la *Vita Austrogisili* aparece, por primera vez, la palabra *burgus* para referirse a una ciudad.

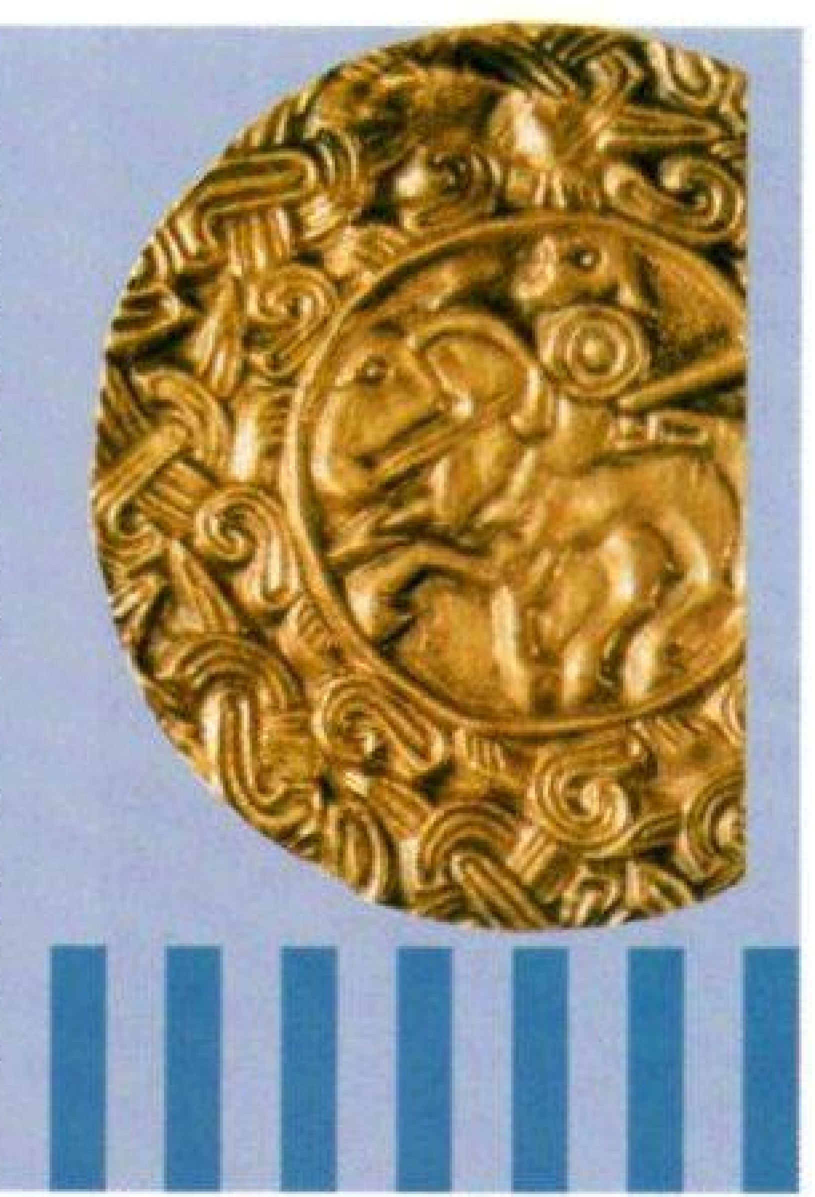
La Italia lombarda y bizantina

A la conquista bizantina del reino ostrogodo siguió la invasión lombarda de la península, que originó dos siglos de conflictos entre el reino lombardo y las posesiones de Bizancio en Italia que terminaron con la anexión llevada a cabo por Carlomagno.

Bizancio dominó todo el territorio de Italia desde la victoria contra los ostrogodos en 553 hasta la invasión lombarda iniciada en 568.

Las tropas lombardas del rey Alboino penetraron, a través del Friül, en Italia, donde su participación como mercenarios bizantinos contra los ostrogodos les otorgaba un buen conocimiento del terreno. Constituidas en bandas guerreras dedicadas al pillaje, destruyeron la obra de conservación de la romanización que habían realizado ostrogodos y bizantinos, y fueron arrinconando a estos últimos en las ciudades. Los lombardos, que nunca consiguieron conquistar toda la península, se instalaron en la llanura del Po –a partir de entonces llamada Lombardía– y ocuparon Milán y, en 572, Pavía, futura capital del reino. Un grupo se dirigió hacia la Galia, donde fueron detenidos por los francos. Más tarde avanzaron hacia Toscana y Lacio, y fundaron los ducados de Spoleto y Benevento en 579 aproximadamente.

La Italia bizantina quedó reducida a Liguria, las costas de Istria y Véneto, Romania –donde estaba situado el exarcado de Ravena, centro del dominio bizantino en la península–, el ducado de Roma, Nápoles, Apulia, Calabria y Sicilia. Pese a ello, la conquista lombarda continuó: durante el reinado de Rotario (636-652) se tomó Génova; en el de Liutprando se ocupó Sutri –en el ducado de Roma– y Bolonia –en el exarcado–; y durante Astolfo (749-756) se conquistó Ravena, en 751. Cuando los árabes ocuparon Sicilia –que no dependía de Ravena, sino directamente de Constantinopla–, los dominios bizantinos en Italia quedaron reducidos a Apulia y Calabria.



"¡Vos, que sois mi hijo adoptivo, venid a librarnos de las garras de los enemigos la ciudad de Roma y del pueblo que Dios me ha confiado (...) Venid a liberar a la iglesia de Dios, sometida a los peores tormentos y presiones del abominable pueblo lombardo!"

Carta del papado a Pipino el Breve. *Imagen: disco dorado lombardo con figura de guerrero en relieve; siglo. VIII.*

El reino lombardo

La incursión militar lombarda fue, al mismo tiempo, acompañada por una ola migratoria de diversos pueblos germanos, búlgaros y sármatas, aunque predominaban los propios lombardos.

Los asesinatos del rey Alboino y de su sucesor, Clef, en 572 y 575 respectivamente, abrieron un período de interregno en el que los lombardos fueron gobernados por una confederación de unos treinta *duces* que, celosos de su independencia, no eligieron sucesor de rey alguno, más preocupados por continuar con los saqueos que por organizar los territorios, y desposeyeron a la aristocracia terrateniente italorromana, que en parte emigró a Bizancio. Sólo la amenaza bizantina, aliada con los francos, logró decidir a los duques a restaurar el régimen monárquico con la coronación del rey Autario (584-590). Los lombardos tributaron a los francos hasta la paz conseguida por Agiulfo (590-615), que afianzó la monarquía al devolver las tierras confiscadas a la aristocracia italorromana, aliada a la monarquía desde entonces, a lo que ayudó también el que la corte lombarda adoptara el catolicismo.



Nueva fe católica

El papa Gregorio I Magno y Teodolinda –esposa de Autario y Agiulfo– influyeron en la conversión al catolicismo de los lombardos. Arriba, cruz donada por el papa a Teodolinda.

La monarquía lombarda restaurada ejerció un dominio efectivo en la mitad norte del reino, la más poblada, mientras que los ducados situados al sur, Spoleto y Benevento, se mantuvieron más o menos independientes de la autoridad del rey. Durante el reinado de Rotario (636-652) se redactaron en latín las *Edictum Rotharii*, en 643, que convertían en código el derecho consuetudinario lombardo, aunque bastante romanizado.

Pese a la conversión de la corte al catolicismo durante el siglo VI, entre la población coexistió con un paganismo disimulado de fe arriana. Las ciudades lombardas tenían dos obispos, uno católico y

El origen de los lombardos

A principios del siglo VI, los lombardos, procedentes de Escandinavia, se instalaron en Panonia. Allí cultivaron la diplomacia con sus vecinos bizantinos y ávaros, y así su corte se convirtió al arrainismo, aunque terminaron por originarse conflictos. La corte lombarda adoptó después el catolicismo, pero el arrianismo siguió arraigado en la población hasta el siglo VIII. *Cristo en la gloria, detalle del altar de Ratchis, duque lombardo; siglo VIII.*



El poder franco en Italia

El papa Adriano I solicitó ayuda militar a Carlomagno ante la expansión llevada a cabo por Desiderio. Tras la conquista de Lombardía, el norte y centro de Italia quedó bajo poder franco, mientras que el sur continuó siendo bizantino.

otro arriano. También se mantuvo la separación de las elites italorromanas y lombardas, a las que les estaba reservado el ejército. La fusión de dichas elites, así como la conclusión del proceso de conversión de los lombardos al catolicismo, fueron llevadas a cabo durante el reinado de Liutprando (712-744), quien además sometió a los ducados de Spoleto y Benevento, atacó el ducado de Roma, aunque al fin cedió ante el papa, a quien donó la ciudad de Sutri (728), lo que inició el poder temporal del papado.

Astolfo (749-756), su sucesor, terminó con el dominio bizantino en Italia central al conquistar Ravena en 751. A continuación, las tropas lombardas se dirigieron de nuevo hacia Roma, pero esta iniciativa resultó fatal. Ante la amenaza lombarda, el papa Esteban II pidió ayuda al rey franco Pipino el Breve (753), invocando la polémica donación de Constantino, un documento muy probablemente falso que cedía al papado la ciudad de Roma.

Tras la campaña de 753-754, Pipino el Breve obligó a los lombardos a reconocer la supremacía franca y a "devolver" sus conquistas de territorios bizantinos al papado, decisión que está en el origen de los llamados Estados Pontificios, que perduraron en Italia hasta 1870, cuando el país se convirtió en un estado nacional.

Desiderio (756-774), sucesor de Astolfo, al término de su reinado intentó la reconquista de los territorios perdidos y, pese a casar a su hija con Carlomagno, ello no evitó que éste acudiera en 773 en ayuda del papa. Un año después cayó Pavía, con ello el reino lombardo desapareció y su territorio quedó sometido al Imperio carolingio.

Cronología

553 » Tras la guerra entre ostrogodos y bizantinos, estos últimos conquistan Italia.

568 » Invasión lombarda en Italia.

572» Conquista lombarda de Pavía, futura capital del reino.

575 - 584 » Interregno de los duques lombardos.

643» El rey Rotario promulga el código de leyes *Edictum Rotharii*.

650 » Fin de la primera fase de conquistas lombardas. Definición de las fronteras entre los dominios lombardos y bizantinos que se mantendrán durante casi un siglo.

728 » Liutprando dona al papa la ciudad de Sutri. Inicio del poder temporal del papado.

751 » Astolfo conquista Ravena, capital bizantina en Italia.

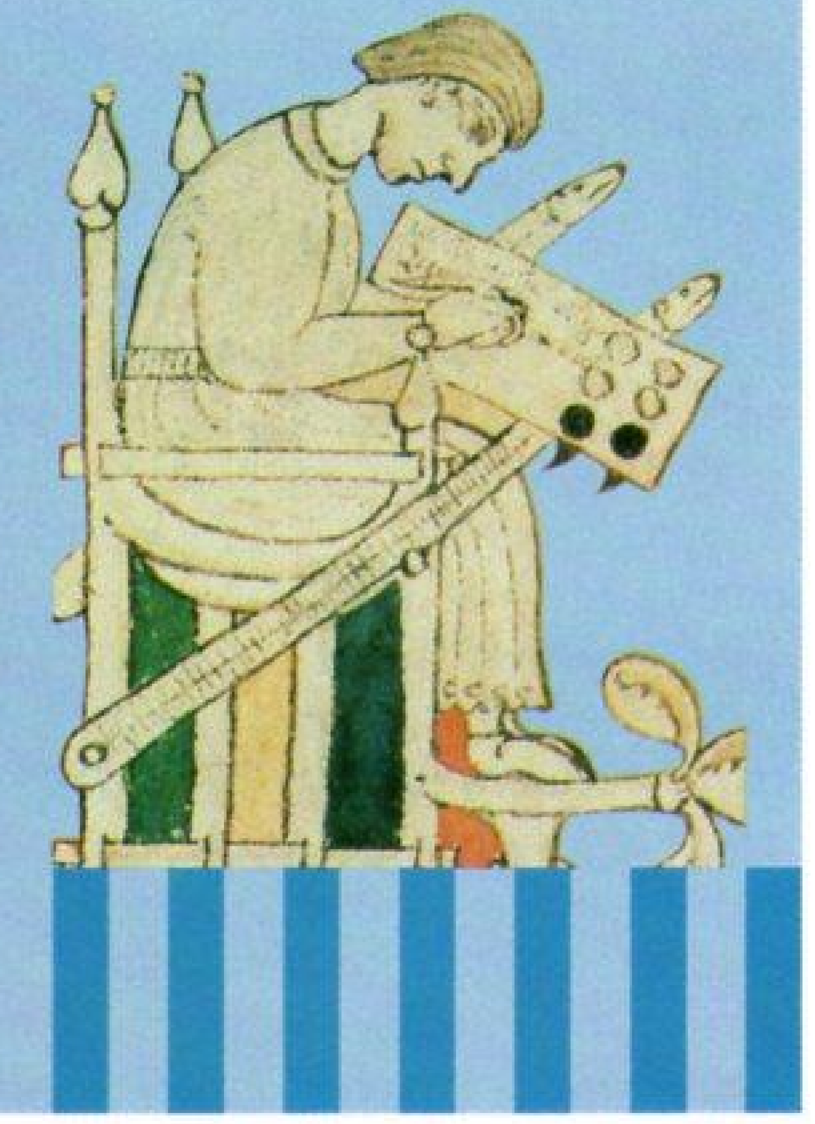
753 - 754 » Tras la guerra entre francos y lombardos, Pipino el Breve entrega los antiguos dominios bizantinos en el centro de Italia al papado, lo que representa el nacimiento de los Estados Pontificios.

773 - 774 » Desiderio, último rey lombardo, ataca el papado, pero Carlomagno responde y anexiona Italia. Fin del reino lombardo.

La expansión de la religión cristiana

Para los emperadores, la unión de la Iglesia y el estado romano fue un intento de salvar el Imperio. Para el cristianismo, sería el medio para abandonar las catacumbas y acercarse al poder. Pero el triunfo de la nueva fe marcó el fin del viejo marco político.

"Así, pues, encontramos esta ciudad terrenal en dos formas: una que se representa a sí misma y la otra que prefigura la ciudad celestial y la sirve. Nuestra naturaleza corrompida por el pecado alumbra ciudadanos de la tierra y la gracia que nos libera del pecado de la naturaleza nos hace ciudadanos del cielo".



San Agustín (354-430). Pasaje de *La Ciudad de Dios*. *Imagen: monje copista; siglo XII.*

A inicios del siglo IV, el Edicto de Milán, promulgado por Constantino, proclamó –por primera vez en el Imperio romano– la libertad religiosa. La principal beneficiaria fue la Iglesia cristiana. Se anularon las confiscaciones de los bienes eclesiásticos y los obispos lograron un reconocimiento similar al de los senadores, y el emperador se convirtió en soberano de la Iglesia.

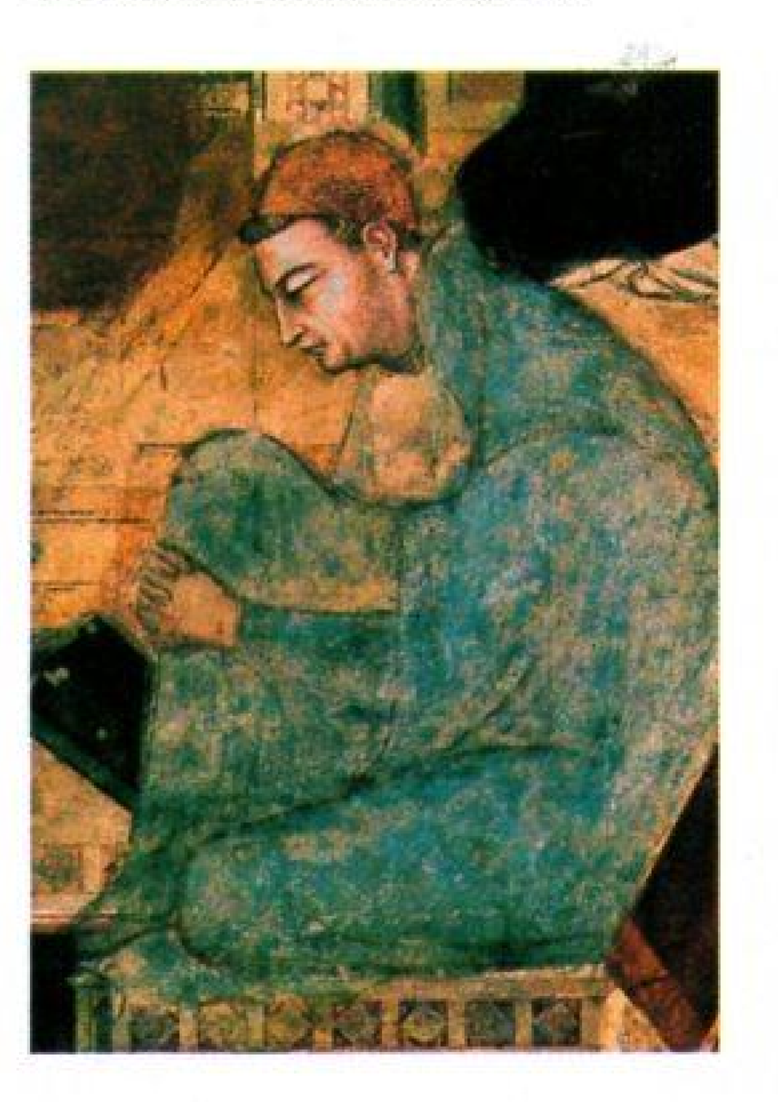
Los grandes cambios

Los cultos paganos fueron prohibidos, y los cristianos ascendieron a los cargos más altos del Imperio. El domingo, en recuerdo de la resurrección de Jesús, se convirtió en día de descanso; se anuló la crucifixión y se abolieron los espectáculos de gladiadores. La entrega por parte de Constantino de su residencia veraniega de Laterano (Letrán) al obispo de Roma, fue el germen de los futuros Estados Pontificios. A lo largo del siglo IV, la rivalidad por la hegemonía entre las regiones y los sectores dominantes del Imperio se trasladó al mismo culto, a través de una gran diversidad de tendencias religiosas. Donato, obispo de Cartago, por ejemplo, pidió la destitución de los obispos romanos. Esta corriente cismática fue tolerada por Roma hasta que en 414 los derechos civiles de los obispos donatistas fueron suspendidos y sus asambleas prohibidas bajo pena de muerte. Aún así, se mantuvo hasta la invasión musulmana del norte de África. También cobró fuerza la interpretación teológica del monje alejandrino Arrio. Preocupado por la expansión del arrianismo, Constantino urgió al papa Silvestre I la convocatoria a un concilio, que se celebró en Nicea en 325. Pese a condenar la herejía, ésta se mantuvo vigente, ya que por detrás de sus dogmas se adivinaba el enfrentamiento entre las autoridades de Roma y la región oriental del Imperio, cuyo verdadero objeto era controlar el comercio.

A mediados del siglo IV, surgió en Egipto el movimiento monacal, creado por san Antonio y propagado por su discípulo san Atanasio, sobre la norma de la oración y el trabajo como ejes de la vida monástica, y que se enfrentaban a los postulados del arrianismo.

En este contexto, sobresalieron grandes teólogos, que el Papa santificó y distinguió con el título de Padres de la Iglesia. San Ambrosio (339-398), gobernador de las provincias de la Italia septentrional, y obispo de Milán, defendió la supremacía de la Iglesia sobre el Estado. San Jerónimo (345-420), secretario privado del papa Dámaso I, preparó un texto unificado en latín del Antiguo y del Nuevo Testamento, conocido como *Vulgata*. San Agustín (354-430), influido por el neoplatonismo, formuló una doctrina del pecado y la gracia, cuya influencia se mantuvo a lo largo de toda la Edad Media. También fueron proclamados Padres de la Iglesia los clérigos orientales Basilio, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa y Juan Crisóstomo.

Diferencias teológicas
Sacerdote de Alejandría (Egipto), Arrio (?-336) cuestionó la naturaleza divina de Cristo, dando origen a una corriente del cristianismo que fue condenada por la Iglesia de Roma. Pero el arrianismo se extendió entre varios pueblos germánicos. Fue religión oficial de los visigodos de España hasta la conversión de Recaredo (589). *Arrio, en un fresco de Andrea di Buonaioto; siglo XV.*



El cisma eclesiástico

En 381, el emperador Teodosio convocó a un segundo concilio en Constantinopla. Si bien ratificó los



El modelo social medieval
Agustín de Hipona, Padre de la Iglesia, fue el filósofo y teólogo cristiano más importante de la Alta Edad Media. Nacido en la provincia romana del norte de África, hijo de padre pagano y madre cristiana, abrazó la fe de Cristo a los 32 años. En *La Ciudad de Dios* desarrolló el modelo social adoptado en la Edad Media. *Miniatura del manuscrito* Sermones de san Agustín; *siglo X.*



La división de la Iglesia
Los siete primeros concilios intentaron infructuosamente salvar la unidad de la Iglesia. Pese a los intentos del emperador Basilio I y el papa Adriano II en el de Constantinopla (869-870) –el último realizado en Oriente–, el cisma fue irreversible.

acuerdos de Nicea, numerosas diócesis se sometieron directamente a Bizancio. En 431, en Éfeso, se reunió el III concilio ecuménico, que combatió el nestorianismo, doctrina que atribuía a Jesús una única naturaleza divina. Una nueva "herejía", la del monofisismo, retomó la visión del nestorianismo, y fue necesario un cuarto concilio, reunido esta vez en Calcedonia, para anatemizarlo. De todos modos, nada pudo impedir el cisma entre las iglesias de Oriente y de Occidente, agravado por las invasiones germánicas. En 519, el emperador Justiniano trató de restablecer la unidad y lo logró de un modo provisional, pero en 553 convocó el quinto concilio ecuménico en Constantinopla, que terminó por ratificar la separación de la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente. San Gregorio Magno, que gobernó la Iglesia de Roma del 590 al 604, puso en pie la organización eclesiástica sobre la base de las reglas benedictinas, dictadas por san Benito de Nursia en 529, y procuró que la Iglesia llenase el vacío dejado por las antiguas estructuras del Imperio romano de Occidente. Se acercó a los monarcas de Europa occidental, cuyos reinos habían surgido de las invasiones germánicas, y confirió a los monasterios un verdadero peso político. Sobre la base de la propiedad de grandes extensiones de tierra, la explotación agraria y la labor cultural, en alianza con la nobleza, los cenobios se convirtieron en verdaderos centros de poder, ayudando a configurar el feudalismo.

Los herederos de la antigua Roma

Durante los siglos VI y VII, el cristianismo se expandió por Europa occidental, irradiándose desde las iglesias rurales y los monasterios. La variedad de los contextos culturales en los que se desarrolló dio vida a múltiples lenguajes teológicos y hasta distintas formulaciones doctrinales. En sus prédicas a los campesinos, los clérigos apelaron a todos los recursos, como, por ejemplo, instaurar el culto a los santos superponiéndolo a los antiguos cultos paganos. Por diversos medios, la Iglesia procuró reforzar los vínculos locales, permitiendo que los nobles se convirtiesen en obispos, en particular los descendientes de la aristocracia senatorial romana. Fue precisamente este sector el que, desde el seno de la Iglesia, amalgamó la cultura clásica con la nueva mentalidad religiosa. Uno de los grandes representantes de esta tendencia fue Isidoro de Sevilla, cuya obra como historiador estaba destinada a demostrar que eran los visigodos, y no los bizantinos, los verdaderos herederos del Imperio romano. Igual papel cumplió, en Inglaterra, Beda el Venerable. No en vano, Dante Alighieri situó a ambos en el Paraíso de su *Divina Comedia*.

El nuevo mundo de los monasterios

En el siglo IX, los monasterios proliferaron en Europa y, tras sus muros, se gestó una nueva visión religiosa, que no excluía el trabajo manual. Al contrario, convirtió el tradicional castigo divino en uno de los factores de desarrollo.

En el marco de la expansión del cristianismo, las experiencias monacales proliferaron en las costas de Provenza y, luego, en Irlanda, donde la difusión del fenómeno coincidió con la evangelización de la isla por obra de san Patricio, iniciada en 432. El monaquismo cobró fuerza con la experiencia de Benito de Nursia, quien, al fundar el monasterio de Montecassino, compuso la *Regula Benedicti*, compendio de reglas destinadas a sistematizar la vida religiosa.

San Benito pertenecía a una familia acomodada de Umbría, procedente de la aristocracia romana. En un principio, estaba destinado a ocupar un cargo en la burocracia estatal, pero su carrera dio un giro notable cuando decidió sumarse a una comunidad eremítica de Efido. Posteriormente, se retiró a Subiaco, donde organizó una nueva comunidad de eremitas según las normas establecidas por Pacomio. Por conflictos internos, se estableció en Montecassino, en Campania (Italia), una región donde el paganismo todavía permanecía vigente.

San Benito subrayó la subordinación de los miembros de la comunidad al abad, y el mantenimiento de por vida de los vínculos con el centro religioso.

Ora et labora

El gran cambio que estableció la reforma benedictina fue el de reducir la austeridad corporal en aras de un mayor esfuerzo en la formación intelectual. Puso el acento en la importancia de la lectura y del estudio, para lo cual exigió que cada monasterio contase con una biblioteca y una escuela. Estos dos elementos fueron las bases de lo que posteriormente serían las escuelas episcopales. San Benito destacó la importancia de que los monjes ejerciesen el trabajo manual y sistematizó la práctica regular de la plegaria, adoptando la máxima *ora et labora*.

La entrada en el monacato obligaba al monje a permanecer en él toda la vida, respetando los votos de pobreza y castidad. Para la dirección de la comunidad, los monjes elegían un abad, al cual debían obediencia. Como padre y guía, el abad se encargaba de mantener la disciplina, tanto en el aspecto religioso como mundano (comidas, vestimentas, etc.). Dado el caso, el abad estaba facultado para castigar a los monjes que infringieran las reglas. Por lo general, el castigo consistía en jornadas de ayuno, exposición más o menos prolongada a las inclemencias climáticas o incremento de las horas de trabajo.

Pese al excelente funcionamiento del sistema monástico benedictino, éste tardó al principio en imponerse. Tanto en la península Itálica como en la Galia, la regla benedictina debió competir con muchas otras formas organizativas. Uno de los méritos del papa Gregorio Magno fue, precisamente, reconocer las posibilidades que ofrecía el monacato benedictino como un instrumento al servicio de la autoridad pontificia. En la época de las misiones para cristianizar a los pueblos que aún profesaban cultos paganos, se pusieron de manifiesto todas las implicanciones de este vínculo entre la política papal y la difusión de un monaquismo disciplinado y bien organizado.

El monasterio, lo mismo que las cortes señoriales, se esforzaba por desarrollar una economía lo más autárquica posible y producir en sus propios terrenos todo lo necesario para la subsistencia. La variada actividad de los monjes abarcaba tanto el cultivo del cam-



Montecassino
San Gregorio Magno, autor de la biografía de san Benito, comenta que el monasterio de Montecassino tenía carácter de fortaleza y que los monjes organizaban guardias armadas.

"La pereza es el enemigo del alma. Por consiguiente, los hermanos estarán ocupados en horas determinadas en el trabajo manual. Si las necesidades del lugar o la pobreza exigen que se dediquen a recoger la cosecha, no deberán lamentarlo, pues serán auténticos monjes cuando vivan del trabajo de sus manos".

Benito de Nursia (480-547). Abad y fundador. Pasaje de la *Regula Benedicti*. *Imagen: sello de San Bernardo (s. XIII).*



San Bernardo de Claraval
San Bernardo de Claraval, de la orden del Císter, fue abad y doctor de la Iglesia. Fundó el monasterio de Clairvaux, en Francia, y aunque fue acusado de herejía, estableció los principios que luego avalaron las cruzadas y la creación de órdenes religiosas militares. *San Bernardo en actitud mayestática; pintura sobre tabla, siglo XIV.*



po y de la huerta como los oficios artesanos. Por lo general, los trabajos más duros fueron realizados en gran parte por los campesinos libres y siervos que vivían en las tierras abaciales y, más tarde, también por los hermanos legos. Pero los oficios artesanos, especialmente en los primeros tiempos, fueron ejercidos principalmente por los monjes. Y fue precisamente por la organización del artesanado por lo que el monacato ejerció una profunda influencia en la evolución artística y cultural de la Edad Media.

De este modo, aunque era común la presencia de aristócratas en los monasterios, la vida monacal impuso una nueva valoración del trabajo. En este sentido, las reglas monásticas ejercerían una gran influencia en la moral burguesa de la Baja Edad Media, tal como se iba a expresar posteriormente en las ordenanzas de los gremios. Puede afirmarse que los monjes fueron los primeros que enseñaron en Occidente a trabajar con método. Hasta la reorganización de la vida urbana, los talleres que, como herederos de la antigua actividad manufacturera romana, eran todavía numerosos en las ciudades, trabajaban dentro de unos límites muy modestos, y aportaron poco al desarrollo de las posteriores técnicas industriales.

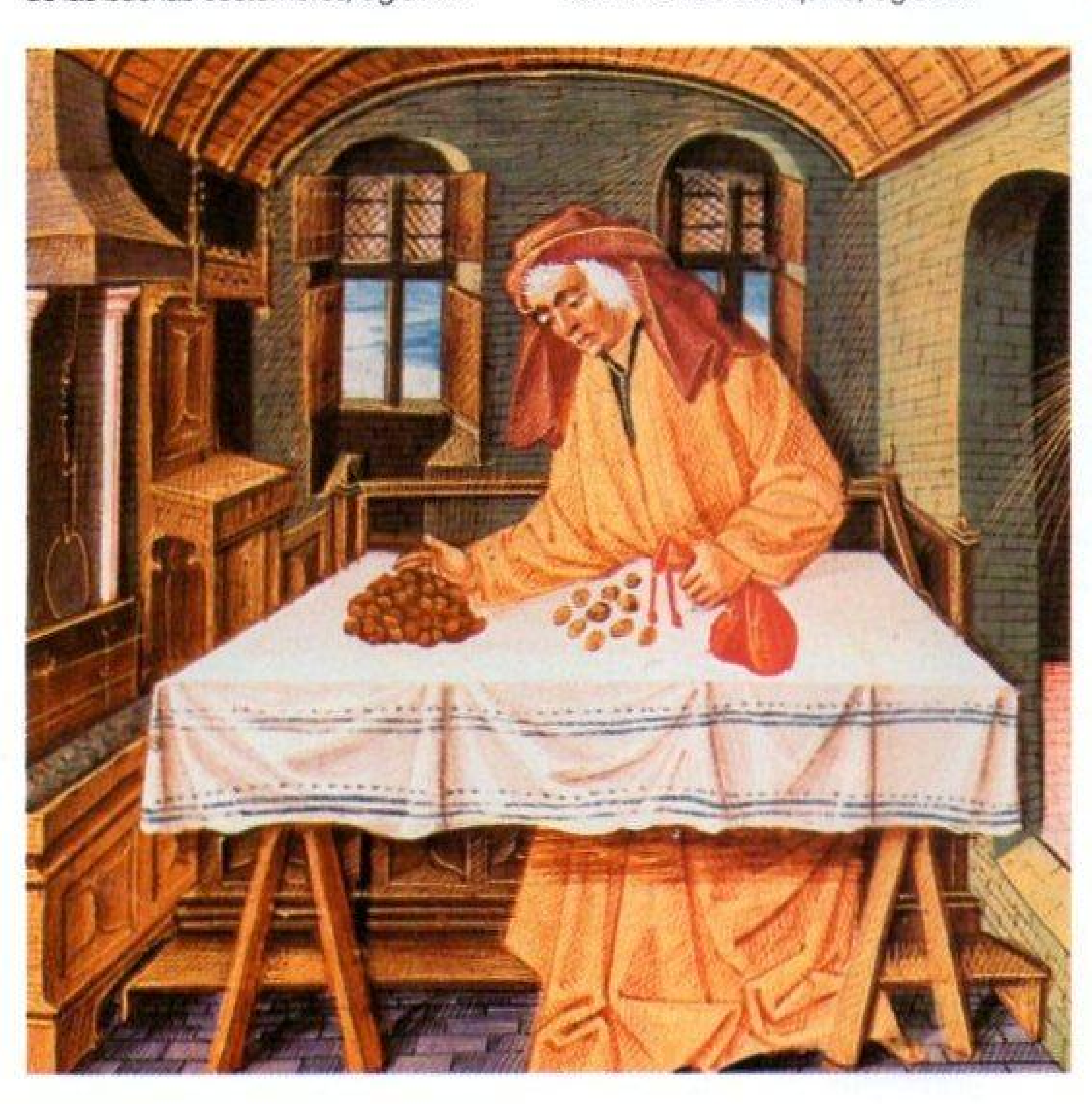
También en los palacios señoriales y en las más importantes cortes feudales había artesanos

La orden cisterciense
Ateniéndose a la rigurosa observancia de la regla benedictina, los monjes de Citeaux elaboraron una reforma que dio pie a la creación de una nueva orden: la del Císter. Sus monasterios gozaban de cierta autonomía en la organización del estudio, la oración y el trabajo. *Campanario de un monasterio cisterciense; s. XIII.*

Abusos financieros
Si bien la Iglesia condenaba la usura, tanto el papado como muchas órdenes se vieron envueltos en escándalos financieros, ya sea motivados por el cobro atrasado de los diezmos como en el financiamiento de las cruzadas. *Usurero, miniatura del* Libro de las buenas costumbres*; siglo XIV.*



La filosofía tomista
Dominico, alumno de Alberto Magno, estudió y enseñó en París y fue nombrado asesor de la curia papal. Su sistema teológico proporcionó las líneas maestras del pensamiento de la Iglesia católica durante la Edad Media. *Comentario a los Evangelios de santo Tomás de Aquino; siglo XIII.*





Focos de difusión

En Occidente, el desarrollo del monaquismo se produjo a partir de dos grandes focos que supusieron una ruptura con el modelo oriental. Durante los siglos VI y VII, los monjes irlandeses, entre ellos san Columbano, fundador del monasterio de Bobbio (Italia), penetraron en el norte del continente con funciones misioneras. En Italia, la *Regula Benedicti* prosperó al limitar el rigorismo ascético del monaquismo occidental y adaptarlo a la época. Los monasterios benedictinos se convirtieron en importantes centros productivos, culturales y religiosos, sobre todo a partir de Casiodoro de Vivario (Calabria). En el siglo VII se extendieron por la Galia.

especializados, que tenían que trabajar de manera obligatoria y gratuita, pero pertenecían a la casa real o a la servidumbre. Su trabajo se desarrollaba dentro de los marcos del trabajo doméstico. La independización del artesano del servicio doméstico fue fruto, entre otros motivos, de la aparición de los monasterios. En ellos fue donde, por primera vez, se aprendió a ahorrar tiempo, a dividir y aprovechar racionalmente el día, a medir el paso de las horas y a anunciarlo por el toque de campana. El principio de la división del trabajo se convirtió en el fundamento de la producción.

La actividad cultural

Tras la muerte de Carlomagno, la corte dejó de ser el centro cultural del Imperio. El desmembramiento del mundo carolingio convirtió los monasterios en los nuevos focos de actividad intelectual



Difusión de Aristóteles
Fray Amadeo iluminó *De consolatione Philosopiae*, texto de Severino Boecio, filósofo cristiano del siglo V. Este trabajo facilitó un mayor conocimiento de la obra de Aristóteles, de la cual Boecio había sido un gran conocedor.

y artística. La copia y la iluminación de manuscritos fueron una de las grandes tareas monacales, como lo demuestran las obras realizadas en Tour, Fleury, Corbie, Tréveris, Colonia, Ratisbona, Reichenau, San Albano ó Winchester. El trabajo estaba organizado por especialidades. En los talleres destinados a esta actividad (*scriptoria*), además de los pintores (*miniatores*), estaban los maestros en caligrafía (*antiquarii*), los ayudantes (*scriptores*) y los pintores de iniciales (*rubricatores*). Junto con la ilustración de textos, los monjes se ocupaban de arquitectura, escultura y pintura, eran orfebres y esmaltadores, tejían sedas y tapicerías, creaban fundiciones de campanas y talleres de encuadernación de libros, de producción de vidrio y de cerámica.

Algunos monasterios llegaron a convertirse en grandes centros productivos, como el de Saint Riquier, que ya en el siglo IX tenía un trazado de calles con los talleres agrupados por oficios.

Muchas veces, los talleres monacales también eran sede de experimentos tecnológicos. A fines del siglo XI, el monje benedictino Teófilo describía en sus notas (*Sche-*



Obediencia al abad
En los monasterios, los monjes debían observar una absoluta subordinación a la voluntad del abad. Esta norma de conducta, establecida por san Benito de Nursia, tendía a impedir la proliferación de tendencias heréticas y disgregadoras en el seno de las comunidades religiosas. *Un monje entrega un manuscrito a su abad; miniatura del s. XI.*

dula diversarum artium) una serie de inventos hechos en los monasterios, como fabricación de vidrio, pinturas al fuego en las vidrieras y mezcla de colores al óleo.

Por lo demás, numerosos artistas y artesanos libres, que recorrían Europa, procedían en gran parte de los talleres monacales, que al mismo tiempo eran las "escuelas de arte" de la época y se dedicaban especialmente a la formación de nuevas promociones de maestros. Especial nivel en la formación artística alcanzó el monasterio de Solignac, cuyo fundador, san Eligio, fue el más famoso orfebre del siglo VII. El obispo Bernardo, por ejemplo, creador de las puertas de bronce de la catedral de Hildesheim, se destacó como formador de numerosos maestros fundidores.

Muy importante fue la contribución del monacato al desarrollo de la arquitectura. Hasta el florecimiento de las ciudades y la aparición de las logias, la arquitectura estuvo en manos casi exclusivamente eclesiásticas, si bien los artistas y operarios que trabajaban en la construcción no solían ser monjes. Éstos participaban como organizadores. Del monje Hilduardo, por ejemplo, se sabe que fue el maestro de obras de la iglesia abacial de Saint-Père, en Chartres; san Bernardo, fundador de la abadía de Claraval, puso a disposición de otros monasterios a un hermano de su orden, el arquitecto Achard, e Isemberto, arquitecto de la catedral de Saintes, construyó puentes en Saintes, La Rochela y en ciudades inglesas.

Las reformas de Cluny y el Císter

Durante los siglos X y XI surgió un movimiento de reforma que pretendía elevar el nivel moral del clero, luchar contra el matrimonio y concubinato de los clérigos y abolir la simonía –compra y venta de las dignidades eclesiásticas–. En una época en que los monarcas nombraban a los obispos, e incluso los señores feudales designaban a los párrocos, los reformadores perseguían también la separación entre el poder eclesiástico y el poder civil. En este contexto obtuvo una especial resonancia el movimiento cluniacense que partió de la abadía de Cluny, fundada en 910 por el duque Guillermo de Aquitania. Además de una reforma económica y administrativa de los monasterios benedictinos, se basaba en una dependencia exclusiva de la jerarquía eclesiástica, intensificando una disciplina estricta. Otros movimientos propugnaron una vuelta al espíritu de la iglesia primitiva –eremitas y cenobitas en Italia–. Por otro lado, en 1098, el abad Roberto de Molesme fundó la orden del Císter, en Citeaux (Francia), desde donde partió otro movimiento reformista, el cisterciense, que pretendió vivir con absoluta rigurosidad los ideales de san Benito.

La vida en los monasterios

San Benito fundó el primer monasterio en Europa occidental en el año 529. Cinco siglos después, la vida monástica se había extendido a todo el continente y, más allá de su papel religioso, se erigió en el foco del desarrollo cultural y social.

Ora et labora
"Reza y trabaja" era el lema de San Benito. Los rezos conjuntos, que se realizaban seis veces al día en la iglesia, marcaban las rutinas de trabajo y descanso de los monjes.

El poder de la Iglesia
La autoridad en los monasterios residía en los abades. Durante la Edad Media, ejercieron como señores feudales al gestionar las riquezas y mandar sobre los vasallos.

El claustro
Era el centro en torno al cual se organizaban el resto de las dependencias. Consistía en una galería porticada alrededor de un patio.

*** Monasterio de Poblet**
La imagen principal muestra el claustro de San Esteban, uno de los claustros secundarios del monasterio cistercense de Poblet (España), fundado en 1149.

Los orígenes

Las primeras formas de vida monástica cristiana fueron impulsadas por el obispo san Basilio (329-379). Constituyen la base del monacato ortodoxo, concentrado históricamente en la veintena de monasterios –Lavra, Panteleimon, etc.– del monte Athos (Grecia).



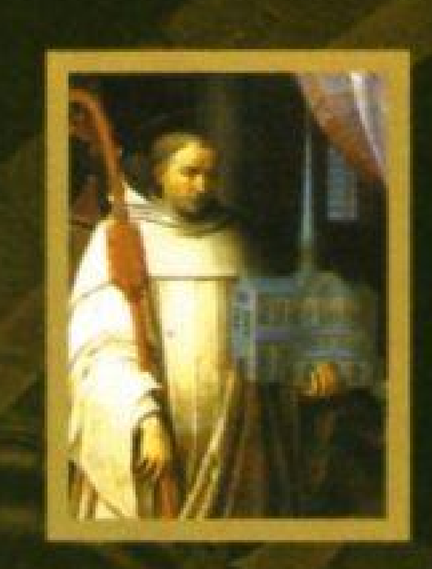
↑ Interior del monasterio de Lavra.

La regla de san Benito

En el año 529, san Benito de Nursia fundó el primer monasterio cristiano de Occidente en Montecassino (Italia). Bajo la llamada regla de san Benito, organizó la vida de los llamados monjes benedictinos e introdujo los votos de castidad, pobreza y obediencia.



↑ Monasterio de Montecassino.



La reforma de Claraval

Ante la riqueza que acumulaban los monasterios benedictinos, san Bernardo de Claraval (1090-1153) impulsó la regla cisterciense para devolver al monacato su austeridad original. En los siglos siguientes, nuevas órdenes siguieron sus pasos.









1. Cisterciense
2. Cartujo
3. Franciscano
4. Dominico



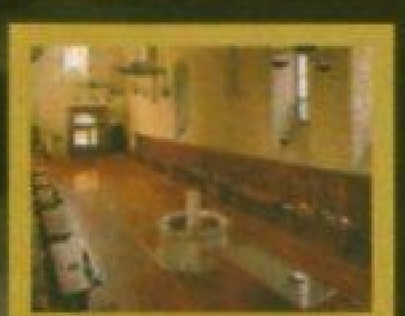
Una ciudad en miniatura

Para poder mantener el total aislamiento de los monjes, un monasterio debía autoabastecerse. Su particular estructura arquitectónica, además, diferenciaba claramente los espacios reservados a las tres actividades en que se dividía la vida monástica: oración, trabajo y descanso.



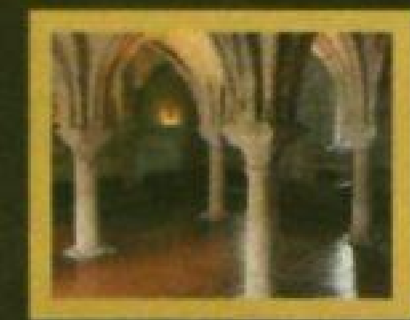
1. Iglesia
2. Claustro
3. Sala capitular
4. Refectorio
5. Cocina
6. Scriptorium
7. Biblioteca
8. Murallas
9. Bodega

Refectorio



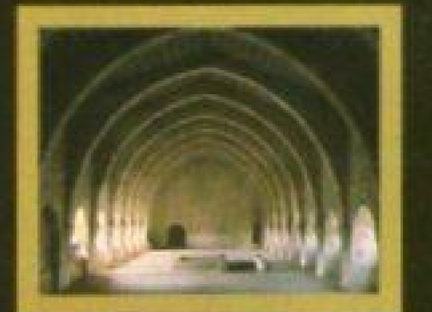
Era el comedor, donde los monjes realizaban sus comidas en común. Comunicaba con el claustro.

Sala capitular



Era un espacio importante: aquí se reunían los monjes para deliberar sobre las reglas monásticas.

Dormitorios



Estaban ubicados encima de la cocina, para aprovechar el calor del hogar a modo de calefacción.

Los capiteles

Los capiteles de los claustros tenían a menudo una función didáctica. Solían incorporar escenas bíblicas o monstruos fabulosos, con la intención de inspirar el temor a Dios.



Scriptorium

Era la estancia donde se copiaban los manuscritos o se iluminaban con miniaturas. Esta labor, junto al archivo bibliotecario y la composición musical, hizo de los monasterios el foco cultural de la Europa medieval.



Carlomagno y el Imperio carolingio

Ningún otro reino germánico logró organizar un vasto territorio bajo el control y la hegemonía de un solo estado como la dinastía carolingia. No reavivó la antigua gloria de los césares, pero sí fue el punto de partida del feudalismo europeo.

"Todo el programa cultural de Carlomagno se dirigía a dar nueva vida a la Antigüedad. El renacimiento carolingio se distingue de la Antigüedad cristiana precisamente en que no continúa simplemente la tradición romana, sino que la descubre de nuevo".

Arnold Hauser (1892-1978). Historiador. *Imagen: espada de Carlomagno.*

A mediados del siglo VII, el reino franco de los merovingios, minado por las guerras civiles y las luchas por el poder, entró en decadencia. La autoridad del rey quedó en manos de los mayordomos de palacio, que se convirtieron en los verdaderos administradores de la casa real y dueños del aparato militar. Apoyándose en la nobleza de Austrasia, que intentaba sustraerse al control real, el mayordomo Pipino de Haristal se hizo con el poder. A inicios del siglo VIII, Carlos Martel, su hijo, ocupó de hecho el trono, organizó campañas contra alamanes, sajones y turingios, contuvo el avance de los árabes en la batalla de Poitiers y consolidó el poder de una nueva dinastía: la carolingia.

Debilitada por los conflictos con la Iglesia de Constantinopla y las disidencias internas, la Iglesia de Roma decidió apoyarse en los francos. El papa Zacarías legitimó las aspiraciones carolingias, representadas por Pipino el Breve, hijo de Carlos Martel, quien puso fin a la hegemonía de los merovingios.

Carlomagno, hijo de Pipino el Breve, continuó la política expansionista de su padre. Tras años de rebeliones consiguió someter Sajonia, conquistó la Lombardía y sometió a vasallaje el ducado de Benevento y el noreste de la península Ibérica. Hacia 799 el reino franco había alcanzado su máxima expansión, cuyas fronteras se extendían por Occidente desde la desembocadura del Elba hasta los Pirineos y desde el Pirineo oriental hasta el sur de Roma.

La estructura política

Carlomagno también desarrolló una estructura estatal adecuada a las crecientes dimensiones del reino. La fascinación que ejercía el ya inexistente Imperio romano lo llevó a sentirse el restaurador de la gloria de Occidente. Sus sueños se vieron confirmados cuando, en la Navidad de 800, el Papa lo coronó emperador. Así, el reino carolingio se convirtió en imperio.

El emperador basaba su soberanía en el carisma hereditario, el poder económico y la capacidad militar. La guerra era la fuente de riquezas por excelencia, ya que proveía de tierras y mano de obra esclava. Por lo tanto, los éxitos militares constituían la base del poder del emperador. Mediante bandos (*bann*), convocaba a las armas para sus campañas militares y administraba justicia. El centro político era la corte, que se concentraba en el palacio real, y era controlada por una red de hombres de confianza del emperador. El Imperio carolingio no tenía una capital fija, pues se trasladaba allí donde iba la corte, y el emperador legislaba asistido por una asamblea, que estaba constituida básicamente por nobles de su confianza.



Roncesvalles

El 15 de agosto del año 778, Carlomagno fue atacado por vascones y árabes en Roncesvalles. La muerte en combate de Roldán, paladín de su corte, inspiró varios cantares de gesta, como la *Canción de Roldán*.

Dentro de la renovación de las antiguas jerarquías merovingias, una de las primeras medidas fue la abolición del cargo de mayordomo de palacio. Entre los nuevos cargos, sobresalían los de chambelán y camarlengo, al que seguían en importancia los de senescal, copero y mariscal. El conde palatino tenía atribuciones judiciales, y el archicapellán, administrador de la capilla del palacio y antecesor del canciller medieval, se encargaba de redactar y conservar los documentos imperiales.

En el orden local, al frente de la administración estaba el conde, oficial del rey, de quien emanaba su poder en el ámbito del condado. Como retribución, el conde recibía del emperador una posesión territorial, que progresivamente se convirtió en hereditaria. En su jurisdicción, el conde se



Emperador de Occidente
Convocado por el papa León III, que se sentía amenazado por la nobleza romana, Carlomagno acudió a Roma y lo mantuvo en el cargo. El pontífice lo recibió con todos los honores y lo coronó emperador de Occidente. Así, Carlomagno se convirtió en protector de la cristiandad y se situó por encima del poder eclesiástico. *Coronación de Carlomagno; miniatura del siglo XV.*

hacía cargo de la organización administrativa, judicial y militar. Era asistido por el bailío, que supervisaba a los restantes funcionarios del condado. Por su parte, los obispos disponían de amplias atribuciones señoriales en las ciudades. Finalmente, a lo largo y ancho de este entramado de poder, se movían los delegados imperiales (*missi dominici*), nobles o eclesiásticos designados por el emperador para supervisar a los condes y velar por el cumplimiento de los capitulares, nombre con que recibían las disposiciones del emperador.

La vida económica y social

La consolidación del Imperio carolingio a partir de su exitosa actividad militar dio nuevo impulso al sistema de explotación esclavista, alimentado básicamente por los pueblos sojuzgados, aunque los hombres libres también podían convertirse en esclavos por deudas o condenas judiciales. Si bien el cristianismo prohibía la esclavización de los seguidores de su fe, la Iglesia no condenaba expresamente la esclavitud. Se limitaba a defender los derechos familiares de los esclavos, en especial su capacidad para contraer matrimonio legítimo.

Los campesinos libres podían portar armas y, cuando seguían al señor en alguna expedición militar, recibir parte del botín. Sin embargo, a partir de Carlos Martel, se impuso la tendencia a apar-

Cronología

732 » Carlos Martel detiene la expansión árabe en Occidente en la batalla de Poitiers.

754 » El papa Esteban II consagra rey de los francos a Pipino el Breve.

773 - 774 » Carlomagno conquista el reino lombardo en Italia.

774 » Carlomagno es proclamado único rey de los francos.

778 » En la localidad pirenaica de Roncesvalles, Carlomagno es atacado por vascones y árabes.

780 » Carlomagno impulsa una reforma monetaria en el imperio.

795 » Se crea la Marca Hispánica.

799 » El sínodo de Aquisgrán condena las corrientes opuestas a la doctrina de la Iglesia romana.

800 » El papa León III corona emperador a Carlomagno.

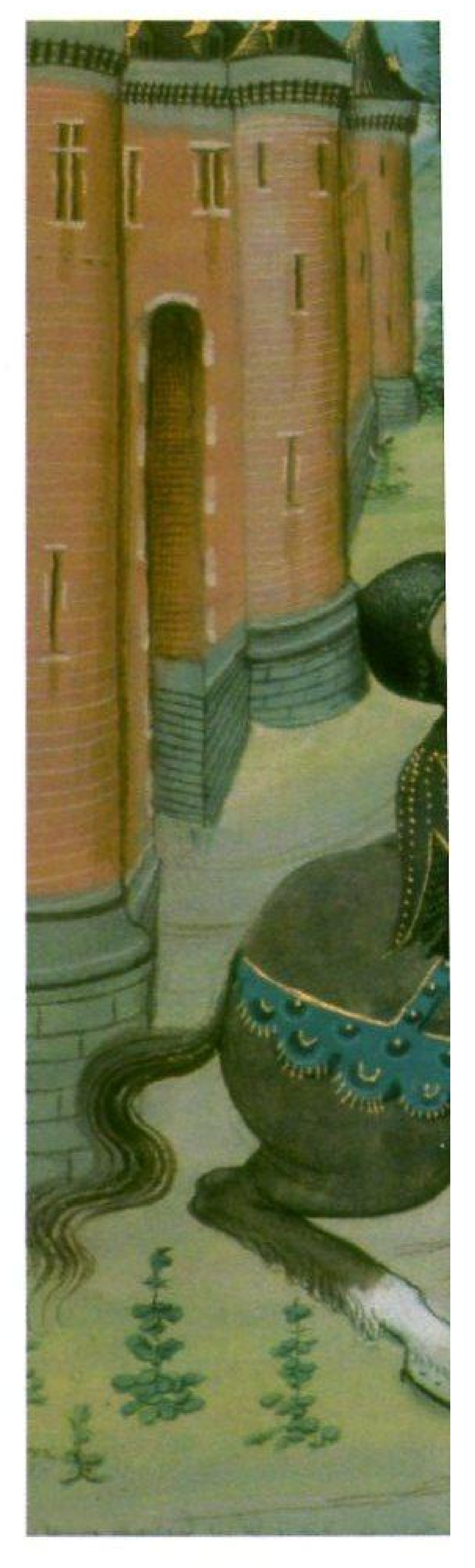
811 » Tras un último levantamiento, los ávaros se someten.

812 » A cambio de concesiones territoriales, el *basileus* bizantino Miguel I reconoce a Carlomagno emperador de Occidente.

814 » Muere Carlomagno y le sucede su hijo Luis el Piadoso.



Caudillo y hombre de estado
Pese a su constante actividad militar, que lo llevaba de un confín a otro de Europa, Carlomagno no desatendió los aspectos políticos y culturales. Incluso adoptó iniciativas notables en lo económico, como incentivar la acuñación de monedas de plata para estimular el comercio, cuyas metas más lejanas eran la India y China. *Estatua ecuestre de Carlomagno (siglo XIII).*



tar a los campesinos libres de la guerra. Su alejamiento de las zonas de producción, cada vez mayor, en la medida en que las fronteras del Imperio se expandían, y la implantación del sistema de rotación de los cultivos hicieron desaconsejable su movilización militar. Por otra parte, el perfeccionamiento de las técnicas militares, que tendían a reducir el número de combatientes, ayudó a que la participación del campesinado en la guerra fuese menor. Sin embargo, esta tendencia planteó nuevas contradicciones. La guerra se volvió más costosa, lo que obligó a incrementar la recaudación impositiva, afectando en particular a los campesinos. A su vez, su creciente descontento, que a menudo derivaba en revueltas, llevó a volcar más esfuerzos en la represión interna, lo que iba en detrimento de la capacidad expansiva del Imperio.

La nobleza, integrada por la fusión de los antiguos jefes tribales germánicos y los supervivientes de las clases senatoriales romanas, era propietaria de extensiones de tierra mucho mayores a las trabajadas por los campesinos libres. En sus latifundios, la explotación agraria se llevaba a cabo por esclavos y mano de obra suministrada por campesinos libres.



Victorias y derrotas
Las campañas militares de Carlomagno eran arrolladoras. Sólo quedó irresoluto su enfrentamiento con Bizancio y fracasó en sus expediciones hacia el norte, contra los daneses y normandos, y hacia el sur, contra los árabes en España.

El comercio
La expansión territorial carolingia se tradujo en una reactivación del comercio, en decadencia durante las invasiones germánicas y la extinción del Imperio romano de Occidente. En los condados se impulsó la creación de mercados y ferias, cuyo abastecimiento obligaba a poner en comunicación zonas muy distantes y a establecer circuitos de mercancías regulares. La demanda de artículos de lujo por parte de la nobleza se tradujo en la apertura de puertos francos y en el establecimiento de relaciones comerciales con zonas alejadas, tanto de Europa como de Asia y África. Junto con el marfil y la seda, una de las mercancías más requeridas eran los esclavos, cuyo tráfico principal era ejercido por los árabes desde el continente africano. De este modo, los principales enemigos del Imperio carolingio, los reinos islámicos, se convertían a su vez en los principales proveedores de mano de obra esclava, vital para la economía carolingia.

Florecimiento cultural
La política de Carlomagno, continuada por sus sucesores, se tradujo en una reactivación económica y también cultural, religiosa y artística. Carlomagno dio cabida en su corte a numerosos eruditos y artistas procedentes de toda Europa. Entre otros, se destacan los nombres de Alcuino de York, director de la escuela palatina, Pablo Diácono, Paulino de Aquilea y Teodulfo de Orleans. Su biógrafo, Eginardo, lo acompañaba en sus campañas y lo consagró para la historia como "*rex pater Europa*" ("rey padre de Europa").

La corte en Aquisgrán, lugar de residencia preferido por Carlomagno, encarnó los éxitos del Imperio carolingio. Se construyó un imponente complejo palaciego con mármoles traídos de Italia y se adoptaron los modelos romanos en la distribución y la decoración de diversas estancias. La residencia de Aquisgrán tenía una gran *aula palatina* o salón de audiencias –construido según el viejo estilo de la Roma clásica– y, en el extremo opuesto del complejo, una capilla edificada según

el modelo de la iglesia levantada en el siglo VI, en Rávena, por el emperador bizantino Justiniano. Del mismo modo, se construyeron grandes iglesias, abadías y monasterios en todo el imperio, desde San Filiberto de Grandlieu, en la desembocadura del Loira, hasta Corvey, a orillas del río Weser, en el corazón de Sajonia.

Aunque el Imperio carolingio tenía su mirada puesta en la antigua Roma, marcó un quiebre profundo con el pasado romano. El creciente alejamiento del latín romano por parte de las lenguas romances hizo que una parte cada vez mayor del clero no entendiese los textos que usaba ni pudiese celebrar los oficios religiosos. Carlomagno instauró una red de escuelas de latín para clérigos. Es significativo que, aunque Carlomagno no sabía leer ni escribir, su *aula palatina* impuso la minúscula carolingia para acabar con las variantes locales en la escritura. De hecho, en la corte de Carlomagno había un círculo literario que formaba una verdadera academia, con sus sesiones y concursos regulares, mientras en los "escritorios" se trabajaba en los manuscritos miniados.

El espejismo de Roma
Durante sus campañas contra los lombardos, Carlomagno recorrió la península Itálica y conoció los grandes monumentos de la antigua Roma. Pero su proyecto de continuar el viejo imperio no incluía grandes construcciones arquitectónicas, sino obras menores, seguramente por el carácter itinerante de la corte carolingia. *Carlomagno carga contra los lombardos, en una miniatura del siglo XV.*

Carlomagno
[742 - 814]



Proclamado rey de los francos, Carlomagno realizó incontables campañas contra los otros reinos germánicos y contra los árabes. Protector de la Iglesia, unificó la legislación eclesiástica y hasta terció en cuestiones teológicas. Su empeño en la reconstrucción imperial lo enfrentó a Bizancio, con quien se mantuvo en guerra hasta dos años antes de morir. Su esfuerzo por organizar el Imperio carolingio y unificar los diversos territorios lo convierten en un precursor de la actual idea de Europa.

Una unidad difícil de sostener

Con la coronación de Carlomagno como emperador, cambió el carácter de la monarquía franca. Los carolingios restauraron la debilitada autoridad real de los francos, pero no lograron quebrantar el poder de la aristocracia, ya que en parte se apoyaban en ella. Desde el siglo IX, los nobles se convirtieron en vasallos del rey, pero sus intereses siguieron enfrentados a la corona. Carlomagno no pudo impedir que las tierras de los campesinos pasasen a manos de los señores, y que éstos, cuyos latifundios constituían principados territoriales, terminasen por sentirse iguales o más poderosos que el monarca. La unidad que forjó estaba llamada a resquebrajarse.

Disgregación del Imperio carolingio

Tras la muerte de Carlomagno, su Imperio no tardó en desmembrarse. Los distintos sectores de la nobleza y los intereses contrapuestos de las diferentes instancias de la Iglesia romana frustraron el proyecto del viejo emperador.

Tras la muerte de Carlomagno en 814, el trono del Imperio carolingio pasó a su hijo Luis I el Piadoso –también llamado Ludovico Pío–, que, en contra de los consejos de su padre, consintió que el papa Esteban IV, sucesor de León III, lo coronase en Reims. En un intento de mantener la unidad del Imperio, Luis el Piadoso publica las *Ordenatio Imperii*, en las que nombró a su primogénito Lotario I sucesor de la dignidad imperial y rey de Italia, y a sus hijos Luis el Germánico y Pipino les asignó los cargos de reyes de Baviera y Aquitania respectivamente, aunque subsidiarios al imperio.

En segundas nupcias, Luis el Piadoso tuvo un cuarto hijo, Carlos II el Calvo, a quien, contraviniendo las disposiciones iniciales, le asignó un pequeño reino, el de Alamania, separado de los adjudicados a sus otros hijos. Ello precipitó los enfrentamientos: Lotario y sus dos hermanos rechazaron a su hermanastro Carlos y se rebelaron contra el emperador.

La agudización de la crisis

Las tropas de Lotario se presentaron en Colmar, en la actual Alsacia, para pedirle a Luis el Piadoso que renunciase al trono. Las tropas del emperador se negaron a enfrentarse a las de Lotario y Luis el Piadoso fue recluido en un convento. Lotario se proclamó emperador, pero sus hermanos Pipino y Luis sólo lo reconocieron como rey. Respaldados por un grupo de obispos, liberaron a su padre y lo devolvieron al trono imperial, reconociendo a su hermanastro Carlos como rey.

Ante la muerte de Pipino, Carlos el Calvo se proclamó rey de Aquitania, que era reclamada por los hijos de su difunto hermanastro. Lotario respaldó a Carlos, a cambio de entrar con sus tropas en Aquisgrán y proclamarse emperador. De este modo, el Imperio carolingo contó con dos emperadores al mismo tiempo.

La muerte de Luis el Piadoso facilitó los planes de Lotario, quien contaba con el apoyo mayoritario del clero. Luis el Germánico y Carlos el Calvo se alzaron en armas contra Lotario en 840, lo derrotaron con sus dos ejércitos en la batalla de Fontenoy, junto a Auxerre, y en 842 sellaron el Juramento de Estrasburgo, primer documento escrito a la vez en antiguo alto alemán y francés antiguo. La división lingüística no hacía sino revelar un proceso de fragmentación imparable de Europa, que el imperio forjado por Carlomagno no había hecho más que demorar medio siglo.

Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo se reunieron en Verdún y sellaron la paz. Aunque Lotario fue reconocido como emperador, la unidad del imperio sólo se mantuvo formalmente y se procedió a una división en tres reinos: occidental, central y oriental.

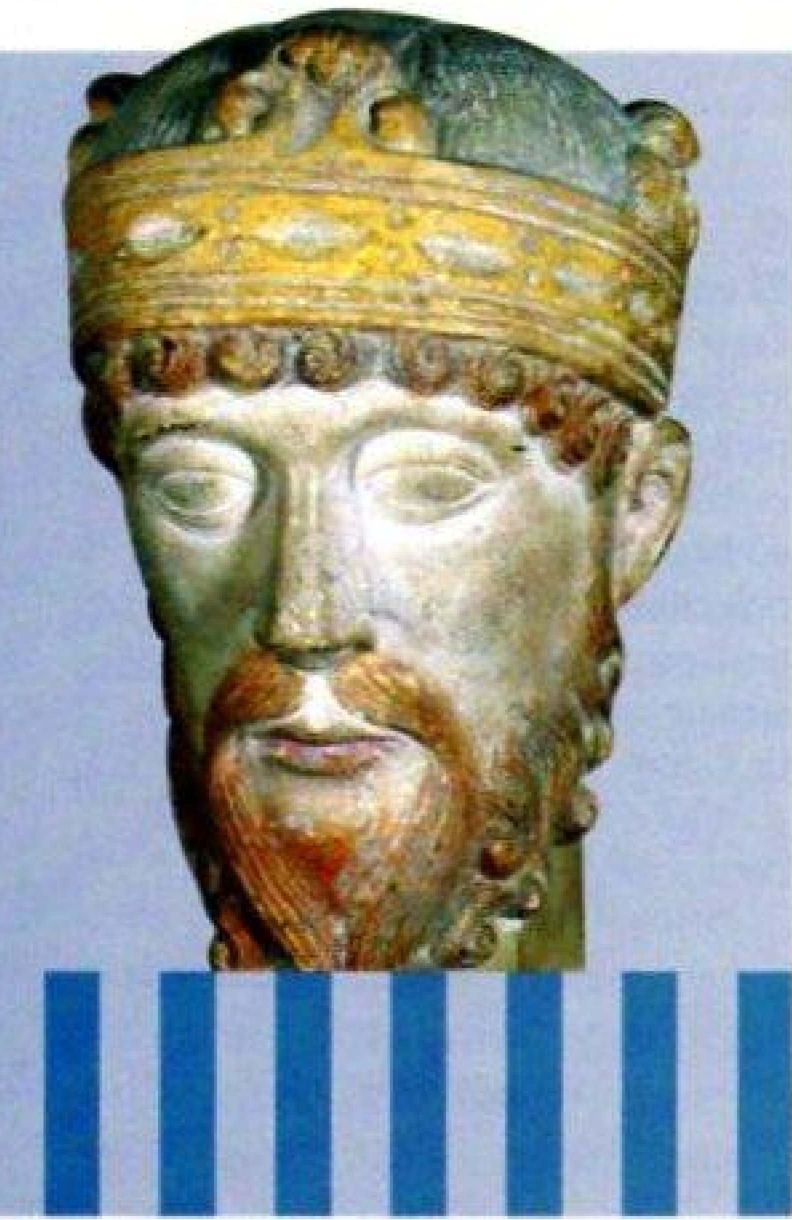
Carlos II el Calvo gobernó hasta 877 el reino franco occidental, la mitad oeste de la Francia actual. En 879 se independizaron la Baja Borgoña, al mando de Boson de Vienne, y la Alta Borgoña, con Rodolfo I. Los hijos de ambos monarcas fueron proclamados reyes en Italia.

Lotario quedó como rey del reino central o Lotaringia, que se extendía desde el mar del Norte hasta el centro de la península Itálica. Superpuesto en gran parte al ámbito territorial de la Iglesia de Roma, y permanentemente sometido a los enfrentamientos con Bizancio y el Islam, su reino carecía de unidad lingüística y política. A la muerte de Lotario en 855, su hijos heredaron, repartido, el

Los problemas sucesorios
Hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso (778-840) heredó el trono del Imperio carolingio a la muerte de su padre. Promulgó la *Legislatio Imperii* para establecer las leyes sucesorias, pero con ello no consiguió evitar las luchas entre sus hijos, que estallaron en los últimos años de su reinado. *Luis el Piadoso; detalle del Relicario de Carlomagno en Aquisgrán, s. XIII.*

"Carlomagno dio a sus hijos las enseñanzas que tanta consideración le merecían. Además, hizo que sus hijos varones, al llegar a la edad adecuada, aprendieran a montar como verdaderos francos, usar las armas y cazar. A las hijas les hizo aprender el uso de la rueca, para evitar la ociosidad".

Eginardo (829-836). Cronista carolingio. *Imagen: Lotario, emperador de Occidente; piedra policromada; s. XIII.*





La lucha por el poder

Las alianzas y rupturas que tramaron entre sí los cuatro hijos de Luis el Piadoso –Lotario, Luis el Germánico, Pipino y Carlos el Calvo– para hacerse con el trono del imperio fueron innumerables. Ninguno logró imponerse sobre los restantes.

reino central. Luis II recibió Italia y la corona imperial; Lotario II, desde el mar del Norte hasta Lorena; y Carlos, Borgoña y Provenza. A la muerte de este último, Luis II y Lotario II se repartieron el territorio. Pero la defunción de estos últimos hizo que Luis el Germánico heredara el reino de Lotario II, y que Carlos el Calvo recibiera el de Luis II, de modo que el reino franco central quedó disuelto definitivamente en 875.

Al frente del reino franco oriental, Luis el Germánico, que combatió a normandos y húngaros, tampoco evitó la disgregación del reino entre sus hijos: Carlomán, Luis III y Carlos III el Gordo. Este último fue coronado emperador después de que Carlomán renunciara en su favor a los derechos sobre Italia. Obligado a abdicar Carlos el Gordo, gran parte del reino oriental se reunificó bajo Arnulfo de Carintia –hijo de Carlomán–, que también fue emperador. A pesar de ello, su reinado y el de su hijo Luis el Niño culminaron la segregación interna y la formación de distintos ducados, como Lorena, Franconia, Sajonia, Turingia, Baviera o Suabia.

La fragmentación

El creciente protagonismo de la nobleza en el conjunto de los dominios carolingios fue una de las causas principales de la fragmentación del imperio tras la muerte de Carlomagno. Con Bizancio y el Islam como freno a su expansión, las guerras de conquista dejaron de ser el medio para hacerse con nuevas tierras, como lo había sido hasta entonces. La creciente rivalidad interna ya no puso ser contenida por el poder central, que tradicionalmente ejercía el emperador. Los nobles, convertidos en *princeps*, no tardaron en sentirse con igualdad de derechos como para convertirse en reyes. Y el Imperio carolingio se astilló en numerosos reinos.

Cronología

817 » Luis el Piadoso establece su sucesión entre sus hijos.

830 » Rebelión de Lotario, Luis el Germánico y Pipino.

833 » En Colmar, Luis el Piadoso es destituido y hecho prisionero.

834 » Luis el Piadoso es liberado y vuelve al trono imperial.

841 » Lotario es derrotado en la batalla de Fontenoy.

842 » Tratado de Verdún: el imperio se divide en tres reinos.

875 » El reino franco se reparte entre el occidental y el oriental.

877 » El reino franco occidental pierde Borgoña.

900 - 911 » Bajo Luis el Niño, el reino oriental se disgrega en varios ducados de base tribal.

El proceso de unificación de Inglaterra

El carácter insular de Inglaterra hizo que su pertenencia al Imperio romano nunca llegase a consolidarse. La gradual extinción de Roma favoreció el surgimiento de diversos reinos, que sucumbieron a las invasiones vikingas.

"A mí, señor, la vida de los hombres en la tierra me recuerda, por la incerteza del tiempo que se nos ha dado, a un pájaro que, en su vuelo, ha entrado en una casa para abandonarla poco después. Por eso, si la nueva doctrina cristiana nos aporta más certeza, pienso que deberíamos seguirla".

Beda el Venerable (673-735). Monje y erudito inglés. *Imagen: hacha anglosajona; siglo VI.*



Entre los siglos VIII y IX, la historia de los reinos anglosajones estuvo marcada en gran medida por el intento de alcanzar la hegemonía sobre el conjunto de las islas Británicas. En este sentido, la primera iniciativa importante fue tomada por el reino de Mercia –etimológicamente, "el país de la gente del pantano"–. Bajo los reinados de Etebaldo y Offa, el reino se convirtió en un estado poderoso. Offa acordó un tratado de igualdad con Carlomagno, y sus buenas relaciones con el papa Adriano I le permitieron crear el obispado de Lichfield, independiente del obispado de Canterbury. El poder económico del reino, fruto del comercio con diversas regiones del continente europeo, se hace evidente en sus monedas, con la efigie del rey Offa, famosas por el material con que estaban fabricadas. Mercia extendió su supremacía sobre los reinos de Sussex, East Anglia, Wessex y Kent. Sin embargo, la expansión danesa fue recortando sus vínculos comerciales y, a la muerte de Offa, el reino declinó en poco tiempo.

El reino de Wessex

El vacío dejado por el reino de Mercia fue cubierto por el de Wessex, que en la primera mitad del siglo IX, bajo el gobierno de Egberto, incorporó a sus dominios los reinos de Kent, Cornualles y de Mercia y, más tarde, los de East Anglia y Northumbria. Las incursiones noruegas y danesas se convirtieron en un plan sistemático de conquista, que culminó con períodos de ocupación militar y cobro de tributos (*danegeld*). El rey Alfredo de Wessex, nieto de Egberto, derrotó a los daneses en Ethanburth y recuperó Londres, pero no consiguió expulsarlos de Inglaterra. A cambio de un tratado de paz –tratado de Wedmore (878)–, debió cederles los territorios situados al nordeste de la línea Londres-Chester. Este espacio se convirtió en el Danelaw, ámbito regido por el derecho danés, donde luego, tras su cristianización, se configuró, entre otras entidades políticas, el pujante reino de York.



Una figura relevante

Educado en la escuela de York, Alcuino sobresalió en la corte de Carlomagno. Escribió *De Regibus et Sanctis Eboracensis Ecclesiae*, un panegírico sobre la cultura anglosajona.

El rey Alfredo el Grande, además del reino de Wessex, conservó los reinos de Sussex, Kent y la zona sur del de Mercia. A lo largo del siglo X, en un proceso de consolidación del régimen monárquico, sus sucesores –los reyes Eduardo, Athelstan, Edmundo y Edgardo– recuperaron el Danelaw y expandieron sus dominios por Northumbria, Escocia, Gales y Cornualles.

La estructura administrativa

Para proteger sus dominios, los reyes de Wessex construyeron pequeños enclaves fortificados (*boroughs*), que eran dirigidos militarmente por miembros de la nobleza y financiados con tributos de los campesinos libres. Con el tiempo, además de cumplir con la función militar, los *boroughs* se convirtieron en cabezas de distrito (*shire*), por lo cual también pasaron a revestir una importancia político-administrativa. Los *boroughs* se convirtieron en sede de los tribunales de justicia y en centros de recaudación de impuestos y de acuñación de moneda. Estas actividades administrativas de los *boroughs* eran controladas por un funcionario nombrado por el rey, denominado *ealdorman*.

El monarca, situado en la cúspide de esta estructura administrativa, gobernaba asistido por una asamblea o consejo real (*witenagemot*) integrada por nobles y clérigos. Impartía justicia y legislaba según el código (*domboc*) redactado en lengua inglesa por Alfredo el Grande e inspirado en

Alfredo el Grande
Rey de Wessex (871-878) y –tras derrotar a los daneses– también de Inglaterra (878-899), Alfredo el Grande reorganizó la administración y la justicia, y reactivó la economía a través del desarrollo agrario. Consciente de que la pluralidad étnica minaba la fuerza del reino, trató de imponer el anglosajón como lengua única, fundó escuelas y mandó traducir numerosos textos latinos.

el antiguo derecho germánico, aunque con una clara tendencia a reforzar un sistema monárquico centralizado.

En su esfuerzo por diferenciarse del mundo romano y carolingio, los reyes de Wessex privilegiaron la lengua vernácula, y se desentendieron del latín y del mundo romano. Coherentes con esta actitud, promovieron una profunda reforma de la vida eclesiástica e impusieron como norma general la regla benedictina, que tendía a reducir los privilegios de las altas jerarquías de la Iglesia. De este modo, la monarquía se aseguró un fuerte respaldo por parte del clero, tal como lo demostraron figuras como Dunstano, arzobispo de Canterbury, Osvaldo, obispo de Worcester y arzobispo de York, o Etelvoldo, obispo de Winchester. Bajo su guía florecieron las comunidades de Abingdon, Malmesbury, Ely, Evesham y Ramsey, entre otras. Al culminar el siglo X volvieron a intensificarse las incursiones danesas. A inicios del siglo XI, aunque el rey Etelredo se avino a reanudar el pago del *danegeld*, las tropas danesas, al mando de Sven Barba de Horquilla, arrasaron el reino de Wessex, que así pasó a ser una provincia del imperio del norte (Dinamarca), gobernado por el rey Canuto el Grande (995-1035). La dominación danesa consiguió mantenerse durante medio siglo, hasta que el trono de Wessex fue asumido por el Eduardo III, descendiente de Alfredo el Grande.

Beda el Venerable
[673 - 735]



Monje benedictino y doctor de la Iglesia, oriundo de Northumbria, Beda el Venerable fue uno de los mayores eruditos de la Alta Edad Media. Se educó en los monasterios de Wearmouth y Jarrow, y desempeñó un papel decisivo en la cristianización de los anglosajones. Escribió poemas y relatos en inglés –en su mayor parte se han perdido–, y en latín obras de gramática, retórica, aritmética, geografía, ciencias naturales, historia, moral y dogmática. Es autor de la primera historia de Inglaterra.

Cristianización

Rey anglo de Kent (560-616), Etelberto recibió en su palacio al monje Agustín, primer obispo de Canterbury, enviado por Gregorio Magno. Influido por su esposa Berta, hija del rey merovingio Cariberto, que había adoptado la fe cristiana, Etelberto fue el primer monarca de las islas Británicas en recibir el bautismo. En 597, consagró a Agustín como obispo de Inglaterra y lo autorizó a bautizar a los pueblos de su reino, fundar monasterios y construir iglesias. En menos de cien años, los monasterios se multiplicaron y desplegaron una gran actividad cultural. Los llamados *Evangelios de Lindisfarne*, con sus espléndidas ilustraciones miniadas, son una de las obras más relevantes de la Edad Media.

ALFRED THE GREAT.
E. B. Stephens. Sculp.t 1863.

El avance de los pueblos vikingos

En el marco de las migraciones de los "bárbaros", navegantes escandinavos realizaron incursiones por Gran Bretaña y arribaron a Europa continental y el Mediterráneo. Eran los temibles vikingos, los "hombres de los barcos".

En el siglo VIII, Escandinavia estaba poblada en su mayor parte por tres pueblos bien diferenciados: los daneses, los noruegos y los suecos. Dedicados a la agricultura y la ganadería, estaban integrados por hombres libres armados (*bondi*), que resolvían los asuntos de la comunidad en asamblea (*thing*) y delegaban su poder en manos de jefes locales (*jarls*), señores de la guerra, terratenientes y dueños de esclavos (*thralls*).

El comercio que se desarrolló entre Escandinavia y las poblaciones costeras del Báltico y el mar del Norte fortaleció a este último sector, que durante los siglos IX y X inició crecientes campañas militares, centralizó el poder en una monarquía y se consolidó como clase dominante. El desarrollo armamentístico y el perfeccionamiento de las técnicas de navegación facilitaron su expansión. Las chalupas eran rápidas y fácilmente maniobrables, de poco calado, eliminando así las necesidad de puertos profundos y grandes veleros.

Sin embargo, a diferencia de las anteriores expansiones, durante los siglos IX y X el desplazamiento de los daneses, noruegos y suecos estuvo protagonizado por un sector reducido de la población, los llamados vikingos.

Los vikingos

Se da el nombre de "vikingos" –literalmente, "hombres de los barcos"– a los grupos de daneses y noruegos que, a inicios del siglo IX, protagonizaron la expansión marítima de los escandinavos. En sus primeros desplazamientos llegaron a las islas Shetland y Orcadas, centrando luego sus ataques en la isla de Man, Irlanda y la costa bretona. La expansión noruega, de carácter colonizador, se tradujo en la fundación de pequeñas comunidades, como Dublín, Cork o Limerik. Entre tanto, una nueva oleada noruega se estableció en Islandia y, desde allí, a finales del siglo X, arribó a Groenlandia.

Los daneses lanzaron campañas con grupos más numerosos y mejor organizados, dirigidos por miembros de la familia real. Con el tiempo, tras incursionar en las zonas costeras, lanzaron sus ataques hacia el interior a través de los grandes ríos, como el Weser, el Támesis o el Sena, en cuya desembocadura fundaron más tarde el ducado de Normandía –desde aquí, iniciarían su expansión por Italia a principios del siglo XI–. Mediante el terror, imponían fuertes tributos a los reinos locales, como el *danegeld* que pagaban los reyes anglosajones. En una última etapa, los daneses intentaron establecerse definitivamente, desplazando contingentes desde la península Escandinava y estableciendo pequeños reinos dependientes, como los de York, Lincoln, Nottingham y Ruán, donde comenzaron a abrazar el cristianismo.

El desplazamiento de los suecos no estuvo destinado a la colonización, sino básicamente a la obtención de riquezas, en especial metales preciosos y esclavos. Avanzaron hacia las costas del mar Báltico, remontaron los cursos de los ríos Volchov y Dvina, cruzaron el Volga y llegaron al mar Caspio. Más adelante, la ruta del Dniéper los llevó hasta el mar Negro y el Bósforo. En contacto con el mundo bizantino se convirtieron en mercenarios, llegando a integrar la guardia personal de los *basíleus*. Por su parte, el contacto con el califato de Bagdad los introdujo en el tráfico de esclavos y la piratería.

Sin embargo, más al norte, a lo largo de los ríos rusos, la presencia de los suecos se tradujo en un florecimiento de la actividad



Hombres de mar

Los pueblos escandinavos de la Alta Edad Media demostraron su pasión por el mar incluso en sus sepelios. Muchas de las inhumaciones vikingas aparentan la cubierta de un drakkar, sus singulares navíos.



"Las gaviotas vuelven a tierra al poco tiempo de abandonar la costa y ya no divisamos a nuestras mujeres. Ojalá que el viento enviado por Odín para hinchar las velas de los barcos no nos abandone, pero tampoco se ensañe. Nosotros continuaremos. Detrás del horizonte se extiende otro reino".

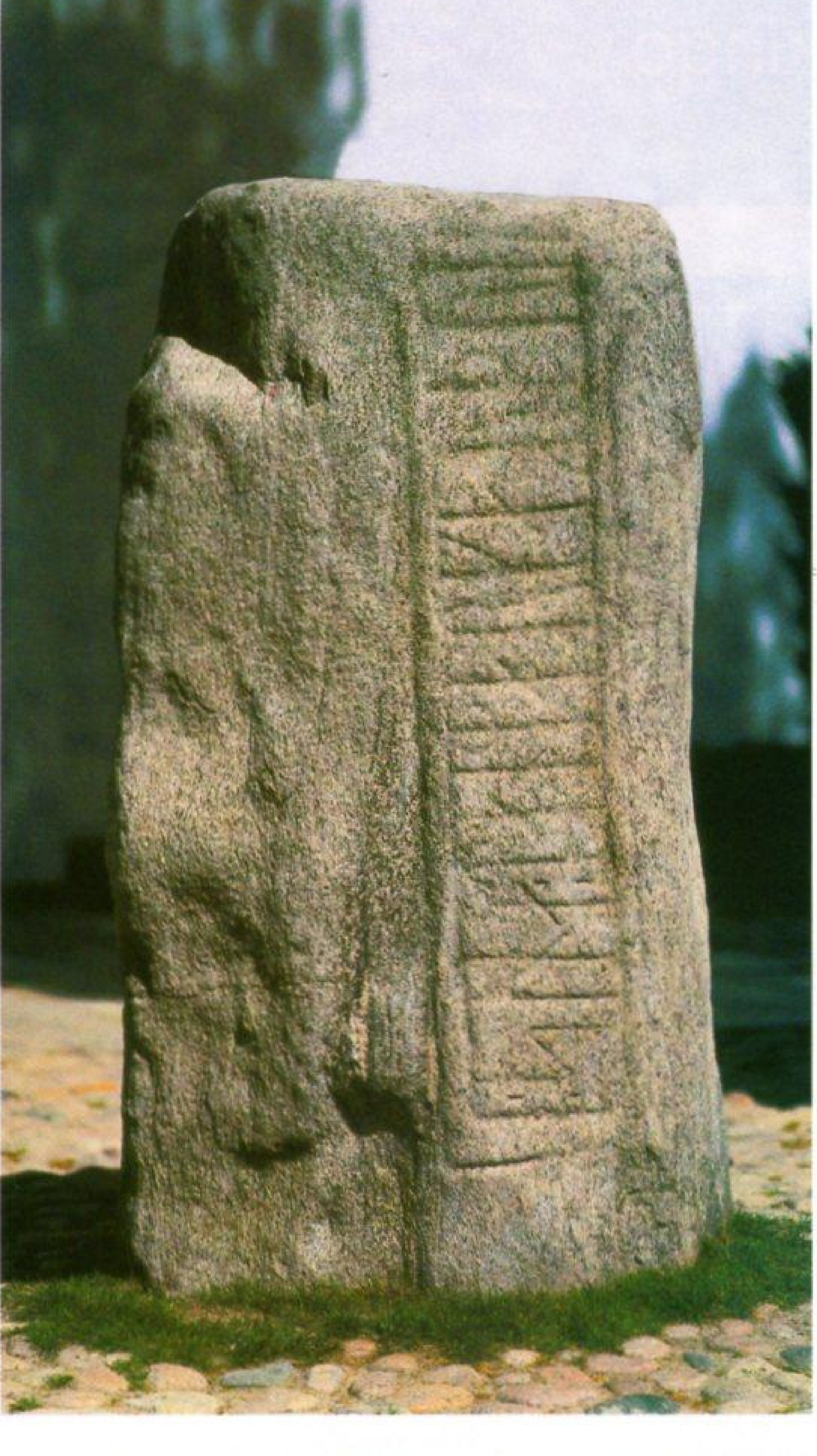
Sagas islandesas (s. XI).

Imagen: monumento en homenaje al vikingo Leif Ericsson, descubridor de Terranova.

Una constelación de creencias
El paganismo de los pueblos escandinavos no fue un sistema de creencias unificado, como lo prueba la diversidad de sus manifestaciones artísticas.
En algunas estelas de piedra gigantescas, la escritura rúnica da cuenta de las hazañas de sus dioses y las campañas militares de sus héroes. *Estela de homenaje del rey Gorm a su esposa Thyra Klacksdottir; siglo X.*

Tras la muerte de Carlomagno
Desde comienzos del siglo IX, las crónicas dan cuenta de los ataques vikingos sobre las costas más septentrionales del Imperio carolingio y del terror que sembraban durante sus saqueos. Tras la desaparición del emperador Carlomagno, esas incursiones se volvieron más frecuentes y penetraron en el territorio de la Galia. *Casco vikingo del siglo IX.*





comercial. Su gran influencia en esta actividad los llevó a hacerse con el gobierno de algunas ciudades eslavas (*goroda*), como ocurrió en Novgorod o Kiev.

La expansión danesa

En los territorios en que lograron establecerse, los daneses llevaron a cabo diversos intentos de implantación política. En 953, Gorm el Viejo fundó una dinastía que, con la capital en Jelling, extendió sus dominios sobre la península de Jutlandia y diversas islas escandinavas.

Durante el reinado de su hijo Harald II Dienteazul (958-987) se inició la cristianización de Dinamarca con la ayuda de misioneros alemanes. Se fundaron nuevas ciudades, como Arhus y Roskilde, que estaban bajo el control del rey, y se convirtieron en centros políticos y administrativos. Muchas de estas ciudades tenían casa de moneda, cuya acuñación, con la esfinge de los reyes escandinavos, era reconocida en los mercados medievales. Bajo dirección real, las ciudades fueron provistas de defensas. En el norte y el este de Dinamarca se construyeron cuatro fuertes circulares que albergaban talleres artesanales.

La creación de numerosos obispados, como los de Slesvig y Ripen, dependientes del arzobispado de Hamburgo-Bremen, ayudó al fortalecimiento de la monarquía danesa. La exitosa política expansiva de Sven I Barba de Horquilla y Canuto el Grande consiguió ampliar los dominios daneses a Noruega, los territorios eslavos del bajo Elba y el bajo Vístula, Irlanda, Escocia e Inglaterra.

A finales del siglo XI, los vikingos se replegaron hacia la periferia de la cristiandad feudal. Si bien pasaron a la historia por sus saqueos e incursiones, sus aportes también fueron considerables, ya que impulsaron el comercio y la industria.

Los varegos

Llamados "varegos" por los eslavos y los griegos, los vikingos suecos que se expandieron hacia Oriente consiguieron apoderarse, a mediados del siglo IX, de Constantinopla. Pocos años después, llegaron a Bagdad, Samarcanda y, finalmente, a China. Hábiles guerreros, que a menudo se desempeñaban como mercenarios en los reinos cristianos, los varegos se llamaban a sí mismos *rus*. Colonizaron a los eslavos orientales, que quedaron integrados en un estado con capital en Novgorod –etimológicamente, "nueva ciudad"– y luego en Kiev, y crearon así la cuna del posterior imperio ruso. Los varegos fueron pioneros en la apertura de las rutas comerciales que unían los mercados europeos y asiáticos.

Descubrimiento de América

Se suele atribuir a los vikingos el descubrimiento europeo de América. Cuentan las sagas islandesas que un joven vikingo llamado Eric el Rojo fue expulsado de Noruega bajo la acusación de varios crímenes. Tras residir unos años en Islandia, embarcó de nuevo. Evitando los hielos del Ártico, en 982 arribó a unas costas desconocidas, que llamó Groenlandia ("tierra verde"). Dispuesto a colonizar esas tierras, regresó a Islandia, reclutó gente y, en 986, en 25 barcos, se hizo de nuevo a la mar. Una tormenta redujo la flota a 14 embarcaciones. Algunas naves, al mando de Eric el Rojo y su hijo Leif Ericsson, arribaron accidentalmente a las costas de América del Norte y, en el año 1000, recalaron en Terranova.

Drakkar, el barco de guerra vikingo

Los vikingos construyeron dos tipos de embarcaciones, según su cometido y las aguas a navegar. Aunque el modelo básico era el mismo, empleaban los drakkar como barcos de guerra y los *knörr* para las actividades comerciales.

Guerreros y comerciantes

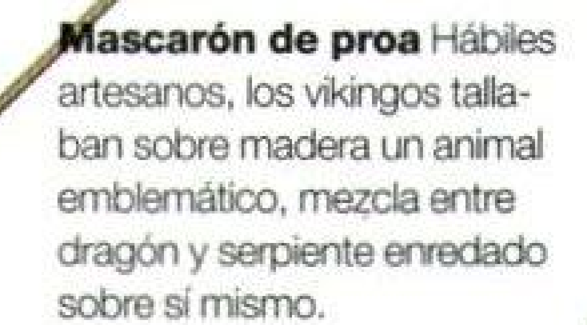
Los vikingos dominaron las rutas marítimas y los ríos del noroeste de Europa en los siglos VIII y IX, comerciando tanto con objetos utilitarios como con artículos de lujo. Mientras los daneses y noruegos se expandieron hacia el oeste, los suecos (conocidos como varegos) fueron hacia el este.



Rutas de los varegos   Daneses y noruegos

Remos Tenían 16 pares, que encajaban en la hilada 14, contando desde la quilla. Cuando navegaban a vela, recogían los remos en caballetes en forma de "T".

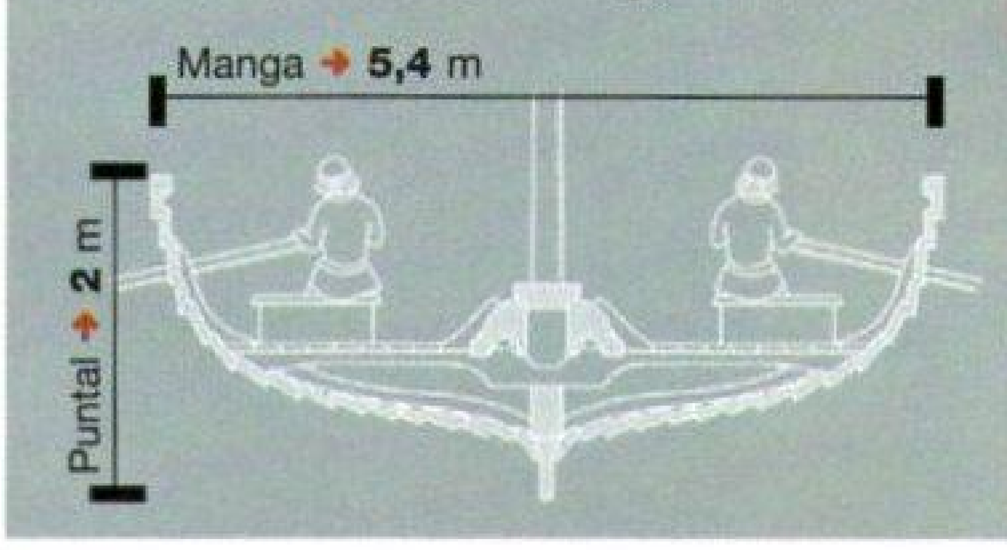
El casco Los tablones del fondo medían tan sólo 2,6 centímetros. La décima hilada tenía que ser la más fuerte (4,3 centímetros), por ubicarse en la línea de flotación.



Mascarón de proa Hábiles artesanos, los vikingos tallaban sobre madera un animal emblemático, mezcla entre dragón y serpiente enredado sobre sí mismo.

Construcción aglutinada

El armazón del casco del barco de Gokstad se componía de 16 tablones superpuestos unos con otros. Los vikingos denominaban a este método construcción aglutinada.



La quilla Al ser de una sola pieza –un roble de más de 25 metros–, la quilla daba gran resistencia al barco y permitía navegar con tan sólo un metro de agua.

Carga Al ser naves guerreras, los drakkar admitían poca carga. En cambio los *knörr*, barcos dedicados al comercio, podían llevar incluso ganado en la cubierta.

Barco de Gokstad

El hallazgo en 1880 del barco de Gokstad, recreado en esta página, permitió avanzar en el conocimiento que hoy en día se tiene sobre los vikingos. El drakkar data aproximadamente del año 900, supera los 25 m de eslora y su peso, incluyendo los aparejos, ronda las 20 toneladas.

La vela Tenía una sola vela cuadrada de unos 10 metros por lado, aunque no se puede afirmar si era de lino o de lana. Podían navegar incluso con un cuarto de vela.

Timón Estaba colocado en la popa, a estribor, sujeto a la regala con una correa de cuero. Con el tiempo, la pala del timón se fue haciendo cada vez más ancha.

Preparados para combatir

Los cascos de los vikingos no tenían cuernos, pese a ser una de sus imágenes más difundidas. La iconografía se extendió, según algunos historiadores, a partir de algunas óperas de Wagner. Su objeto personal más valioso era la espada, a la que ponían nombre. En cuanto al escudo, podía ser de madera o metal.

Los escudos eran colocados en los drakkar por fuera de la borda, a modo de protección. Su decoración es un claro ejemplo de la habilidad de los artesanos vikingos.

La preparación de la madera

Un constructor jefe elegía las mejores maderas, que podían ser de roble o de pino. Para obtener los tablones de los troncos no se usaban sierras, sino hachas, gubias y barrenas.

Del pino sólo se obtenían dos tablones por tronco. Se dividía por la mitad y luego se alisaba la parte curva.

El roble se partía a lo largo en dos, luego cada mitad en otras dos, y así hasta obtener 32 planchas.

Los antecedentes del barco vikingo

La actividad pesquera en el litoral escandinavo favoreció la construcción de barcos. Aquí se muestra su evolución, conocida gracias a los hallazgos arqueólogicos –restos de naves y dibujos y relieves en piedras planas–.



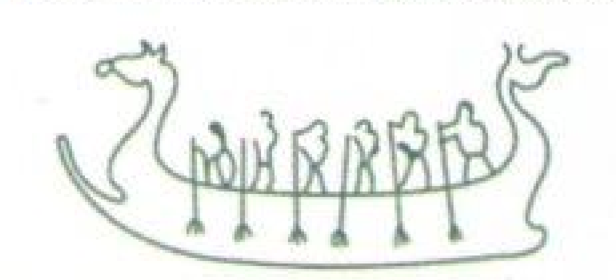
Bote de Hiortspring, hacia 350 a. C.



Barco de Nydam, hacia 350 d. C.



Canoa del Neolítico, hacia 3500 a. C.



Bote de Halsenoy, hacia 100 d. C.



Barco de Kvalsund, hacia 700 d. C.

Los reinos cristianos de España

Al amparo de la geografía montañosa, en el norte de la península Ibérica se mantuvieron núcleos poblacionales autónomos, que sobrevivieron al avance carolingio y a la invasión musulmana. Estos focos de fe cristiana configuraron diferentes reinos.



"En este castiello grand aver hemos preso;/ los moros yazen muertos, de bivos pocos veo./ Los moros e las moras vender non los podremos,/ que los descabeçemos nada non ganaremos;/ cojamos los de dentro, ca el señorio tenemos,/ posaremos en sus casas e dellos nos serviremos".

Cantar del Mio Cid (siglo XII).
Imagen: Ramiro I, rey de Asturias; estatua del siglo XV.

Durante el siglo V, hostigado por las diversas invasiones germánicas, el dominio romano desapareció en la península Ibérica. Los visigodos consiguieron establecerse en Hispania y unificar prácticamente todo el territorio, conciliando los intereses de la nobleza de los distintos pueblos germánicos y de los restos de la aristocracia hispanorromana, representada por la jerarquía eclesiástica. Este proceso de fusión fue reforzado por el abandono de la religión arriana y el fortalecimiento de la Iglesia católica romana. A su vez, la invasión musulmana desde el norte de África se tradujo en una nueva entidad, Al-Andalus, que, aunque hegemonizada por la fe islámica, auspició una rica convivencia entre las comunidades musulmana, judía y cristiana.

De todos modos, el dominio musulmán nunca fue total en la península. Desde antiguo, poco integrados al reino visigodo, y protegidos por las características montañosas de su territorio, asturianos, cántabros y vascones occidentales mantuvieron su independencia e incluso se expandieron hacia León y Galicia. Más al este, a comienzos del siglo IX, navarros, aragoneses y catalanes, aliados a los musulmanes enfrentados a Córdoba (*muladíes*), crearon reinos y condados autónomos e incluso independientes.

El reino asturleonés

La apartada situación de Asturias, su economía totalmente agraria y la ausencia de grandes centros urbanos desalentaron a los árabes para emprender su conquista. En uno de sus intentos, los asturianos, al mando de Pelayo, los derrotaron en la batalla de Covadonga (722). Poco después, Pelayo asumió el trono del nuevo reino de Asturias. La derrota que el carolingio Carlos Martel infligió a los musulmanes en Poitiers ayudó a que el nuevo estado pudiese mantener su independencia. Tras ejercer un breve gobierno de dos años, Favila, hijo de Pelayo, murió y fue sucedido por Alfonso I, yerno de Pelayo e hijo del duque de Cantabria. Alfonso ocupó el trono durante dieciocho años, incorporó al reino la región de Galicia y extendió sus dominios hacia Portugal y las tierras del Duero. A lo largo del siglo VIII, bajo los reinados de Fruela I, Aurelio y Silo, Asturias vivió en paz con los árabes, y desarrolló su economía y sus estructuras administrativas.



Dos visiones
Alfonso I, yerno de Pelayo, asumió la corona de Asturias en 739 y reinó hasta 756. Para los cristianos fue "el Católico"; para los árabes, en cambio, "el terrible matador de hombres".

Tras los cortos reinados de Mauregato y Bermudo I, el trono fue ocupado por Alfonso II el Casto, quien reinó durante casi medio siglo. Resistió diversas ofensivas árabes, fortaleció las relaciones con la Iglesia y con Carlomagno, y estableció en Oviedo la capital del reino. Nombró numerosos obispos, levantó monasterios y, en Compostela, donde supuestamente se habían encontrado los restos del apóstol Santiago, levantó una iglesia que pronto se convirtió en un gran centro de peregrinación.

Tras la muerte de Alfonso II, los sucesivos reinados de Ramiro I y Ordoño I estuvieron marcados por el rechazo de las invasiones normandas y el inicio de una política ofensiva contra los reinos musulmanes. Pero el soberano más destacado de Asturias fue Alfonso III. Afianzó la frontera oriental entre Cantabria, Álava y el alto Ebro, y extendió su poder hasta los límites del futuro reino de León, adonde su hijo, Ordoño II, trasladó la capital del reino en 914.

El reinado de Ordoño II coincidió con un momento de fortalecimiento de los musulmanes: Abd al-Rahman III instauró el califato, que durante casi un siglo sería el

Guerras no sólo de religión
Se vincula a los reyes de Asturias y León con la lucha contra el Islam, pero también conquistaron otros reinos cristianos. Además, no siempre la fe musulmana fue patrimonio de los árabes. Un rival de Ordoño I (850-866) fue el llamado Moro Muza, cristiano converso que llegó a ser *walí* de Zaragoza y fundó un "estado musulmán" independiente. *Manuscrito miniado del siglo XVI.*

estado más poderoso y rico de Europa. La necesidad de defender la frontera oriental llevó a Ordoño II a levantar una línea defensiva articulada por numerosos castillos, que acabarían por dar nombre a la región entera: Castilla.

Castellanos y navarros

Región repoblada sobre todo por cántabros y vascones, Castilla se diferenciaba de León por el predominio de la pequeña propiedad agraria. El esfuerzo militar, que recaía sobre sus espaldas, hizo que la jerarquización social surgiese de la práctica misma de la guerra antes que de las disposiciones sucesorias establecidas por la antigua legislación visigoda. Pronto, los condados castellanos tendieron a diferenciarse del reino asturleonés, así como también del Imperio carolingio.

El conde Fernán González, combinando la sublevación armada con acuerdos políticos con Navarra, logró unificar los condados castellanos y transmitirlos a su hijo García Fernández, quien al culminar el siglo X ya actuó como señor independiente. Para hacer frente tanto a los asturleo-

Cronología

711 » Los musulmanes penetran en España y derrotan al rey Don Rodrigo. Fin del reino visigodo.

718 » Pelayo, rey de Asturias.

722 » Los asturianos derrotan a los musulmanes en Covadonga.

739 » Alfonso I el Católico es coronado rey de Asturias.

850 - 851 » Ordoño I, rey de Asturias, y García I Iñíguez, de Navarra.

878 » Wilfredo el Velloso, conde de Barcelona.

905 » Sancho I Garcés, primer rey de Navarra.

925 » García II Sánchez, rey de Aragón y de Navarra.

932 » Fernán González, conde de Castilla.

970 » Muere Fernán González, conde Castilla, y le sucede García I Fernández. Sánchez II Garcés, rey de Aragón y Navarra.

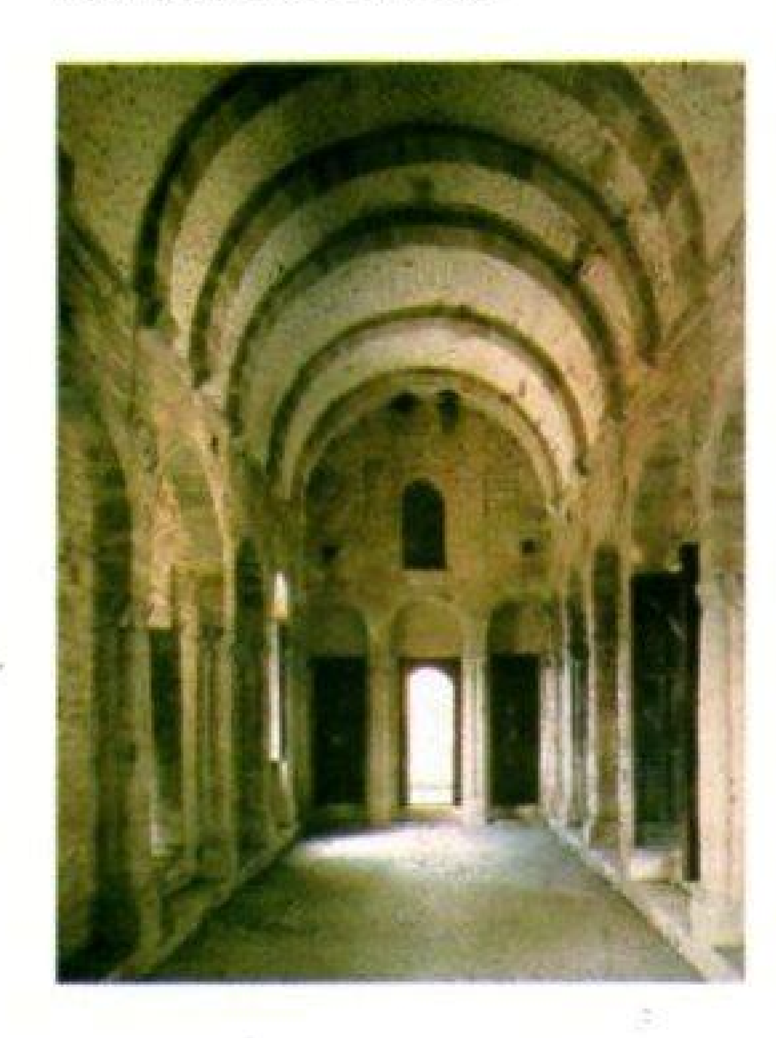
992 » Ramón Borrell I, conde de Barcelona.

995 » Sancho I García, conde de Castilla.

999 » Alfonso V, rey de León.

El conde Fernán González
La relación especial que mantenían los señores castellanos con la población campesina, en una constante alternancia de las labores del campo con la actividad militar, confirió a la región una fisonomía propia y un creciente grado de autonomía. El conde Fernán González, ensalzado en los cantares de gesta y el romancero, fue el primero en convertir Castilla en un reino independiente.

Influencia cultural
El contacto constante entre los reinos cristianos y árabes generó un inevitable intercambio cultural. En el siglo IX, la arquitectura asturiana evidenció esta influencia, que se tradujo especialmente en el perfeccionamiento del arco y el columnado. *Interior de la Iglesia de Santa María del Naranco (842; reformada en 905 y 1065).*



neses como a los musulmanes, García Fernández favoreció a los campesinos que dispusiesen de un caballo apto para la guerra, les concedió la categoría de infanzones –miembros de la nobleza de segundo grado–, y con su ayuda ocupó diversas plazas del Duero.

Son discutidos los orígenes del reino navarro, cuyo primer hecho histórico fue su victoria sobre la retaguardia del ejército franco en Roncesvalles. Sin embargo, ya antes de la intervención carolingia, los pamploneses se habían negado a pagar tributo a los musulmanes. Con ayuda leonesa, a comienzos del siglo X, el rey Sancho Garcés I extendió los dominios de Navarra sobre Monjardín, Nájera, Calahorra y Arnedo. También extendió las fronteras hacia el este, por la cuenca del Aragón. En la primera mitad del siglo XI, Sancho III el Mayor pudo ser considerado el primer monarca de la península Ibérica, ya que ejercía sobre el conjunto de los reinos cristianos un auténtico protectorado. Como defensor y cuñado del infante García de Castilla, intervino en este condado, se enfrentó al monarca leonés y, árbitro en las disputas internas del condado barcelonés, tomó los condados de Sobrarbe y Ribagorza, y obtuvo el vasallaje del conde de Gascuña.

Los condados catalanes

La frontera cristiano-musulmana se estabilizó desde comienzos del siglo IX en la línea formada por las sierras de Boumort, Cadí, Montserrat y Garraf. La fragmentación política fue una constante de los dominios cristianos, pero contrabalanceada por un reconocimiento como autoridad superior de los condes de Barcelona, quienes en el siglo X intentaron unificar eclesiásticamente los condados catalanes. Con el apoyo de Roma, lograron que el obispo de Vic, Atón, fuese nombrado arzobispo de Tarragona, con jurisdicción sobre todas las diócesis situadas en territorio catalán: Barcelona, Gerona, Vic, Urgel y Elna. El asesinato de Atón frustró este proyecto. La unión de condados lograda por Wifredo el Velloso en el siglo IX no lo sobrevivió.

Situados entre los monarcas carolingios y los musulmanes, los condes de Barcelona se liberaban de la tutela de los primeros me-



El reino asturleonés
La unificación de los reinos de Asturias y León dio origen a un Estado floreciente, cuyo poderío se puso de manifiesto en el desarrollo artístico y la magnificencia de su monarquía. El mausoleo de Ordoño II es una prueba de esta pujanza.



diante el recurso a la autoridad suprema del pontífice romano, con el que se relacionaban a través de los monjes cluniacenses, cuya regla adoptaron en el siglo X la mayoría de los monasterios catalanes. La ruptura abierta con los francos no era aconsejable mientras persistiera el peligro musulmán, pero cuando el Imperio carolingio se desmembró, Borrell II, al frente de los catalanes de Urgel y Barcelona, comenzó a actuar con total independencia. Incluso lanzó una campaña punitiva contra los árabes, que culminó con el saqueo de Córdoba. Pese a su relativo fracaso militar –en ella perecieron el conde de Urgel y el obispo de Barcelona–, la campaña constituyó un triunfo político, ya que sirvió para afianzar la autoridad del conde barcelonés sobre sus pares y vasallos.

Por otra parte, el botín obtenido permitió una mayor circulación monetaria y una reactivación del comercio, que reafirmó la importancia del puerto de Barcelona en el Mediterráneo.

El apóstol Santiago
El descubrimiento, en el siglo IX ,de un sepulcro que supuestamente contenía el cuerpo del apóstol Santiago, dio origen a un santuario que se convirtió en centro de peregrinaciones. Así surgió Santiago de Compostela, sede episcopal desde 1095. Asociado a la lucha contra el Islam, el apóstol fue invocado como Santiago "Matamoros".

Covadonga

Tradicionalmente, la batalla de Covadonga, librada por los asturianos contra los musulmanes, fue considerada como el punto de partida de la llamada "reconquista" cristiana de la península Ibérica, sometida por el Islam. La historiografía moderna pone en duda dicha relevancia. Las crónicas cristianas y árabes disienten sobre la envergadura del encuentro. Para los primeros, fue un combate desigual y encarnizado, de un fuerte contenido religioso; para los segundos, apenas una escaramuza más de las muchas que se produjeron por el cobro de tributos en Asturias. Por ende, la rivalidad entre los distintos reinos, tanto cristianos como musulmanes, y su expansionismo indiscriminado, relativizan la llamada "invasión".

La repoblación y el encastillamiento

La fortificación de pueblos y residencias señoriales – "encastillamiento"– se impuso en Europa occidental entre finales del siglo IX y el siglo XII. A menudo, las fortificaciones fueron una respuesta a las incursiones de los musulmanes, pero también a los peligros derivados de la inestabilidad político-militar. Los castillos siempre fueron centros de atracción demográfica y, en consecuencia, como en el caso de la región de Castilla, instrumentos para poblar ciertas regiones. Los castillos que se construyeron separados de los centros de población tenían por objeto controlar puntos de comunicación de interés militar. Con el tiempo, muchos castillos se convirtieron en focos de desarrollo comercial.

2. Bizancio: la herencia del Imperio romano



Cristo, entre el emperador Constantino IX y su esposa Zoe (mosaico del siglo XI).



La división del Imperio romano marcó un punto de inflexión en la historia. Situado el Imperio bizantino a las puertas de Asia, la distancia geográfica que separaba a Constantinopla de Roma se convirtió rápidamente en una lejanía aún mayor. Hasta la fe cristiana, que quiso conciliar a Oriente y Occidente, y los sueños de una Iglesia universal se tiñeron de polémicas teológicas, rivalidades jerárquicas, acusaciones de herejía y excomuniones, que acentuaron la diferencia de rumbos que separaba a ambos mundos. La tenaz persistencia de las invasiones germánicas, la expansión del Islam y las crisis políticas y económicas pudieron mucho más que los concilios ecuménicos y la reivindicación de las antiguas glorias.

Con el tiempo, Constantinopla se convirtió en el centro de una nueva práctica del cristianismo y también de una sensibilidad particular. La expresión artística, en especial en el dominio de la arquitectura y la técnica del mosaico, configuró un mundo de características propias e inconfundibles. Por otra parte, enclavada en un punto estratégico de las rutas mercantiles que ponían en relación el Mediterráneo y las remotas tierras de la India y China, Constantinopla pasó a ser un centro comercial relevante.

Por esa misma razón, la ciudad se convirtió en un botín codiciado por numerosos ejércitos. De este modo, el Imperio bizantino vivió sus momentos de gloria y de tragedia. Ni el esplendor de sus iglesias, ni la magnificencia de sus emperadores, ni el grosor de sus murallas bastaron para salvar a Bizancio del acero enemigo ni de las aún más temibles luchas por el poder.

Bizancio y la era de Justiniano

El Imperio bizantino, con capital en Constantinopla, fue heredero del Imperio romano de Oriente, creado en 395 con la división de Roma en dos estados. El reinado de Justiniano fue uno de sus momentos de mayor esplendor.

A raíz de la crisis del siglo III y de las reformas administrativas que se llevaron a cabo durante el siglo IV, el poderío de Roma entró en declive. Constantino eligió Constantinopla como sede de la corte imperial, y el poder del Imperio romano se desplazó hacia la cuenca mediterránea oriental. La división que se insinuaba se hizo efectiva en el año 395, cuando murió el emperador Teodosio. Todos los intentos de restaurar la unidad del Imperio fracasaron ante una ruptura que, más que a razones políticas, obedecía a profundos cambios económicos, sociales y religiosos.

La "nueva Roma"
En el año 330, Constantino eligió Constantinopla como sede de su corte. Enclavada estratégicamente en el corazón de las rutas comerciales que unían el Mediterráneo con Asia, la ciudad se convirtió en el nuevo epicentro del antiguo Imperio, a costa de que éste, al calor de las invasiones germánicas, se derrumbase en Europa occidental.
Constantinopla; miniatura del siglo XIV.

El Imperio de Oriente

Frente al Imperio romano de Occidente, el de Oriente logró superar los problemas internos y externos generados por las grandes migraciones que acompañaron las invasiones germánicas. A diferencia del Imperio occidental, que no pudo contener militarmente a los invasores y, a cambio, optó por establecer alianzas con ellos, Bizancio no aceptó federarse con los germanos para defender sus fronteras. A lo sumo, los admitió como tropas mercenarias, tal como hizo, por ejemplo, con los varegos. A la muerte del *magister militum* Gainas, el ejército oriental fue reestructurado con un criterio moderno que, entre otras medidas, estableció la exclusión de los germanos de sus filas. Este "antigermanismo" hizo que los emperadores orientales desviasen hacia Occidente a los germanos procedentes del este, política que fortaleció a Bizancio pero resultó catastrófica para el Imperio occidental.

La potencialidad oriental no sólo era militar, sino también económica. La densidad poblacional de Oriente era menor que la occidental, mientras que el rendimiento del suelo era mayor. Situada en una región de intercambio entre Europa y Asia, Bizancio sumaba a la suficiencia alimentaria un intenso comercio que llegaba hasta China. La administración, más centralizada que en el desmembrado Occidente, restaba fuerza a las pretensiones localistas de la aristocracia, cuyos privilegios nunca llegaban a disminuir ostensiblemente los de la pequeña nobleza y el campesinado. Esta situación facilitó una política impositiva que ayudó al fortalecimiento del estado. Una hábil política religiosa sirvió para superar los peligros que provenían del antagonismo entre la cultura antigua ("pagana") y el cristianismo, a la vez que de la proliferación de diversas corrientes heréticas, como, por ejemplo, el arrianismo, el nestorianismo y el monofisismo.

Los problemas religiosos

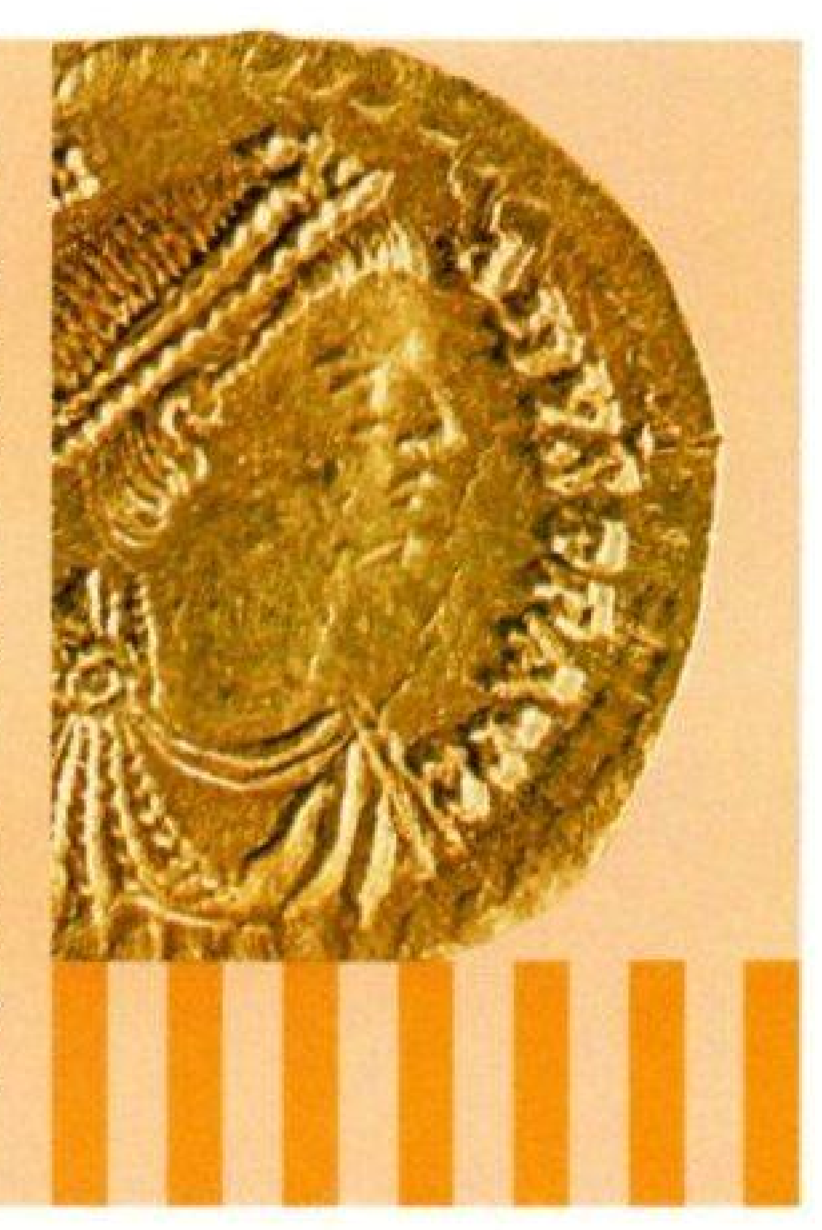
A la muerte del emperador Teodosio II (450), su *Codex Theodosianus*, en el que recogió los decretos promulgados desde Constantino, quedó como referente legal del Imperio oriental. Esta normativa, que sirvió de modelo para el derecho germánico, fue respetuosamente mantenida durante el reinado de los sucesores de Teodosio II.

Durante los reinados de Marciano (450-457) y León I (457-474), ambos generales del ejército, el alano Aspar, simpatizante de los germanos, ejerció una gran influencia militar y política, hasta que fue expulsado de la corte.

Al morir León I, ocupó el trono durante unos meses León II. Lo sucedió el caudillo isáurico Tarasicorisa quien, para escamotear su condición de germano, había cambiado su nombre por el de Zenón y contraído enlace con Ariadna, hija de León I. Durante su reinado (474-491), hizo gala de una gran

"En todo lo que se refiere al matrimonio, hay que considerar siempre no sólo lo que es legal, sino lo que es decoroso. Si la hija, la nieta o la biznieta de un senador se casa con un liberto o con alguien que fuera actor, o lo fueran su padre o su madre, el matrimonio será nulo".

Justiniano (483-565). Emperador bizantino. Pasaje del *Código justiniano. Imagen: moneda bizantina del siglo VI con la efigie de Justiniano.*



habilidad en materia de política religiosa. Apoyado por Acacio, patriarca de Constantinopla, procuró integrar a los monofisitas a la vida pública, en vez de reprimirlos, como habían hecho sus predecesores. En el año 482, Zenón publicó el edicto *Henotikón* (de la Unión), que relativizaba la importancia de la ortodoxia católica. Esta decisión le trajo conflictos con la Iglesia romana. El patriarca Acacio fue excomulgado por el papa Félix III, y el enfrentamiento entre Oriente y Occidente se agravó.



El boato oriental

Poco a poco, la corte bizantina adquirió muchos de los hábitos propios de Oriente. Este cambio en las tradicionales costumbres romanas se manifestó a través de la magnificencia de las joyas y los ornamentos que proliferaron en la nobleza.

A Zenón lo sucedió Anastasio I (491-518), quien legitimó sus aspiraciones al trono casándose con Ariadna, la viuda de su antecesor. Para frenar las invasiones eslavas y búlgaras, levantó un largo muro sobre el istmo de Tracia. Siendo imposible la conquista de Constantinopla desde el continente, Anastasio I volcó sus esfuerzos en mejorar la administración, reorganizó el sistema impositivo y acrecentó notoriamente el tesoro del estado. Sin embargo, su declarado monofisismo generó levantamientos en las provincias de Asia Menor y los Balcanes, que en defensa de la ortodoxia cristiana fueron alentadas por la Iglesia de Roma.

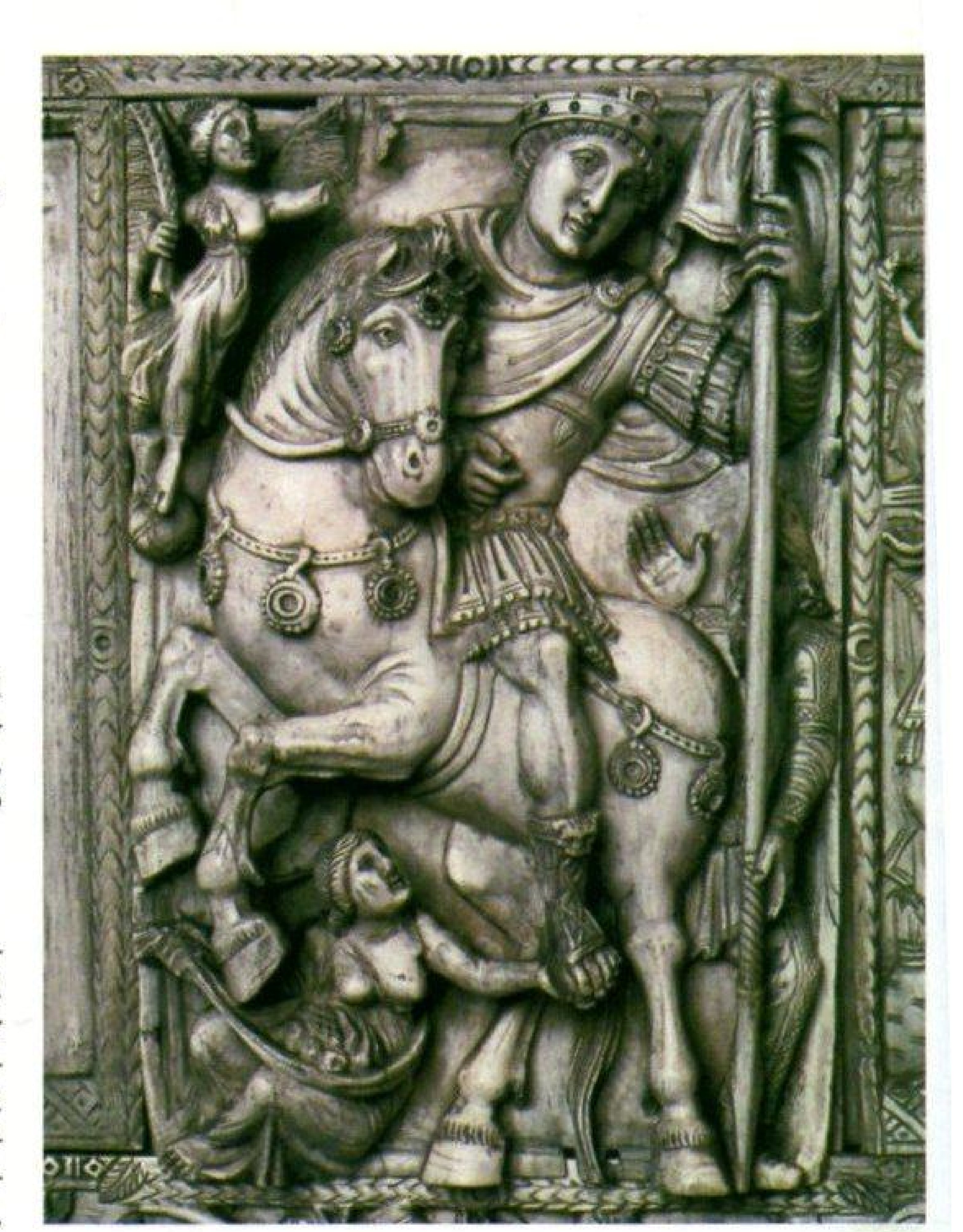
A la muerte de Anastasio, el imperio quedó sumido en una grave inestabilidad interna. Con el apoyo del senado de Constantinopla y del ejército, dos pilares fundamentales del poder bizantino, el emperador Justino, sucesor de Anastasio I, reprimió las revueltas, condenó al monofisismo y firmó la paz con el papa

Las herejías

El nestorianismo era una doctrina teológica que fue difundida en Siria en el siglo V por Nestorio, patriarca de Constantinopla. Afirmaba que en Cristo no sólo confluían dos naturalezas, sino dos personas (Dios y hombre), por lo que negaba a María el título de "madre de Dios", ya que sólo había alumbrado al Cristo hombre. Condenados en 431 por el concilio de Éfeso, los nestorianos fueron perseguidos y obligados a huir a Persia, donde obtuvieron la protección de los sasánidas y, luego, de los soberanos árabes. La influencia nestoriana llegó hasta China.

El poderío político y militar

Los elementos básicos de la estructura de gobierno en Bizancio, sometidos al control del emperador, eran la corte, la administración civil y el ejército. Este sistema político tuvo el mérito de crear, en un estado sin unidad étnica ni lingüística, los presupuestos para la cohesión cultural y religiosa. El instrumento para imponer la voluntad imperial hasta en el último rincón era una administración muy bien organizada, que se basaba en tres principios: la centralización, la separación del poder civil y militar, y la formación de una burocracia profesional. El ejército, constituido por unos 150.000 hombres, no fue superado por ninguna otra fuerza en la época de Justiniano. La extraordinaria coordinación entre la flota, la caballería y la infantería permitió al general Belisario ocupar el reino de los vándalos en el norte de África con sólo 18.000 hombres.



Al calor de las luchas políticas
Las luchas por el poder se tradujeron en circunstancias insólitas, como que un militar de origen humilde accediese al trono, como fue el caso de León I. Además, se convirtió en el primer emperador coronado por el patriarca de Constantinopla, sin consultar al papado romano, y acentuó el carácter divino de su cargo. *León I; bajorrelieve de una placa de marfil del siglo VI (detalle).*

Hormidas. De avanzada edad al asumir el trono, Justino fue asesorado por su sobrino Justiniano, quien, tras ser corregente, asumió el trono al morir su tío.

La era de Justiniano I

De todos los emperadores bizantinos, Justiniano (482-565) fue el que marcó el momento de mayor esplendor del imperio. Aprovechando el restablecimiento de la paz interior, la exclusión del peligro germano y el creciente debilitamiento de Europa occidental, extendió su área de poder hacia el oeste: la península Itálica, el norte de África y parte de la península Ibérica. De este modo, Bizancio se sintió con derecho a considerarse continuadora del antiguo Imperio romano y verdadero adalid del cristianismo. La construcción de numerosos enclaves militares en las fronteras y grandes centros religiosos, entre los que se destaca sobre todo la basílica de Santa Sofía, en Constantinopla, reflejan esta vocación imperial.

Para realizar su empresa, Justiniano contó con colaboradores notables, entre los que sobresalieron el jurista Triboniano, a la vez ministro del Interior y de Finanzas, que codificó el derecho romano; el prefecto Juan de Capadocia; y los generales Belisario y Narsés, artífices del fortalecimiento del ejército y de grandes éxitos militares. Cabe destacar el papel desempeñado por la esposa de Justiniano, la emperatriz Teodora, hábil política con gran ascendiente en los sectores populares.

Diferencias religiosas
Bizancio albergó tendencias consideradas heréticas por el papado romano. El arrianismo postuló una interpretación particular de la Santísima Trinidad e introdujo prácticas rituales diferentes, como, por ejemplo, en relación al bautismo.

En los primeros años de su gobierno, Justiniano debió enfrentar fuertes protestas populares, motivadas por el incremento tributario al que obligaba el fortalecimiento del ejército. El descontento se canalizó a través de las facciones que dividían a Constantinopla y las principales ciudades del imperio, y que tenían su origen en las rivalidades que suscitaban las competiciones en el hipódromo. Estas facciones, identificadas por el color de las casacas de los aurigas, canalizaban opciones políticas, sociales y religiosas. La facción de los Azules o calcedonios, que se identificaba con la ortodoxia católica, respondía a los intereses de la aristocracia, mientras que los Verdes representaban a los sectores populares afines al monofisismo. En 532, esta rivalidad se tradujo en un levantamiento, conocido como la revuelta de la Nika, que culminó con el incendio de numerosos palacios y edificios públicos. Justiniano se apresuró a firmar la paz con los persas, con quienes estaba en guerra, y utilizó las tropas para reprimir el levantamiento.

El problema religioso

Para restaurar la antigua unidad imperial era fundamental obtener la unidad religiosa. Justiniano osciló entre dos actitudes:



El incremento de los impuestos
Las constantes guerras que sostenía Bizancio en Asia, Europa y el norte de África exigían un gran esfuerzo económico para el mantenimiento del ejército. La recaudación impositiva sufrió un constante incremento, aun a costa de aumentar el descontento de los diversos sectores, incluso la nobleza. *Pago de tributos al emperador; miniatura de un manuscrito del siglo XIV.*

imponer por la fuerza la ortodoxia católica, que él mismo sostenía y que prevalecía en Occidente, o avanzar por la vía negociadora, en especial con los monofisitas, que eran fuertes en la mitad oriental del imperio. Maximiano, obispo de Ravena y estrecho colaborador del emperador Justiniano, impulsaba la primera opción; la emperatriz Teodora, monofisita, alentaba la segunda.

En 553, Justiniano convocó el II concilio de Constantinopla y, en un intento por ganarse el apoyo de los monofisitas, condenó a Teodoro de Mopsuestia, Ibes de Edesa y Teodoreto de Cir, tres autores que, pese a haber simpatizado inicialmente con el nestorianismo, habían sido rehabilitados por la Iglesia de Roma. Por último, obligó al papa Vigilio a sumarse a la condena. Este hecho, llamado de los Tres Capítulos, fue bien recibido en Oriente, pero crispó a los obispos cristianos de Occidente. Al querer imponer la autoridad del estado por encima de las tendencias religiosas, la crisis se agravó. A la muerte de Justiniano, nuevas invasiones, en especial de los búlgaros en los Balcanes y de los lombardos en la península Itálica, echaron abajo su proyecto de restauración imperial.

Cronología

482 » Primer cisma entre los monofisitas de Oriente y los católicos ortodoxos de Roma.

528 » El jurisconsulto bizantino Triboniano dirige la codificación del derecho romano.

532 » Se construye la basílica de Santa Sofía, en Constantinopla.

533 » Justiniano derrota a los vándalos y ocupa el norte de África.

535 » Justiniano inicia la reforma de la administración provincial, que subordina al poder central.

542 » Una epidemia de peste azota el Imperio bizantino.

546 » Justiniano reconoce a los lombardos como federados, a fin de aliviar la presión en Oriente.

550 » Los eslovenios, tras saquear la provincia de Iliria, llegan a las puertas de Constantinopla.

552 » Narsés arrebata Ravena a los ostrogodos, definitivamente.

559 » Los hunos y los búlgaros invaden la provincia de Tracia y ponen sitio a Constantinopla.

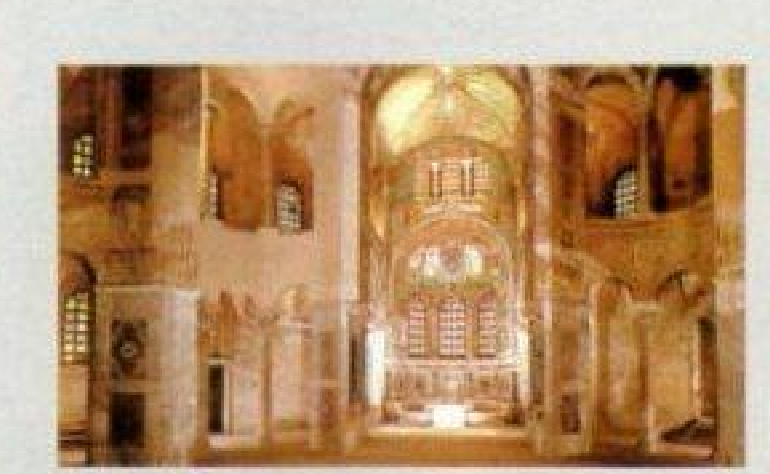
565 » Justino I es coronado emperador. Juan II el Escolástico es nombrado patriarca de Constantinopla.

Los mosaicos bizantinos

El arte bizantino alcanzó su cenit en 547 con los célebres mosaicos de Justiniano y Teodora, ubicados en la iglesia de San Vital, en Ravena (Italia). Además de su belleza, los mosaicos bizantinos brindan una valiosa información sobre la sociedad de la época.

La iglesia de San Vital

La iglesia data del siglo VI y presenta un exterior sobrio, pero su interior está bellamente ornamentado con toda clase de mosaicos; entre ellos, los de Justiniano y Teodora. *Ábside de la iglesia de San Vital*.



Riqueza visual La variedad de teselas fabricadas con materiales vítreos o dorados enriquece la gama cromática del mosaico.

Símbolos El emperador Justiniano, que ofrenda un recipiente de oro, luce una aureola que resalta la condición divina de su cargo.

Apoyo del clero Se subraya por medio de la presencia del obispo Maximiano de Ravena, flanqueado por tres de sus subordinados.



El crismón El monograma de Cristo fue adoptado por Constantino, el primer emperador romano y cristiano.

Belisario Artífice de la conquista de Ravena en 539. A su lado figura otro general, presumiblemente Narsés.

Influencias Los pliegues de las togas y las túnicas denotan la influencia griega en la cultura bizantina.

La majestuosidad de Santa Sofía

La basílica de Santa Sofía (Turquía), construida en el siglo XI, atesora lujosos mosaicos en su interior. Las figuras más representadas son las de Justiniano, Constantino y Cristo. *Mosaico de Cristo en el púlpito sur*.



* Defensor de la fe

Empeñado en restaurar el antiguo Imperio romano, el emperador bizantino Justiniano (482-565) impuso el credo católico, condenó el arrianismo y combatió a los bárbaros, a los que intentó cristianizar.

Características generales

El mosaico, al margen de las diversas técnicas utilizadas en su confección, está realizado a partir de pequeñas piezas talladas en forma más o menos semejante a un prisma. Estas piezas, llamadas *teselas*, se elaboran a partir de mármol, pasta vítrea, láminas de oro y plata, etc.



Los mosaicos bizantinos se caracterizan por la falta de perspectiva, el hieratismo de las figuras humanas y el uso del oro para resaltar las escenas representadas. *San Juan Crisóstomo, basílica de Santa Sofía (Turquía).*

Mosaicos con superficies lisas colocados en ángulos paralelos.

Mosaicos colocados en diferentes ángulos, según la técnica clásica del mosaico mural.

Mosaicos colocados paralelamente y pegados contra el muro.

1 Pared de ladrillos
2 Argamasa gruesa y clavos de sostén
3 Argamasa mediana
4 Argamasa fina, en la que se fijan las teselas

Movimiento El hieratismo de la composición se trunca en parte por el eunuco que descorre la cortina.

Igualdad La emperatriz Teodora también presenta una aureola, que la equipara a la figura del emperador.

Fondo La falta de perspectiva se refuerza con este fondo dorado, que crea un atmósfera de marcada irrealidad.



Fuente Algunos elementos, como esta hermosa fuente, refuerzan la idea del esplendor de la vida palaciega.

Suntuosidad La emperatriz Teodora añade a su gesto solemne la belleza y el lujo de su túnica y joyas.

Detalles La complejidad del mosaico queda patente en los vestidos, peinados y brazaletes de las damas.

* Emperatriz influyente

Hija de un guardián del hipódromo y despreciada por la aristocracia por su origen humilde, Teodora (fallecida en 548) se desposó con Justiniano I y, aunque era monofisita, influyó poderosamente en él.

La influencia religiosa

Las escenas bíblicas no son ajenas al arte bizantino, de fuerte inspiración cristiana. Una muestra de ello es este mosaico del siglo XI sobre la creación de Eva, que pertenece a la Capilla Palatina de Palermo.

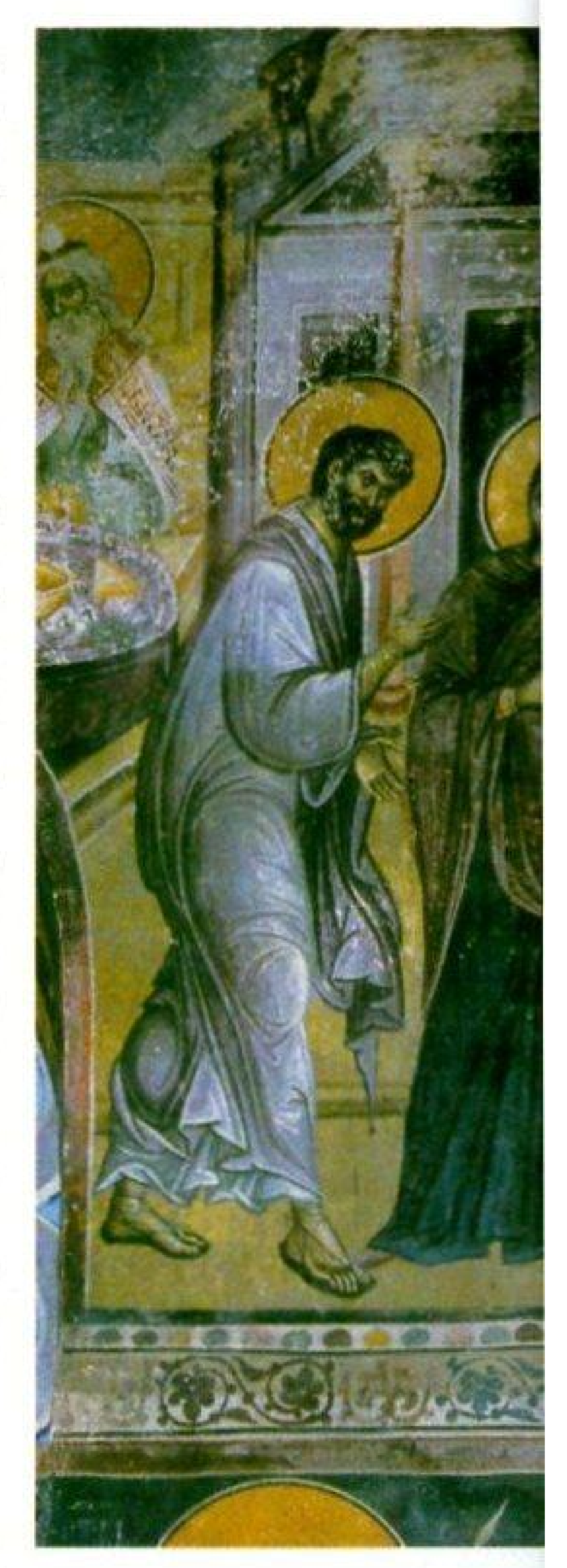


El desarrollo de la Iglesia de Oriente

Alejado cada vez más de la Iglesia de Roma, hasta culminar en un cisma definitivo, el cristianismo oriental rechazó la autoridad papal y configuró sus propias comunidades eclesiásticas. Esta tendencia religiosa generó una nueva sensibilidad artística.

La Iglesia no pudo mantenerse al margen de la división del Imperio romano en dos estados. Lejos de Roma, epicentro de la Iglesia de Occidente, la Iglesia oriental adquirió un perfil propio que no sólo la distinguió de la romana, sino que tiñó todo el ámbito cultural de la cuenca oriental del Mediterráneo y, con sus propias características, se extendió hacia el norte de África y el este asiático. Los evangelizadores, sujetos a los avatares de los cambios políticos, sociales y económicos de la región, llevaron el cristianismo a Persia, Armenia, Etiopía y Georgia. Así surgieron los patriarcados de Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén. A partir de diferencias rituales y teológicas, se distinguieron cinco comunidades: la alejandrina, la antioquena o sirio-occidental, la bizantina, la armenia y la sirio-oriental o persa.

La disputa entre los cristianos de Occidente y Oriente se tradujo en rupturas persistentes y en la disgregación de las iglesias, cada una de las cuales pretendía encarnar la soñada Iglesia universal.



El ideal ascético

Dentro de todas las iglesias orientales, por estar vinculada al emperador bizantino y sus estructuras de poder, la de Constantinopla tuvo una relevancia singular. Aunque inicialmente acataba la autoridad del papa romano, la proliferación de tendencias teológicas disidentes, como el nestorianismo y el monofisismo, se tradujo en una ruptura total. La celebración de concilios y sínodos no pudieron evitarla. En el siglo IX, cuando la Iglesia oriental inició la evangelización de los eslavos, hubo una nueva reconciliación, pero en 1054 se consumó el cisma definitivo.

La reforma legal de Justiniano afectó a la Iglesia oriental. En su afán por centralizar la administración del Imperio y restringir al máximo el poder de las aristocracias locales, el emperador procuró evitar que, por propia iniciativa, los nobles se convirtiesen en obispos, o que los obispos, a veces con la finalidad de financiar sus actividades, promoviesen actividades económicas. Justiniano se planteó acabar con estos excesos y, para ello, alentó el movimiento monástico y su ideal ascético. Mientras que las normas benedictinas, impuestas en la Iglesia occidental, permitían la participación de los clérigos en actividades no eclesiásticas, el monaquismo las prohibía tajantemente.

Bajo la influencia del monaquismo se desarrolló, hasta el siglo VI, una forma especial de liturgia propia, centrada especialmente en la celebración de la eucaristía. Visible en Occidente para toda la comunidad de fieles, en Oriente adquirió carácter de *mysterium*, al que sólo accedían los sacerdotes. El momento culminante de la acción sagrada, la consagración, fue sustraído a los ojos de los fieles mediante una cortina, que con el tiempo se convirtió en una

"Justiniano era, pues, embustero, taimado, falso, malicioso, cruel, hábil para disimular sus pensamientos, frío, y ni la alegría ni la pena conseguían emocionarle hasta hacerle llorar, aunque sabía cómo hacer brotar las lágrimas cuando la ocasión lo requería, y no tuvo escrúpulos para apropiarse de los bienes de los demás".

Procopio de Cesarea (490-?). Historiador. *Imagen: bajorrelieve de los santos Juan y Pablo; s. X.*





La humanidad de la Virgen María
Dentro de las numerosas discusiones teológicas que enfrentaban a las iglesias de Bizancio y Roma, estaba la naturaleza de la Virgen María. A menudo, en las representaciones iconográficas, la Virgen aparece en un tamaño más pequeño, como para resaltar la condición humana y no divina de la madre de Cristo. *Escenas de la vida de María, detalle de un fresco del siglo VII.*

El Antiguo Testamento

La Iglesia bizantina revalorizó el Antiguo Testamento y lo puso en pie de igualdad con los Evangelios. Muchos de los elementos iconográficos están dedicados a plasmar escenas del Pentateuco, como las referidas al arca de Noé y el Diluvio.

pared divisoria (*iconostasio*) decorada con imágenes devotas (íconos) e interpuesta entre la comunidad y el *Sancta Sanctorum*.

Religión y arte

Así como la Iglesia occidental mantuvo el latín como lengua del culto, la oriental adoptó el griego, que se mantenía vigente a nivel popular. El principio del celibato sacerdotal fue desechado, y los varones casados podían recibir las órdenes sagradas, excepto la dignidad episcopal. A la vez, la Iglesia oriental rechazó la escolástica, basada fundamentalmente en la obra de los Padres de la Iglesia (Patrística), y se atuvo rigurosamente a la tradición de los primeros concilios. Finalmente, en reemplazo de la autoridad papal, el cristianismo oriental defendió la idea de que sólo Cristo es la cabeza de toda la Iglesia.

La liturgia influyó en la arquitectura religiosa. Frente al tipo de construcción románica, desarrollada en Occidente, la Iglesia oriental adoptó el modelo de iglesia central, construida sobre la tumba de los mártires, alrededor de la cual, en el mismo interior del edificio, los fieles celebraban solemnes procesiones. El modelo de este estilo fue la Iglesia del Santo Sepulcro, que Constantino levantó en Jerusalén según el esquema del antiguo mausoleo griego. Las basílicas de Santa Sofía, en Constantinopla, y de San Vitale, en Ravena, y la catedral de San Marcos, en Venecia, expresan cabalmente este estilo arquitectónico.

Mientras que, en Occidente, el espacio interior de las iglesias favorecía una actividad más diversificada, mediante la articulación de columnas, nichos, altares y pilastras, la Iglesia oriental privilegió el espacio interior vacío, tendiente a una participación comunitaria única en los rituales. La falta de articulación del espacio interior fue compensada con la incorporación en los muros del mosaico y la pintura (íconos).

La historiografía

La cultura clásica heredada del Imperio romano dejó de ser asumida por el poder imperial, especialmente por la corte, donde comenzó a predominar la influencia oriental. El emperador Justiniano cerró algunas escuelas superiores, como la de Atenas, cuya libre actividad se había traducido en un gran desarrollo de la ciencia y el arte. La biblioteca de Constantinopla redujo su personal a cuatro escribas griegos y tres latinos. En cambio, al amparo de la convicción de que Bizancio era la reencarnación del Imperio romano y el emperador de los antiguos césares, sí cobró desarrollo la producción historiográfica, destinada a eternizar las glorias de los emperadores bizantinos. Procopio de Cesarea, formado en la escuela de Alejandría, fue uno de los historiadores más destacados del Imperio. Acompañó a Belisario en sus campañas militares en el norte de África, de las que dejó constancia en su *Historicón*, y registró los hitos arquitectónicos de Bizancio en su libro *Periktismaton*. Sorprendentemente, en *Anekdota* critica duramente a Justiniano, al que describe como "emperador y demonio" y simple títere en manos de Teodora, a la que descalifica permanentemente.

Los sucesores del emperador Justiniano

A la muerte del gran emperador, Bizancio afrontó sucesivas crisis políticas, que el acoso constante de los pueblos germánicos no hacía más que agravar. Por otra parte, la expansión del Islam cambió la situación geopolítica del Mediterráneo.



"En Bizancio, más allá de los 'bizantinismos' teológicos, la ciencia tenía raíces más profundas que en Roma. Proclo, el último gran filósofo pagano de Bizancio, desarrolló en el siglo VI una teoría del mundo que incorporaba el sistema matemático de Ptolomeo junto con elementos de la cosmología física de Aristóteles".

Stephen F. Mason. Historiador. *Imagen: León III el Isaurio; grabado del siglo VIII.*

Justiniano murió en 565 sin dejar herederos. Lo sucedió en el trono su sobrino Justino II (565-578), quien no pudo evitar que los lombardos ocuparan gran parte de Italia; los eslavos, los Balcanes, y los sasánidas, acaudillados por Cosroes II, casi todo el territorio de Siria y Capadocia.

Revueltas y guerras

Los sucesores de Justino II apenas si pudieron recuperar una parte de Armenia. Sólo el emperador Mauricio pudo restaurar el poder de Bizancio en algunas regiones de Occidente, pero perdió las comarcas hispanas de Levante y Andalucía a manos de los visigodos. En 597, en su testamento, dispuso que Teodocio, su hijo mayor, desde Constantinopla, gobernara sobre la parte oriental del Imperio y que su otro hijo, Tiberio, reinase sobre la mitad occidental.

A todo esto, la composición cada vez más mercenaria del ejército y la prolongada guerra en los Balcanes sembraron la indisciplina y restaron eficacia militar. En 602, el atraso en la paga de las soldadas generó un gran descontento que culminó con la insurrección del general Focas, quien marchó hacia Constantinopla y la ocupó. Asesinó a Mauricio y sus dos herederos, y se proclamó emperador. El frente de los Balcanes se derrumbó, y los sasánidas avanzaron en Asia Menor, hasta ocupar Cesarea y Calcedonia. A su vez, los eslavos avanzaron desde el este, y los visigodos, sobre las comarcas de la península Ibérica. Con Bizancio al borde del colapso, Heraclio (575-641), hijo del exarca de Cartago, se sublevó contra Focas y, en 610, sitió Constantinopla y lo derrotó. Coronado emperador por el patriarca Sergio, fundó la dinastía imperial armenia de los Heráclidas, que reinó durante un siglo.

Después de Justiniano, Heraclio fue el segundo gran emperador de Bizancio. En alianza con los ávaros, el avance sasánida parecía imparable. En 611 conquistaron Antioquía; en 613, Damasco y Tarso; en 614, Jerusalén; en 615, gran parte de Asia Menor y la región del



Pérdidas en Italia
Los lombardos conquistaron gran parte de las posesiones bizantinas. La pérdida de Ravena (751) –arriba, Sant Apollinare in Classe– marcó el fin del dominio de Bizancio en Italia central.

Bósforo y, en 619, Egipto, que era el granero del Imperio bizantino. Heraclio, tras conseguir firmar la paz con los ávaros, en 622 lanzó una contraofensiva y recuperó gran parte de Asia Menor. Cinco años después, derrotó a los sasánidas en Nínive. A los veinte años de haber asumido el trono, Heraclio superó la crisis del imperio y se abocó a la reorganización administrativa y a la recomposición del aparato militar.

Los Heráclidas

Pese a sus éxitos, Heraclio no advirtió un nuevo peligro: la unificación religiosa y política de los árabes lograda por Mahoma. En 634, dirigidos por el califa Omar, los árabes derrotaron a los bizantinos en Yarmuk. Heraclio se retiró a Antioquía y sólo volvió a Constantinopla para morir. Por voluntad suya, sus hijos Constantino III y Heraclio II Heraclonas quedaron al mando del imperio. Pero Constantino III murió casi de inmediato. Ante la oposición de algunos sectores de la aristocracia, que reivindicaba intereses particulares frente al absolutismo centralizador, el senado de Constantinopla depuso a Heraclio II y nombró emperador a Constante II. Entre tanto, los árabes se apoderaron de Egipto, avanzaron por el norte de África, ocuparon Chipre, Rodas, Creta y, en 655, derrotaron a la flota bizantina frente a Licia. Minados por sus rivalidades internas, los árabes no pudieron sacar provecho de su victoria y, en 650, Muawija, gobernador árabe de Siria, firmó la paz con

Bizancio. Constante II aprovechó para recuperar territorios en Italia, pero su enfrentamiento con el papa Martín I, a quien apresó y condenó a muerte, le valió ser derrocado y asesinado en Siracusa. Tras varios cambios de mano, asumió el trono su hijo Constantino IV (668-685), quien contuvo el avance árabe, aunque no el de los búlgaros. Le sucedió su hijo Justiniano II pero, tras ser derrocado por un golpe de Estado, buscó refugió entre los búlgaros.

En 697, los árabes ocuparon Cartago. Leoncio, el nuevo emperador, también fue destituido. Igual suerte corrió su sucesor, Tiberio III, en un golpe militar dirigido por Justiniano II, quien volvió de su refugio entre los cázaros y los búlgaros y, con su ayuda, recuperó el trono, pero sólo para morir asesinado en 711. Entre este año y 717 se sucedieron diversos emperadores, en un proceso de rápida descomposición.

La crisis acabó cuando asumió el poder el general León III el Isaurio (717-741), quien fundó una nueva dinastía e inició un nuevo período de relativa estabilidad.

De César a Basileus
Nombrado emperador, Heraclio I llevó a cabo una reorganización que subrayaba el carácter griego del Imperio, como lo atestigua la sustitución del título de César por el de *Basileus* (en griego, "rey"). Estableció la libertad religiosa para todos los cristianos, con independencia del rito al que pertenecieran. *Heraclio I derrota a los árabes; miniatura de un manuscrito del siglo XIII.*

Tendencia a la fragmentación
Tras la muerte sin herederos del emperador Justiniano, se acentuaron las tendencias secesionistas de las provincias, a menudo agravadas por los conflictos religiosos. El patriarcado de Constantinopla tampoco logró controlar en todo momento a las otras iglesias del rito oriental. *Ambón obispal de mármol del siglo VIII.*



Cronología

591 » Los bizantinos conquistan Armenia.

602 » Con el advenimiento de Focas se inicia una nueva dinastía.

610 » Los sasánidas llegan a las puertas de Constantinopla y se retiran tras una negociación.

614 » Tras haber ocupado Antioquía y Damasco, los persas conquistan Jerusalén.

636 » Teodoro es derrotado por los musulmanes en Yarmuk.

680 » Los búlgaros ocupan la región al sur del bajo Danubio.

717 » Los omeyas fracasan en su intento de conquistar Constantinopla. León III, emperador.

730 » León III promulga un edicto en favor de los iconoclastas.

740 » Los bizantinos derrotan a los árabes en Akroinos (Frigia).

741 » Constantino V, emperador.

Crisis y guerras en el Imperio bizantino

La extensión territorial y la multiplicidad étnica y religiosa conspiraron contra la supervivencia del imperio. Por otra parte, las aristocracias locales, enfrentadas al poder centralista de Constantinopla, abrieron paso a un desmembramiento irreversible.

El ascenso al trono del general León III (717-741) puso fin a un largo período de crisis. Su tarea más urgente fue frenar el avance de los árabes, que cada tanto llegaban con su flota hasta los muros de Constantinopla y ponían en peligro la existencia misma del estado bizantino. En 740, en Akroinos, León III derrotó a los musulmanes y recuperó la mayor parte de Asia Menor. Aliviada la presión en las fronteras, se dedicó a reorganizar la estructura política del imperio. La reforma se plasmó en un nuevo código legislativo, conocido como *Ekloge* (726), que actualizó el antiguo *Corpus iuri* de Justiniano.

El movimiento iconoclasta

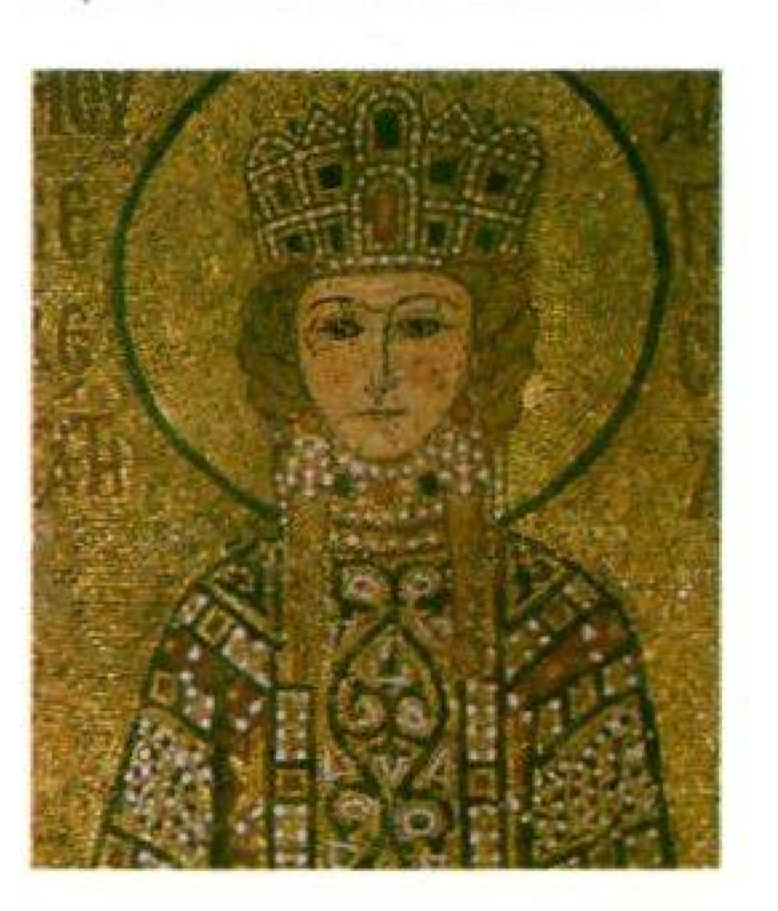
Los cambios políticos se mezclaron con conflictos religiosos, como la llamada "guerra de las imágenes". Una corriente iconoclasta propiciaba la destrucción de la iconografía cristiana relativa a Cristo, la Virgen María y los apóstoles.

En 726, León III se declaró en favor de los iconoclastas e hizo retirar de la puerta de su palacio la imagen de Cristo. Un sector de la aristocracia, con intereses vinculados a Roma, manifestó su disconformidad. León III buscó una vía más diplomática, y trató de ganarse la aprobación del pontífice romano y del patriarca de Constantinopla, pero tanto el papa Gregorio II como el patriarca Germano lo desaprobaron. Amenazado por la expansión lombarda en Italia, el papa se cuidó de no romper con el emperador León III.

De todos modos, la actividad de san Juan Damasceno en defensa de la iconografía cristiana y su influencia en ciertos sectores de la aristocracia afectó el acuerdo entre Bizancio y el papado. León III decidió imponer la iconoclastia por la fuerza. Convocó el *Silentium* (730), asamblea de todos los dignatarios laicos y eclesiásticos, y propuso la destrucción de todas las imágenes. El patriarca Germano se opuso, y fue sustituido por Anastasio. El papa Gregorio III, sucesor de Gregorio II, reiteró la condena de la iconoclastia por parte de Roma.

La "guerra de las imágenes"
Con fuertes raíces en el nestorianismo, y bajo la influencia del islam, un movimiento iconoclasta planteó la supresión de la iconografía religiosa. Esta "guerra de las imágenes" se mezcló con la crisis política y volvió a enfrentar a las iglesias de Oriente y Occidente. *Bajorrelieve de la iglesia principal del monasterio del monte Athos; siglo X.*

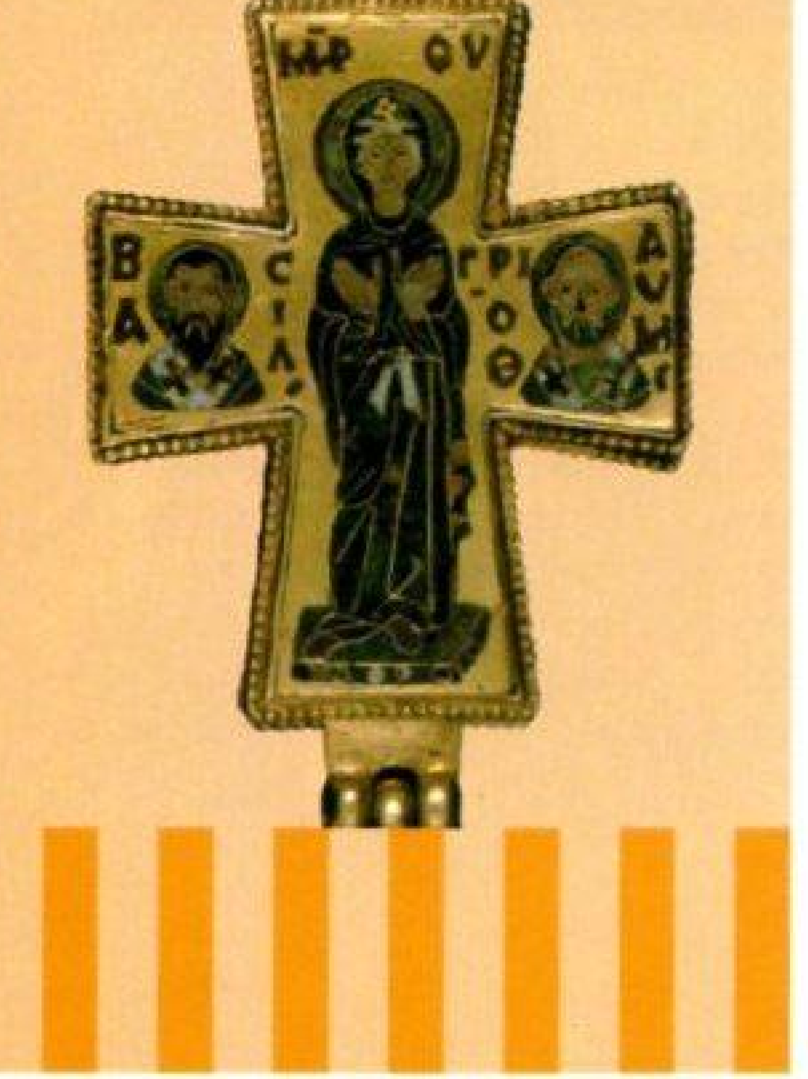
Golpe de Estado
La trayectoria de la emperatriz Irene es un fiel testimonio de la profunda crisis del imperio. Viuda del emperador León IV, fue tutora de su hijo Constantino VI. Lo destituyó y se proclamó emperatriz. Quiso casarse con Carlomagno para unir Oriente y Occidente, pero fue destronada por un golpe de Estado. *La emperatriz Irene en un fresco del s. XI.*



La iconoclastia alcanzó su máxima expresión bajo el reinado del emperador Constantino V (741-775), hijo de León III. Ante el temor de que los conflictos religiosos afectaran la unidad del imperio, desencadenó una ofensiva contra los árabes. En 746 invadió el norte de Siria; en 747, destruyó la flota musulmana y, en 752, expulsó al Islam de Armenia y la Mesopotamia. Luego, arremetió contra los búlgaros. Logró derrotarlos en Ancialos, en 763, y diez años después consiguió batirlos otra vez, pero la amenaza búlgara persistió. Esto obligó a los emperadores bizantinos a concentrar su esfuerzos en la frontera oriental, lo que los alejó aún más de Italia. El precio fue la conquista de Ravena por parte de los lombardos. El papado, por su parte, para hacer frente a la crecien-

"Pienso que la división de la naturaleza se hace por cuatro diferencias en cuatro especies: la primera es la división en naturaleza que crea y no es creada, la segunda, en la que es creada y crea; la tercera, en la que es creada y no crea; la cuarta, en la que ni crea ni es creada".

Juan Escoto Eríugena (810-877). Teólogo. *Imagen: relicario bizantino del siglo X.*





te amenaza del Islam, se amparó en la nueva gran potencia que surgía en Europa occidental: el Imperio carolingio.

León IV, hijo de Constantino V, atemperó la política iconoclasta. Su hijo Constantino VI, menor de edad, reinó bajo la regencia de Irene, su madre, quien restableció el culto de las imágenes. El séptimo y último de los concilios universales, reunido en Nicea en 787, condenó la iconoclastia como herejía. Sin embargo, la asunción del poder total por parte de Constantino VI en 797 significó nuevamente su retorno. Tres años después, la coronación de Carlomagno como emperador de Occidente significó el desplazamiento geopolítico de Bizancio de la escena mediterránea.

A principios del siglo IX, el emperador Nicéforo I, sucesor de Constantino VI, debió hacer frente a nuevas ofensivas musulmanas y búlgaras. El peso económico de la guerra y la desintegración política y religiosa llevaron al imperio oriental al borde del colapso.

Una ciudad codiciada

En el siglo VI, Constantinopla llegó a tener medio millón de habitantes. Pero se convirtió en blanco de diversos expansionismos, Numerosos ejércitos llegaron hasta sus puertas y la sitiaron, sembrando la desolación, la peste y el saqueo.

Una etapa crucial

El ocaso de Bizancio fue una larga agonía. Cada convulsión interna o externa supuso la pérdida de una nueva porción de su territorio. El siglo XI se reveló como un momento crucial para la historia del imperio. En el primer tercio de esta centuria se iniciaron las incursiones de los selyúcidas, que vinieron a tomar el relevo de los árabes en sus enfrentamientos con Constantinopla. Separaron definitivamente Bizancio de Anatolia, en la cual Constantinopla sólo pudo mantener los territorios de Nicea y Trebisonda.

Ruralización

Entre los siglos IX y XI, la sociedad bizantina sufrió un proceso de ruralización, con la consecuente pérdida de importancia de los núcleos urbanos. La expansión musulmana hizo que Bizancio perdiese prósperas ciudades, como Alejandría y Antioquía. La ocupación musulmana de Egipto, principal proveedor de grano del Imperio, afectó incluso a la ciudad de Constantinopla, cuya población disminuyó considerablemente, al emigrar al campo en busca de sustento. Por otra parte, diversas epidemias generadas por las numerosas guerras diezmaron especialmente a la población urbana. Al mismo tiempo, desarticuladas por las invasiones, las aristocracias rurales fueron perdiendo sus derechos propietarios, y sus grandes latifundios pasaron a manos de los campesinos, hasta ese momento arrendatarios. Así surgieron comunidades rurales que se mantuvieron durante años con un alto grado de autonomía.

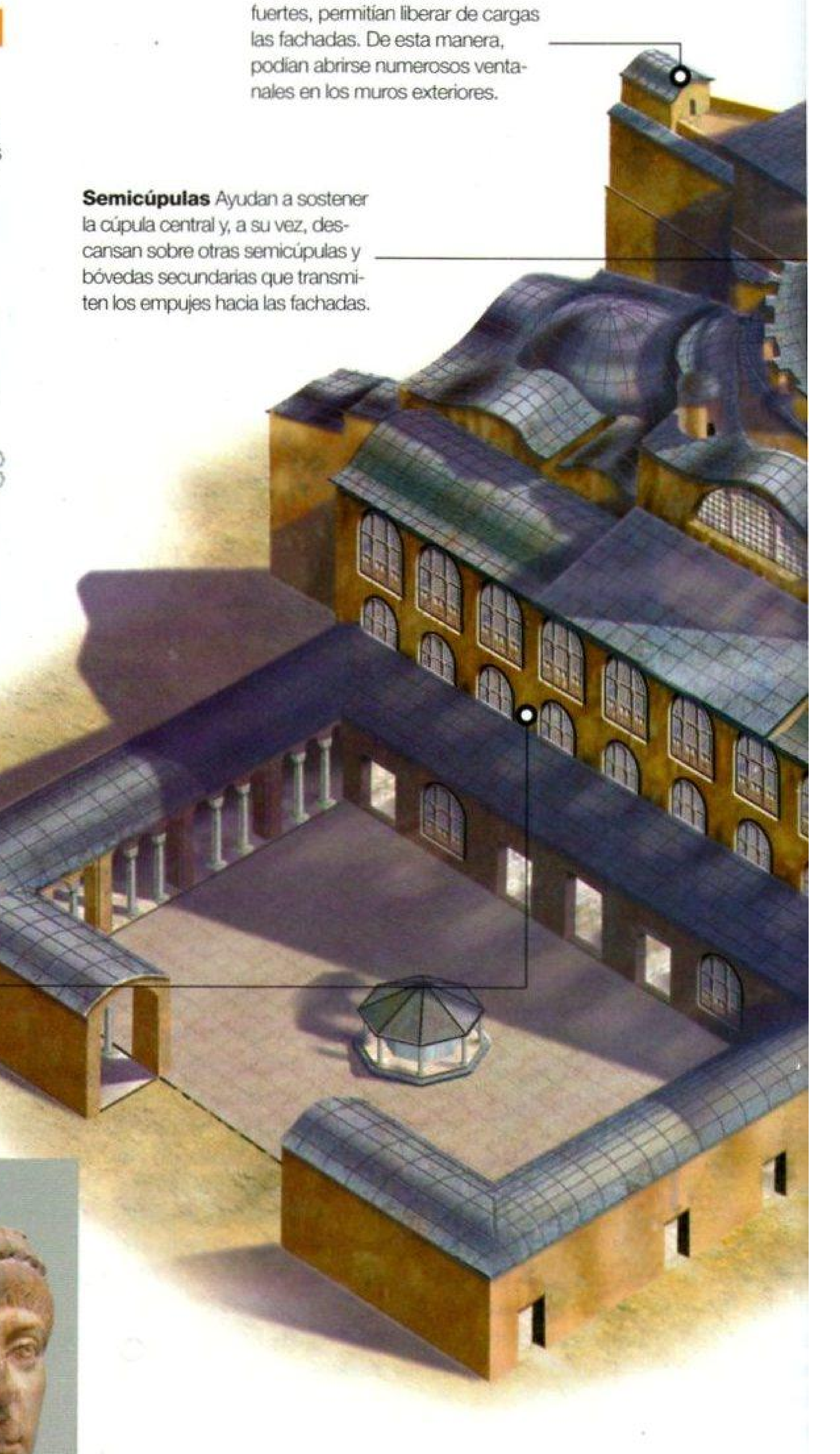
La basílica de Santa Sofía

La basílica de Santa Sofía de Constantinopla –actual Estambul– fue concebida como la mayor joya arquitectónica de Bizancio. Su monumentalidad, sus audaces innovaciones técnicas y su decoración interior son admiradas aún en nuestros días.

La arquitectura del espacio

Santa Sofía marcó la tendencia hacia los espacios centralizados de la arquitectura monumental bizantina, con una gran nave longitudinal cubierta por una inmensa cúpula central y dos semicúpulas laterales. La estructura se sustenta gracias a una serie de cúpulas periféricas y varios contrafuertes que delimitan las naves laterales.

1. **Cúpula central**
2. **Semicúpula**
3. **Nave lateral**
4. **Contrafuerte**
5. **Baptisterio**
6. **Atrio**



Justiniano I, el ideólogo

El emperador Justiniano mandó a los ingenieros Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto que proyectaran una iglesia que simbolizara el apogeo de Bizancio. Construida entre 532 y 537, Santa Sofía sustituyó un templo anterior de la época de Constantino y fue consagrada a la Santa Sabiduría.

Cúpula central La primera se derrumbó en el año 558 y tuvo que ser reconstruida en el 563. Mide unos 32,6 m de diámetro y se alza a 56 m del suelo.

Iluminación La imponente ambientación del interior se consigue gracias a la luz que entra por el anillo de 40 ventanas abiertas en la base de la cúpula central.

Pechinas Este innovador sistema de triángulos esféricos permite sostener la cúpula con los pilares de la planta cuadrangular y los arcos de medio punto entre éstos.

Interior Originalmente, era prolijo en mosaicos decorativos y mármoles de recubrimiento, elementos que acentuaban por reflexión la dramática iluminación del recinto.

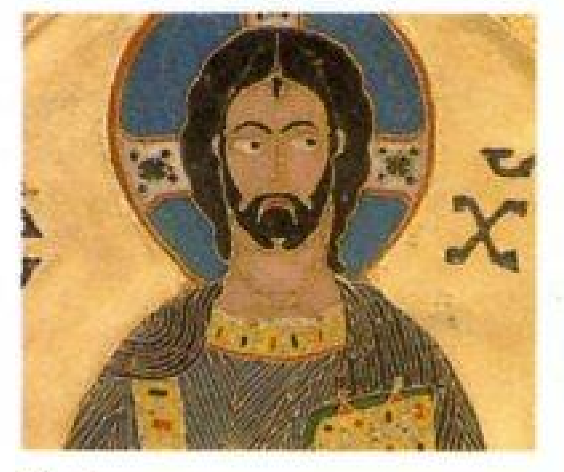
Naves laterales De varios pisos, estaban delimitadas por galerías de columnas con mármoles coloridos en el fuste y decoración esculpida en los capiteles.

El arte de los íconos

A diferencia de los cristianos occidentales, que tendían a venerar las reliquias, la Iglesia ortodoxa oriental promovió el culto a los íconos. Estas imágenes de santos y vírgenes se representaban siempre en posición frontal y, por su hieratismo, son solemnes y no transmiten sensación de movimiento.



Mosaico
El encaje de piezas de vidrio de varios colores se usaba para representar las imágenes en muros y bóvedas.



Pintura
Las imágenes evitaban cualquier figura que pudiera reconocerse. Por lo común, se trataba de pinturas sobre tabla.



Escultura
Las imágenes religiosas eran relieves esculpidos en paneles de marfil que, a menudo, se usaban como estandartes.

De iglesia a mezquita

En 1453, con la toma de Constantinopla por los otomanos, la basílica se transformó en mezquita. Los musulmanes, iconoclastas, procedieron a cubrir los mosaicos con una capa de estuco. En el exterior, se añadieron cuatro minaretes.



↑ Inscripciones coránicas en el interior de Santa Sofía.



← Aspecto actual del exterior, con los minaretes.

Disgregación del Imperio bizantino

Las continuas guerras y rebeliones exigían el mantenimiento de un ejército poderoso, que la agotada economía del imperio no permitía mantener. Las crisis sucesorias y los choques entre los aspirantes al trono aceleraron la decadencia.

Tras la muerte de Nicéforo I y el breve reinado de Miguel I Rangabé (811-813), quien reconoció la dignidad imperial de Carlomagno, ascendió al trono León V el Armenio (813-820). Logró éxitos militares contra los búlgaros, pero su intento de reafirmar la iconoclastia como doctrina oficial le valió caer asesinado. Su sucesor, Miguel II (820-829), fundador de la dinastía frigia (también llamada amorita), dejó de lado los temas religiosos y priorizó la reestructuración del ejército.

El reinado de Basilio

El avance árabe continuó bajo el reinado de Teófilo (829-842), hijo de Miguel II. Tampoco el intento de este emperador de reinstaurar la iconoclastia desde el estado prosperó. Durante el reinado de su hijo Miguel III (842-867) y de la emperatriz Teodora II, se restauró definitivamente el culto de las imágenes y se aceptó la supremacía religiosa del patriarcado sobre el emperador. La derrota de los árabes comandados por Omar de Mitilene en Pafaglonia (863), en el mar Negro, permitió a los bizantinos contener a los eslavos, que en 860 se presentaron por primera vez ante los muros de Constantinopla. Al calor de los éxitos militares, los bizantinos intentaron disputar la cristianización de los eslavos al Imperio carolingio, sostén de la Iglesia romana y representante de la ortodoxia católica.

Bajo el reinado de Basilio I (867-886), Bizancio trató de recuperar presencia en Italia y pacificó sus fronteras, lo que se tradujo en estabilidad interna y un auge cultural muy importante, que se continuó bajo el reinado de León VI (886-912), hijo de Basilio I. La figura del emperador volvió a imponerse por encima del clero, la administración y el ejército. La leyes imperiales, compiladas en el código *Basilika*, constituyen una colección de derecho canónico, civil y público, escrita en griego, que desplazó a la antigua legislación justiniana y se convirtió en la nueva pieza angular del derecho bizantino. El fortalecimiento de una nueva nobleza, surgida de las constantes guerras y de la concentración de la propiedad agraria, sirvió de base para el poder de Basilio. Sin embargo, a su muerte, este mismo estamento social fue el germen de nuevos conflictos internos.

La crisis definitiva

El hijo de León IV, Constantino VII, era menor de edad cuando subió al trono, y asumió la regencia el patriarca Nicolás el Místico. La renovación de los ataques búlgaros, encabezados por el zar Simeón, desencadenó una profunda crisis. Los intentos de la regencia por reconciliarse con los búlgaros llevaron a Simeón a reclamar para sí el trono imperial. Nicolás intentó resolver el conflicto con el matrimonio de Constantino VII

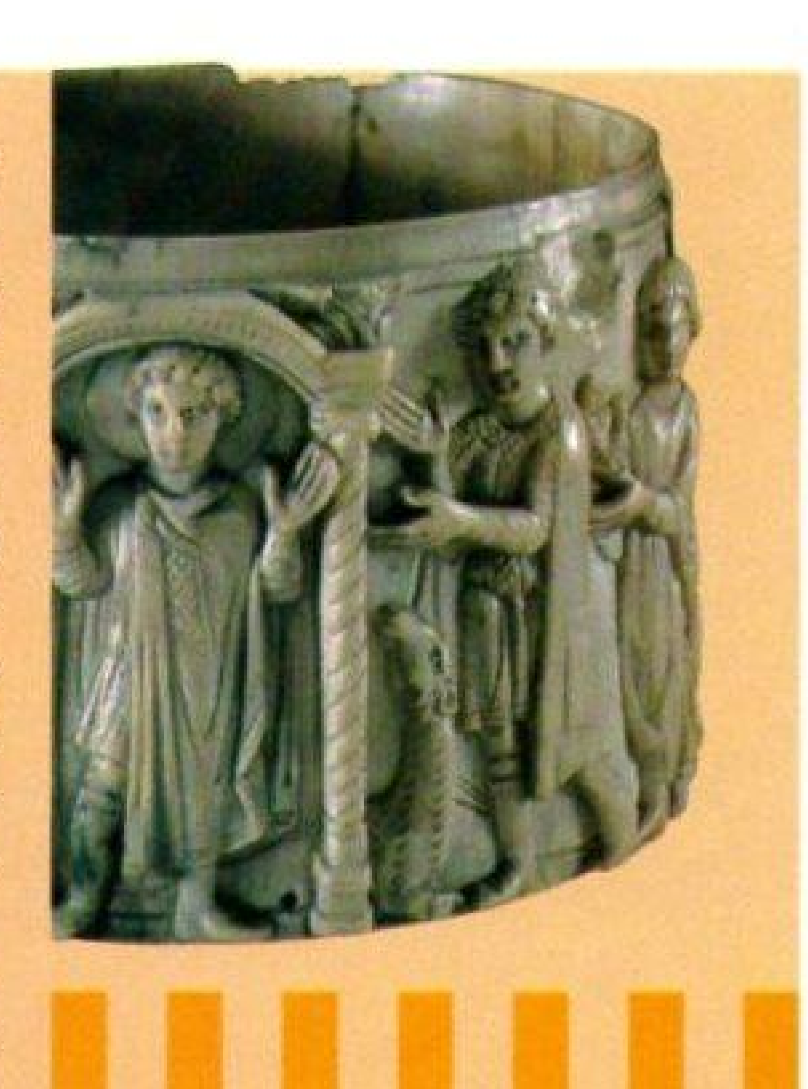
Tierra Santa
Escenario sagrado para las tres grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islamismo), Oriente Próximo era, además, tierra de paso para el tráfico comercial entre el Mediterráneo y Asia. Su posesión fue disputada tenazmente por Bizancio, los árabes y los reinos cristianos de Europa occidental. *Mosaico con la desembocadura del río Jordán en el mar Muerto; siglo VIII.*

Cisma religioso y político
En el siglo XI, era imposible mantener la ficción de una Iglesia universal, de una sola comunidad con dos ritos diferentes. Sin embargo, Constantinopla estaba interesada en no romper con Roma, ya que esto le permitía defender sus reivindicaciones sobre la península Itálica. El cisma de 1054 marcó el ocaso definitivo de Bizancio. *San Pedro, en una miniatura del siglo X.*



"El emperador [Alejo I Comneno] escuchó las noticias de que se acercaban innumerables ejércitos francos. Tenía terror a su llegada, porque conocía su sistema de ataque irresistible y también que siempre estaban ávidos de dinero y parecían romper las treguas sin vacilaciones por cualquier razón que surgiera".

Ana Comneno (1072-1115). Princesa bizantina. *Imagen: brazalete bizantino en marfil; siglo IX.*





con la hija de Simeón, pero una revuelta popular lo destituyó y frustró sus planes. Los búlgaros ocuparon los Balcanes y parte de Grecia. El general Romano I Lecapeno (919-944), hijo de campesinos armenios, organizó la resistencia, casó a su hija con Constantino VII y se proclamó emperador. Tras derrotar a los búlgaros, restringió los privilegios de la nobleza y se apoyó en los campesinos y pequeños terratenientes.

La feudalización del imperio

La reacción de la nobleza contra Romano I Lecapeno no se hizo esperar. A fin de capitalizar el descontento generalizado en función de sus intereses, los nobles instigaron a los campesinos de sus tierras contra la administración central y su política tributaria. A los ataques de árabes, búlgaros y húngaros se sumaron las hambrunas, generadas por la desarticulación de la producción agraria. Constantino VII (913-959), que cogobernó durante un tiempo con su suegro Romano I Lecapeno, continuó en términos generales la política de su predecesor. Reforzó las garantías legales de los pequeños propietarios de tierras y combatió a los búlgaros y húngaros. Imposibilitado de recuperar la hegemonía en la cuenca mediterránea, intensificó las relaciones con el principado de Kiev, con cuya alianza procuró expandirse por los Balcanes. Durante el reinado de su sucesor, Romano II (959-963) el general Nicéforo pudo expulsar a los árabes de Creta. A

El papel de la mujer

En el Imperio bizantino, el matrimonio se convenía entre las familias y formaba parte de los mecanismos de ascenso social. En la mayoría de los casos, los padres comprometían a sus hijos desde la infancia, aunque el enlace no se celebraba hasta cumplir los 18 años. Los conflictos de voluntad no eran raros, y la literatura hagiográfica (vidas de santos) habla de mujeres con vocación religiosa que deseaban mantenerse vírgenes e ingresar en un convento, en oposición al deseo de sus padres. El ámbito de la mujer era el hogar, y en sus manos descansaba el mantenimiento de la casa y la educación de los hijos. Le estaba vedado el estudio, ya que la cultura clásica era considerada perjudicial para la pureza femenina. La moral imperante condenaba la presencia de la mujer en los baños públicos, los banquetes y los espectáculos. El concubinato era condenado por la Iglesia, pero era admitido por la sociedad y, de hecho, su existencia era muy frecuente.

Cronología

941 » El príncipe Igor, de Kiev, marcha sobre Constantinopla.

961 » El general Nicéforo reconquista Creta.

963 » Nicéforo II Focas es nombrado emperador.

972 » Rebelión de los búlgaros contra el dominio bizantino.

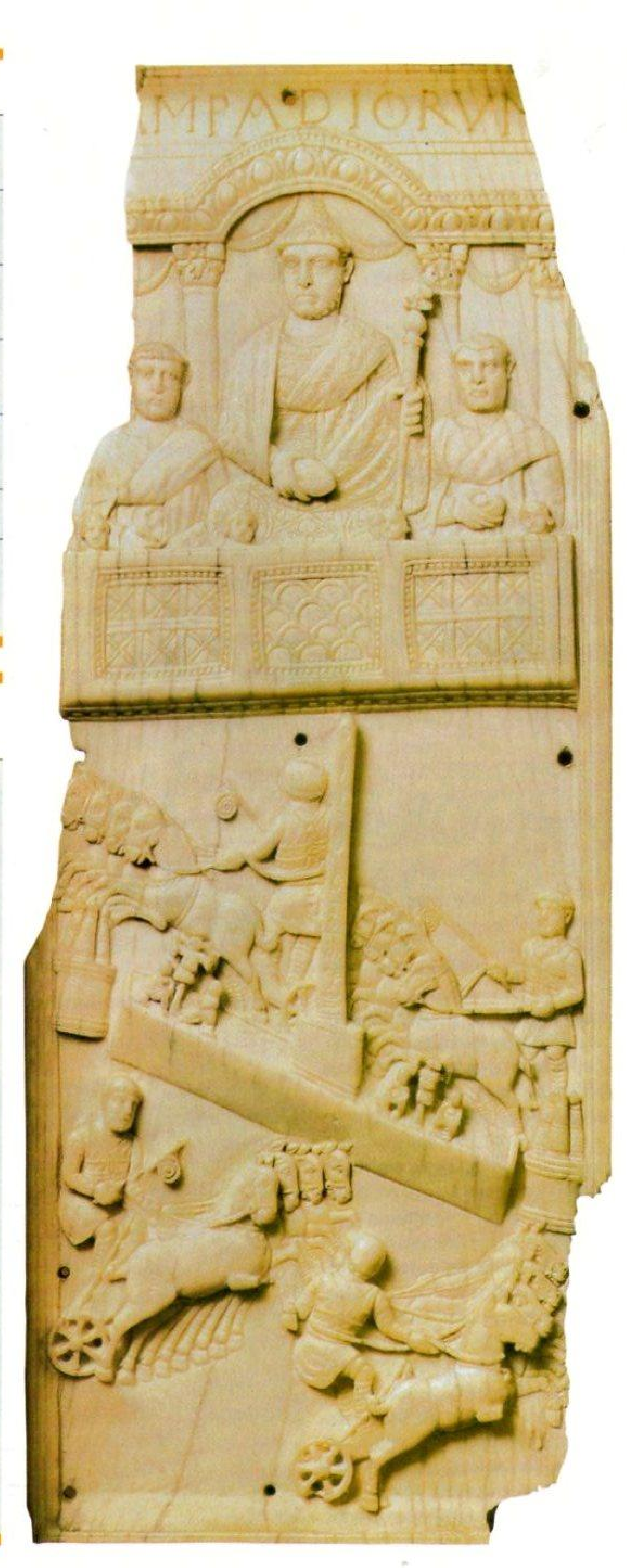
1014 » Basilio I derrota a los búlgaros en Struna.

1045 » Bizancio ocupa Armenia.

1071 » Los bizantinos son expulsados de la península Itálica.

Los impuestos

El mayor peso impositivo de Bizancio recaía en el mundo rural. La comunidad campesina independiente y los dominios privados y eclesiásticos constituían el núcleo del sistema fiscal en el campo. Mientras los campesinos independientes pagaban sus impuestos al recaudador estatal (*corion*), los campesinos dependientes lo hacían a sus señores, los dueños de la tierra. El estado se consideraba propietario de las tierras desocupadas durante más de 30 años (*klasmata*). En el siglo X, a causa del incremento de los gastos militares, la tributación se volvió más exigente, lo que afectó al conjunto de los campesinos libres. Incapaces de asumir mayores impuestos, debían abandonar sus tierras, que pasaban a manos de los nobles terratenientes. El estado también terminó por vender sus *klasmata*, que engrosaron la propiedad agraria de la nobleza, en un proceso de creciente feudalización.



Síntomas de decadencia
El debilitamiento del poder imperial en provecho de las familias aristocráticas coincidió con un nuevo y más grave período de crisis debido a las grandes pérdidas territoriales. Para entretener a la población, los emperadores fomentaron, al igual que en la antigua Roma, los grandes espectáculos circenses. *Cuádrigas en las arenas de Constantinopla; bajorrelieve del siglo XI.*

León VI el Sabio
El emperador León VI el Sabio tuvo que hacer frente a una ofensiva búlgara, pero sus campañas culminaron en un verdadero desastre. En 913, los búlgaros llegaron hasta las puertas de Constantinopla y, al mismo tiempo, tomaron por asalto Adrianópolis. A comienzos del siglo XIV, los búlgaros volvieron a amenazar Constantinopla. *Guerra contra los búlgaros; miniatura del siglo XIV.*

la muerte de Romano II, Nicéforo II Focas (963-969) se casó con su viuda, Teofanía, y fue proclamado emperador, pero murió asesinado por el general Juan Tzimiscés, quien ocupó el trono hasta 976.

En medio de fuertes enfrentamientos internos, accedió al trono Basilio II (976-1025), hijo de Romano II. Apoyado en el campesinado, controló a la nobleza y, en 1018, anexionó Bulgaria al reino de Bizancio. Al mismo tiempo, expandió el cristianismo en Rusia, los Balcanes y Capadocia. Pero ya antes de morir debió hacer frente a levantamientos promovidos por la nobleza. Sus sucesores –Constantino VIII (1025-1028), Romano III (1028-1034) y Constantino IX (1042-1055)– no pudieron frenar la descomposición del imperio.

Hacia la desintegración

El proceso de feudalización se acentuó tanto que hasta el ejército sufrió cambios radicales. Los nobles convirtieron a sus siervos en soldados, creando cuerpos militares a su servicio. A la vez, asumieron el cobro de los impuestos, con el correspondiente debilita-



El último iconoclasta

Hijo y sucesor de Miguel II, el emperador Teófilo fue el último y más fanático de los iconoclastas. Durante su reinado, los árabes se apoderaron de Sicilia. Su contraofensiva en Asia Menor contra el Islam derivó en una nueva pérdida de territorios.

miento del estado central. Los emperadores, cuyo poder ya era más nominal que real, se convirtieron en un instrumento ejecutor de los intereses aristocráticos.

El desastre se precipitó cuando los pechenegos, antiguos aliados, atacaron la frontera septentrional. Por su parte, los selyúcidas turcos ocuparon gran parte de Siria. En esta situación, se agudizó el conflicto entre la Iglesia bizantina y la Iglesia romana, hasta tal punto que, en 1054, el papa León IX y Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, se excomulgaron recíprocamente. El cisma del cristianismo se volvió definitivo.

En Constantinopla, Miguel VI asumió el trono (1056-1057), pero el general Isaac Comneno, con el apoyo del patriarcado, lo destituyó y se proclamó emperador. Representante de la nobleza militar de Asia Menor, intentó desplazar la influencia de la burocracia y compensar el déficit del tesoro público mediante la confiscación de bienes. Al intentar embargar las posesiones de la Iglesia, el clero promovió un levantamiento popular que obligó al emperador a renunciar. La Iglesia nombró emperador a Constantino X Ducas (1059-1067), quien en medio de crecientes enfrentamientos fue sucedido por su hijo Miguel VII Ducas (1071-1078).

El acceso al trono del general Alejo I Comneno (1081-1118) marcó el ascenso definitivo al poder de la aristocracia militar. El nuevo emperador tejió alianzas con los nobles feudales, cediéndoles el botín de las campañas a cambio de lealtad política. Pero bastó la primera cruzada para que los pactos mostrasen toda su debilidad. Los territorios conquistados por el normando Bohemundo, que debían someterse a Bizancio, se convirtieron en el principado de Antioquía, que pronto declaró la guerra a Constantinopla. El sucesor al trono, Juan II Comneno (1118-1143), recuperó Antioquía, pero la segunda cruzada (1147-1149), con el apoyo explícito del papado, afectó aún más los intereses de Bizancio. Durante el reinado de Manuel I Comneno (1143-1180), la figura del emperador pasó a ser prácticamente nominal.

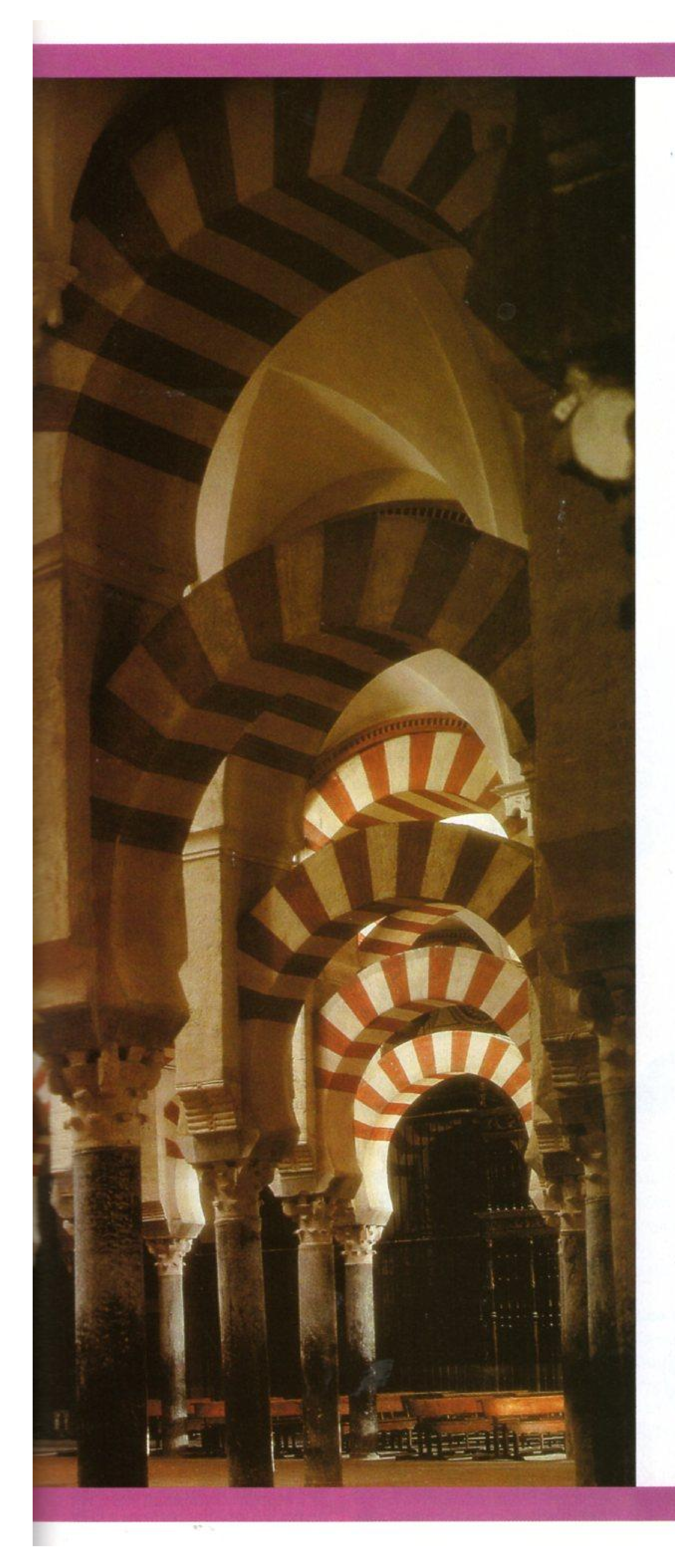
Problemas sucesorios

Los cuatro matrimonios de León VI el Sabio crearon un clima de inestabilidad política. El emperador, enfrentado a problemas sucesorios, designó heredero a su hermano Alejandro, quien a su vez renunció en favor de su sobrino Constantino VII. Éste, por su parte, nombró coemperador a Romano I Lecapeno, su suegro. *León VI y su hermano Alejandro, miniatura del siglo XIV.*



3. Orígenes y evolución del Islam

▲ Columnas de la mezquita de Córdoba; siglos VIII-X.



Uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad fue la aparición, en el primer tercio del siglo VII, de un nuevo sistema religioso, social y político, que surgió en el corazón de la península Arábiga y, en poco más de cincuenta años, se expandió desde el Atlántico hasta la India. Los árabes musulmanes convirtieron este vasto espacio en un crisol, en el cual se amalgamaron las corrientes culturales más diversas, íntimamente tamizadas por un idioma común, el árabe, y por una mismo credo, el islamismo. A lo largo de la Edad Media, el mundo islámico tuvo distintos epicentros políticos y momentos de unidad y de ruptura. Estos cambios a menudo fueron saldados con guerras de conquista y enfrentamientos muy cruentos. Sin embargo, los vaivenes políticos no desvirtuaron el gran aporte del islamismo a la humanidad.

Los árabes no sólo se distinguieron por sus propias creaciones en todos los ámbitos del conocimiento y el arte sino que, por distintas vías, abrevando en las más diversas fuentes, recuperaron la inmensa riqueza de la Antigüedad clásica con una amplitud y frescura sorprendentes. Gracias a ellos, por ejemplo, el pensamiento aristotélico renació con toda su fuerza y esplendor, del mismo modo que trasfundieron a Occidente los más importantes logros filosóficos, científicos, técnicos y estéticos del Lejano Oriente. A la vez, como ocurrió en Al-Andalus, en la península Ibérica, los musulmanes supieron convivir con las otras grandes religiones monoteístas, lo que hizo posible que la actividad cultural creciera con pujanza en un clima de tolerancia y libertad inusitados en la Edad Media.

De Mahoma al califato de los Omeya

A comienzos del siglo VII, cuando ya hacía más de doscientos años que la mitad occidental del Imperio romano se había desplomado bajo el ataque de los germanos, en la península Arábiga nació una nueva religión monoteísta: el islamismo.

A comienzos del siglo VII, la península Arábiga, en su mayor parte un desierto sembrado de oasis, era objeto de disputa por parte de dos grandes imperios: el persa y el bizantino. Estaba mayormente poblada por tribus beduinas nómadas, organizadas en un sistema patriarcal, y que practicaban la circuncisión. De fe animista, rendían culto a elementos de la naturaleza, en lugares que terminaban por convertirse en santuarios. Entre éstos, el más famoso era el de Makka (La Meca), donde se veneraba la piedra negra de la Kaaba.

El apostolado de Mahoma

La región era atravesada por algunas grandes vías comerciales, que unían Siria con Yemen; el océano Índico con el Mediterráneo. En el cruce de las rutas camelleras, surgieron ciudades como Yatrib y, sobre todo, La Meca, donde muchos jefes de los clanes, establecidos en el lugar, se convirtieron en prósperos comerciantes y tuvieron contactos con los funcionarios y viajeros bizantinos y persas. Por el mismo conducto circulaban diversas ideas y concepciones religiosas. Algunas tribus árabes, como las de los taglib o los najran, se convirtieron al cristianismo; otras, como las de los kainuka, los nadir y los kuraïza, al judaísmo. En ambos casos, se trataba de una adaptación de las grandes religiones a las necesidades de los nómadas, muy simplificadas, y a menudo reducidas a algunas prácticas mínimas.

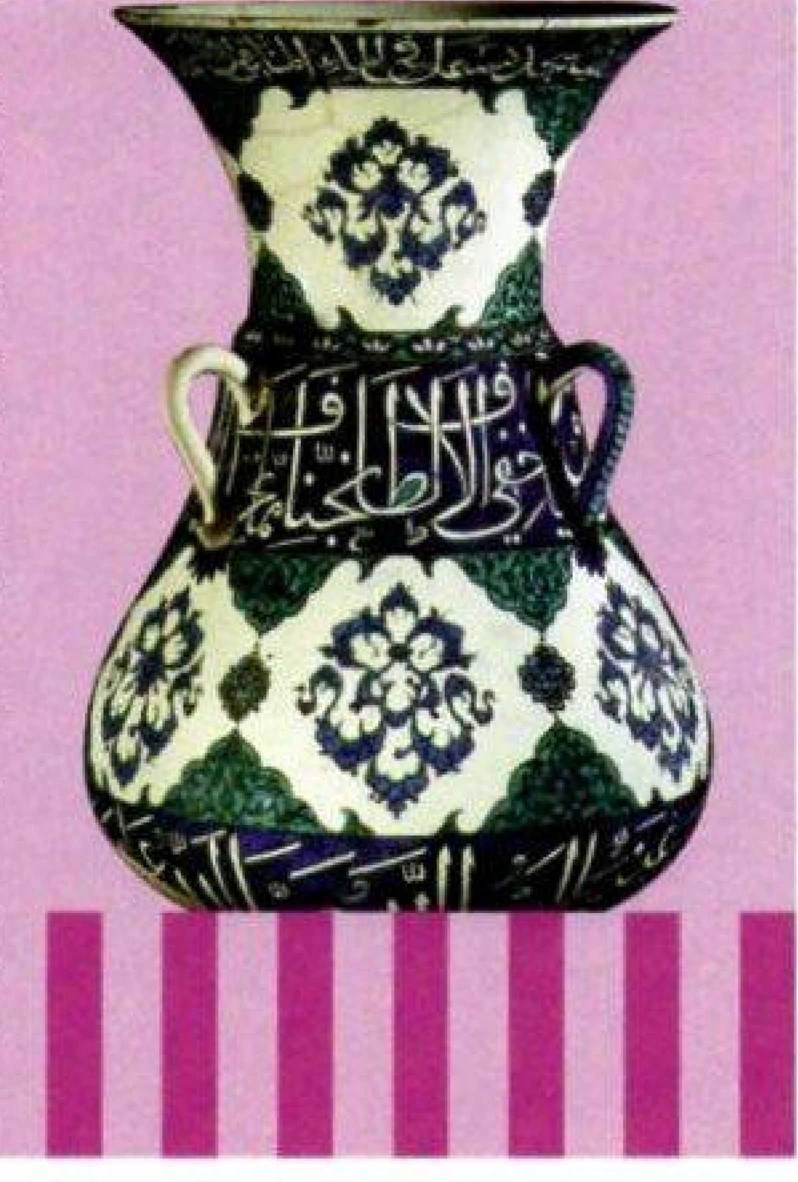
Tal era la situación en Arabia cuando nació en La Meca, alrededor del año 570, el futuro profeta del islam: Mahoma. Pertenecía a la tribu de los quarys, encargada de la custodia del santuario de la Kaaba, e integrada en el circuito comercial como uno de los agentes principales de la ciudad. Huérfano desde muy niño, y educado por su tío, un rico comerciante vinculado a la Siria cristiana, a los 25 años se casó con Kadija, rica viuda mayor que él, y en adelante viajó con las caravanas de su mujer. A los 40 años, tuvo las primeras visiones místicas, especialmente relacionadas con el arcángel Gabriel, quien, en nombre de Dios, le ordenó que difundiese el mensaje de Alá, el Único. De acuerdo con la tradición musulmana, el apostolado de Mahoma se ejerció durante diez años (612-622) en La Meca. Su mensaje no obtuvo un eco favorable, por lo cual se trasladó con sus seguidores a Yatrib, ciudad situada al norte y poblada por tribus donde la prédica cristiana y judía ya había consolidado una tradición monoteísta. Esto facilitó la labor de Mahoma, quien logró que su mensaje hallase un eco multitudinario. La salida del Profeta para Yatrib se convirtió en uno de los hitos fundacionales del islamismo –la Hégira ("huida")–, hasta el punto que Yatrib cambió su nombre por el de Medina ("ciudad del Profeta") y pasó a ser considerada ciudad santa, como lo era La Meca.

Desde entonces, Mahoma comenzó a hostigar las caravanas que se dirigían a su ciudad natal. El fin último de estas acciones era debilitar económica y políticamente a los clanes que se habían opuesto a la expansión de su doctrina. En cambio, los clanes que hacían suya su prédica quedaron integrados en la comunidad del islam o *umma* ("unidad"). Al formar parte de esta nueva comunidad, compartían los beneficios proporcionados por las *razzias* (asaltos a las caravanas) y se sumaban al incipiente ejército que se expandiría por Oriente Próximo en las décadas siguientes. En esta empresa, que se extendió desde 622 hasta su muerte, Mahoma demostró ampliamente su condi-

El fundador del Islam
El Corán, el libro sagrado de los musulmanes, y la "tradición", transmitida primero oralmente y luego plasmada en diversos textos, son las dos fuentes que aportan datos biográficos sobre Mahoma, el fundador del Islam. Todas las informaciones coinciden en destacar que tuvo su primera revelación a la edad de 40 años. *El arcángel Gabriel visita a Mahoma; miniatura del siglo VIII.*

"Las últimas conquistas de los ejércitos omeyas ya no tienen el ritmo y la facilidad de las primeras. Ya no hay posibilidad de sorpresa en los nuevos territorios, las distancias se hacen exageradas, más allá de las fronteras se organiza la resistencia, los conquistadores aspiran al reposo y las dificultades internas aumentan".

Claude Cohen (1909-1978). *Imagen: jarrón fabricado en Damasco; siglo IX.*





La guerra santa
El profeta Mahoma, originario de La Meca, debió hacer frente a la oposición de comerciantes y camelleros, y de diversas tribus paganas o de fe cristiana y judía, que se negaban a aceptar su mensaje. Los primeros enfrentamientos, que coincidían con los choques armados habituales entre las tribus (*algaras*), se convirtieron en una guerra santa (*yihad*). *Daga musulmana; s. XVIII.*





En las caravanas

Habiendo perdido de muy joven a su padre, madre y abuelos, Mahoma fue educado por su tío en un marco de creencias "paganas". Pronto se enroló en las caravanas de mercaderes que, a lomo de camello, se dirigían hacia Siria.

ción de caudillo y estratega. No sólo unificó una gran parte de las tribus árabes, sino que conformó una religión que dio bases sólidas a la nueva unidad política. En 629, al mando de un poderoso ejército, Mahoma se dirigió a La Meca. Los clanes de esta ciudad pactaron la rendición y su integración dentro de la *umma*. La unificación política de la península Arábiga se concretó en un incipiente imperio con capital en Medina. Según el Corán, libro sagrado del islamismo y prácticamente la única fuente de información sobre esta etapa inicial, Mahoma murió repentinamente en 632, cuando preparaba una expedición contra la Siria cristiana, provincia entonces dependiente del Imperio bizantino.

Los continuadores

La muerte de Mahoma, cuando la unificación de la península Arábiga aún no había culminado, acarreó una serie de problemas. El principal fue la inexistencia de un poder político fuerte que pudiese dirigir los destinos de la *umma*. La elección de Abu Bakr al-Siddiq como *califa* ("seguidor del

La fe y la política

A diferencia de Jesús, Mahoma no fue sólo el fundador de una fe sino también de un estado. Por primera vez en la historia de Arabia, un solo hombre hizo sentir su autoridad a la casi totalidad de sus habitantes. Si bien es cierto que las instituciones de ese estado eran aún rudimentarias en vida del Profeta, el proyecto político estuvo implícito desde un comienzo en su prédica religiosa. Jesús, surgido durante el Imperio romano, predicó una fe que daba "al César lo que es del César". Mahoma, en cambio, plasmó la concepción de dos poderes –el político y el religioso– regidos por una ley única. Por otra parte, a diferencia del cristianismo, que dirigió su mensaje hacia los pobres, el Islam no se planteó alentar un cambio social, si bien postuló la corrección de los abusos económicos y sociales existentes.

Las armas de la fe
Los musulmanes no tenían armas poderosas. El camello era excelente para transportar tropas, pero no servía para entrar en combate. Su fuerza estribaba en su entusiasmo religioso. Frente a ellos se alineaban tropas profesionales que, por lo general, como en el caso del Imperio bizantino, eran mercenarias, sin otra motivación que la paga. *Caravana de camellos; siglo VIII.*

Los califas de Damasco
En el año 635, Damasco cayó en poder de los árabes y, en 656, los califas omeyas establecieron en ella su capital. Se inició así uno de los períodos más florecientes de la historia de la ciudad, que perduró hasta el año 750, cuando la nueva dinastía abbasí se trasladó a Bagdad. *Moneda siria con la efigie del califa Abd al-Malik; siglo VIII.*





Profeta") dio origen a la dinastía de los Omeya. También sentó las bases para la expansión militar, que se produjo bajo el mandato de Ummar ibn al-Jattab, conocido por el nombre castellanizado de Omar. En doce años, la *umma* ocupó una gran parte del mundo antiguo, destruyendo el poderoso Imperio sasánida y expulsando a los bizantinos de Siria y Egipto.

Cabe consignar que esta primera parte de la expansión del islamismo que, con el tiempo se extendería desde los Pirineos hasta el Indostán, se caracterizó por el respeto a las estructuras y las creencias religiosas preexistentes en los países ocupados, al mismo tiempo que los musulmanes incorporaban a su credo muchas de las ideas y normas de los pueblos sojuzgados. Esta flexibilidad no sólo facilitó la expansión del nuevo credo, sino que promovió un gran intercambio y enriquecimiento cultural en una vasta región que trascendió la cuenca del Mediterráneo, hasta entonces escenario privilegiado de los cambios políticos y religiosos.

Poco antes de la muerte de Abu Bakr (634), se inició la conquista del Masriq (Oriente Medio), que culminó con la integración en el imperio musulmán de Siria, Egipto y Persia, entre 635 y 642. El asesinato de Ummar en 644 quebró este proceso expansivo, justo cuando se iniciaba la penetración por el Magrib (norte de África e Hispania), que se reinició con la consolidación de la dinastía Omeya. El último hecho relevante de este primer período coincidió con el ascenso al poder del último califa electo, Alí ibn Abi Talib (656), yerno de Mahoma, que no había sido aceptado por una parte de la *umma*, ya que había asesinado a Utmán (644-656). Ello provocó que el gobernador de Siria, Mu'awiyya, jefe de uno de los clanes más importantes, el de los Omeya, se alzase en armas contra Alí. Así comenzó la primera *fitna* ("guerra civil") dentro del islamismo.





La primera expansión
La toma de Damasco por los árabes se produjo tras la derrota del emperador bizantino Heraclio en las riberas del Yarmuk, afluente oriental del río Jordán. Este triunfo facilitó a los musulmanes la posterior conquista de Palestina y Siria.

Alí murió asesinado en 661, dando origen al primer cisma entre dos grandes sectores del Islam: los chiitas, integristas ortodoxos partidarios de Alí, y los sunnitas, agrupados en torno a Mu'awiyya, y que hoy conforman la mayoría islámica. El califa Mu'awiyya inició su mandato reprimiendo a los chiitas, que, convertidos en la fuerza opositora del poder omeya, trasladaron la capital de Medina a Damasco.

La dinastía Omeya

Bajo el mandato de Abd al- Malik (685-705), se produjo la ocupación efectiva de las diversas provincias del Magreb. La alianza establecida entre el Imperio bizantino y los bereberes se rompió después de 30 años de lucha contra los árabes que atacaban desde Egipto. Desde el norte de África, en 711, los Omeyas emprendieron la invasión de



Un símbolo de la fe
La piedra negra de la Kaaba, conservada en La Meca, objeto de diversos cultos paganos antes de Mahoma, ha perdurado hasta la actualidad como uno de los principales símbolos del islamismo. Desde entonces, como deber religioso, todo musulmán procura peregrinar, al menos una vez en su vida, para visitar el recinto donde se encuentra. *La Kaaba, en La Meca; s. IX.*

la península Ibérica; más al norte, la expansión fue detenida en territorio galo, en la batalla de Poitiers (732), por las tropas francas dirigidas por Carlos Martel.

Bajo el califato de Abd al-Malik se produjo la acuñación de un nuevo sistema monetario, basado en el dinar (oro) y el dirhem (plata). Estas monedas constituyeron el patrón monetario y comercial tanto en Oriente como en Occidente desde el siglo VIII hasta el XII. Sin embargo, en el seno del propio gobierno omeya se agravaron los conflictos derivados de la política interna. Bajo el mandato de los sucesivos califas omeyas, se inició una política centralizadora que atentaba contra el poder derivado de los antiguos clanes, que actuaban como poderes paralelos al de Damasco en diferentes regiones del imperio. Distintas revueltas, especialmente en las regiones orientales, provocaron el surgimiento de un movimiento conspirativo, el conocido como de las "banderas negras", que alentado por los sectores chiitas se alzaron contra el poder establecido en Damasco, en el año 747. La consecuencia final fue la liquidación de la dinastía omeya después de tres años de duros y fraticidas enfrentamientos.

Cronología

570 » Nacimiento de Mahoma en La Meca.

622 » Mahoma emigra a Medina. Primer año de la Hégira (el calendario musulmán).

630 » Mahoma entra en La Meca y declara sagrado el recinto de la Kaaba.

631 » Los seguidores de Mahoma derrotan a las tribus beduinas en Hunayn.

632 » Mahoma realiza el "peregrinaje del adiós" y muere al regresar a Medina.

635 » Los árabes musulmanes toman Damasco.

638 » Tras un prolongado sitio, los musulmanes se apoderan de la ciudad santa de Jerusalén.

640 » Babilonia y Heliópolis caen en manos de los musulmanes.

643 » Los musulmanes conquistan Trípoli.

661 » Asesinato de Alí, el yerno de Mahoma.

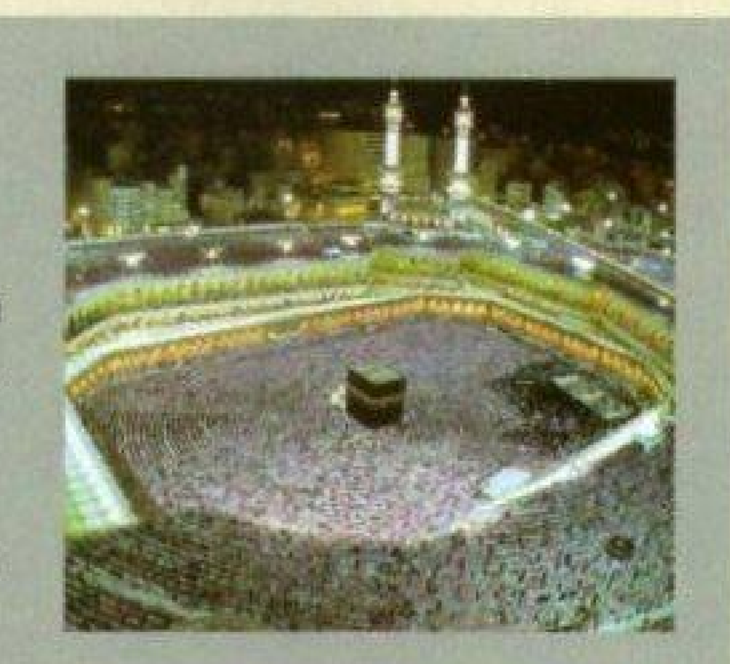
680 » Hussein, hijo de Alí, se rebela contra el califa Yazid I y es derrotado en Karbala, convirtiéndose en mártir del chiísmo.

El Corán, la base del Islam

Libro sagrado de los musulmanes, el Corán recopila sus dogmas y preceptos en 114 capítulos. La transmisión de la voluntad de Alá a través de su profeta, Mahoma, se fijó por escrito tras la muerte de éste. Su redacción definitiva se debe a Utmán, el tercer califa.

Sobre los musulmanes

El Islam o religión musulmana reúne unos 1.000 millones de creyentes en todo el mundo. Su base es el Corán, que inspira además la ley islámica *–sa'aría–*; su punto de encuentro, la Kaaba, en La Meca (Arabia Saudita).



Mahoma, profeta de Alá

Mahoma o Muhammad (570-632) tuvo una visión en 610 y consagró su vida a difundir la palabra de Alá. Poco a poco, el profeta ganó adeptos, se hizo fuerte en Medina y conquistó La Meca (627). La ilustración de este manuscrito muestra a Mahoma recién nacido.



*** El Islam prohíbe ponerle rostro al profeta Mahoma y Alá no puede ser adorado a través de imágenes.**







Expansión militar del Islam

Los musulmanes, espoleados por su nueva fe, sometieron Arabia en 634 y los imperios bizantino y sasánida, Irak, Egipto, Siria y parte de Irán en 642. Catorce años después rebasaron el Cáucaso, el Oxus, la Cirenaica y el Hindu Kush. A principios del siglo VIII invadieron el norte de África y la península Ibérica, y consolidaron su poder en Asia Central y la India. El fulgurante éxito alcanzado fue atribuido a Mahoma.

← Miniatura en pergamino de un duelo de guerreros; época fatimí, siglos X-XII.

Los tres libros sagrados

Las principales religiones del mundo se basan en libros donde la palabra divina se les ha revelado. De izquierda a derecha, la Torá judía, la Biblia cristiana y el Corán musulmán.



*** Pese a que su prédica fue rechazada por los judíos y los cristianos, Mahoma reconoció como profetas al patriarca hebreo Abraham y a Cristo. La Meca, Medina y Jerusalén son consideradas ciudades santas por el islamismo.**



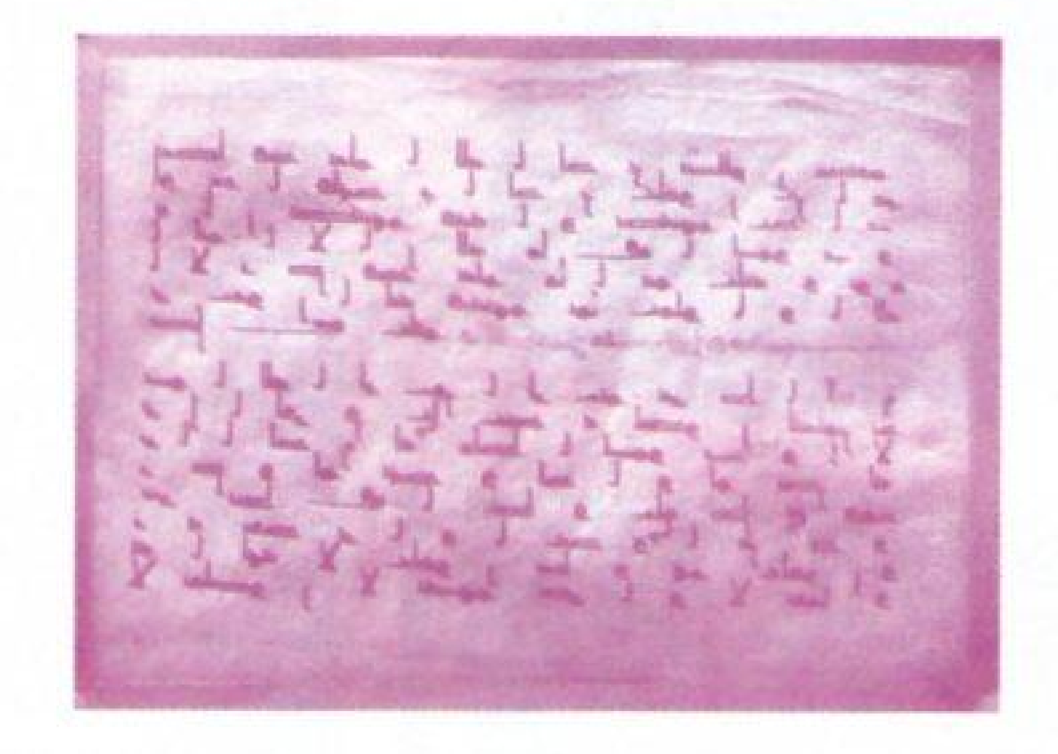
Preceptos obligatorios

Los preceptos del Corán, de obligado cumplimiento para los musulmanes, son cinco. De carácter perenne: la observancia del credo, de las oraciones diarias y de la limosna; de carácter puntual: el ayuno –comida, bebida, tabaco y sexo– y la peregrinación a La Meca.



↑ Manuscrito en árabe del Corán, fechado en el siglo XIV.

Credo	Alá, sus libros, sus profetas y el Juicio Final de los hombres.
Oración	Cinco veces al día, arrodillados en dirección a La Meca.
Limosna	La cuadragésima parte de los ingresos, como mínimo.
Ayuno	Durante el noveno período lunar del año (Ramadán).
Peregrinación	Hay que acudir a La Meca al menos una vez en la vida.

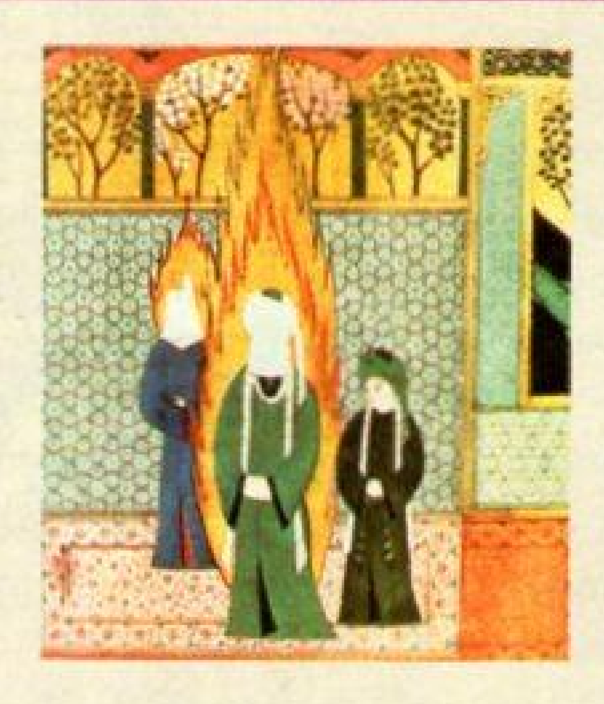


Los pilares del Corán

El Corán –que significa recitación– se fundamenta en cinco pilares: unicidad de Dios, Último Día, Paraíso, Infierno y función propia del Profeta. Su mensaje principal es que sólo hay un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta. Es la base del Islam –sumisión–, la religión profesada por los musulmanes –sumisos–. *Página del Corán, siglos VIII-X.*

Distintas interpretaciones

La lectura de algunos versículos del Corán provoca divergencias. Según los chiitas, resalta la condición especial de Alí; para los sunnitas, el libro es creado en el tiempo histórico; según los integristas, legitima la *Yihad* (guerra santa), ya sea como campaña militar o sólo de adoctrinamiento.



← Según el Corán, Mahoma fue inspirado por el arcángel Gabriel. *Mahoma reza junto a Alí y Kadija, miniatura del siglo XVI.*

El mundo musulmán y los abbasíes

La incertidumbre del sistema sucesorio contribuyó a la caída de los Omeya. El centro del Islam se trasladó de Damasco a Bagdad, y el poder pasó a manos de los abbasíes. Su primera tarea fue resolver los enfrentamientos entre las tribus árabes.

Bajo la dinastía de los abbasíes, el mundo islámico alcanzó su momento de esplendor. Si bien el reinado de la dinastía perduró hasta 1258, cuando el último califa fue depuesto por los mogoles, es cierto que la unidad del califato y el mismo gobierno abbasí dejó de ser una realidad a mediados del siglo XI, cuando los turcos selyúcidas pasaron a dirigir los territorios que aún se hallaban bajo el control de Bagdad. De hecho, el apogeo de los abbasíes se extendió desde 750 hasta 850, momento en que se inició una nueva etapa que duró hasta inicios del siglo XI, signada por las revueltas internas y la ruptura de la unidad religiosa.

Refundación del Estado

Aunque Abbu-l-Abbas al Saffah fue el primer califa abbasí, el verdadero creador de la dinastía fue Al-Mansur (754-775), quien estableció la capital del imperio en Bagdad, ciudad que él mismo fundó, y reestructuró la administración, confiriendo más poder a los gobiernos locales. Después del reinado de Al-Mahdi (775-785), el trono fue ocupado por el califa Harun al-Rashid (786-809), famoso, sobre todo, por las relaciones que estableció con el reino franco en época del emperador Carlomagno. Después de una sangrienta lucha entre los hijos de Harun al-Rashid, el califato pasó a manos de Al-Mamun (813-833), cuyo gobierno marcaría el cenit de la dinastía.

En la época abbasí, se llevó a cabo una refundación del estado, que pasó por una refundación del ejército. Contingentes árabes acantonados se hicieron cargo de la defensa de la fronteras en Yemen, Armenia, la India y las "marcas" bizantinas, mientras que en el corazón del califato –Irak, Mesopotamia, Siria y Egipto– se formó un ejército central que fácilmente se podía movilizar contra Bizancio, el imperio rival por excelencia, y que, al mismo tiempo, estaba en condiciones de sofocar cualquier revuelta interior. En cuanto a la organización de la administración local, se implantó un cierto margen de flexibilidad en el gobierno de las provincias fronterizas. En algunos casos, se la confiaba a las dinastías locales a cambio del pago de tributos.

El desarrollo económico

La dinastía de los abbasíes impulsó un desarrollo espectacular del comercio en todo el califato. La creciente arabización, la generalización del igualitarismo étnico y la incorporación al mundo islámico de zonas que hasta entonces habían estado al margen de las rutas comerciales propiciaron una gran expansión económica. Bagdad se convirtió en el centro de una amplia red comercial que se extendía hasta China y la India por el este; hasta Bizancio, Rusia y Escandinavia por el norte, y que incluía el Magreb y las ricas tierras subsaharianas por el oeste. Este inmenso volumen de intercambios mercantiles incrementó la concentración de población a lo largo de las rutas comerciales. A fines del siglo IX, una ciudad "lejana" como Samarcanda contaba con un censo de medio millón de habitantes. Las infraestructuras hidráulicas se ampliaron a fin de facilitar el desarrollo de la agricultura, pero no

Intercambios comerciales
Los árabes musulmanes enviaban a China coral y marfil, que había sido adquirido previamente en África oriental. De Extremo Oriente importaban porcelanas, telas de seda y papeles finos. Hacia Europa occidental, los árabes enviaban productos artesanales en metal, que eran altamente requeridos por los miembros de la nobleza. *Alhajero fabricado en Herat; siglo X.*



"Descripción del Paraíso que está prometido a los devotos: hay en él ríos de agua incorruptible; y ríos de leche, que no cambian de sabor; y ríos de vino, que complacen a quienes de ellos beben; y ríos de miel clara. Y en el disfrutarán de toda clase de frutos y del perdón de su Señor".



El Corán (siglo VII). *Imagen: el emir Al-Mahmun (siglo XIII).*



Un califa mítico
Quinto califa abbasí, Harun al-Rashid dirigió largas guerras contra el Imperio bizantino, debió enfrentar fuertes sublevaciones y mantuvo relaciones diplomáticas con Carlomagno. Su figura fue inmortalizada en numerosos cuentos de *Las mil y una noches*, donde se lo describe como un personaje de mítica magnanimidad y espíritu de justicia. *Harun al-Rashid; manuscrito del s. XVI.*



El tráfico de especias
El comercio de importación del océano Índico y de otros lugares más alejados de las costas musulmanas comprendía productos de lujo, como piedras preciosas y, sobre todo, especias, de las cuales la más solicitada era la pimienta, que no sólo era utilizada para sazonar alimentos sino también para conservarlos. *Navegación en el océano Índico; miniatura del siglo XIII.*





Las rebeliones chiitas
Los chiitas, miembros de una corriente islámica que planteaba un mayor rigor en la aplicación de las leyes religiosas, promovieron numerosas rebeliones que, a menudo, coincidieron con las aspiraciones secesionistas de algunas provincias.

sólo con criterios técnicos, sino también socioeconómicos: el desarrollo de formas productivas que favoreciesen el desarrollo y la coordinación de propiedades agrarias pequeñas e inhibiesen el surgimiento de latifundios.

La vida cultural
Pese a que las revueltas de los chiitas, en especial entre 762 y 786, en Irán, Siria y diversos puntos de la península Arábiga, estimularon sin duda el fortalecimiento de la ortodoxia sunnita, la cultura de la Antigüedad persa y griega afectó también la especulación religiosa. Surgieron diversas corrientes teológicas como, por ejemplo, la *falsafah*, que compaginaba los conocimientos empíricos con la lógica y la metafísica. En materia de leyes, los califas abbasíes intentaron codificar le ley islámica en la *sa'aría*, ya que hasta ese momento el Imperio árabe se había regido por leyes inconexas y hasta contradictorias. Niguna otra dinastía como la abbasí favoreció tanto el estudio de la filosofía y las ciencias de la Antigüedad.

El propio Al-Mamun fundó en Bagdad la *Dar al-Hikma* o Casa de la Sabiduría, que se convirtió en una importante escuela de traductores, que vertió al sirio y al árabe textos de Aristóteles e Hipócrates, así como también incontables obras de astronomía, física y matemáticas. En 751, la captura de un grupo de fabricantes de papel chinos reveló a los traductores árabes un soporte abundante y fácil de utilizar.

Durante el reinado de Harun al-Rashid, el legendario califa que es rememorado elogiosamente en los cuentos de *Las mil y una noches*, la ciudad de Bagdad alcanzó su mayor apogeo intelectual y se convirtió en capital del imperio más poderoso de la época.

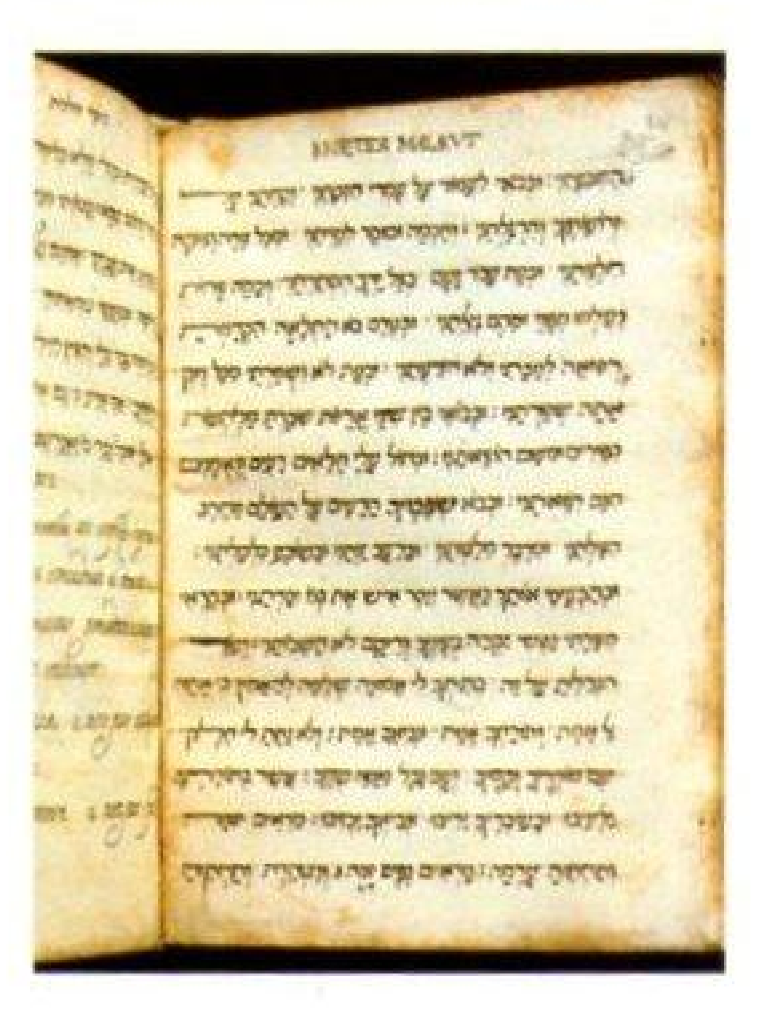
Al-Andalus: la España musulmana

A comienzos del siglo VIII, los árabes cruzaron el estrecho de Gibraltar y pasaron a la península Ibérica. Con el tiempo, la España musulmana llegó a convertirse en el país más importante de Occidente y de todo el mundo islámico.

La llegada de los árabes a Hispania se encuadra dentro de la expansión musulmana por el Magreb. Tras el sojuzgamiento de las tribus bereberes en el norte de África, los árabes aprovecharon la muerte del rey visigodo Vitiza (710) y cruzaron el estrecho de Gibraltar. En 711, el gobernador (*wali*) de Ifriqyya –nombre de la provincia del norte de África–, Musa ibn Nusayr, envió un ejército comandado por Tarq ibn Ziyad que derrotó en Wadi-Lakka (Guadalete) a las tropas visigodas del rey Rodrigo. La crisis que afectaba al reino de Toledo, en abierto proceso de desintegración, facilitó el avance musulmán, sin hallar resistencia. Los musulmanes aplicaron en España la misma política que en otros territorios: pactar la rendición de los pueblos ocupados sin imponerles ni su religión ni sus estructuras organizativas, limitándose al cobro de tributos.

Un gran espíritu de tolerancia

Los distintos gobernantes árabes en España se caracterizaron por la tolerancia hacia las demás religiones. Los judíos ocuparon altos cargos en diversos gobiernos y vivieron un gran desarrollo cultural, que se tradujo en la producción de importantes obras científicas, literarias y filosóficas, escritas en hebreo y en árabe. *Página del* Kheter malkut, *del poeta Ibn Gabirol; siglo XIV.*



El estado omeya

En la mayoría de los casos, los pueblos ocupados aceptaron sin resistencia integrarse en la *umma*. El avance musulmán continuó hasta más allá de los Pirineos, pero fue detenido en Poitiers (732) por las tropas francas de Carlos Martel. La ocupación árabe se concentró en Al-Andalus y se dedicó a repartir las tierras pertenecientes a la Iglesia y a los nobles visigodos entre los campesinos, ganándose de este modo su apoyo.

Sólo una pequeña región perteneciente a la cornisa cantábrica no fue controlada de manera directa por la *umma*. Los diferentes clanes árabes y otras etnias (egipcios, sirios) integrantes del ejército musulmán se esparcieron por gran parte de la península hispánica. Los bereberes, traídos desde el norte de África, se instalaron en el sur de Portugal, en Sierra Morena y en la región levantina. Los clanes orientales se asentaron principalmente en los valles del Ebro y del Guadalquivir.

La revolución abbasí, que desplazó a la dinastía Omeya de Damasco, llegó a la provincia de Al-Andalus. En 755, uno de los pocos omeyas sobrevivientes, Abd al-Rahman (nombre castellanizado como Abderramán), se proclamó emir independiente del califato de Bagdad y gobernó como tal entre 756 y 788. Su política tendió a fortalecer el poder del emirato frente al poder tribal, a la creación de una sólida burocracia que garantizase ese control y a la formación de un ejército profesional, en gran medida integrado por mercenarios (incluso cristianos), que pudiese imponerse a los contingentes mantenidos por los poderes clánicos.

El estado omeya de Al-Andalus se convirtió en una potencia económica de primer orden. Su momento de esplendor estuvo marcado por el gobierno de Abd al-Rahman II (792-852). El desarrollo comercial, que propició un intenso proceso urbanizador, vinculaba a los reinos cristianos del norte con el Imperio bizantino, el califato de Bagdad y el norte de África. Este desarrollo económico continuó bajo los gobiernos de los emires Muhammad I (852-866) y al-Mundir (886-888). Bajo el emirato de este último estalló la primera gran crisis política.

"Mientras la dinastía de los Omeya ocupó el trono de Córdoba, los sucesores de Abd al-Rahman consiguieron de sus súbditos amor hacia sus personas, mezclado de un respeto reverencial. Para ello rodeaban su corte de esplendor y mostraban la mayor magnificencia siempre que aparecían en público".

Ibn Said (1204-1274). Autor del *Libro del Magreb. Imagen: ilustración de Abd al-Rahman; s. XIX.*





La mezquita de Córdoba
Capital de Al-Andalus, Córdoba (*Qurtuba*, en árabe) se destacó por el esplendor de sus edificios, entre los que destaca la mezquita. Su oratorio descansa sobre 110 columnas procedentes de monumentos romanos y visigodos. Obra única de la arquitectura árabe, tiene dos series de arcos superpuestos. *Oratorio de la mezquita de Córdoba; siglo VIII.*

El último visigodo

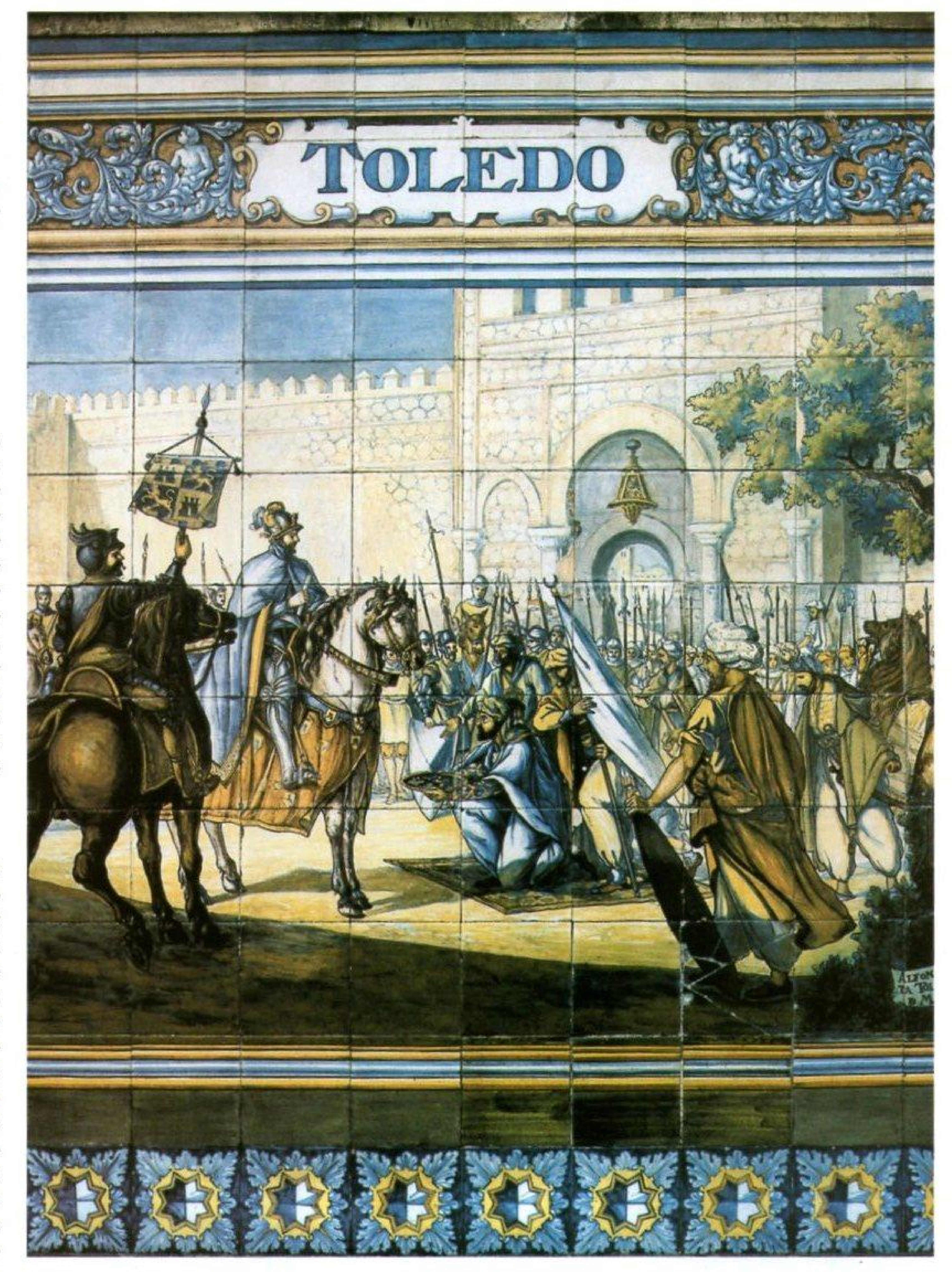
Rodrigo fue el último rey visigodo de España. Su derrota en Guadalete marcó el inicio de la presencia árabe en la península. De todos modos, la islamización del territorio no se completó hasta el reinado de Abd al-Rahman II, en el siglo IX.

Desde la conquista de España, la adopción del islamismo por parte de la población local fue un fenómeno minoritario. También se mantuvieron con bastante autonomía las estructuras de poder originales, al margen de las relaciones clánicas musulmanas. Este estatus era reconocido por la comunidad islámica y, en contrapartida, los sectores cristianos pagaban diversos tributos a la *umma*, que estaba representada por la corte de los Omeya en Córdoba. Si bien bajo el emirato de Muhammad I se mantuvieron la prosperidad económica y la libertad religiosa, el incremento tributario, debido al crecimiento de la burocracia administrativa y militar, generó malestar tanto entre los árabes como entre los cristianos. Las malas cosechas agravaron la situación. En 880 se produjo un levantamiento generalizado contra el gobierno cordobés. La represión ejercida por los omeyas produjo la primera guerra civil (*fitna*), que puso en peligro la unidad del emirato. La revuelta fue apoyada principalmente por los clanes bereberes, que reclamaron su participación en la corte cordobesa, y ciertos núcleos de población cristiana. La conver-

El modelo urbano

La ciudad de Córdoba, capital de Al-Andalus, constituyó el modelo de las ciudades que crecieron bajo la dominación del Islam. El centro neurálgico de la vida urbana era la *medina*. En ella se concentraban las funciones políticas, administrativas, económicas, culturales y religiosas. Habitada por comerciantes, religiosos y eruditos, en sus calles se levantaban el zoco o mercado, la gran mezquita, las escuelas, las tabernas, los baños. En un lugar elevado se situaba la *alcazaba*, recinto amurallado de carácter defensivo, donde estaba la sede del gobernador (*alcaide*). En el exterior de la medina, se extendían concéntricamente los arrabales, donde se agrupaban los habitantes según su religión (judería, mozarabía). Finalmente, la ciudad estaba abrazada por un cinturón de huertas, que aseguraban el abastecimiento del zoco, lo que permitía que la urbe tuviera cierta autonomía a la hora de proveerse. Tanto la medina como los arrabales estaban integrados por barrios más pequeños (*harats*), a veces de una sola calle, y provistos de puertas que solían cerrarse por la noche. Estos harats formaban pequeñas unidades que solían contar con mezquita propia, zoco y baños.

El avance de los reyes cristianos
En 1085, Alfonso VI, rey de Castilla, conquistó la ciudad de Toledo. Fue uno de los hitos que marcó la conquista por parte de los reinos cristianos de los territorios ocupados por los árabes. Durante siglos, pese a los enfrentamientos militares, Córdoba y los reinos cristianos mantuvieron un rico intercambio comercial y cultural. *Alfonso VI entra en Toledo, mural cerámico del siglo XX.*



sión al cristianismo de Umar ibn Hafsun, cabecilla de la revuelta, le restó el apoyo de los árabes musulmanes que lo habían respaldado. El emir aprovechó para declarar la *yihad* (guerra santa) contra los "infieles" y, prácticamente, la totalidad de los clanes árabes lo secundaron. Hacia 900, Córdoba ya había vuelto a controlar todas las provincias. En 912, Abd al-Rahman III redujo la sublevación a una pequeña región de las Alpujarras, liquidada en 929.

La edad de oro

Durante el largo emirato de Abd al-Rahman III (912-961), Al-Andalus reformó la administración y alcanzó su mayor desarrollo. En 929, convencido de que el califato de Bagdad había alentado la revuelta de Ibn Hafsun, el emir se proclamó califa y consolidó de forma definitiva el poder central en Córdoba, reduciendo al mínimo la autonomía de las regiones (*coras*). Esta restricción se vio acompañada de una mayor presión sobre la población cristiana para que se islamizase. Todas las *coras* se vieron obligadas a pagar tributos a Córdoba, tanto en especies como en dinero.

Durante su mandato, y el de su hijo al-Hakam II (961-976), la estructura de los clanes se diluyó en la comunidad musulmana, al mismo tiempo que el papel del ejército, depurado de elementos bereberes y cristianos, se fortaleció. En ese período también se inició una política de contención de las fronteras del norte. Los reinos cristianos de León, Castilla y Navarra acentuaron su política expansiva hacia el sur, lo que llevó al califato omeya a emprender contra ellos campañas militares.

La actividad comercial de Al-Andalus se expandió por toda Europa, el norte de África y Asia. La producción de objetos de lujo, codiciados por las diversas aristocracias locales, auspició el surgimiento de un artesanado especializado, que se desarrolló alrededor de los zocos (mercados) de las grandes ciudades. Para asegurar el control económico, fueron enviados a varias ciudades del norte de África funcionarios que se dedicaban a controlar las rutas de los metales preciosos que eran producidos en diversos países asiáticos y en Sudán.

Los reinos de taifas

El esfuerzo por homogeneizar Al-Andalus por encima de las diferencias tribales no impidió que la corte se convirtiese en un nido de intereses contradictorios. En 976,



El control del Mediterráneo
El enfrentamiento entre los imperios árabe y bizantino giraba alrededor del control del Mediterráneo. En el año 825, la isla de Creta fue ocupada por las tropas de Al-Andalus, al mando de Abu Hafs Umar al-Ballut. El Imperio bizantino consiguió recuperarla en 961. *Conquista de Creta por los andalusíes; miniatura del siglo XIV.*



Desmembración del califato
En el siglo XI, el califato de Al-Andalus se desmembró en distintos reinos independientes, llamados taifas. Esta división política no significó, en absoluto, un hundimiento de la vida cultural, sino sólo su dispersión. Ciudades como Sevilla, Granada y Valencia se convirtieron en nuevos focos de cultura. *Príncipes en Granada; siglo IX.*



Amenaza carolingia

La expansión árabe en la península Ibérica amenazó con extenderse al resto de Europa. Carlomagno avanzó hacia España, pero fue detenido en los Pirineos por las tropas musulmanas. Sufrió un descalabro en el desfiladero de Roncesvalles.

a la muerte del califa al-Hakam II, irrumpió la figura de Abu Amir Muhammad ibn Abi-Amir, más conocido como al-Mansur o por el nombre castellanizado de Almanzor. El control del aparato militar, apoyado en los clanes bereberes, le permitió gobernar por encima de Hisam II (976-1013), el nuevo califa. La *yihad*, especialmente contra los reinos cristianos de la península, se convirtió en el recurso político por excelencia. Sus *aceifas* (expediciones militares), como los saqueos de Cataluña (985) y Santiago de Compostela (997), arrojaron un botín que, de hecho, apuntaló una dinastía paralela a la de los califas omeyas. Su muerte en Medinacelli (1002), precisamente en una de sus campañas militares, desencadenó una segunda *fitna*, que afectó seriamente la unidad de Al-Andalus. Abd al-Malik al Muzaffar, hijo de Almanzor, encabezó las tropas encuadradas por los bereberes, quienes se enfrentaron a los ejércitos "legitimistas", partidarios de la continuidad de los Omeya. Al sentirse derrotados, los bereberes pidieron ayuda a los reinos cristianos, que vieron la oportunidad para iniciar la "reconquista". Los acuerdos y choques entre musulmanes y cristianos desbordaron totalmente el problema religioso. Bajo el califato de Sulayman al-Mustair (1013-1016), Al-Andalus se desmembró en diversos reinos árabes independientes de Córdoba (taifas), al tiempo que surgieron en la península diversos reinos cristianos. Bajo el gobierno del último califa omeya de Córdoba, Hisam III (1027-1031), la división fue definitiva.

La ciencia y la literatura bajo el Islam

A partir del siglo IX se configuró con gran fuerza la cultura islámica. Sin el menor prejuicio, los eruditos árabes supieron rescatar y asimilar lo esencial de las culturas antiguas y de las que encontraron durante la expansión islámica.



"La ley religiosa no censura la autoridad real como tal ni prohíbe su ejercicio. Elogia la justicia, la honradez y el cumplimiento de las obligaciones y la defensa de la religión. Para librarse del desacuerdo es suficiente con que cada individuo sepa que la injusticia le está prohibida por la autoridad del intelecto".

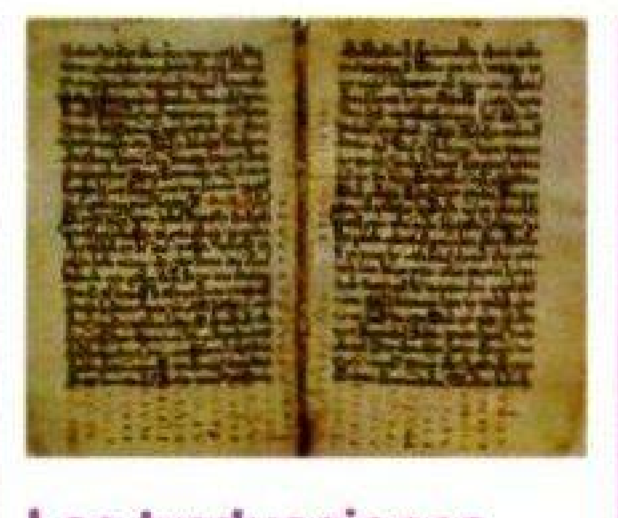
Ibn Jaldun (1332-1406). Historiador árabe. *Imagen: astrolabio árabe (siglo IX).*

Hacia el siglo X, en la etapa de máximo esplendor de los califatos independientes, la cultura islámica alcanzó su mayor apogeo. A partir de una lectura más elaborada del Corán, el Islam revalorizó y actualizó la filosofía griega clásica, en particular de Platón y Aristóteles. La proverbial tolerancia islámica hacia las culturas dominadas permitió que diversas tradiciones, de muy distinto signo y procedencia, se integrasen en una rica actividad intelectual. Las ciudades se constituyeron en focos de elaboración y propagación de la actividad científica y literaria, favorecida por el mecenazgo de los califas. En el siglo XI, a la luz de este movimiento, surgieron las escuelas oficiales, verdaderos centros de estudios universitarios.

Ciencia y tecnología

El humanismo inherente al Islam y su tendencia –de fuerte ascendencia hebrea– a anteponer los problemas concretos a las especulaciones teológicas, hicieron que la religión y la ciencia pudiesen convivir armónicamente. Este sentido práctico de la actividad intelectual le confirió a la ciencia un carácter eminentemente experimental y técnico. El ejemplo más claro de esta actitud fue el gran desarrollo que alcanzó la mecánica, reflejado en la construcción de obras hidráulicas destinadas al mejoramiento de la actividad agrícola y la producción de alimentos.

Asociadas a la comprensión de los fenómenos físicos, las matemáticas y la astronomía fueron las ciencias que alcanzaron mayor desarrollo. En el campo de la matemática, el aporte más relevante fue la difusión del impropiamente llamado "sistema numérico arábigo". Originario de la India, fue transmitido y perfeccionado por el Islam y acabó por sustituir a la numeración romana. La invención del cero o la imposición en el lenguaje de palabras árabes como "álgebra", "cifra" o "aritmética", indican la importancia de sus estudios matemáticos. Un ejemplo claro lo constituye el hecho de que el



Las traducciones
A partir del siglo X, los árabes tradujeron las obras de los grandes pensadores griegos –como Platón, Aristóteles y Euclides– y del romano Plotino, y las dieron a conocer a Occidente.

nombre de uno de los grandes matemáticos musulmanes, al-Juwarizmi (muerto en 835), generó el término "guarismo".

Desprendiéndose de los estudios astrológicos, surgidos en Mesopotamia, la astronomía propició la elaboración de teorías y técnicas avanzadas. La elaboración de calendarios, mapas celestes e instrumentos como el astrolabio, que fue decisivo para el avance de la navegación, están vinculados a la medición del arco del meridiano, lograda por los astrónomos del Islam. En el año 1000, al-Biruni formuló de manera racional la primera teoría heliocéntrica. Las ciencias naturales también sufrieron cambios decisivos. Los alquimistas, que habían alcanzado gran desarrollo en Egipto y luego en la península Ibérica, sentaron las bases de la química moderna. Por primera vez, se sintetizaron ácidos y alcoholes, y se sistematizaron las primeras reacciones químicas con fines industriales, como tinturas textiles. El uso de plantas medicinales y la experimentación anatómica impulsaron el avance de la medicina. Los médicos islámicos, considerados los mejores, fueron convocados frecuentemente por reyes y príncipes cristianos. Las obras de Abu Ali al-Husayn ibn Sina, conocido como Avicena (980-1037), fueron textos básicos de la medicina occidental hasta el siglo XVI.

Literatura y ciencias sociales

La narrativa y la poesía alcanzaron un nivel de trascendencia. En el siglo XI, Ibn Hamz aportó cambios

en la temática y las formas narrativas que influyeron en la literatura occidental. Cabe destacar la legitimación de la sensualidad y del placer que, extendida por los trovadores occitano-catalanes, constituyó un gran aporte a las letras europeas. Por otra parte, los textos del Islam no dejaron de registrar el rico proceso por el cual el árabe culto fue desplazado por el árabe vulgar.

Esta evolución se tradujo en grandes aportes lingüísticos a la formación de las lenguas romances derivadas del latín. También los libros de viajes y los relatos fantásticos, como *Las mil y una noches*, cuyas traducciones proliferaron en Europa, ejercieron una influencia decisiva en la literatura occidental, en primer lugar a través de los cantares de gesta y, luego, de los libros de caballería.

En el plano filosófico, las obras de Platón y Aristóteles fueron traducidas y comentadas, generando una corriente filosófica lógica y racional como, por ejemplo, la representada por Muhammad ibn Rusd, conocido como Averroes. Su vasta obra, que revolucionó el pensamiento al demostrar la necesidad de desprender la filosofía de la religión y dotarla de una autonomía más racional, constituyó uno de los pilares de santo Tomás de Aquino, padre de la escolástica cristiana.

También cabe destacar los aportes a la geografía, que se reflejan en la rica producción cartográfica del Islam. Finalmente, en el campo de la historiografía sobresale la gran figura de Ibn Jaldun (1332-1406), cuyas obras aún estudiadas para explicar la evolución y decadencia del Islam.



Avicena, hombre de ciencia
Médico, naturalista y filósofo de origen persa, y funcionario en la corte de Bagdad, Avicena dejó alrededor de 200 obras, en su mayoría dedicadas a estudios científicos. Entre ellas sobresale *El canon de la medicina*, que fue traducido al latín por Gerardo de Cremona en el siglo XII y adquirió gran difusión en Europa. *Avicena en uno de sus experimentos (siglo XV).*

La figura de Averroes
Muhammad ibn Rusd (1126-1198), cuyo nombre fue castellanizado como Averroes, destacó como filósofo, médico y jurista. Originario de Córdoba (España), es el más célebre comentarista árabe de los textos de Aristóteles. Sus obras, que se difundieron en Occidente a través de traducciones al hebreo y al latín, influyeron muy profundamente en la escolástica cristiana. *Estatua de Averroes en Córdoba.*

Arquitectura y artes plásticas

En el ámbito del Islam, la religión condicionó de forma decisiva las distintas manifestaciones artísticas. La prohibición de reproducir imágenes humanas se tradujo en un alto grado de abstracción y un fuerte contenido simbólico.

A diferencia de las ciudades grecorromanas, en los núcleos urbanos islámicos escaseaban los grandes edificios de uso colectivo y las plazas y espacios abiertos públicos. Las grandes construcciones se relacionaban con la religión (mezquitas, escuelas coránicas y hospitales) o con la actividad comercial. Había mercados al aire libre (zocos) que, a veces, estaban cubiertos por toldos o mampostería. Las casas particulares, respondiendo a un criterio igualitarista, eran similares. Estaban concebidas con vistas a preservar la intimidad, que salvaguardaba especialmente a la mujer de la actividad pública. Las viviendas estaban construidas en tapia blanca y solían contar con un *ajimez*, un pequeño balcón protegido por celosías de madera que dificultaban la visión desde la calle, pero no desde el interior. Toda la vivienda se desarrollaba alrededor de un patio, que constituía la entrada de aire y luz. En este espacio interior abierto abundaban las plantas y el agua (estanques, surtidores, fuentes), elementos que ayudaban a aliviar el calor.

La plasticidad de la escritura
El uso decorativoo de la caligrafía alcanzó uno de sus momentos de mayor esplendor en la gran mezquita de Córdoba, en cuyas paredes abundan los versículos del sagrado Corán, con una carga simbólica y de estilización insuperable. Es la única que se conserva de las más de 600 que hubo en la Córdoba califal. *Cúpula de la mezquita de Córdoba.*

Los palacios

Las grandes residencias privadas, pertenecientes a príncipes, gobernadores y miembros de la nobleza, se levantaban en las proximidades de la mezquita o, a veces, en una zona rural cercana al núcleo urbano. Los palacios rurales se construyeron en particular bajo el período omeya, sobre todo en Oriente Próximo, mientras que, bajo el reinado de los abbasíes, predominaron los palacios urbanos. La Alhambra de Granada, por ejemplo, responde a este último tipo. Por lo general, estas construcciones se articulan con rigurosa simetría. Cada una de las unidades en que se subdividen constituyen una agrupación de dependencias, entre las que siempre destaca un salón principal. Toda esta estructura, a su vez, está organizada alrededor de un patio con abundante vegetación, estanques y surtidores de agua. El palacio suele estar amurallado, con torretas en las esquinas y a lo largo del muro. Después de la puerta principal se accede a la zona pública con grandes salas de espera y vestíbulos. Cuenta también con un espacio central que oficia de salón de recepción, que en los primeros siglos tenía planta basilical y, posteriormente, fue un cubo cubierto por una cúpula o una armadura a cuatro vertientes. En estas residencias, el *harem* constituía una de las áreas privadas por excelencia. En esta zona solían encontrarse los baños, con habitaciones de diferentes temperaturas y sistemas de calefacción similares a los desarrollados por los romanos. En los palacios también abundaban los jardines con pabellones o quioscos, pequeñas edificaciones cubiertas con una cúpula, destinadas a fines muy variados, desde oficiar como locutorios íntimos a ámbitos de lectura o meditación.

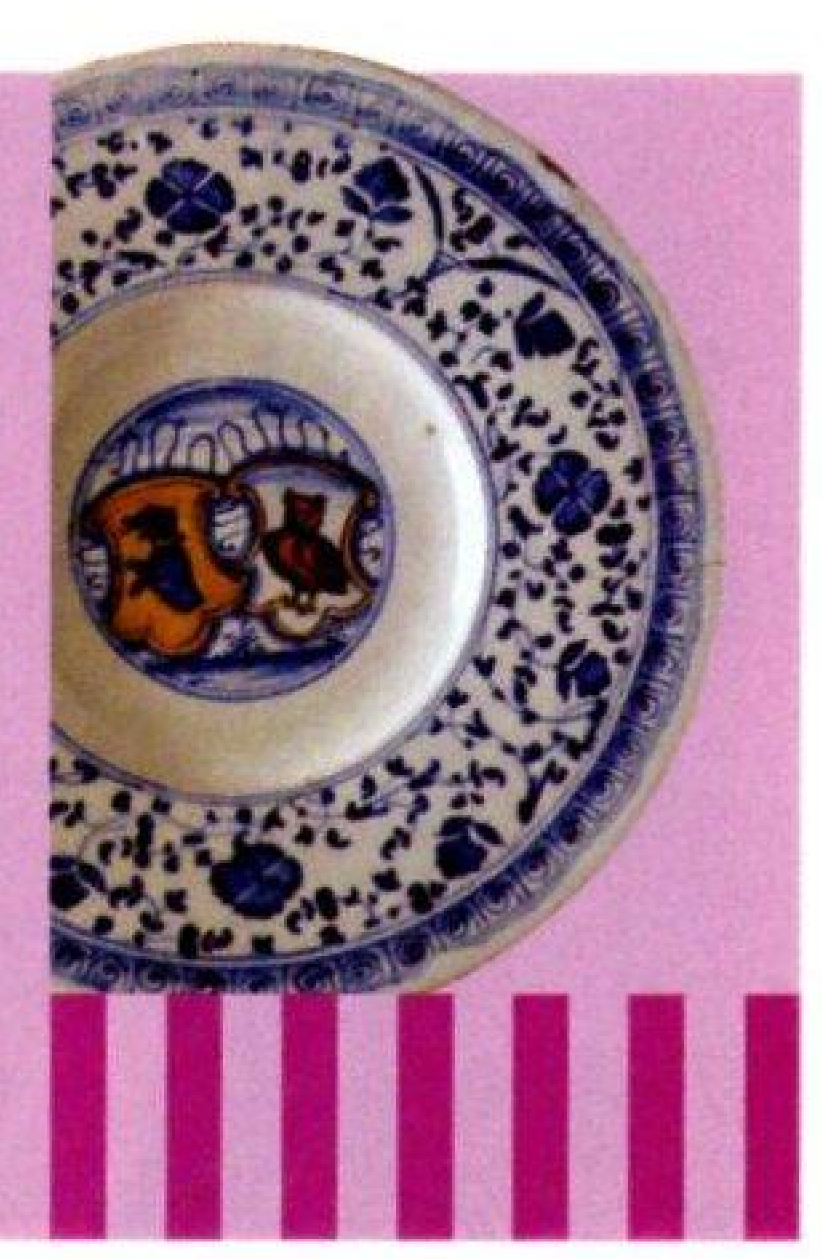
Las mezquitas

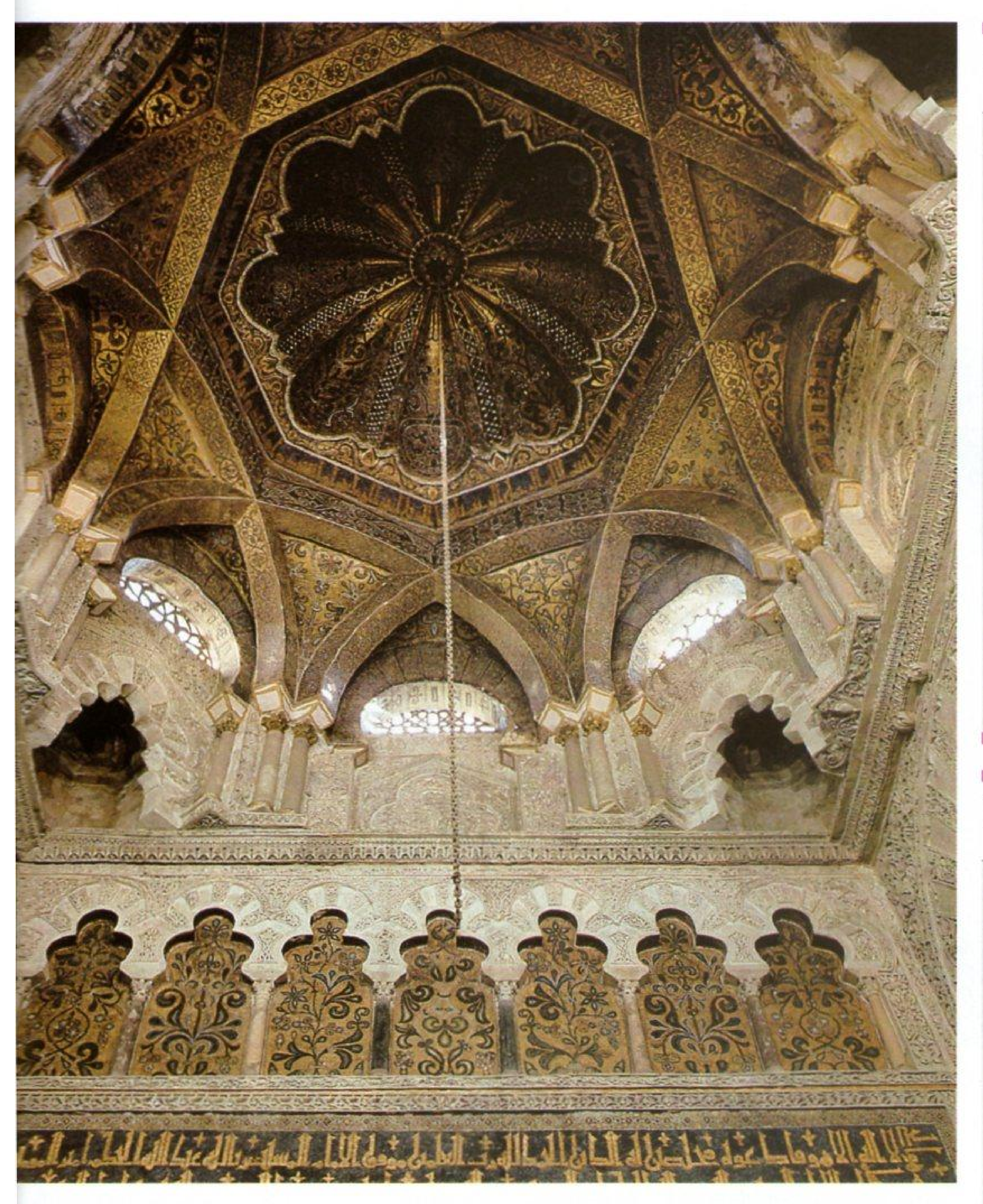
En árabe, mezquita significa "lugar donde uno se postra ante Dios". Inicialmente, como el precepto del Corán establece que "donde hay alguien rezando hay una mezquita", las mezquitas estaban diseminadas por los barrios y eran construcciones poco diferenciadas del resto de las viviendas. De este modo, se facilitaba que el creyente pudiese cumplir con la obligación de rezar varias veces al día.

Con el tiempo, en la medida en que la religión fue adaptada a la existencia de un poder centralizado, surgieron las llamadas "mezquitas del viernes", destinadas a la

"Muchos demonios habitan en este desierto. Si el viajero está solo, juegan con él y lo distraen. No hay más que arena que lleva el viento (...). Me pareció destacable que el guía fuera tuerto y estuviera enfermo del otro ojo, y sin embargo conociera el camino mejor que nadie".

Ibn Battuta (1304-1377). Viajero y geógrafo árabe. *Imagen: plato andalusí; s. X.*





plegaria colectiva de ese día. Estas mezquitas suelen estar situadas en el centro de la ciudad y, según la tradición, su estructura está inspirada en la casa que construyó Mahoma en Medina, cuando huyó de La Meca. Es el tipo de mezquita conocida como hipóstila, cuyo prototipo sería la Gran Mezquita de Damasco, en Siria, contruida por al-Walid en el siglo VIII sobre la iglesia de San Juan. En la mezquita está presente la sucesión de espacios abiertos y cubiertos que se observa en los palacios. Al trasponer la puerta principal, se ingresa en un patio rectangular porticado. En él se encuentra la fuente para las abluciones que deben realizarse antes de la oración. El comienzo de la plegaria va precedida por una llamada pública ritual, que el muecín realiza desde lo alto del minarete, situado en uno de los ángulos de la mezquita. Desde el patio se accede a la sala de oración, un espacio que, en función del igualitarismo religioso, no tiene ejes compositivos que definan zonas especiales o jerarquizadas. La sala está formada por naves perpendiculares al muro del fondo, que siempre está orientado hacia La Meca.

En la región del Mediterráneo, el incremento de la población musulmana obligó a ampliar las salas de oración. Esta necesidad se cubrió mediante la superposición de elementos de sostén para poder elevar el techo. En la pared del fondo (*qibla*) se abre una especie de

La poesía

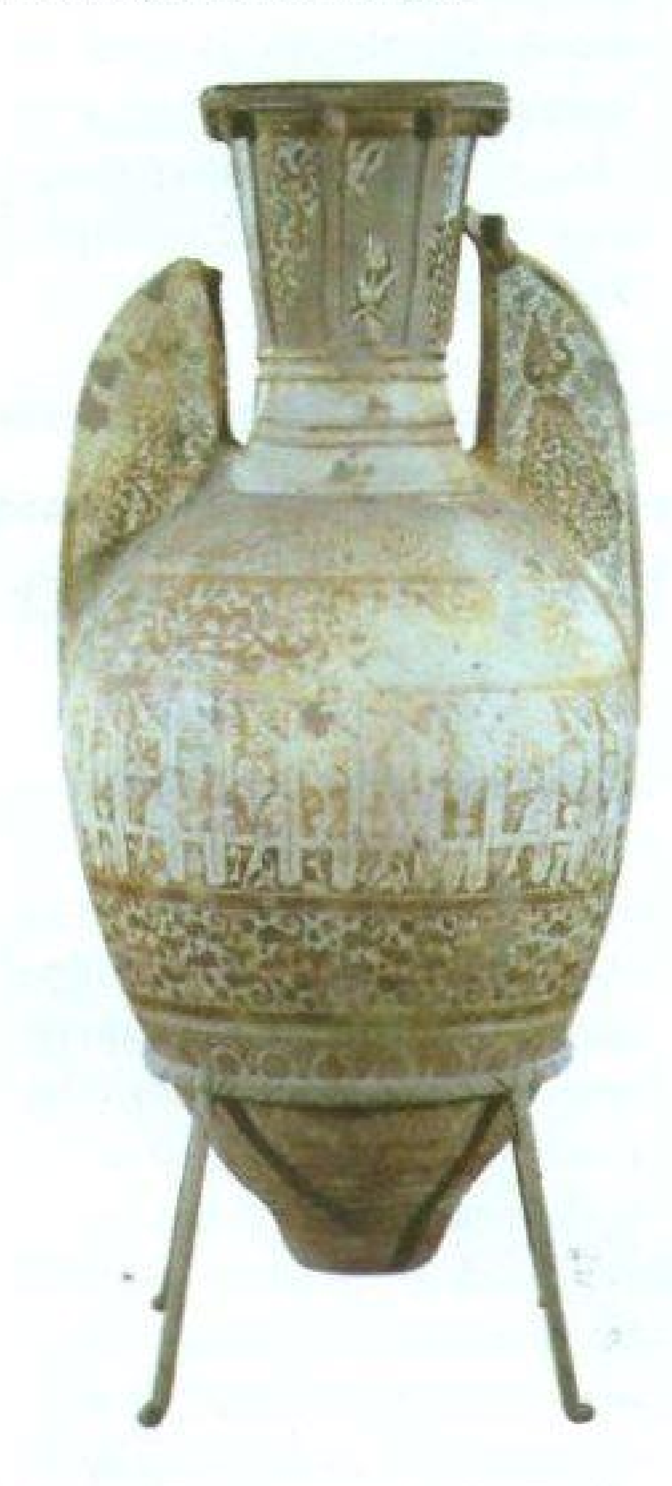
En la literatura árabe, el primer lugar está ocupado por la poesía. Carentes de un sentido personalista de la creación poética, los escritores de la época de los abbasíes conservaron antiguos poemas que, sin ellos, se hubiesen perdido, pero mezclándolos con otros de su propia creación. Los dos autores más ilustres de este género son Abu Tammam (800-845) y Buhturi (920-987), cuyas recopilaciones aún se leen en las escuelas árabes modernas. En la producción poética posterior, la presencia del autor es más notoria. Cabe recordar la obra de Abu Nuwas, pariente de Harun al-Rashid, Abu al-Ahnaf y Bassar ben Burd, cuya sensualidad lo llevó a ser ejecutado por obsceno en 784.

Un arte estilizado

Como los artistas bizantinos, los musulmanes ignoraban la escultura monumental en alto relieve o estatuaria, y prodigaban, sin embargo, el grabado en bajorrelieve en la piedra o en revestimientos de estuco. La prohibición religiosa de realizar representaciones de figuras humanas y de animales se tradujo en la búsqueda de un arte más abstracto, de formas estilizadas de vegetación y de dibujos geométricos entrelazados, llamados arabescos, así como en la aplicación ornamental de la caligrafía. Sin embargo, los artistas musulmanes no dejaron de decorar con escenas de animales y humanas las principales habitaciones de numerosas viviendas particulares, los objetos de mobiliario y los manuscritos de lujo, arte que posteriormente fue desarrollado por los artistas turcos.

Una intención narrativa
En la plástica islámica, con un estilo eminentemente ilustrativo, predomina la intención narrativa, especialmente en lo referido a la vida de Mahoma y los grandes acontecimientos de la historia musulmana. Es un recurso para asegurar la continuidad de la tradición. *Mujeres paganas de La Meca mutilan a los caídos en la batalla de Uhud; s. XIII.*

Un estilo inconfundible
La cerámica del Islam conserva la impronta de los orígenes en el desierto arábigo. Los artesanos de Málaga (España), sin perder estas raíces, convirtieron la cerámica en una actividad suntuaria. Sus platos dorados con reflejos metálicos y los jarros vidriados se exportaron a todo el mar Mediterráneo. *Jarrón conservado en la Alhambra.*



hornacina que cumple las funciones de espacio sagrado y que aumenta la voz del imán. En la ceremonia, éste pronuncia su sermón desde el púlpito. El interior de la mezquita, de estructura adintelada, suele mostrar un bosque de columnas, unidas por arcos que pueden ser lobulados, apuntados o de medio punto.

La escultura

Uno de los preceptos fundacionales de la religión islámica fue la prohibición de la creación de imágenes, especialmente humanas. Retomar esta normativa, establecida explícitamente por el judaísmo en el Antiguo Testamento, fue el recurso de Mahoma para condenar los diversos cultos paganos que proliferaban en la península Arábiga y reafirmar el carácter monoteísta de su credo. Este principio religioso condicionó fuertemente el desarrollo del arte musulmán. Por lo tanto, en el arte islámico no se puede hablar exactamente de escultura, en el sentido tradicional del término, pero cabe destacar los trabajos en metal. Las piezas, por lo general pequeñas, están inspiradas en las esculturas de los pueblos nómadas de Asia central.

Nacidas en Mesopotamia, las artes del metal tuvieron su momento de esplendor entre los siglos X y XII, a través de la producción de objetos decorados con elementos de carácter abstracto y fuerte contenido simbólico, como figuras geométricas, trazos que, precisamente, pasaron a la historia como "arabescos", y versículos –en su mayoría coránicos– estilizados. Los recursos técnicos habituales eran la fundición, el laminado, el repujado y el buril. Fue habitual el uso de la decoración calada o hecha a base de agujeros. También se desarrolló la técnica del damasquinado, consistente en el grabado de surcos sobre el metal, que se rellenaban con hilos de oro, plata o latón y luego se pulían. Los centros principales del damasquinado fueron Damasco, Mosul y El Cairo. Entre los objetos producidos sobresalen los agua-



Una escritura particular
Fuente de la fe islámica, el Corán suele ser "iluminado" (escrito) en caracteres cúficos, tipo de escritura desprovista de puntos diacríticos. El islamismo da por supuesto que ningún musulmán los necesita para entender el libro sagrado por excelencia. *Detalle de una página del Corán del emperador Muley Zira, escrito en La Meca en 1599.*

Arquitectura hispano-árabe
En la arquitectura hispano-árabe, entre otros hallazgos, sobresalen los grupos de arcos de herradura montados unos sobre otros, que conforman arcos ojivales –tapados por muro decorado–, dispuestos sobre pilastras, con despiece radial en dovelas de piedras que alternan con grupos de ladrillos rojos. *Muro lateral de la mezquita de Córdoba, España.*



La Alhambra
Ciudad-palacio fortificada, la Alhambra fue construida en Granada, España, como residencia de verano por los reyes nazaríes. Dividida en la Alcazaba (fortaleza) y la Casa real, la Alhambra ha sido declarada Patrimonio de la Humanidad.

maniles, pebeteros, lámparas de mezquitas y palacios, atriles para la lectura del Corán, braseros, incensarios y cofres. Entre las artes del metal sobresalió, además, la producción de armas (espadas, puñales, escudos), que se combinaba con el trabajo del marfil y piedras preciosas. También destacaron los trabajos en madera tallada para la fabricación de puertas, atriles y mamparas para delimitar el interior de las mezquitas.

Pintura, cerámica y tejido

La expresión más genuina de la pintura islámica fue la miniatura. Si bien el Corán nunca fue ilustrado con imágenes, fue decorado con caligrafías o motivos decorativos muy estilizados. El arte de la miniatura se centró especialmente en los libros científicos y en los textos de fábulas y cuentos. Con una fuerte influencia china, se caracterizó por la profundidad en la concepción del paisaje, logrado por medio de la creación de atmósferas a partir del colorido. Entre los grandes miniaturistas sobresale el nombre de Behzad, de la escuela de Herat.

La cerámica islámica se desarrolló inicialmente en los talleres de Mesopotamia y Persia y, más tarde, en los de Al-Andalus, sobre todo en Valencia. El mayor aporte fueron las piezas de reflejo metálico, y el uso de alicatados para recubrir paredes y pavimentos, así como la producción de objetos de vidrio esmaltado y cristal.

En el ámbito textil sobresalieron las alfombras. Se caracterizan por tener una o varias cenefas en los laterales y una zona central, subdividida en recuadros, con motivos dispuestos de manera geométrica. Destinadas mayoritariamente a la oración, las alfombras eran fabricadas según tres modelos: de nudos (*goliboft*), tejidas (*klim* o *karamani*) y de punto cadena (*sumak*). Su temática se basa en la estilización de elementos vegetales y animales, tendiendo a la abstracción y a una ocupación total del espacio.

La mezquita de Córdoba

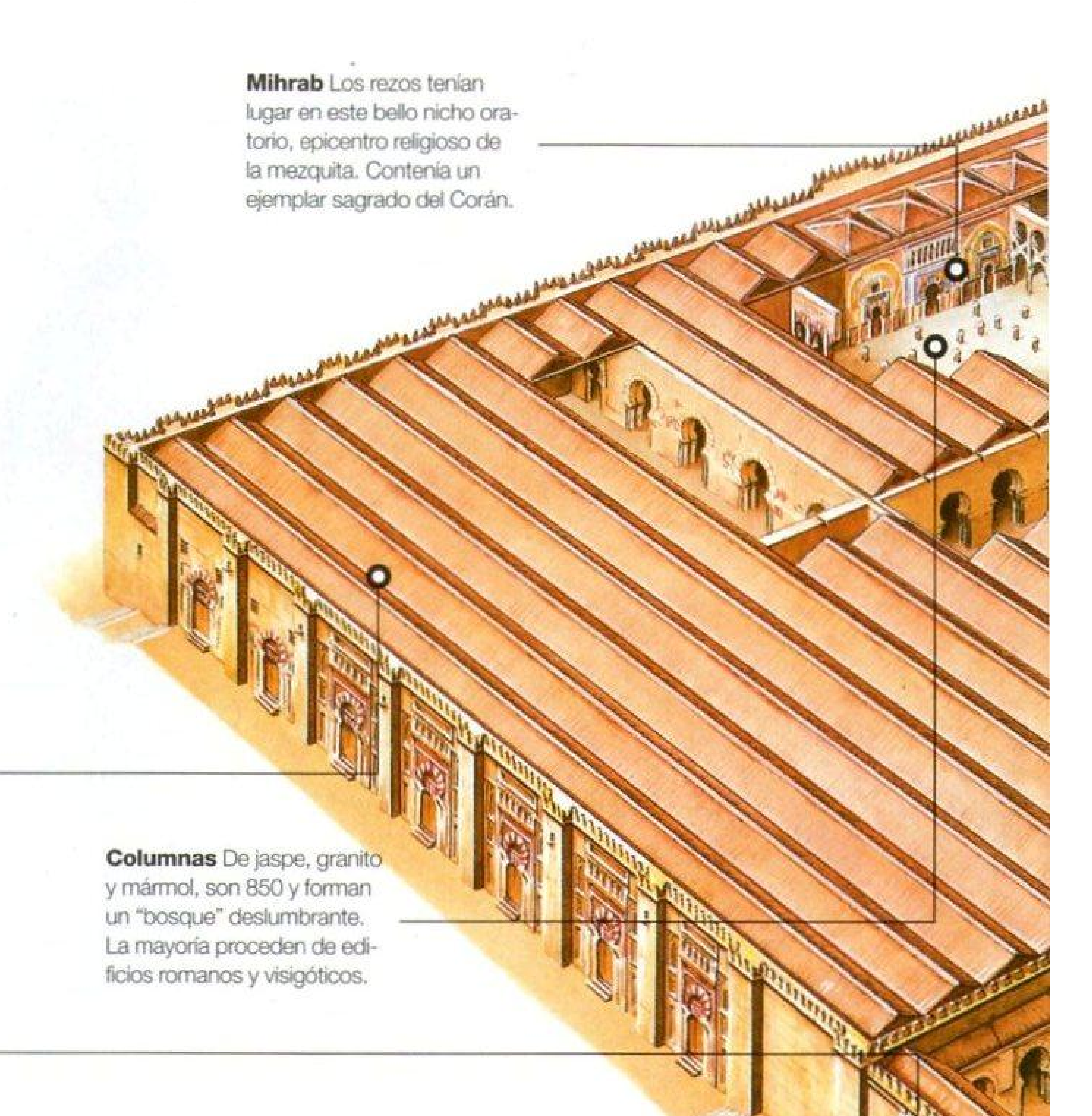
Patrimonio de la Humanidad desde 1994, la mezquita de Córdoba data del siglo VIII y ejemplifica la belleza arquitectónica del Islam. Esta lámina la muestra en su forma original aproximada, ya que fue reformada tras la expulsión de los musulmanes de España.

Las reformas cristianas

La mezquita de Córdoba (España) es de planta rectangular, mide 180 x 130 m y tiene diecinueve puertas de acceso, por lo que no hay fachada principal. En el siglo XVI, los cristianos reemplazaron su minarete por una torre campanario de 93 m y demolieron parte de la construcción para erigir la catedral.



↑ Vista aérea de la actual mezquita de Córdoba.



Mihrab Los rezos tenían lugar en este bello nicho oratorio, epicentro religioso de la mezquita. Contenía un ejemplar sagrado del Corán.

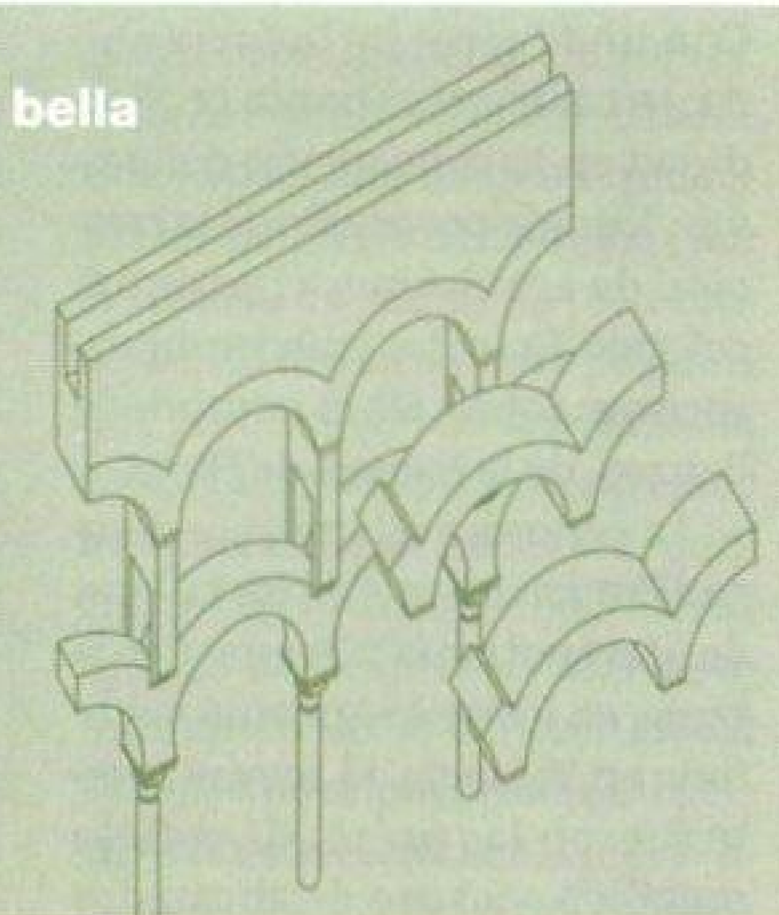
Tejado En la estructura original, las techumbres eran completamente planas y, además, contenían artesonados de madera.

Columnas De jaspe, granito y mármol, son 850 y forman un "bosque" deslumbrante. La mayoría proceden de edificios romanos y visigóticos.

Puertas Esta puerta y las del muro del minarete se construyeron con una ornamentación mínima, al contrario que las otras.

Arquitectura práctica y bella

El necesario drenaje de la cubierta de la mezquita fue resuelto con el "muro acueducto" –mostrado en el esquema, en la parte superior de las arcadas–, en el que desagüaba el tejado. A la derecha, vista interior de la mezquita, con los prácticos y hermosos arcos bicolores.

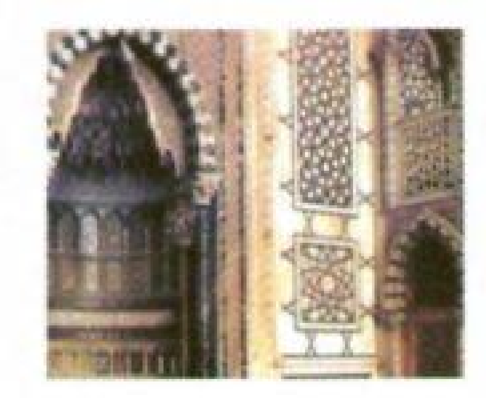




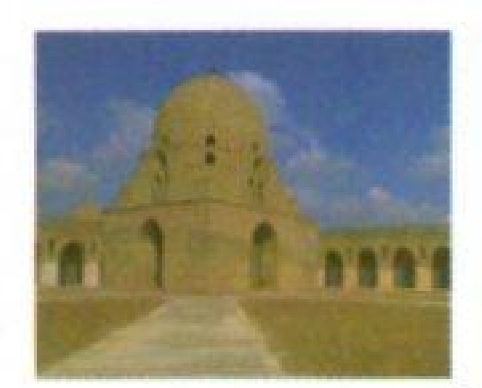
* La alternancia de dovelas de piedra y ladrillo rojo en los arcos constituye la imagen más célebre de la mezquita cordobesa.

Otras grandes mezquitas del mundo

Damasco (Siria)
Esta mezquita fue la primera gran construcción arquitectónica árabe (705). Erigida por los omeyas, sirvió de modelo para las mezquitas de todo el mundo.



El Cairo (Egipto)
La mezquita de Ibn Tulun fue erigida en 876-879, con influencias de la arquitectura sirio-iraquí, pero con aportes locales del Egipto islamizado.

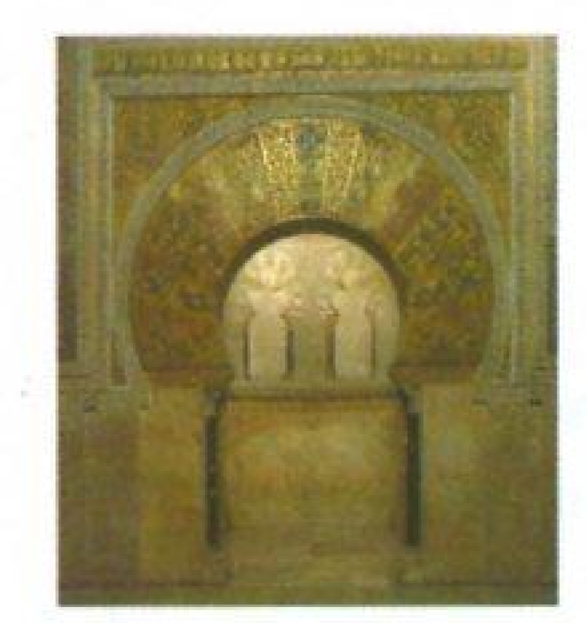


Ispahan (Irán)
Construida en el siglo X, fue transformada en los siglos XI-XII por los selyúcidas, mide 225 x 84 m y destaca por la belleza del conjunto.



Arquerías El uso de dos arcadas superpuestas dotó de mayor altura a la mezquita, pese al reducido tamaño de las columnas reutilizadas.

Fuentes rituales Ubicadas en el patio, las fuentes rituales –con alcorques para los árboles– se utilizaban para la ablución antes de la oración.



* Un rasgo común

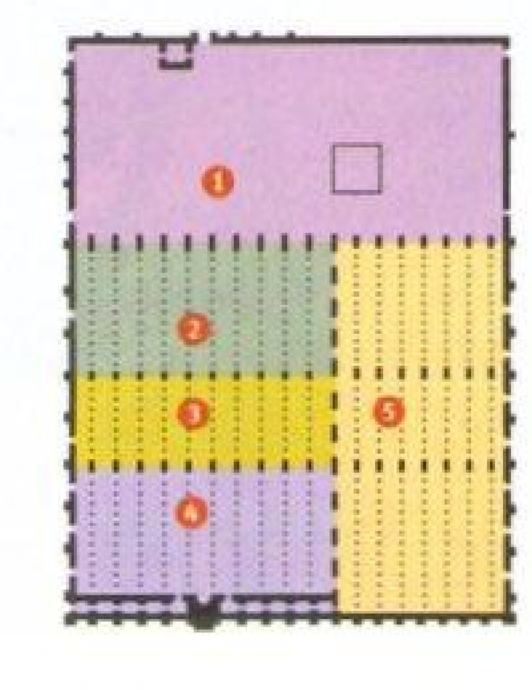
Por lo general, las mezquitas tienen múltiples naves orientadas en profundidad o en sentido longitudinal. La dirección a La Meca *–alquibla–* está señalada en el muro del fondo por el *mihrab* u oratorio. *Mihrab de la mezquita de Córdoba.*

Minarete Figuraba en la mezquita original. Modelo para todos los minaretes del Islam occidental, fue sustituido por el campanario actual.

Patio de los Naranjos El recinto, hoy día arbolado por naranjos, ocupa más de un tercio de la mezquita y conserva su disposición original.

Las ampliaciones sucesivas

La mezquita fue iniciada por Abd al-Rahman I en 785. Hisam I (788-796) la completó y remató con el minarete. Ampliada por Abd al-Rahman II (828-852) y Al Hakam II (961-968), que añadió el *mirhab*, su lado oriental fue obra de Almanzor (981).



1. **Patio de los Naranjos**
2. **Abd al-Rahman I**
3. **Abd al-Rahman II**
4. **Al Hakam II**
5. **Almanzor**

La ruptura de la unidad islámica

La gran extensión territorial conspiró contra la unidad del Islam. Los diversos califatos adquirieron cada vez más autonomía y muchos terminaron por separarse. Las diferencias étnicas y religiosas precipitaron la disgregación.

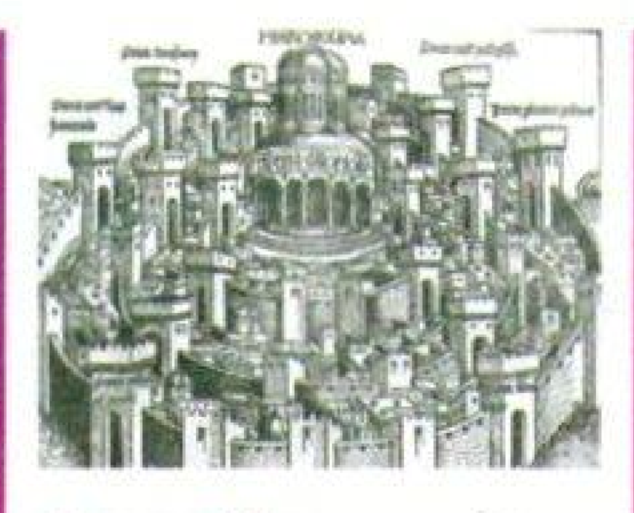
Durante los siglos X y XII, la situación interna del Islam sufrió fuertes cambios. La supremacía del califato de Bagdad, forjada bajo el gobierno de los abbasíes, pasó a ser sólo nominal. La unidad se vio socavada por el enfrentamiento de diversos grupos étnicos, políticos y religiosos. En Occidente (España y el norte de África), en el Mediterráneo oriental (Siria, Palestina y Asia Menor), en Oriente (Irak, Irán y Asia Central) y en Egipto se perfilaron intereses locales que, con el tiempo, adquirieron plena autonomía. El avance mogol desde el este, en oleadas cada vez más poderosas, culminó con la fragmentación definitiva del mundo islámico.

En Egipto

Durante el período abbasí, Egipto, que dentro del Islam había mantenido un perfil peculiar, sufrió diversos cambios políticos, económicos y sociales. Ante la creciente debilidad de los califas abbasíes de Bagdad, durante el siglo XI se afianzó en Egipto un califato rival: el de los fatimíes o ismaelitas, así llamados por considerarse descendientes de Alí, el yerno de Mahoma casado con su hija Fátima. Fortalecidos por el apoyo bereber en el norte de África e identificados con la rama chiita, pasaron a Egipto en 969, donde impusieron su poder, aunque la mayoría de la población era sunnita. Sus intentos de expansión sobre Palestina y Siria se vieron obstaculizados por las tropas bizantinas y, luego, por los turcos selyúcidas. En 1051, los fatimíes también perdieron el control del norte de África, cuando sus antiguos aliados, los bereberes, acaudillados por Mu'izz ibn Madis, buscaron el apoyo de sus antiguos rivales, los abbasíes, proclamaron su propio califato e incluso ocuparon el sur de Sicilia, donde, en 1071, fueron expulsados por un ejército normando al mando de Roberto Guiscardo y Roger de Hauteville.

La rivalidad entre las distintas facciones del ejército fatimí, de composición étnica muy variada (sobre todo beduinos, bereberes y africanos negros) se trasladó al aparato administrativo, hasta que desembocó en una guerra civil abierta. El Alto Egipto fue ocupado por tropas nubias, mientras que El Cairo quedó formalmente en manos fatimíes, aunque, de hecho, en poder de las tropas turcas que acudieron en su ayuda. La crisis se agravó a causa de una serie de malas cosechas entre 1066 y 1074. Ante la carencia de alimentos y el retraso en los pagos, en 1067 las tropas turcas saquearon El Cairo. El califa abbasí al-Mustansir logró mantenerse en el gobierno gracias a la ayuda de Badr al-Yamali, un jefe militar armenio que, hasta ese momento, había sido gobernador de Acre. Convertido en gran visir de Egipto, Badr al-Yamali entregó a los turcos los territorios de Siria, a cambio de no ser desalojado del poder por los selyúcidas. En el Yemen, donde habían logrado mantenerse, los abbasíes fueron desalojados por el califa Al-Hakim (998-1021), quien, considerándose la encarnación de Alá, encomendó al religioso Muhammad ibn Ismail al-Drazi restaurar la verdadera fe de Mahoma. Su influencia sólo subsistió entre algunos clanes de Siria, de los cuales descienden los actuales drusos.

Los conflictos desembocaron en la proliferación de numerosas tendencias y sectas religiosas, asociados a encarnizadas luchas por el poder. En este contexto, sobresale la corriente liderada por el *da'i* (misionero) persa Hasan-i-Sabbah, que se hizo fuerte en la



Jerusalén

En 638, Jerusalén fue ocupada por el califa Omar, quien construyó la primera mezquita. Con el tiempo, se convirtió en la tercera ciudad santa para el islam, después de La Meca y Medina.

"La flota de los francos llegó a Acre. Los habitantes observan con desconfianza a estos occidentales borrachos que tienen aspecto de ladrones y no obedecen a ninguno. En menos de una hora, los comerciantes árabes son asaltados por la calle, desvalijados y asesinados. Sus mujeres sufren peor destino".

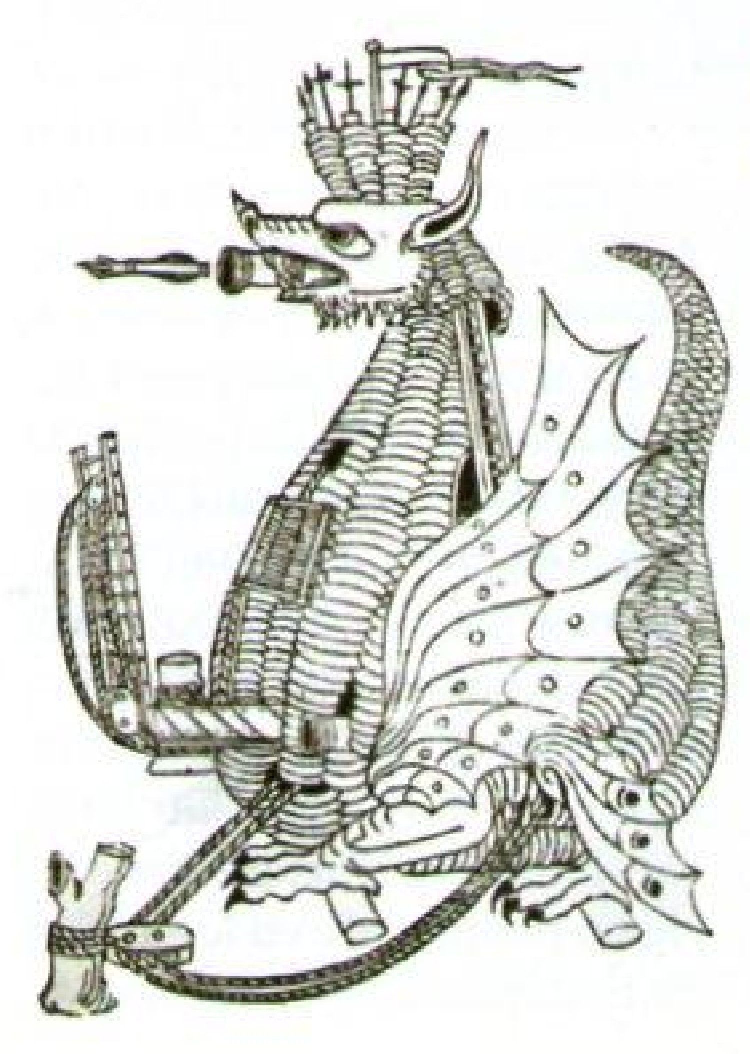


Amín Maalouf. Escritor. En *Las cruzadas vistas por los árabes*. *Imagen: Godofredo de Bouillon; grabado del siglo XIX.*

Control del comercio
Los mercaderes que desembarcaban en un puerto o una ciudad fronteriza árabes, antes de ofrecer sus mercancías, debían llevarlas a un almacén, donde funcionarios gubernamentales les cobraban los impuestos y realizaban un registro detallado de los productos. Luego, las mercancías eran trasladadas a los zocos para su venta. *Pesaje de mercancías; miniatura del siglo IX.*

fortaleza de Alamut, a orillas del mar Caspio. Aunque al principio se identificaron como nazaríes, sus seguidores, por recurrir frecuentemente al asesinato de sus opositores bajo los efectos del hachís, fueron conocidos como *hasisiyun* (de donde proviene la palabra "asesino"). Se impusieron en Siria, que se hallaba fragmentada, pero finalmente se replegaron a Alamut, donde se mantuvieron hasta el siglo XIII, cuando los desalojaron los mongoles.

Pese a todos estos cambios, el puerto egipcio de Alejandría se



Del Magreb a El Cairo
La dinastía de los fatimíes, de filiación chiita, reinó entre los siglos IX y XII en el norte de África y, posteriormente, se expandió por Egipto y Oriente Medio. Establecieron su capital en El Cairo, desde donde ejercieron un fuerte control militar sobre el Mediterráneo. La dinastía decayó en medio de feroces luchas internas. *Alegoría de una máquina de guerra para derribar murallas; siglo XV.*

El tercer fatimí

Entre los califas famitíes, se destaca la figura de Hakim (996-1021). Dictó una serie de medidas para la purificación de las costumbres, como la prohibición de todas las bebidas fermentadas y de diversos productos alimenticios. Persiguió a los astrólogos y prohibió que las mujeres saliesen de su casa, con pena de muerte para las infractoras. Se dedicó a la persecución de judíos y cristianos, prohibiéndoles el vino y la carne de cerdo, y obligándolos a no poder caminar por la calle sin llevar una campana al cuello. Prohibió a los musulmanes que comerciasen con los "infieles" y confiscó sinagogas e iglesias. Participó personalmente en la destrucción del Santo Sepulcro, en Jerusalén, e implantó un impuesto para los cristianos y judíos que viviesen en la Ciudad Santa. Influido por predicadores persas, Hakim se creyó la encarnación del Intelecto divino y, desinteresándose del gobierno, se dedicó a transmitir una doctrina según la cual él era un enviado de Mahoma, sin conseguir muchos adeptos. Desapareció misteriosamente, sin que jamás apareciera su cuerpo. Sus sucesores no lograron restablecer el prestigio religioso y político del califato fatimí.

mantuvo como uno de los nudos más importantes del tráfico comercial, que unía las ciudades de Europa occidental, en especial las italianas (Amalfi, Génova, Venecia), con la India y China.

En Asia Menor y Palestina

Al este del mar Caspio, en las estepas del Asia central hasta sus confines con China, se encontraban los pueblos turcos, un grupo de tribus nómadas que se habían mantenido al margen del Islam. En general, respondían al mandato de la familia de los samaníes, cuyo poder había crecido junto con el auge económico y la importancia comercial de las ciudades de Bujara, Samarcanda y Nishapur. Pese a reconocer formalmente la autoridad del califato de Bagdad, los samaníes eran de hecho independientes. En torno al año 1000, un clan encabezado por Mahmud (998-1030), que adoptó el islamismo sunnita, desplazó a los samaníes e instaló su capital en la ciudad de Ghazna (actual Afganistán), de donde proviene el nombre dinástico de los ghaznawíes.

Sin embargo, los turcomanos, otro sector de la etnia turca, presionados por el avance de los mongoles, irrumpieron en los dominios ghaznawíes. Acaudillados por los hermanos selyúcidas Tugril Beg y Chagri Beg, ocuparon Ghazna. En 1055, Tugrul llegó a las puertas de Bagdad. El califa abbasí, impotente para resistir, lo nombró sultán y le entregó el gobierno, aunque logró mantenerse formalmente en el trono. A la muerte de Tugrul, en 1063, el título de sultán recayó en su sobrino, Alp Arslan, quien extendió el poder selyúcida hacia el oeste, ocupando Armenia, Capadocia y gran parte de Anatolia. Tras un período de enfrentamientos, el caudillo Tutus logró unificar a los selyúcidas y, en 1079, ocupar Damasco. Malik sha –ambos nombres, el primero en árabe y el segundo en persa, significan "rey"– fue el último de los sultanes selyúcidas que consiguió mantenerse en los territorios ocupados por la expansión turcomana. Su gobierno estuvo dominado por la personalidad de su visir, Nizam al-Mulk, cuya obra *Siyasat-nama* ("Libro del gobierno") se ha equiparado a *El príncipe*, de Maquiavelo. Su muerte a manos de un *hasisiyun* nazarí, en 1092, marcó también el desmoronamiento del poder de los selyúcidas. Las estructuras del Islam que los califas abbasíes habían creado en la cuenca oriental del Mediterráneo se desmoronaron. La irrupción de las cruzadas terminó por volver aún más compleja la situación geopolítica.



Discusiones teológicas

La ruptura de la unidad del Islam estuvo acompañada de arduas discusiones teológicas. Las diversas interpretaciones del Corán generaron diferentes escuelas coránicas (*madrasas*), de las que surgieron distintas tendencias político-religiosas.

Los almorávides

En el extremo occidental del mundo musulmán, en el siglo XI, resurgió con fuerza la ortodoxia islámica, encarnada en la expansión de los almorávides. Entre los sinhaya, tribus establecidas en el Sahara occidental, prendió con fuerza la prédica religiosa llevada

Fátima, hija de Mahoma
La dinastía fatimí tomó su nombre de Fátima, la hija de Mahoma, que contrajo matrimonio con Alí ibn Abi Talid, cuarto califa del Islam. Venerada como símbolo de las principales virtudes femeninas, para los chiitas (seguidores de Alí), ella encarna el vínculo de su maestro con el Profeta. *Mahoma, con su hija Fátima y su yerno Alí; miniatura del siglo XIII.*

El fin de los fatimíes
Ante el acoso de las cruzadas, la pérdida de territorios por parte de los fatimíes hizo que sus califas recurriesen a la ayuda de los emiratos kurdos y turcos. A uno de estos emiratos pertenecía Saladino, quien, depuesto el último soberano fatimí, abolió el chiismo en Egipto, reimplantó la rama sunnita e inauguró la dinastía de los ayyubíes. *Fresco ayyubí de Fustat; siglo XI.*

a cabo por camelleros musulmanes. Entre éstos, se destacó Abd Allah ibn Yasin, quien construyó un *ribat* (puesto militar) destinado a emprender una *yihad* (guerra santa) contra los "infieles", categoría que no sólo comprendía a los cristianos y judíos, sino a los musulmanes acusados de no cumplir con los preceptos de Mahoma. Pronto, el *ribat* se convirtió en un santuario, cuyos pobladores, los *al-murabitum* (de donde proviene el nombre de "almorávides"), establecieron fuertes vínculos comerciales, religiosos y políticos con los bereberes.

Abd Allah ibn Yasin formó un ejército integrado por sinhayas y bereberes que, entre 1055 y 1059, pasó a controlar el territorio que atravesaban las rutas comerciales transaharianas. Las ciudades de Fez, Orán y Tremecén y, luego, una amplia franja del norte de África cayeron en sus manos.

La conquista de Toledo por parte del monarca castellano Alfonso VI, en 1085, puso de manifiesto la decadencia de los "reinos de taifas" en la península Ibérica. Ante el avance de los reinos cristianos, los reinos musulmanes peninsulares requirieron la ayuda de los almorávides. El jefe almorávide Yusuf ibn Tasfin cruzó el estrecho de Gibraltar y, en 1086, derrotó a los cristianos en la batalla de Sagrajas. En 1090, Yusuf incorporó Al-Andalus al dominio almorávide, con capital en Marrakech. En 1118, sin embargo, Alfonso el Batallador se apoderó de Zaragoza y la situación cambió. El surgimiento de una nueva dinastía musulmana en el norte de África, la de los almohades, terminó por desplazar a los almorávides.



Los sangíes y los ayyubíes

Durante el siglo XII, el territorio de Siria se vio agitado por cambios políticos vertiginosos. En 1113, el gobernador de Mosul murió a manos de un *hasisiyun*. Igual suerte corrieron, en 1117, el gobernador de Alepo y, en 1127, otro gobernador de Mosul. En este contexto, cobraron relevancia los *atabegs*, jefes militares encargados de velar por los herederos de los distintos principados, cuando éstos sucedían a sus padres siendo aún menores de edad. Los *atabegs* se convirtieron en una verdadera casta militar de carácter mercenario que, en la mayoría de los casos, terminaba por asumir el verdadero control del poder. Éste fue el caso de Imad al-Din Zangi, quien en 1127 se convirtió en el *atabeg* de Mosul. Dueño del poder, con-

quistó Alepo en 1128 y, en 1144, el condado cristiano de Edesa, surgido de la primera cruzada. En 1154, su hijo Nur al-Din conquistó Damasco, estableciendo de este modo el gobierno de la dinastía zangí en Siria, que constituyó uno de los mayores frenos para las cruzadas. A esta dinastía perteneció Salah al-Din Yusuf ibn Ayyub, personaje legendario en Occidente con el nombre de Saladino. En 1171, abolió oficialmente el califato fatimí en Egipto y asumió el poder, dando origen a la dinastía de los ayyubíes. Durante años, sus fuerzas constituyeron un muro infranqueable para el avance hacia el este de los reinos cristianos. En 1174 ocupó Damasco; en 1183, Alepo y, en 1191, Acre. Pero su gran triunfo fue en 1187, cuando en la batalla de Hattin derrotó a un importante ejército cruzado al mando de Guy de Lusigan, entonces proclamado rey de Jerusalén. Como consecuencia de este desastre, la propia Ciudad Santa se rindió a Saladino, quien se estableció en ella con toda su corte. La magnitud de esta pérdida provocó en Europa el envío de la tercera cruzada, en cuyo transcurso se llevó a cabo el legendario duelo personal entre Saladino y Ricardo Corazón de León.

A la muerte de Saladino, acaecida en 1193, los territorios que estaban bajo la hegemonía ayyubí no escaparon de la tendencia generalizada a la fragmentación, a pesar de que Saladino había dispuesto, en su testamento, que sus descendientes cogobernaran su imperio desde las ciudades de Damasco, Alepo y El Cairo.

Los descendientes de Saladino llegaron a aliarse con los cristianos con tal de mantener sus menguadas bases. En 1229, para mantenerse en el trono, Al-Kamil restituyó a Federico II el antiguo Reino de Jerusalén, cuya existencia había sido más simbólica que real.

Cuando murió Al-Kamil, en el año 1238, su herederos recurrieron al contrato regular de contingentes turcos procedentes de Asia central enrolados en calidad de *mamluks* (en turco, "esclavos"), por lo que pasaron a la historia como "mamelucos".

Finalmente, los últimos ayyubíes contrataron mercenarios turcos jwarizmíes que, en 1244, ante el incumplimiento del pago de su salario, capturaron y saquearon Jerusalén con una ferocidad sin límite. Poco después, en la batalla de Harbiyya (La Forbie, en fuentes cristianas), cerca de Gaza, diezmaron a una coalición de cristianos y ayyubíes. Éstos fueron desalojados definitivamente del gobierno de Egipto por una oligarquía militar integrada por generales mamelucos, que se mantuvo en el poder durante dos siglos y medio, rechazando incluso el avance de los mongoles.

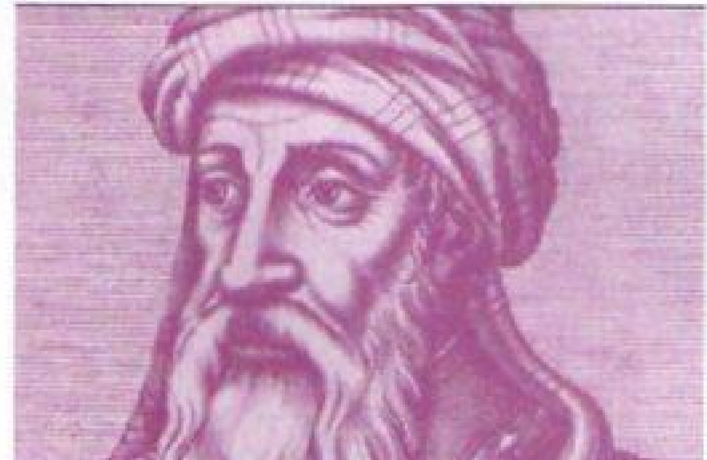
La posesión de Jerusalén
Después de la batalla de Hattin, librada en 1187, Saladino entró en Jerusalén y ocupó gran parte de Palestina, no dejando a los francos más que algunas fortalezas costeras. La tercera cruzada consolidó las posiciones cristianas en la costa y estableció la capital en Acre, pero no pudo recuperar Jerusalén. *Saladino ocupa Tierra Santa; capitular de un manuscrito del siglo XV.*

La influencia árabe en Occidente
El arte y la ciencia árabo-islámica se difundió ampliamente en Occidente a través de las regiones que fueron sometidas, como Al-Andalus en la península Ibérica, pero también gracias a los activos intercambios comerciales con las ciudades marítimas del Mediterráneo. *Glifo de Pisa, de producción islámica; siglo XI.*



Saladino

[1138 - 1193]



Salah al-Din, conocido en Occidente por el nombre de Saladino, fue sultán de Egipto y de Siria. Estuvo al servicio de Nur al-Din, *atabeg* de Alepo, quien lo nombró visir de Egipto. De estirpe kurda, combatió contra los cruzados y extendió su dominio a Palestina, Siria y el Yemen. En 1192, llegó a un acuerdo, por el cual mantuvo el control administrativo sobre Jerusalén, a cambio de permitir a los cristianos el acceso al Santo Sepulcro.

Cronología

1085 » Alfonso VI ocupa Toledo.

1090 » Al-Andalus es conquistado por los almorávides.

1094 » El Cid Campeador toma Valencia.

1098 » Los cruzados toman la ciudad de Antioquía.

1099 » Los cruzados arrebatan Jerusalén a los fatimíes, dando muerte a toda la población civil.

1102 » Los almorávides recuperan Valencia.

1109 » Establecimiento de un reino cruzado en Trípoli.

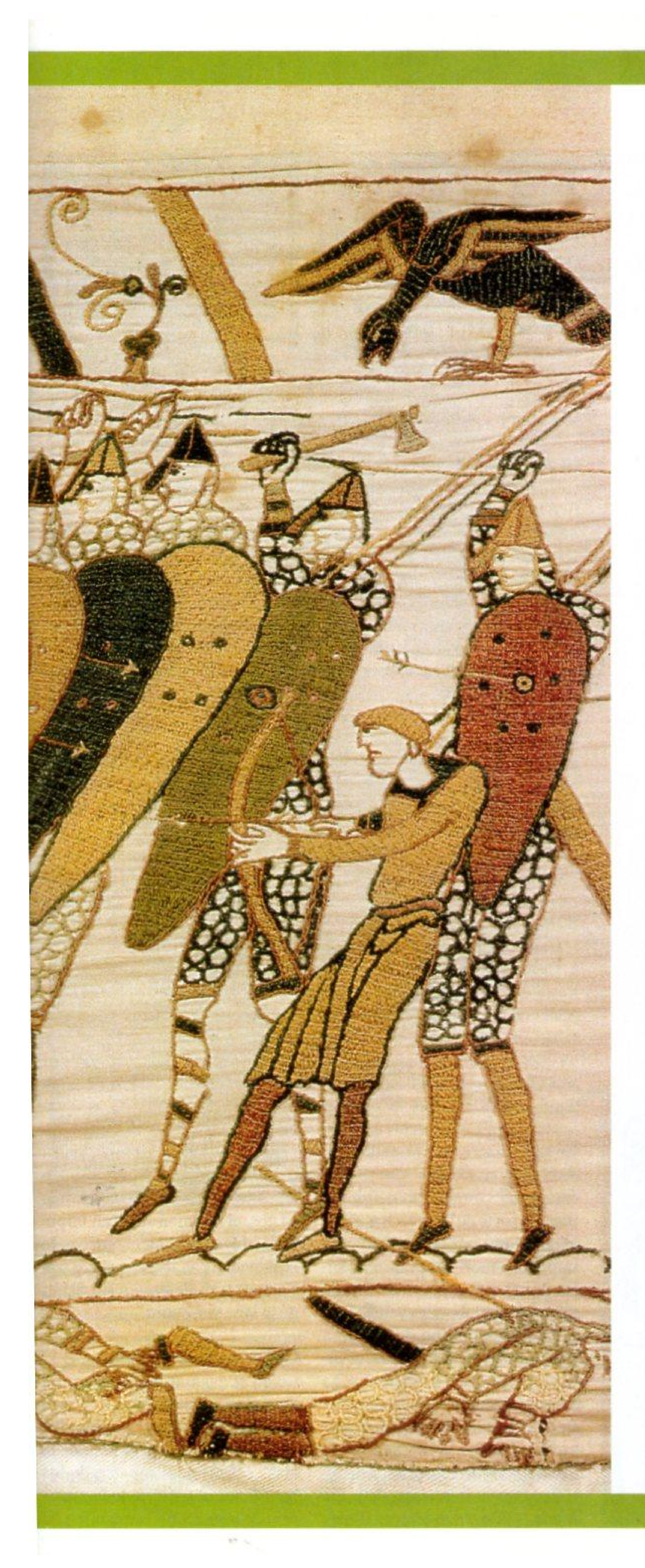
1110 » Los almorávides conquistan la ciudad de Zaragoza.

1118 » Alfonso I el Batallador recupera Zaragoza.

4. Europa en la Alta Edad Media



Guillermo el Conquistador en la batalla de Hastings (detalle del tapiz de Bayeux; siglo XI).



Tras la disgregración del Imperio carolingio, pese a que el cristianismo parecía unir a los reinos occidentales, se acentuó el resquebrajamiento de Europa. Por debajo de este panorama político, avanzaba el proceso de feudalización, basado en la propiedad de la tierra como medio principal de producción. Sin embargo, el mismo desarrollo del feudalismo exigió la creación de un poder centralizador, que se fue asentando alrededor de los nobles económica y militarmente más poderosos, quienes configuraron distintas líneas monárquicas y dinásticas. Estas monarquías, a su vez, en su proceso de expansión, se convirtieron en el germen de diversos estados nacionales.

Al mismo tiempo, el crecimiento de las ciudades a lo largo de las principales rutas comerciales permitió que se desarrollaran nuevas fuerzas sociales, con intereses particulares y una visión distinta de la vida. En estos núcleos urbanos, los gremios de artesanos fueron el motor de un nuevo impulso económico, basado en la producción de bienes destinados a satisfacer las necesidades de una sociedad que cambiaba sus hábitos de consumo y también a abastecer los requerimientos del comercio, que trascendía ampliamente el entorno inmediato para adquirir una dimensión internacional.

Tampoco la Iglesia católica permaneció ajena a estos cambios. Al calor de la expansión de las rutas comerciales, convocó a las cruzadas, que marcharon a recuperar Tierra Santa, un espacio geográfico que, además del simbolismo religioso, era la puerta que había que franquear para acceder al Lejano Oriente.

El feudalismo en la Europa altomedieval

Tras la desmembración carolingia, el feudalismo, basado en la propiedad de la tierra, se expandió por Europa. La nobleza se constituyó en la clase dominante, y la Iglesia elaboró una concepción religiosa afín con ese modelo de sociedad.

"El vasallo no debe perjudicar al señor en sus secretos ni en las defensas que le proporcionan seguridad; (...) no debe perjudicarle en su justicia ni en otras cosas que a su honor conciernan (...) ni en sus posesiones; ni dificultarle al señor las buenas cosas que le competen ni hacerle imposible lo que sea factible".



San Fulberto (s. XI). Obispo de Chartres. *Imagen: trabajo en el campo; miniatura del siglo XIV.*

El feudalismo fue el sistema de relaciones sociales y económicas predominante en gran parte de Europa occidental y central a partir del siglo XI. Su expansión coincidió con la apropiación de la tierra por parte de los representantes de los poderes locales, herederos de las viejas estructuras del antiguo Imperio romano y de las entidades políticas que intentaron continuarlo.



La peste

Las guerras y las pésimas condiciones de vida se tradujeron en epidemias que diezmaron la población. Para la Iglesia, la mortandad era un castigo divino por los pecados cometidos.

El surgimiento del señorío

La aparición del feudalismo significó la desaparición de los restos de la economía imperial romana. Los antiguos dominios explotados por esclavos (*servi*) o por campesinos semilibres (*liberi* o *coloni*) y las explotaciones campesinas ajenas al control señorial fueron reemplazados por nuevas estructuras de explotación agropecuaria. La base de la economía pasó a ser la pequeña producción campesina, y la confiscación de parte de las cosechas o el ganado del campesinado, el mecanismo que generó el nuevo entramado de relaciones sociales. La confiscación tenía lugar en el marco del señorío, heredero de la antigua jurisdicción tributaria o militar imperial. El antiguo recaudador de impuestos o jefe local de la guerra, hasta entonces dependiente del poder central del imperio, se convirtió en señor feudal, que pasó a ejercer el poder a través de sus representantes (caballeros, castellanos y alcaldes). Además, el señor feudal ejercía el derecho de legislar y administrar justicia en la jurisdicción de su señorío. A su vez, los campesinos estaban sometidos al pago de parte de las cosechas anuales y de tasas por el uso de los monopolios señoriales (molinos, forjas, hornos), así como todo tipo de prestaciones laborales y militares.

La implantación del sistema feudal implicó cambios en el sistema de producción agraria. La exigencia señorial de productos de fácil almacenaje y comercialización, debido a la precariedad de los métodos de conservación, significó la generalización de la llamada "trilogía mediterránea": explotación de cereales, vid y olivo. En cada señorío, los campesinos trabajaban de manera casi exclusiva los cultivos intensivos de secano, en detrimento de los cultivos hortícolas, difíciles de adaptar a la fiscalización de las explotaciones rurales.

Por otra parte, el régimen señorial limitó el acceso de los campesinos a los bosques y pastizales, de cuyos recursos habían hecho tradicionalmente libre uso. Hasta finales del siglo X, la cacería en el bosque se llevaba a cabo sin limitaciones y constituía parte de la dieta alimentaria. También la tala era ejercida libremente por los campesinos para ampliar los terrenos de cultivo. Del mismo modo, los pastizales habían sido tradicionalmente un bien comunal. A partir del siglo XI, la caza se convirtió en un derecho señorial; su práctica furtiva pasó a ser penalizada y, en consecuencia, la composición cárnica de la dieta campesina se redujo notoriamente. Así como desapareció el uso libre de los espacios yermos, boscosos y de pastos, el régimen señorial impulso también un control estricto de la actividad ganadera, que fue reorientada hacia la comercialización de la lana y el cuero.

Las relaciones sociales

Las bases del nuevo sistema feudal eran el vasallaje y el feudo, con el objetivo de codificar lo más rígidamente posible, en el seno de la clase señorial, el reparto de los beneficios obtenidos de la captación de la renta. Cada señor feudal

El juramento de vasallaje
Todos los habitantes del feudo juraban vasallaje a su señor. Los vasallos que eran caballeros integraban la corte, se encargaban de mantener el orden en los dominios señoriales y dirigían las campañas militares. *Juramento de vasallos ante Jaime I, conde de Barcelona; miniatura del siglo XIV.*

Autosubsistencia y excedentes
La producción agraria estaba destinada, sobre todo, a satisfacer las necesidades de subsistencia. Los excedentes, cada vez mayores por los notables avances en las técnicas agrícolas, eran canalizados hacia el comercio. *Señor dando órdenes a un campesino; miniatura del siglo XIV.*



establecía una serie de pactos con personas de su confianza. En el marco de un ceremonial cuasi religioso, estos individuos (feudatarios) se encomendaban a su señor y se declaraban sus vasallos. A través de un ritual establecido, se comprometían a servirlo mediante un juramento de fidelidad, válido tanto para tiempos de paz como de guerra. Por su parte, el señor se comprometía a otorgarles su protección y les concedía algún bien de su feudo en usufructo, que podía consistir en tierras, rentas, el ejercicio de alguna profesión o derechos diversos idóneos para su sustento económico.

Este vínculo de vasallaje regulaba básicamente las relaciones entre el campesinado y los señores feudales, pero también las relaciones entre las mismas familias señoriales, integrantes de la nobleza. Por supuesto, los señores con más tierras y más vasallos, por su mayor poder económico y militar, ocupaban un lugar más destacado dentro de la nobleza.

Entre los siglos XI y XIII, el régimen de vasallaje se endureció, puesto que la fuente esencial del poder del señor feudal era la mayor explotación de los vasallos, fundamentalmente del campesinado. La otra gran fuente de riqueza eran las campañas militares y el botín de guerra obtenido. El campesino, por el simple hecho

El arado pesado

Durante la Alta Edad Media tuvieron lugar cambios importantes en la agricultura. Se introdujeron nuevas técnicas de producción, como el arado pesado, llamado *charrue* o carruca. Una cuchilla hendía el suelo y hacía una incisión vertical, mientras que una orejera socavaba la tierra y la revolvía. De este manera, el arado cumplía con una doble función: enterraba los hierbajos y daba vuelta la tierra, de manera que quedaba en la superficie la capa inferior, más húmeda y más rica en nutrientes. Dado que su peso dificultaba mucho la movilidad, se le añadieron ruedas a los costados, que permitían conducir en línea recta y facilitaban el tiro a los animales.

Economía feudal
Los señores feudales, miembros de la nobleza, obtenían recursos de dos fuentes principales: el botín de guerra, que era fruto de sus campañas militares, por lo general contra los musulmanes, y la recaudación impositiva, que recaía sobre los campesinos libres de sus dominios y sobre los habitantes de las ciudades. *El príncipe recibe los tributos de sus súbditos; siglo XIV.*

de vivir en un señorío, quedaba sujeto a un régimen de servidumbre personal, que implicaba una limitación para disponer de su propia libertad y de sus bienes. En el proceso de intensificación del vasallaje, significó un paso decisivo la instauración de la llamada "servidumbre real", consistente en la adscripción del vasallo a la tierra, que obligaba al campesino a pagar un rescate para romper el vínculo que lo unía a su señor y poder abandonar el feudo. La crisis del siglo XIV, motivada por la mortandad de la peste, la guerra y las hambrunas, agravaron aún más el régimen de servidumbre. Los señores feudales intentaron frenar las rebeliones campesinas por las armas o tratando de desviar la ira popular hacia la persecución de las minorías, en especial los judíos.

La centralización del poder

Al promediar el siglo XI y durante todo el siglo XII, los señoríos, en función de acuerdos económicos y militares, y también de vínculos familiares, dinásticos e históricos, se fueron jerarquizando y articulando en reinos y principados. La creciente competencia económica y militar, estimulada por el desarrollo del comercio, impuso la necesidad de un poder centralizado, con el cual los señores feudales no dejaron de tener una relación contradictoria: la ventaja de no afrontar individualmente la guerra o los desafíos económicos se veía confrontada a la necesidad de aceptar una autoridad superior, que terminaba por imponer sus propias reglas de juego.

El duque Guillermo de Normandía, el conde Ramón Berenguer I de Barcelona y Luis VI, rey de Francia, por ejemplo, terminaron por imponerse a los señores que cuestionaban su poder y ubicarse por encima de la pirámide feudal. La potestad para conceder y reclamar feudos, el monopolio de la acuñación de monedas, la función legisladora y la administración de la guerra constituyeron los elementos claves de esta nueva etapa del feudalismo.

La entronización de un príncipe como encarnación del poder central culminó la consolidación del sistema feudal. Por su parte, la política de la Iglesia, unida a su reflexión intelectual, dio consistencia a este entramado social. Basada en el pensamiento tomista, confirió el aval de la voluntad divina a la estratificación de la sociedad en tres estamentos básicos, con sus respectivos derechos y deberes: los *bellatores* (los que hacían la guerra), los *oratores* (los que rezaban) y los *laboratores* (los que trabajaban).

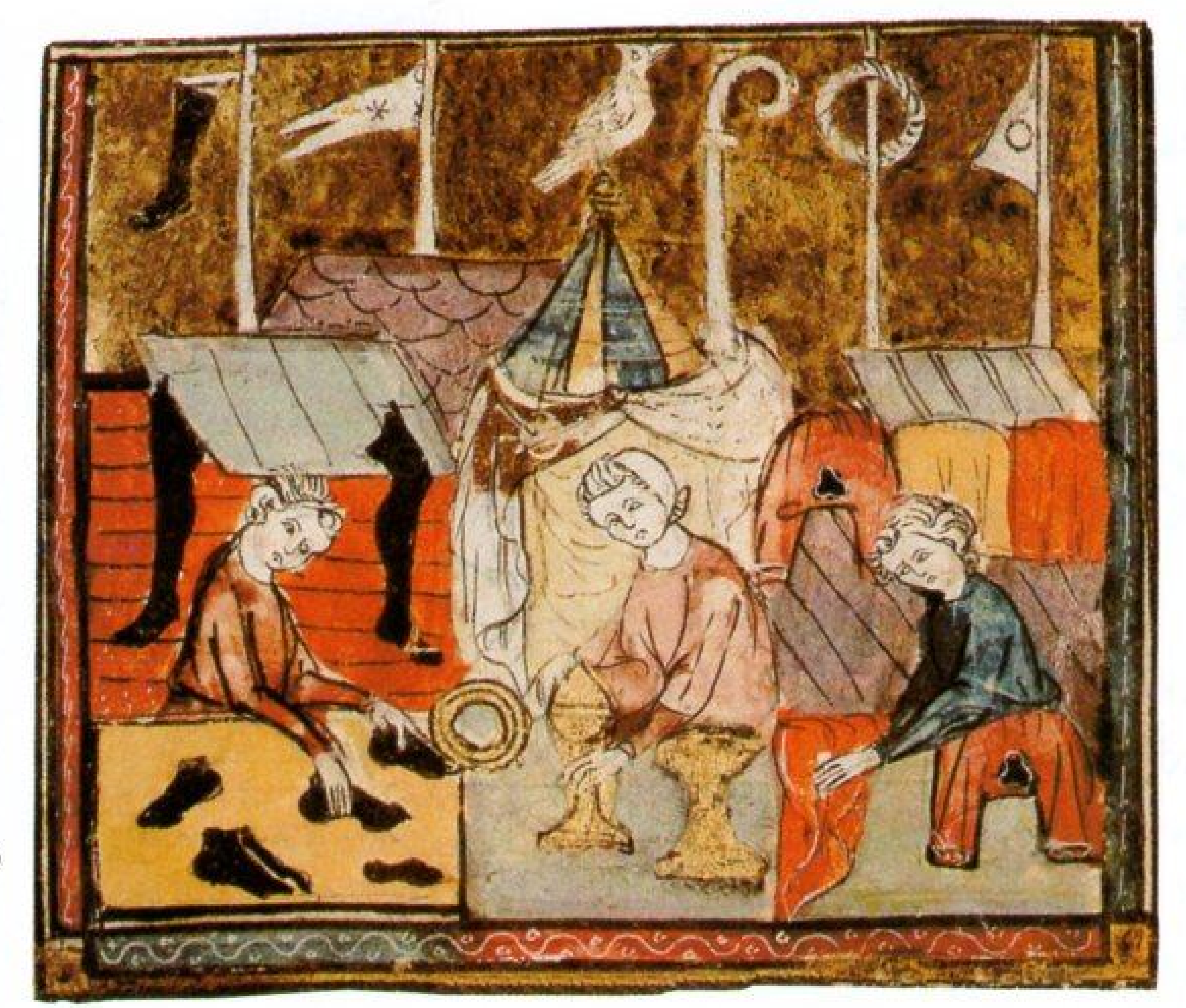
Contradecir esta clasificación social desataba la ira de Dios que, según un argumento tópico esgrimido entonces por la Iglesia, se manifestaba a través de las malas cosechas, las hambrunas o las pestes. Igualmente, la rebelión contra el monarca, que gobernaba por la gracia de Dios, o contra cualquiera de sus representantes, también provocaba el castigo divino.

El fortalecimiento del poder central implicó el desarrollo de la corte y de la ciudad donde ésta residía, convertida con el tiempo en capital del reino y en ámbito



El juicio de Dios
En la concepción medieval de la Iglesia, todos los actos humanos estaban supeditados a la voluntad divina. Así, el resultado de los duelos a muerte que libraban los caballeros eran interpretados como una prueba del veredicto de Dios.

Las ferias internacionales
El desarrollo del comercio a escala transnacional dio origen a las ferias internacionales, a las que concurrían los mercaderes de distintos puntos de Europa. Alrededor de estos encuentros se fue conformando todo un entramado de relaciones económicas y también culturales. *La feria de Saint-Denis; miniatura del siglo XIV.*



La propiedad de la tierra
El feudalismo convirtió la tierra en el principal medio de producción. Su apropiación constituyó, en consecuencia, la mayor fuente de poder económico, militar y político. Tanto los integrantes de la nobleza como la Iglesia eran propietarios de grandes extensiones de tierra. *Campesimo arando con bueyes; miniatura del s. XIII.*

de nuevos sectores sociales, que terminarían por subvertir el orden feudal. La nobleza, integrada inicialmente sólo por señores feudales, se vio incrementada por protagonistas sociales de nuevo tipo. La necesidad por parte del monarca de contar con un respaldo militar propio hizo que surgiese el estamento de los caballeros, cuya lealtad a la corona el rey premiaba con títulos de nobleza y, a veces, también con la concesión de feudos. La alianza entre la Iglesia, la monarquía y estos nuevos sectores, enriquecidos gracias a las guerras, en especial las cruzadas, convirtió a los caballeros en *miles Christi*. El "ideal caballeresco", celebrado por los cantares de gesta, adquirió una dimensión religiosa y se expandió entre los sectores populares, ya que el caballero no sólo era defensor de su rey, del cual se declaraba vasallo, sino también de los pobres y desvalidos. Gran parte de la gloria militar era canalizada por la Iglesia en la lucha contra el Islam, ya que el caballero desplegaba las máximas virtudes de su condición cristiana en el combate contra los "infieles".

Sin embargo, los conflictos planteados entre la vieja aristocracia y la nueva nobleza constituyeron uno de los factores por los cuales el orden feudal, pese a sus pretensiones de eternidad, terminó por desmoronarse.

Formas de cultivo

En el siglo XIII, la gran innovación agrícola fue la adopción de nuevos métodos de cultivo. Se adoptó el llamado "sistema de rotación trienal". Este método de alternancia triple consistió en cultivar, en un mismo terreno, primero un cereal de invierno (trigo o centeno); al segundo año, un cereal de primavera (cebada o avena), y al tercer año se debaja la tierra en barbecho. Este sistema rotatorio se adoptó sobre todo en Francia, al norte del río Loira, en Inglaterra, Alemania y los Países Bajos. Por otra parte, la introducción de los molinos, hidráulicos y de viento, permitió la sustitución del trabajo humano en la penosa tarea de la molienda.

Estructura social

La Iglesia » Como representante de Dios en la tierra, nominalmente constituía la cúspide de la sociedad medieval, aunque su poder era de hecho cuestionado por los señores feudales.

La nobleza » Estaba integrada por los señores feudales, que eran los propietarios de la tierra y contaban con fuerza militar propia.

El rey » De hecho, era también un señor feudal, por lo general el más poderoso, cuya voluntad los demás convenían en acatar, aunque no en todos los casos.

El campesinado » Aunque de él dependía la producción agraria, este sector era el más explotado. Los campesinos libres trabajaban en arriendo parcelas de tierra y pagaban impuestos por ello. Los siervos, en cambio, formaban parte de la propiedad feudal, como los animales, los bosques o los ríos.

El despertar de las ciudades medievales

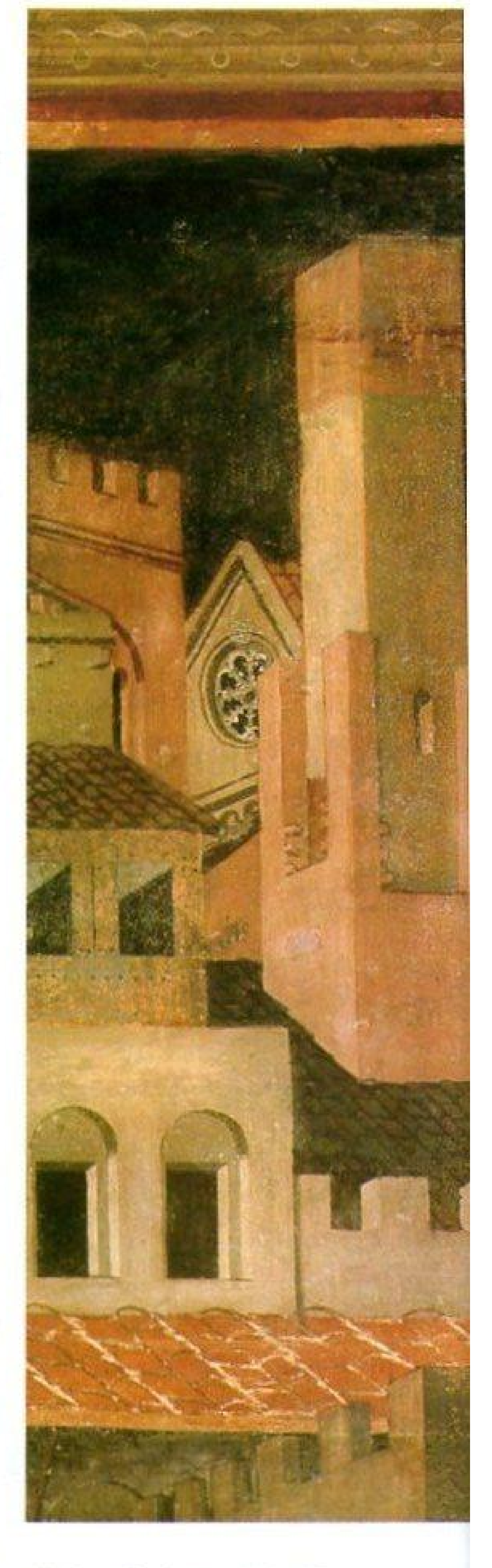
A orillas de las rutas comerciales, al calor de los mercados y las ferias, las ciudades se constituyeron en el escenario de nuevos sectores sociales. Su crecimiento marcó el fin del régimen feudal y el surgimiento de una nueva visión de la vida.

"Sea así también en lo que se refiere a las contribuciones. La ciudad de Londres gozará de todas sus antiguas libertades y libres costumbres, en tierra y en mar. Además, deseamos y concedemos que todas las otras ciudades, burgos, pueblos y puertos gocen de sus libertades y libres costumbres".

Ricardo I Corazón de León (1157-1199). Carta Magna. *Imagen: curtidor de cuero; manuscrito del siglo XIII.*



El desarrollo del feudalismo cambió la naturaleza y el funcionamiento de las ciudades. Hasta la culminación del siglo X, los núcleos urbanos, continuadores de la tradición de la ciudad antigua grecorromana, habían basado su existencia en la capacidad de obtención de recursos del entorno rural a través de la recaudación tributaria. Del mismo modo, el comercio de objetos de lujo dependía del mantenimiento de la red vial y de las emisiones monetarias que estaban en manos de un poder central. La crisis del estado romano en el Bajo Imperio significó el cambio de los factores que sustentaban las ciudades antiguas. De esta crisis surgió un modelo de ciudad de nuevo cuño, como resultado de la expansión del régimen feudal.



Las nuevas ciudades

El fortalecimiento del nuevo sistema social hizo que el señor feudal pasase a desempeñar un papel decisivo en el fenómeno urbano. Durante el siglo XI, la ciudad se convirtió en un lugar de concentración de las rentas y en sede del mercado al que los campesinos del feudo concurrían para cambiar por moneda los excedentes de su producción, o sea, los productos sobrantes de los destinados a su subsistencia. Esta doble función hizo que en la ciudad se produjese una progresiva concentración de actividades artesanales. Entre éstas, cobró fuerza la herrería, que fabricaba herramientas para la actividad agrícola y, al mismo tiempo, aportaba innovaciones tecnológicas que dinamizaban la producción rural y, consecuentemente, intensificaban el rendimiento agrario y potenciaban la existencia de excedentes.

El incremento productivo del artesanado urbano excedió el marco de los pequeños mercados del siglo XI y promovió el surgimiento de las ferias, cuyo funcionamiento pronto trascendió los límites del señorío. A mediados del siglo XIII cobraron fuerza las ferias, como la de Champaña. La mayor disponibilidad de productos alentó el crecimiento del tráfico comercial terrestre y marítimo, y muchas ciudades se convirtieron en mojones fundamentales de las nuevas rutas comerciales.

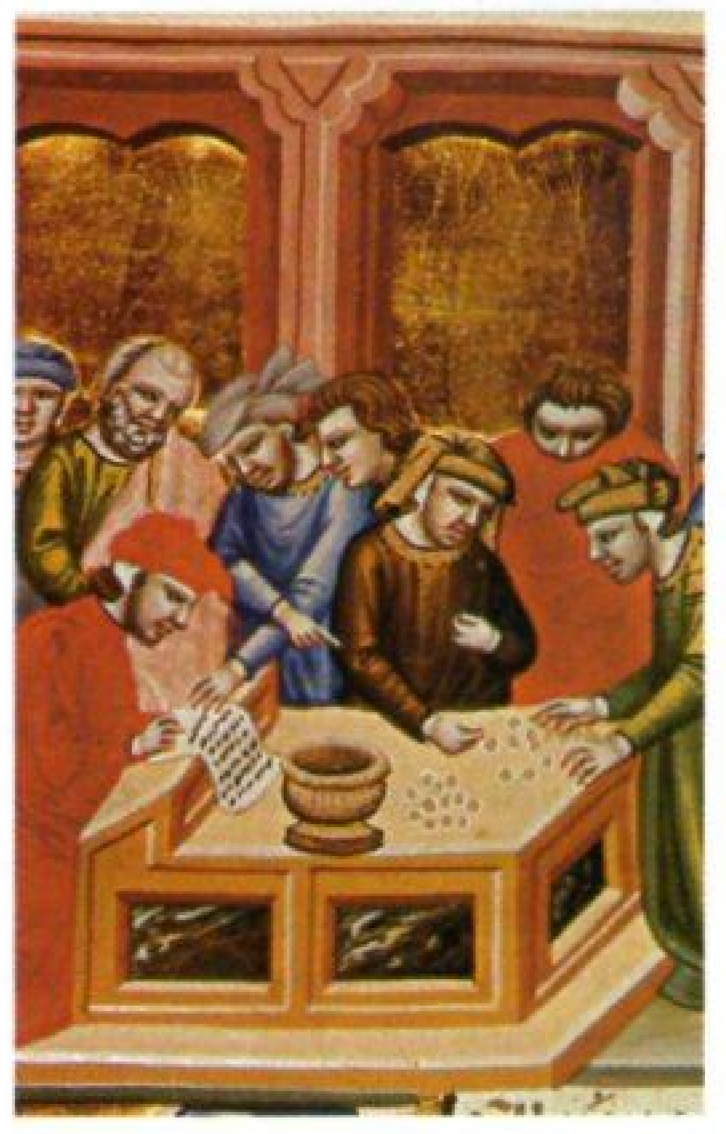
El nuevo desarrollo de las ciudades implicó un profundo cambio cultural, alentado por su creciente autonomía frente al señor feudal. Las franquicias y los privilegios de que gozaba la población urbana eran inconcebibles en el medio rural, donde el vasallaje acentuaba cada vez más las condiciones de explotación del campesinado. Con el tiempo, el desarrollo de un poder central a través de estructuras monárquicas posi-



El gobierno de las ciudades
A medida que las ciudades fueron ganando autonomía respecto de los señores feudales y de la Iglesia, se convirtieron en el escenario de nuevas formas de gobierno que, en principio, aseguraban una mayor participación social en el proceso de toma de decisiones. *El buen gobierno en la ciudad, pintura al fresco de Ambrogio Lorenzetti (siglo XIV).*



Una nueva fuente de poder
Así como la tierra fue el principal medio de producción del feudalismo, el desarrollo del comercio privilegió un nuevo medio productivo, más abstracto pero no por eso menos eficaz: el capital. Su acumulación se convirtió en la base de un nuevo tipo de poder social. *Cambista y comercio de piedras preciosas; miniatura del siglo XIV.*



La producción textil

Los paños y tejidos fueron uno de los productos más preciados en los mercados. Sus artesanos constituyeron uno de los sectores más importantes en el desarrollo de los gremios y en la conformación de la burguesía en las ciudades.

bilitó que el rey, para hacer frente a los señores feudales, se apoyase en los sectores sociales urbanos, que de este modo adquirieron una mayor relevancia política.

El patriciado urbano

Este ascenso social se tradujo, con el tiempo, en el reclamo de más prerrogativas, como la posibilidad de elegir el gobierno municipal, establecer y cobrar impuestos o formar milicias propias. Las ciudades se convirtieron en un semillero de nuevas ideas, que chocaban con la legalidad del feudalismo. La existencia de franquicias, que permitían a las ciudades tomar distancia de la condición jurídica señorial, se convirtió para el feudalismo en un mal necesario: era un fenómeno inevitable para el mantenimiento del régimen señorial, pero también el germen de su destrucción.

La ciudad acrecentó su margen de libertades, hasta el punto de empezar a compartir, con los señores feudales, la organización de la actividad rural y los beneficios de la renta agraria. La naciente burguesía urbana, enriquecida por el desarrollo del comercio, se convirtió en acreedora tanto del campesinado empobrecido como de los señores feudales.

Cada vez más, los burgueses comenzaron a invertir en la compra de tierras y, en alianza con algunos sectores del clero, hasta pasaron a administrar en beneficio propio algunas rentas de la Iglesia, como, por ejemplo, los diezmos parroquiales.

Finalmente, por la vía del matrimonio, la burguesía estableció lazos de parentesco con representantes de la nobleza empobrecida. De esta manera, la nueva oligarquía urbana adquirió títulos señoriales que incluso dieron visos de legalidad y prestigio a su imparable ascenso en la pirámide social. Esta confluencia de

Los gremios y las logias
En la Edad Media, el crecimiento urbano destacó el papel de los gremios de constructores, que se convirtieron en verdaderas logias portadoras de nuevas ideas y normas éticas y filantrópicas. A comienzos del siglo XIV, de estas organizaciones surgió la masonería (*maçon*, en francés, y *mason*, en inglés, significan *albañil*). *Constructor, en una vidriera del siglo XV.*

los intereses artesanales y comerciales con los de la antigua nobleza dio origen al patriciado urbano, sector que posteriormente viviría su momento de mayor esplendor durante los tiempos del apogeo renacentista.

La autonomía urbana

En el siglo XIII, muchas ciudades adquirieron la autonomía de gobierno y reglamentaron su propia legalidad. Se sucedieron las ordenanzas municipales, estipulando todos los aspectos de la vida urbana y, entre los más polémicos, la fijación de los impuestos a los vecinos.

Los conflictos entre los gremios, las luchas internas de las corporaciones –entre maestros, oficiales y aprendices–, la competencia entre los diferentes oficios y el arribo de campesinos pobres marginados de la actividad rural hizo de las ciudades un escenario de nuevas luchas sociales.

Para hacer frente a los señores feudales, muchas ciudades constituyeron confederaciones, ligas o hermandades, como la liga de las Ciudades Renanas, que se mantuvo activa entre 1248 y 1256, o las diversas hermandades de ciudades castellanas, formadas a partir de 1262.

En las ciudades alemanas, las corporaciones mercantiles adquirieron gran peso en el consejo (*rat*), mientras que en las italianas, sujetas a los conflictos bélicos que generaba la rivalidad por las rutas comerciales en el Mediterráneo, el poder recaía a menudo en manos del *condottiero*, militar mercenario que era contratado para defender la ciudad.

Las nuevas ideas

A partir del siglo XIII, el espacio social y económico de Europa occidental fue hegemonizado por los núcleos urbanos. Esta situación se proyectó rápidamente en el plano político y se manifestó en la organización del municipio. Se fijó el número de jurados, cónsules o regidores (*scabini*, en Italia, y *echevins*, en Francia) entre tres y siete, elegidos por los vecinos en una fecha determinada y para un período determinado, por lo general de uno a dos años, y se establecieron sus funciones. En algunas ciudades se formaron varios consejos, con atribuciones diferentes –desde las impositivas hasta las relativas a las reformas urbanísticas–, y se indicaron las proporciones en la composición de los estamentos representados en ellos. Este reparto del poder generó graves enfrentamientos, especialmente protagonizados por los grandes mercaderes y las corporaciones, que muchas veces fueron aprovechados por la corona para limitar las atribuciones municipales.

En 1231, en una reunión de la Dieta de Worms, el rey Federico II impuso a las ciudades alemanas el *Statutum in favorem principum*, que retrasó la participación de las corporaciones en el gobierno ciudadano. En otros casos, el poder central apoyó las reivindicaciones burguesas para contrarrestar las apetencias señoriales.



Los excluidos
A las ciudades llegaban constantemente campesinos desarraigados, jornaleros y siervos sin amo que incrementaban los grupos de vagabundos. Pedían limosna o vivían de la rapiña hasta que eran expulsados por las autoridades.



Corporaciones reglamentadas
Los gremios constituían corporaciones con reglamentos, estatutos y criterios de funcionamiento muy estrictos. Los maestros, los oficiales y los aprendices representaban sus tres estamentos fundamentales. Con el tiempo, muchos representantes de los gremios participaron en la administración y el gobierno de las ciudades. *Libro del gremio de los Blanquers (siglo XIII).*



Por tierra y por mar
La expansión de las rutas comerciales acentuó la gran necesidad de mejorar los medios de transporte. Así como se desarrollaron carromatos más ligeros y con mayor capacidad de carga, se perfeccionaron también las técnicas de navegación. Con el tiempo, en las ciudades portuarias, los antiguos talleres se convirtieron en grandes astilleros. *Artesanos navales (miniatura del s. XIII).*

Por lo general, la alianza entre las ciudades y la monarquía abrió paso a las primeras experiencias democráticas, establecidas en las ciudades capitales, donde residía la corona. En Inglaterra, Irlanda, Sicilia y Cerdeña, por ejemplo, surgieron los parlamentos; en Francia, desde 1302, los Estados Generales; en Alemania y Hungría, las dietas; y, en Portugal y los reinos hispánicos, las Cortes.

La participación de nuevos sectores sociales se abrió paso inclusive en el seno de la Iglesia. En 1222, el papa Honorio III convocó un *colloquium* con representantes de los distintos estamentos de la ciudad a fin de deliberar sobre la conveniencia de organizar una expedición militar a Tierra Santa para recuperar Jerusalén. El teólogo Marsilio de Padua, en su escrito *Defensor pacis*, afirmó: "Aquello que concierne al individuo debe ser aprobado por él mismo y lo que concierne a la comunidad debe ser aprobado por todos". Aunque luego fue excomulgado, su texto daba cuenta de las nuevas ideas que se abrían paso en Europa occidental.

Los gremios

El crecimiento del artesanado dio lugar al surgimiento de los gremios, corporaciones integradas por individuos de una misma profesión: herreros, zapateros, plateros, etc. Nacieron en disputa con las antiguas cofradías, que constituidas por personas de oficios diferentes, tenían una finalidad asistencial, de intención religiosa, y actuaban bajo el control de la Iglesia. Los gremios, en cambio, de naturaleza laica, regulaban la profesión y controlaban los talleres. Estaban estructurados en una rígida jerarquía, que presidía el maestro de oficio, y mantenían requisitos de ingreso y pertenencia muy severos, sobre todo en materia de fidelidad a la corporación.

La navegación

La extensión de las rutas comerciales generó nuevos descubrimientos en el arte de la navegación, como el timón de codaste y el bauprés, que aparecieron por primera vez en Europa en los barcos de la liga Hanseática, durante el siglo XIII. En la época antigua, los barcos se gobernaban por medio de un remo sobre la borda, a popa. En barcos grandes, este método de gobernar no resultaba efectivo. El timón de codaste superó esta limitación, a la vez que el bauprés permitía sujetar más allá de la proa el extremo delantero inferior de la vela mayor, lo que permitió navegar más contra el viento. También se inventó el aparejo de proa a popa, que hizo posible que el barco diese bordadas contra el viento. Estos avances en la navegación contribuyeron a reducir el trabajo manual de los galeotes.

La marcha de las cruzadas a Tierra Santa

Ante la amenaza que representaban los turcos selyúcidas para Bizancio, el papa Urbano II promovió, en 1095, la formación de un ejército transnacional que acudiera en ayuda de los cristianos de Oriente. Así nacieron las cruzadas.

La primera cruzada fue planteada como una gran peregrinación a Tierra Santa. Para justificarla, la Iglesia estableció la teoría del "privilegio de la cruz", por la cual se concedía indulgencia plenaria a aquellos cristianos que tomaran parte de la empresa.

Las circunstancias políticas también contribuyeron a la difusión de las cruzadas. Para la aristocracia feudal del norte de Francia, Borgoña y Alemania era un medio de derivar excedentes humanos hacia el exterior, mientras que para los del sur de Italia, e incluso de Inglaterra, constituía una prolongación de sus empresas guerreras anteriores. Por otra parte, la conquista de las rutas mediterráneas por los marinos y mercaderes italianos encontraba en la cruzada un elemento de apoyo, aunque el interés comercial no se limitaba a la Palestina buscada por los cruzados, sino a unas tierras mucho más amplias.

Los estados de Oriente

La primera o "gran" cruzada fue la única que arrojó un balance militar positivo para las tropas cristianas. Compuesta por cuatro ejércitos al mando del delegado pontificio Adhemar de Monteil, partió hacia Constantinopla en 1096. Tras la conquista de Nicea y Frigia, Bohemundo de Tarento, jefe de uno de los ejércitos cruzados, conquistó Antioquía. Pese a los acuerdos previos establecidos con Bizancio, según los cuales los territorios "liberados" le serían devueltos, en 1098 Bohemundo convirtió Antioquía en principado independiente.

En 1099, fue conquistada Jerusalén por Godofredo de Bouillon, quien consiguió que la Iglesia lo nombrase Protector del Santo Sepulcro y que, a su muerte, el territorio, convertido en reino independiente, pasara a manos de su hermano Balduino de Flandes. De este modo, junto con Trípoli, Edesa y Antioquía, Jerusalén entraría a formar parte de una confederación de estados latinos de Oriente. Precisamente, la pérdida de Edesa en 1144 motivó una nueva cruzada por iniciativa del papa Eugenio III, y bajo la dirección de Luis VII de Francia y del emperador romano-germánico Conrado III. Esta segunda cruzada acabó en un rotundo fracaso, al ser derrotadas las tropas cristianas en 1148, cuando intentaban conquistar Damasco.

La caída de Jerusalén en poder de los turcos, en 1187, dio lugar a que Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra se unieran al emperador alemán, Federico I, en la organización de la tercera cruzada. Pese a la victoria inicial en Chipre (1191), las tropas turcas, al mando de Saladino, impidieron la reconquista de Jerusalén y los obligaron a pactar la retirada.

Cinco años después, el papa Inocencio II planteó la necesidad de realizar una nueva cruzada con el objetivo de recuperar los Santos Lugares y, al mismo tiempo, restablecer en el trono bizantino al emperador Isaac II. En 1204, los cruzados ocuparon y saquearon Constantinopla, y proclamaron el Imperio latino de Constantinopla en sustitución del Imperio de Bizancio. Las jerarquías eclesiásticas, en constante

Expansión precolonial
Junto con las motivaciones religiosas, las cruzadas representaron un momento importante de la expansión precolonial de Europa. Por primera vez, un proyecto común logró unir a las monarquías europeas, a partir de un interés compartido: controlar el Mediterráneo y abrir las puertas al comercio con Asia.
Ataque de un caballero cruzado, en un plato cerámico del siglo XIII.



"Después, todos felices y llorando de alegría, fueron los nuestros a adorar el Sepulcro de nuestro Salvador Jesús, y saldaron su deuda con Él. A la mañana siguiente los nuestros escalaron el techo del Templo, atacaron a los sarracenos, hombres y mujeres, y sacando su espada los decapitaron".



128486P104_HIS.ps

Acuerdo con Bizancio
La convocatoria a la primera cruzada fue hecha por el papa Urbano II en los concilios de Piacenza y Clermont, celebrados en 1095. Al año se inició la campaña. Su primera medida fue arribar a Constantinopla y celebrar un acuerdo con el emperador bizantino Alejo Comneno. *Conquista de la ciudad de Acre, según una miniatura del siglo XIII.*

Rumbo a Oriente

Cuando el papa Urbano II convocó a la realización de la primera cruzada, la oratoria de algunos predicadores consiguió movilizar grandes masas que, atraídas por los privilegios que la Iglesia ofrecía a los cruzados, se lanzaban en peregrinación a Tierra Santa e incluso precedían a los ejércitos cristianos. Entre los grandes agitadores en favor de las cruzadas se hallaba Pedro el Ermitaño, religioso francés. Se puso al frente de una exaltada multitud que, desarmada, marchó hacia Constantinopla, adonde arribó en 1096. Hostigada por bandidos, la marcha dejó una estela de mortandad. A su regreso a Europa, Pedro el Ermitaño fundó el monasterio de Neufmoustier.



Rey de Jerusalén
Duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon participó en la primera cruzada y conquistó Jerusalén en 1099. El ejército lo eligió y aclamó como rey de Jerusalén, pero Godofredo sólo aceptó el título de Protector del Santo Sepulcro.

lucha por el control del papado, convocaron a una reunión en Letrán, y en 1215 decidieron predicar una quinta cruzada que, minada por conflictos internos, terminó en absoluto fracaso.

En la sexta cruzada, emprendida en 1228, el emperador alemán Federico II, que había sido excomulgado, apoyado por Enrico Dandolo de Venecia, consiguió pactar con el sultán turco Al-Kamil una tregua de diez años y la cesión de las ciudades de Jerusalén, Belén y Nazaret, si éstas eran desmilitarizadas.

Las últimas campañas

Las dos siguientes cruzadas, motivadas por la pérdida de Jerusalén, en 1244, y de Antioquía, en 1268, respectivamente, fueron conducidas por Luis IX de Francia. Tras el cese de las hostilidades en 1272, el papa Nicolás IV convocó a una novena cruzada, motivada esta vez por la pérdida de Trípoli. Sin embargo, no obtuvo ningún eco entre los monarcas cristianos de Europa occidental, más preocupados por la guerra de los Cien Años que por recuperar los Santos Lugares.

De todos modos, a lo largo de los siglos siguientes, se reiteraron los intentos de recuperar Tierra Santa, pero su ejecución práctica estuvo a cargo de las autodenominadas "cruzadas permanentes", las órdenes militares del Temple o del Hospital de San Juan de Jerusalén.

Las cruzadas contra los turcos

En 1095, el papa Urbano II quiso poner fin a la expansión de los turcos selyúcidas a costa del Imperio bizantino y llamó a la guerra santa a los nobles y reyes cristianos. Fue la primera de las ocho cruzadas que arribaron a Oriente Próximo en los siglos XI-XIII.



Promesa La indulgencia plena a los que lucharan por los peregrinos y cristianos de Oriente atrajo a miles de guerreros. *Arriba, cruzado inglés, miniatura del siglo XIII.*

Autorización El papa Urbano II –a la derecha, en una miniatura del siglo XV, bendiciendo a un cruzado– convocó la primera cruzada en el concilio de Clermont (1095).



La cruz y la espada Los caballeros cristianos, como el que figura arrodillado ante el papa Urbano II, hicieron votos o se cosieron una cruz de tela en los vestidos (cruzados).

Aniquilación Las ocho cruzadas se caracterizaron por la violencia despiadada en los combates. *Abajo, miniatura de la toma de Damieta, quinta cruzada.*



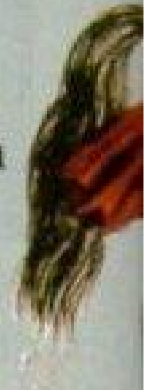
El Krak de los caballeros

Este imponente castillo, erigido en Siria por los caballeros hospitalarios en 1142, fue el gran bastión de las tropas cruzadas en su defensa de los estados latinos de Oriente, hasta su toma con artimañas por el sultán mameluco Baybars, en 1271.



Dos adversarios célebres

Durante la tercera cruzada, el rey inglés Ricardo I, más conocido como Corazón de León (al lado, a la izquierda), fracasó en la toma de Jerusalén (1192) y pactó su retirada de Palestina con el caudillo musulmán Saladino (al lado, a la derecha). El trato caballeresco entre ambos fue legendario.



Órdenes religiosas y militares

La protección de los peregrinos a Tierra Santa llevó a la creación de órdenes religiosas y a la construcción de castillos en Palestina y el Mediterráneo. Inicialmente hospitalarias, las órdenes pronto devinieron en militares. Entre ellas, destacaron el Temple y la orden Teutónica.



← La orden de los templarios, fundada en Jerusalén (1119), acumuló territorios y riquezas hasta su disolución en 1312 por el papa Clemente V. Este fresco de Dellacasa muestra la agonía de un caballero templario.



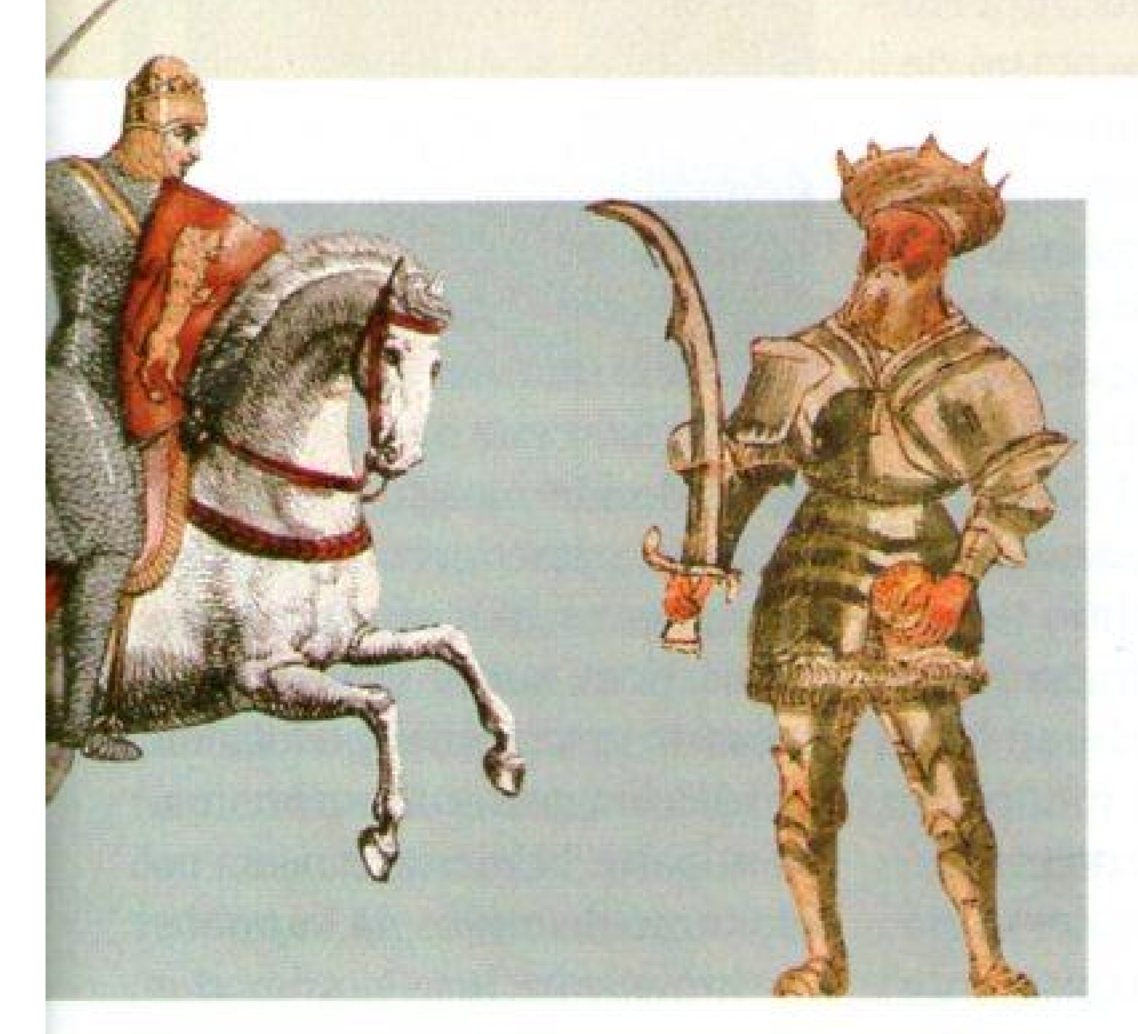
← Fundada en 1198 por nobles alemanes, la orden Teutónica dominó Lituania, Prusia, Polonia y Estonia hasta 1466. Luego, retomó sus raíces hospitalarias. *Castillo teutón de Radzyn Chelminski (Polonia).*





Vínculo La fe fue el nexo que unió a cruzados llegados de todos los rincones de Europa para combatir por Tierra Santa. *Arriba, cruzados franceses, en una miniatura del siglo XIII.*

Único éxito La primera cruzada supuso la victoria cristiana, pero las restantes tentativas fracasaron. *A la izquierda, miniatura de la toma de Antioquía (1098).*



Jerusalén, ciudad codiciada

Jerusalén, en manos árabes desde 638, fue recuperada por los cristianos en la primera cruzada (1099) –derecha–. Su toma por Saladino en 1187 originó la tercera cruzada. Retomada por Federico II en la sexta cruzada (1229), la invasión musulmana de1244 motivó las séptima y octava cruzadas.



Consolidación del reino francés

Tras la desaparición del Imperio carolingio, Francia se vio sometida a fuertes luchas entre el poder de la monarquía y los señores feudales. El ascenso al trono de los Capeto marcó el fortalecimiento de un estado centralizado.

A lo largo de la Alta Edad Media, la historia política de Francia estuvo marcada por fuertes tensiones internas. Desmoronado el Imperio carolingio, los monarcas franceses no pudieron contener el proceso de desmembración feudal, hasta el punto de depender de la nobleza y la Iglesia. Como consecuencia del debilitamiento de la corona, el antiguo reino de los francos occidentales corrió el riesgo de desaparecer.

Sin embargo, durante el siglo XII, con el apoyo de la Iglesia, que sintió que su propia autoridad peligraba ante la ofensiva de la nobleza, la monarquía francesa no sólo logró recuperar su poder sino echar las bases de un creciente sentimiento nacional.

Robertinos y capetos

La decadencia dinástica y política de los últimos reyes carolingios se agudizó en el curso de las luchas que mantuvieron contra los "robertinos" –la denominación proviene de Roberto el Valiente, conde de Anjou y Blois–, propietarios de extensos señoríos en la cuenca de París, conocida como Île-de-France.

De esta casa procedía Hugo el Grande, duque franco que se presentó como antagonista del monarca carolingio Luis IV (936-954). Dado que tanto Hugo como Luis eran sus cuñados, Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, actuó de árbrito en su enfrentamiento. En 942, Luis IV tuvo que renunciar a Lorena. Seis años después, Hugo fue excomulgado en el sínodo de Ingelheim y se vio obligado a prestar juramento de fidelidad a Luis IV. Entre tanto, Hugo el Grande se había apoderado de la ciudad y el castillo de Laon, el último reducto del monarca carolingio. Puesto que al morir Luis IV, su hijo Lotario II era todavía menor de edad, la sucesión al trono pareció favorecer a los robertinos. Pero Otón I convocó un consejo de familia que defendió los derechos de Lotario al trono y actuó de regente hasta su mayoría de edad.



Plantagenet
El nombre de esta dinastía proviene de *plantagenistra* (retama), insignia de su fundador Godofredo el Bello, conde de Anjou y esposo de Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra.

Sin embargo, tras asumir el trono, Lotario se enfrentó a Otón II con la intención de recuperar la posesión de la Baja Lorena. Su muerte en 986, y la de su hijo, que sólo lo sobrevivió alrededor de un año tras sucederle en el trono con el nombre de Luis V, significaron la gran oportunidad para los robertinos, ya que se extinguió la dinastía carolingia.

Hijo y heredero de Hugo el Grande, Hugo Capeto aprovechó para hacerse coronar rey de los francos en 987, con el apoyo de Adalberon, arzobispo de Reims, y de Gerberto de Aurillac. Pronto asoció a la corona a su hijo Roberto, dando comienzo a la dinastía de los Capeto. Aun cuando los duques carolingios de la Baja Lorena no desaparecieron hasta el año 1005, la dignidad real pasó a manos de la dinastía robertina.

En 987, Hugo Capeto nombró como sucesor suyo a su hijo Roberto el Piadoso, pero algunos señores feudales, como los condes de Flandes o los duques de Aquitania, siguieron rivalizando con el poder central monárquico. Para contrarrestar esta ofensiva, Hugo Capeto decidió otorgar privilegios a la Iglesia. Le concedió el cobro de impuestos en las propiedades eclesiásticas, que se organizaron en cuatro grandes obispados, con jurisdicción criminal autónoma. Por su parte, la Iglesia francesa no sólo tomó distancia de la nobleza, sino que incluso ganó poder frente al papado romano, aliado tradicional del Sacro Imperio Romano Germánico.

"Fue un banquete que halagaba el oído, el gusto y la vista, lleno de pompa y esplendor, con tan delicadas viandas y pasatiempos tan placenteros como ilustres eran los comensales. Los hombres del rey temieron por él, pero el rey, que había encomendado su cuidado a Dios, no tenía ningún miedo (...)".

Odo de Deuil (?-1162). Viaje de Luis VII a Oriente. *Imagen: Hugo Capeto; grabado del siglo XVII.*



Godofredo el Bello
Conocido como Plantagenet, Godofredo el Bello, conde de Anjou y duque de Normandía, poseía vastas extensiones de tierras en Francia, que cubrían Anjou, Turena y Maine. Enfrentado con los Capeto, accedió al trono de Inglaterra tras casarse con Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra. *Godofredo el Bello, en una miniatura del siglo XIII.*







Política de alianzas
Para consolidar su monarquía, Hugo Capeto (941-996) llegó a firmes acuerdos con la Iglesia, otorgó grandes franquicias a los comerciantes de París y se enfrentó a los condes de Flandes y a los duques de Aquitania, que se negaban a aceptar su política centralista. Su gobierno sentó las bases del estado francés. *Coronación de Hugo Capeto; miniatura del siglo XV.*



Cronología

987 » Hugo Capeto es coronado rey de los francos.

1031 » Enrique I ocupa el trono de Francia.

1060 » Felipe I, rey de Francia.

1082 » Luis VI ocupa el trono de Francia e impulsa una serie de reformas administrativas destinadas a centralizar el poder en sus manos.

1132 » Reconstrucción en París de la abadía de Saint Denis, considerada la primera gran manifestación de la arquitectura gótica.

1134 » Luis VI rechaza la agresión del emperador Enrique V.

1135 » Guerra entre Esteban de Blois, rey de Inglaterra, y Godofredo Plantagenet, conde de Anjou.

1137 » Luis VII es coronado rey de Francia.

1173 » Guerra entre Luis VII y Enrique II Plantagenet, de Inglaterra.

1180 » Felipe II el Augusto es coronado rey de Francia.

1195 » Se celebra el concilio de Montpellier, a partir del cual la corona francesa, en estrecha alianza con la Iglesia, declara la guerra a los cátaros y los valdenses.

La visita de san Valerio

Hugo Capeto hacía profesión de una fuerte fe religiosa, que se traducía en momentos de revelación. La noche de su coronación, en 987, dijo ser visitado por san Valerio. Para su acceso al trono, contó con el apoyo del arzobispado de Reims.

Consolidar el poder central no fue fácil para los Capeto. Perdieron la cuenca del Loira y hasta debieron refugiarse en sus propiedades de Orleans al perder por un tiempo su control sobre la Île-de-France. Sólo con Felipe I (1060-1108), que logró la participación de la corona en el nombramiento de obispos y abades, la monarquía francesa entró en una etapa de fortalecimiento. Su hijo, Luis VI (1108-1137), aprovechó el conflicto planteado entre el papa Calixto II y el emperador alemán para que la corona francesa quedase como protectora de la Iglesia católica. Asesorado por Sigerio, abad de Saint Denis, Luis VI consiguió expandir el poder de la monarquía.

Bajo el reinado de Luis VII (1137-1180), se creó la cancillería de la corte y se planificó el presupuesto nacional. Sólo se mantuvo álgido el conflicto con Normandía y Bretaña, que se convirtieron en feudos de Enrique de Anjou, heredero de Matilde, viuda del emperador Enrique V e hija de Enrique I de Inglaterra.

De su padre Godofredo V el Bello, conde de Anjou conocido con el sobrenombre de Plantagenet, Enrique de Anjou heredó los condados de Maine y Turena. En el año 1152, se casó con Leonor de Poitou, divorciada de Luis VII, que aportó los ducados de Gascuña y Lorena. En 1154, Enrique de Anjou ocupó el trono inglés con el nombre de Enrique II Plantagenet, y fundó así la dinastía que reinaría Inglaterra hasta el año 1485.

Consolidación de la corona en Inglaterra

Las diversas invasiones, los problemas sucesorios, las ambiciones feudales y los conflictos con la Iglesia dificultaron el afianzamiento de la monarquía. Tras varios cambios de mano, el trono inglés se convirtió en uno de los más sólidos de Europa.

Tras su subordinación a Dinamarca, la corona inglesa siguió un proceso muy conflictivo hasta alcanzar su consolidación. Las grandes diferencias étnicas existentes en la población –anglosajones, celtas, daneses, noruegos y, después de 1066, normandos– afectaron la evolución política. Sólo a partir de Ethelstan (925-940), rey de Wessex –estado que desde Alfredo el Grande ocupaba una posición hegemónica– cabe hablar de reyes ingleses, ya que, tras las duras luchas mantenidas contra daneses, noruegos y escoceses, extendió su poder a casi toda Inglaterra, mientras que Escocia y Gales quedaron al margen de dicha soberanía. Las conquistas militares fueron seguidas por una fusión paulatina de los diferentes grupos poblacionales.

Las luchas por el trono

Para alcanzar un mayor grado de uniformidad nacional, Edgardo el Pacífico (959-975) se apoyó en la Iglesia. Su consejero fue san Dunstano (909-988), arzobispo de Canterbury, quien por un lado afianzó la disciplina clerical y monástica y, por el otro, logró que el monarca incrementase las propiedades eclesiales y redujese los impuestos. En 973, al calor de esta alianza, Edgardo fue coronado solemnemente como rey de Inglaterra en la abadía de Bath, aunque murió a los dos años.

Su sucesor, el joven Etelredo, debió afrontar nuevas invasiones danesas que lo obligaron a renunciar al trono. A su muerte, en 1016, los nobles, reunidos en asamblea real (*witeganemont*) pusieron en el trono al danés Canuto el Grande (1016-1035). Durante su gobierno, el poder de los duques (*earls*) se fortaleció, en detrimento del poder real.

El sucesor de Canuto, Eduardo el Confesor (1042-1066), debió hacer frente a la sublevación de Godwine, duque de Kent. El hijo de éste, Harold, sin embargo, juró fidelidad a la Corona y, al morir Eduardo, se hizo nombrar rey. Guillermo I el Conquistador, duque de Normandía, reclamó sus derechos al trono inglés. Con el pleno respaldo del papa Alejandro II, conseguido a través del monje Hildebrando –futuro papa Gregorio VII–, y la ayuda de Francia y España, atacó al rey Harold. Éste, simultáneamente, debió hacer frente a una invasión noruega, encabezada por el rey Harald Hardraade. Harold pudo derrotar a los noruegos en Stanfordbridge, pero fue aniquilado por las tropas de Guillermo el Conquistador, quien en la Navidad de 1066 fue coronado como rey de Inglaterra en la abadía de Westminster.

Guillermo expropió sus feudos a los condes que habían respaldado a Harold, nombró administradores (*sheriffs*) para que controlasen a los demás señoríos y alentó una redistribución de la propiedad de la tierra, debilitando a la alta nobleza y fortaleciendo así el poder central de la monarquía. Si bien respetó el carácter hereditario de los feudos, impuso que cada noble, al asumir su propiedad, jurase fidelidad al rey, reconociendo a éste como propietario último de todas las tierras. A la vez, la Iglesia romana se convirtió en un soporte deci-

La lengua inglesa

La influencia normanda se hizo fuerte en Inglaterra a partir del reinado de Guillermo el Conquistador, incluso en el ámbito lingüístico. Hasta ese momento, el inglés antiguo se había desarrollado a partir del dialecto sajón occidental, con numerosos préstamos latinos y celtas. Con la presencia normanda, se inició el período del llamado "inglés medio". Durante mucho tiempo, el país fue bilingüe, ya que la lengua oficial de la administración y de la justicia fue el francés de la Normandía. El idioma inglés no se impuso hasta el siglo XV, tras haber incorporado numerosos elementos extranjeros que, a menudo, desplazaron antiguos vocablos sajones.

"En ese momento, Long Edward seguía comandando el ataque, demostrando su disposición y alardeando de que nada le detendría. Rompió el parapeto de escudos, irrumpió en campo enemigo y se vengó de aquellos provocadores de naufragios en la forma en que merecía su magnánimo señor".

Autor anónimo (s. X). La batalla de Maldon. *Imagen: Guillermo el Conquistador; grabado del s. XIX.*



Un rey normando
Tras un largo enfrentamiento con la corona francesa, Guillermo I el Conquistador logró el apoyo de ésta para aspirar al trono inglés. Al frente de un ejército normando, en la batalla de Hastings, librada el 14 de octubre de 1066, diezmó las tropas de Harold, pretendiente al trono, y se proclamó rey de Inglaterra. *Batalla de Hastings; detalle del tapiz de Bayeux; siglo XI.*

Teólogo y político
Tras desempeñarse como canciller de Enrique II de Inglaterra, Thomas Becket fue nombrado arzobispo de Canterbury. Entró en conflicto con el rey por la defensa de los derechos de la Iglesia y, en 1164, tuvo que refugiarse en Francia. Llamado a Inglaterra, en 1170 fue asesinado por mandatarios del rey en la catedral de Canterbury. *Asesinato de Thomas Becket, miniatura del siglo XII.*



sivo de la corona, aunque las reformas introducidas en el clero constituyeron la base de la futura oposición entre la Iglesia de Inglaterra y la de Roma.

Conflictos con la Iglesia

Antes de morir, Guillermo (1087) cedió el trono a su hijo Guillermo II el Rojo (1087-1100), quien a su vez fue sucedido por su hermano Enrique I. Durante el reinado de estos dos monarcas, las relaciones entre la corona y la Iglesia se deterioraron. La sucesión de Enrique I complicó la situación. Antes de morir, había nombrado sucesora a su hija Matilde, casada con Godofredo Plantagenet, conde de Anjou. Los barones, apoyados por los obispos, eligieron rey a Esteban de Blois (1135-1154), sobrino de Enrique I y nieto de Guillermo el Conquistador.

Tras trece años de lucha, Matilde abandonó Inglaterra y, por mediación de Tebaldo, arzobispo de Canterbury, Esteban de Blois fue reconocido como rey, pero cedió el trono a Enrique de Anjou Plantagenet, quien fue coronado como Enrique II (1154-1189). Éste restringió las atribuciones de la Iglesia y nombró a Thomas Becket arzobispo de Canterbury. A partir de 1163, se inició una profunda revisión de las relaciones entre la corona y el clero que, al año siguiente, culminó con las llamadas Constituciones de Clarendon, que establecían una mayor independencia eclesiástica y reconocían la soberanía jurídica del rey.

Al poco tiempo, sin embargo, Thomas Becket entró en conflicto con la corona, se marchó a Francia y sólo regresó tras una reconciliación oficial por parte de Enrique II. No obstante, las diferencias continuaron y, en 1170, Becket fue asesinado en la catedral de Canterbury a manos de miembros de la corte. Aunque luego fue canonizado y la corona se vio seriamente afectada por el hecho, Enrique II continuó con su política centralista y logró ser reconocido "rey por la gracia de Dios".



San Dunstano
En la segunda mitad del siglo X, Dunstano, arzobispo de Canterbury, se convirtió en el principal consejero del rey Edgardo el Pacífico. Logró disciplinar a la Iglesia inglesa y, a cambio, obtuvo grandes concesiones por parte de la monarquía.

Italia tras el Imperio carolingio

Tras los carolingios, se desataron en el norte de Italia los conflictos entre las facciones feudales, mientras en el sur los normandos se asentaron sobre restos árabes y bizantinos. En este panorama, los emperadores alemanes intentaban por imponer su hegemonía.

La inestabilidad de las formaciones políticas en Italia durante el dominio de los carolingios (774-887) permitió el surgimiento de nuevas soberanías lombardas, junto al ducado de Benevento, como las de Capua, Nápoles o Salerno. Frente a las primeras incursiones de los húngaros en la llanura del Po a principios del siglo IX, los margraves (marqueses) de Friul, Tuscia y Spoleto resistieron y consolidaron su independencia.

Los árabes se instalaron en Sicilia en 827, saquearon Roma en 846 e instigaron las posiciones bizantinas que quedaban al sur de la península. Luis II, nieto de Carlomagno, acudió en ayuda del papa León IV y detuvo el avance de los musulmanes.

La desintegración del Imperio carolingio en 887, con la abdicación de Carlos el Gordo, abrió en Italia un período donde marqueses y duques de distintos territorios se disputaron e intercambiaron el trono. El reino de Italia entró en crisis y los nobles se sometieron sin apenas resistencia a la política expansionista de Otón I, rey de Germania, que invadió el norte de la península en dos ocasiones entre 951 y 956, lo que marcaría el inicio del imperio germánico. Sin embargo, las continuas sublevaciones de los príncipes italianos y de los papas a las que tuvo que hacer frente Otón I y sus sucesores demuestran lo limitado del poder real del emperador en Italia.

El sur normando

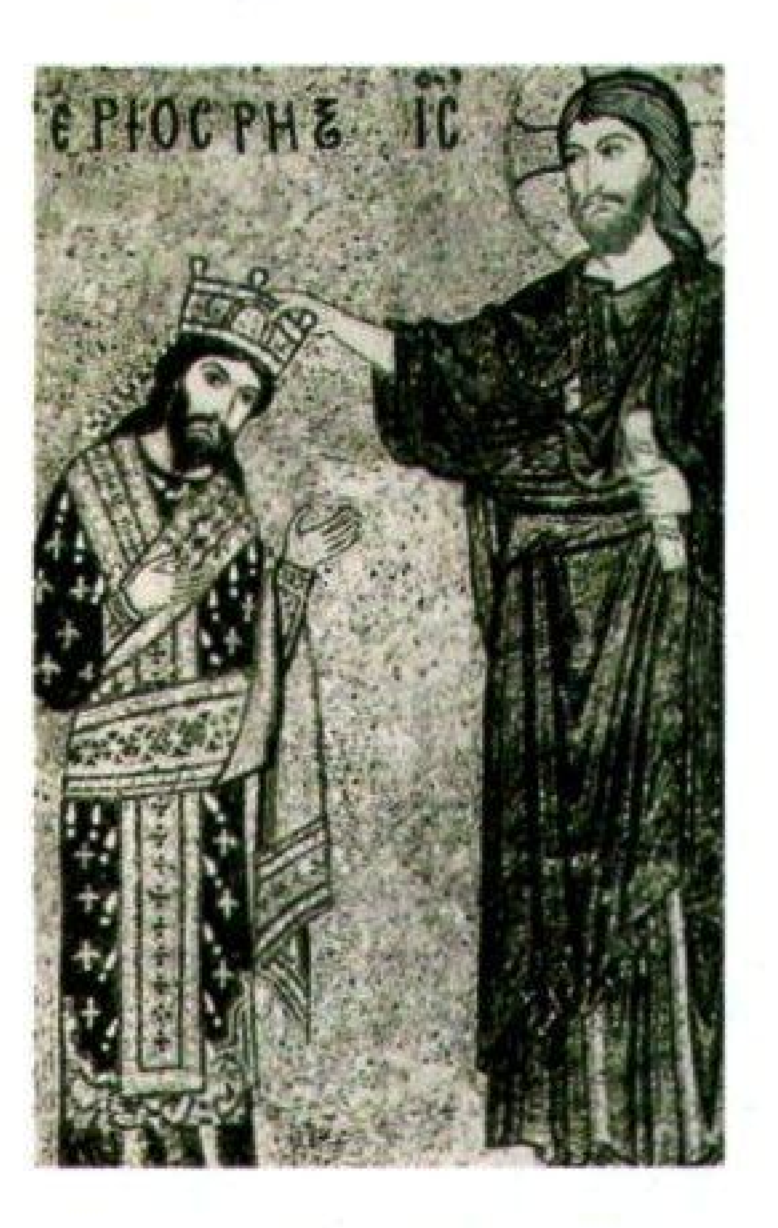
La expansión normanda, o vikinga, alcanzó el Mediterráneo en el siglo XI. El primer asentamiento en Italia apareció en 1030, cuando Ranulfo se nombró conde de Aversa (Campania). La inestabilidad política de la región, debida a los combates entre árabes y bizantinos, favoreció el asentamiento de los normandos.

En el sínodo de Melfi, en 1059, los normandos se hicieron vasallos del papa, mientras que Roberto Guiscardo, personaje central en la expansión normanda en Italia, recibió el reconocimiento papal como "duque de Apulia y Calabria, por gracia de Dios y san Pedro, y, un día, con ayuda de ambos, señor de Sicilia". El título, aunque puede parecer ridículo, contenía todo un programa de anexiones que Guiscardo casi completaría en vida. El apoyo del papa –el cisma con Oriente se había producido en 1054– permitió a los normandos justificar la expulsión de los bizantinos como una "misión de fe" y la de los musulmanes como una abierta cruzada.

Se inició entonces una expansión que culminó, ya en el siglo XII, con la unificación de toda la Italia meridional bajo dominio normando. En 1060 tomaron Reggio y desembarcaron en Sicilia, cuya conquista completa se demoró más de 30 años. En la península, en 1071 tomaron Bari, última posesión bizantina en Italia.

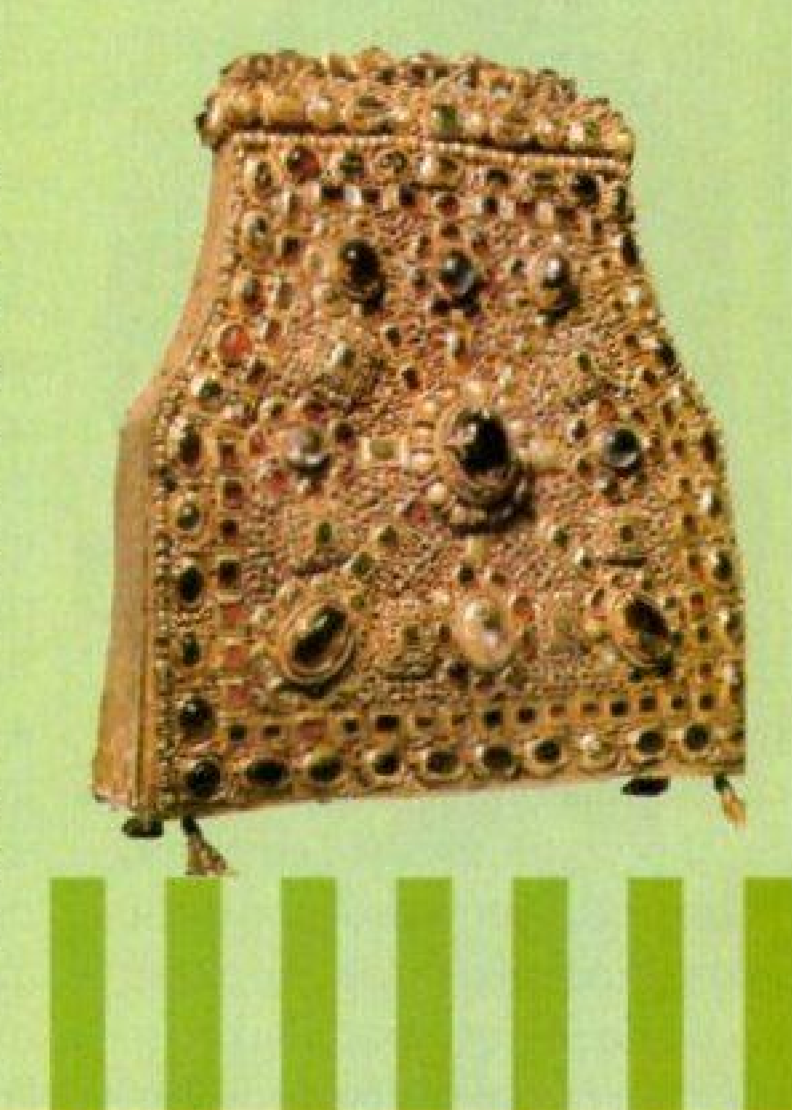
Tras la muerte de Roberto Guiscardo en 1085, su hijo Roger de Apulia (Roger I Borsa) tomó el control de la península y Roger I, hermano de Roberto Guiscardo, el de la Sicilia normanda. Roger I, tras

La resistencia siciliana
Roger II, conde y luego rey de Sicilia, inició una política de expansión en la Italia continental, que le permitió unificar los dominios normandos bajo su corona y, enfrentándose a la Iglesia, rechazar a las tropas de los emperadores germánicos. Su reinado abrió el período de esplendor normando. *Roger II de Sicilia, pintura al fresco del siglo XII.*



"Después de estos hechos, los sarracenos saquearon el condado de Fermo; por eso, el abad, atemorizado de nuevo, reunió a sus monjes y soldados, edificó un castillo en el monte Matenano, (...) los sarracenos permanecieron en Italia durante cuarenta y ocho años ininterrumpidamente".

Gregorio di Catino (1060-1150). Cronista. *Fragmento del* Regesto Farfense. *Imagen: relicario de Berenguer I de Friul.*



Sincretismo cultural
La unificación territorial y la relativa paz interior alcanzada permitieron el desarrollo de la sociedad normanda en Italia, lo que supuso un interesante mestizaje de los pueblos y las tradiciones bizantina, árabe y normanda. Un ejemplo de ello fue la corte trilingüe de Palermo. *Iglesia de estilo arabo-normando de San Giovanni degli Eremiti, Palermo; siglo XII.*



Luchas por el trono
Berenguer I, marqués de Friul, fue el primer rey de Italia (888) tras la desintegración del imperio carolingio y emperador en 915. Sin embargo, tuvo que disputarse el trono con los poderosos duques de Spoleto. En la imagen, su cruz pectoral.

fracasar en una expedición adriática al enfrentarse a una alianza de bizantinos y venecianos, tomó Siracusa (1086) y completó el control de Sicilia (1091). Le sucedió en 1101 su hijo Roger II que, a la muerte de su primo Guillermo de Apulia, reclamó el control de Italia. Los duques italianos tardaron en reconocerlo, pero finalmente en 1130 fue proclamado rey de Sicilia, aunque el papa Inocencio II sólo lo aceptó en 1139. Su dominio se extendió por todo el sur de Italia y comprendía las regiones de Apulia, Calabria, Capua y, tras su conquista en 1137, de Nápoles y de la ciudad de Amalfi.

La llegada a Italia de Federico I Barbarroja propició un acuerdo con los normandos. En 1186, Constanza, hija de Roger II, se casó con Enrique VI, heredero del Sacro Imperio. Tras la muerte de Federico I en 1190, Enrique VI invadió Italia en 1194, conquistó Sicilia casi sin oposición y fue coronado rey.

Ciudades independientes

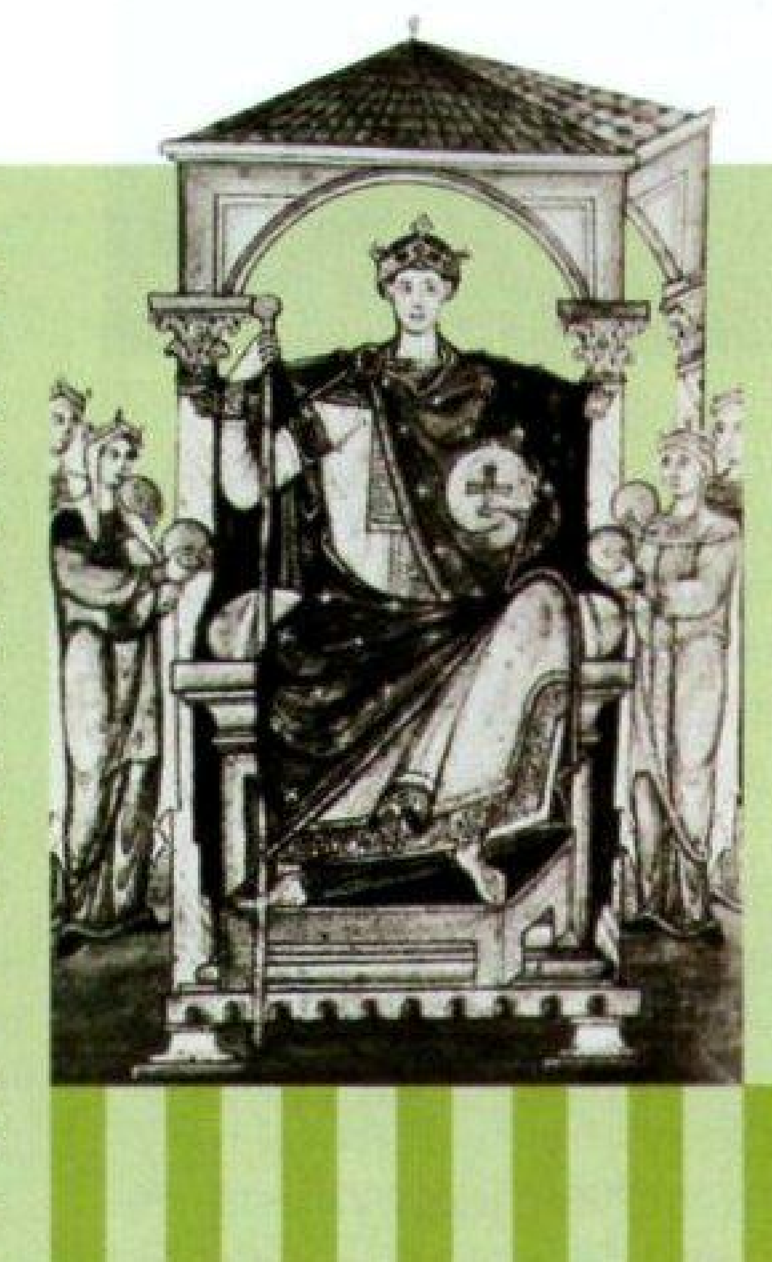
De forma paralela a los poderes del imperio y el papado surgieron unas ciudades que, a pesar de los contactos, se mantenían independientes. Bajo la protección de un comunalismo social y económico, estas ciudades, embriones de los focos burgueses de poder, centralizaron la artesanía y el comercio, amparándose en un derecho urbano específico e institucionalizado que procurase la consolidación del poder local. Para permitir el avance de los intereses burgueses era necesario, además, la derogación de ciertas prestaciones feudales, como la servidumbre y la falta de libertad personal, que dificultaban el desarrollo del comercio y la artesanía. Por primera vez, en Italia, durante el siglo XI, la burguesía consiguió controlar el poder urbano al reconocerse la autoridad de la *comuna*, como gobierno autónomo, así como de sus representantes y concejales, los *scabini*. El consulado burgués se extendió por la Italia septentrional y Provenza. Se constata su presencia en Milán en 1057 y en Lucca en 1068. Pero este desarrollo se produjo, en algunos casos, con múltiples enfrentamientos con las fuerzas episcopales y feudales, que se resistían a perder la hegemonía que hasta entonces habían conseguido.

La hora de los emperadores alemanes

El sueño de Carlomagno de continuar el Imperio romano pareció reencarnarse en los reyes alemanes y el Sacro Imperio Romano Germánico, que estuvo marcado por el pulso entre Imperio e Iglesia. Pero el desmembramiento de Europa ya era irreversible.

"Esta vez el título imperial no degeneraría. Los emperadores que siguieron a Otón fueron a veces débiles e ineficaces, pero fueron siempre los más importantes príncipes de Europa; la corona imperial nunca volvió a ser un despreciable balón de fútbol pateado por principillos secundarios".

Isaac Asimov (1920-1992). Escritor. *Imagen: homenaje a Otón II; manuscrito del siglo XI.*



Las dinastías imperiales alemanas que protagonizaron la historia medieval europea entre mediados del siglo X y del XIII fueron tres: la casa de Sajonia, que constituyó la dinastía de los Otones; la casa de Franconia, o de los emperadores salios, y la de los Hohenstaufen.

El fundador del Sacro Imperio Romano Germánico, Otón I el Grande (912-973), vástago de Enrique I, tenía 24 años cuando accedió al trono alemán. Su coronación en Aquisgrán dejó clara su vocación de heredero simbólico de Carlomagno. Tras combatir contra Francia, se abocó al fortalecimiento de la monarquía. Expandió sus dominios más allá del río Oder, sometiendo a los eslavos, e hizo pública su fe cristiana, aliándose así con la Iglesia romana, de la que se declaró protector. Impuso en el solio pontificio al papa Juan XII, quien lo nombró emperador. A su vez, trasladó su corte a Roma y estableció que ningún papa podía ser consagrado sin jurar previamente su lealtad al Imperio alemán. En 972, el emperador regresó a Alemania y convocó la dieta de Quedlinburg, en cuyo transcurso le juraron fidelidad los obispos y nobles alemanes, los duques de Polonia y Bohemia y los embajadores de Italia, Bizancio, Hungría y Dinamarca.

Lo sucedió su hijo Otón II, quien durante su reinado (973-983) debió hacer frente a diversas sublevaciones internas y guerras exteriores. Ante las rivalidades internas que desestabilizaban la Iglesia de Roma, en 983 Otón II viajó a Italia, respaldó al papa Benedicto VII y se proclamó "emperador de los romanos". Tras la renuncia de Lorena, Otón II inició la invasión del sur de Italia ocupada por árabes y bizantinos y, aunque obtuvo el control de Nápoles, Salerno y Tarento fue derrotado, en 982, en Colona.

Otón III impuso a su primo Bruno de Carintia –nieto de Conrado el Rojo– como papa, con el nombre de Gregorio V, convirtiéndose en el primer pontífice alemán. La prematura muerte de Otón III desató numerosos conflictos y la de su sucesor, Enrique II, significó el fin de la dinastía sajona en su línea masculina. El trono pasó a Conrado II, de la dinastía de Franconia o salia.

Dificultades en Italia

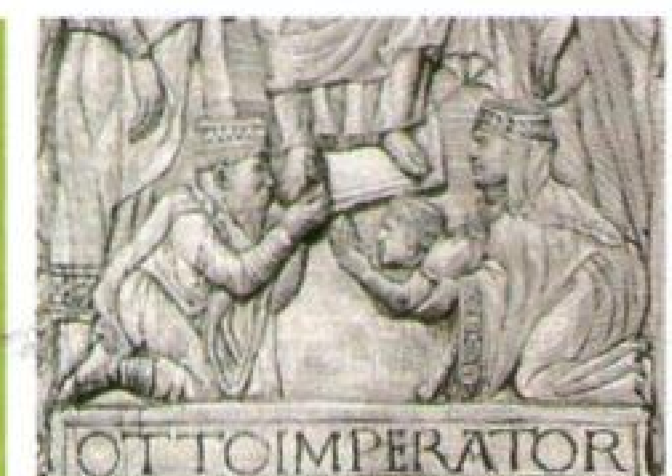
Con el pretexto de respaldar al papa Eugenio III, que había sido expulsado por Arnaldo de Brescia, Federico I Barbarroja acudió a Roma y se hizo coronar rey y emperador. Ante la resistencia de las ciudades de Milán y Cremona, las conquistó y destruyó, pero atacado por la peste tuvo que regresar a Alemania. *Las naves venecianas derrotan a Federico I; por Aretino, siglo XIV.*

Conrado II logró sortear varios impedimentos sucesorios y eliminar los focos de agitación en las fronteras, en especial con Francia y Polonia. En Italia, frenó las aspiraciones de Bizancio y, en 1027, se hizo coronar emperador por el papa Juan XIX. Su sucesor, Enrique III, continuó debatiéndose entre conflictos sucesorios y eclesiásticos.

Por otra parte, los normandos se asentaron en el sur de Italia y, con el aval del papa, expulsaron a árabes y bizantinos. La expansión normanda culminaría en el siglo XII con la unificación de toda la Italia meridional.

El conflicto con el papado

Durante el reinado de Enrique IV (1056-1106), el pulso entre emperador y papa llegó a su punto máximo. Gregorio VII, proclamado papa en 1073, dio un impulso defintivo a la renovación eclesiástica que se debatía hacía tiempo, uno de cuyos objetivos era liberar a la iglesia del control del emperador. En 1075 promulgó un decreto que prohibía el nombramiento de obispos y abades por parte de un laico, abogaba por la centralización del poder de la Iglesia en la figura del papa y afirmaba la supremacía del poder espiritual del pontífice sobre el poder temporal de los emperadores. Fue el detonante de la lla-



Restauración imperial
Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y, como tal, emperador de Occidente, casó a su hijo Otón II con la princesa bizantina Teofanía, a fin de unir su corona al Imperio de Oriente y restaurar así la unidad de la antigua Roma.

mada "querella de las investiduras" que se alargó durante años y no se resolvería, al menos momentáneamente, hasta 1122, cuando Enrique V firmó el concordato de Worms con el papa Calixto II. La Iglesia vio reconocida su independencia y en adelante los obispos serían nombrados por el papa, aunque el emperador les podía conceder poderes temporales.

Tras el reinado de Lotario de Sajonia (1125-1137), el último emperador salio, Conrado III (1138-1152), de la dinastía de los Hohenstaufen, fue elegido por los obispos y barones, al margen de la línea sucesoria. Federico I Barbarroja coronado en Aquisgrán, pudo devolver al imperio su poder entre 1152 y 1190. Para consolidar su hegemonía en Italia, atravesó los Alpes con un poderoso ejército y se le sometieron casi todas las ciudades. En 1162 sometió Milán destruyéndola por completo, y en 1167 conquistó Roma. Realizó nuevas campañas militares en la península, pero fue derrotado en Legnano por el papa Alejandro III. En 1183, con la paz de Constanza, llegó a un acuerdo con las ciudades lombardas y casó a su hijo Enrique con Constanza de Sicilia, hija de Roger II y heredera del rey normando Guillermo II.

Para consolidar su prestigio como emperador de la cristiandad, Federico I dejó en el trono a su hijo Enrique VI y se puso al frente de la tercera cruzada, pero falleció en su transcurso.

Federico I
[1123 - 1190]



Apodado Barbarroja, tras suceder en el trono alemán a su tío Conrado III, se propuso tres objetivos: ser coronado emperador, pacificar y forjar la unidad de Alemania, y restaurar el poder germano en Italia. Logró los dos primeros objetivos, pero nunca alcanzó a recuperar las posesiones italianas, pese a las reiteradas campañas militares. Murió en el transcurso de la tercera cruzada, al vadear el río Cydnos.

La liga Lombarda

En los siglos XI y XII, las ciudades del norte de Italia se vieron afectadas por el enfrentamiento entre la Iglesia y el imperio. En este cruce de intereses se perfilaron dos tendencias: los güelfos –que se oponían a las pretensiones imperiales y por tanto se aliaban al papa–, y los gibelinos –que respaldaban a los germanos–. En tiempos de Federico Barbarroja el enfrentamiento entre ambas tendencias alcanzó su punto máximo. Las ciudades italianas tejieron alianzas entre sí, que la misma competencia comercial y el juego del imperio se encargaron de desbaratar. En 1167, la liga Lombarda, integrada por varias ciudades, se alió con el papa Alejandro III, quien a su vez buscó el respaldo del Imperio bizantino. La guerra finalizó con el acuerdo de Constanza. Este equilibrio se mantuvo hasta el reinado de Federico II.

La expansión europea hacia el este

La evolución de la Europa oriental en la Alta Edad Media fue muy diferente a la de Occidente. La cristianización siguió un ritmo mucho más lento, y las persistentes luchas interétnicas dificultaron la consolidación de los estados nacionales.

La unión política de los pueblos polacos se afianzó en el siglo X. Aunque es difícil establecer el origen del vasto reino polaco comprendido entre los ríos Vístula y Oder, la expansión polaca hacia el oeste y su choque con el Sacro Imperio Romano Germánico están bien documentadas.

El príncipe Miecislao I (960-992) pagaba tributos al emperador alemán Otón I por el territorio que se extendía entre los ríos Oder y Warta y, tras una ardua resistencia, en 983 aceptó convertirse al cristianismo a cambio de poder expandirse hacia el este. Su hijo, Boleslao I (992-1025), gracias a su alianza con Otón III, impuso su hegemonía sobre los eslavos occidentales y creó el arzobispado de Gniezno, que comprendía los obispados de Kolberg, Cracovia y Breslau. Pese a recibir el título de *patricius*, en 1004 chocó con el emperador germano Enrique II por la posesión de Bohemia y Lusacia. El acuerdo de Bautzen restableció la paz, y Bohemia se convirtió en un ducado independiente. Bajo el reinado de Miecislao II (1025-1034), Polonia entró en un proceso de disgregación. Se separaron Pomerania, Lusacia y el territorio comprendido entre el Vístula y el Bug.

En 1038, los bohemios ocuparon Silesia y Polonia volvió a ser una provincia del Imperio germánico, sin recuperar su independencia hasta la segunda mitad del siglo XI. En 1054, Silesia se sometió a los polacos, y Boleslao II (1058-1080), apoyado por el papa Gregorio VII, logró controlar las aspiraciones segregacionistas de la nobleza. Boleslao III (1102-1138) reforzó la organización de la Iglesia y estableció las leyes sucesorias. Sin embargo, a su muerte, los nobles se batieron en luchas internas, que fueron aprovechadas por el Imperio germano. A fines del siglo XII, la colonización del oeste y el sur de Polonia por parte de campesinos alemanes agravó la situación.

Bohemia y Hungría

En 929, los duques bohemios, autónomos desde mediados del siglo IX, fueron sometidos por el Imperio alemán. No obstante, el emperador Enrique II concedió una mayor autonomía a Bohemia, que en 1020 se unió a Moravia. En 1086, Enrique IV nombró rey a Bratislao I (1086-1092), quien intervino en las dietas para elegir al emperador germano.

Hacia comienzos del siglo XII, se produjeron una serie de conflictos sucesorios, que en 1158 Federico I Barbarroja resolvió nombrando rey a Bratislao II, quien le aseguró amplias facilidades para los colonos alemanes. La afluencia de comerciantes y artesanos germanos estimuló el desarrollo económico y la integración económica a Alemania.

Tras la derrota de su ejército en Augsburgo (955), los húngaros se asentaron en la llanura panonia (Danubio, Drave y Tisza) y se cristianizaron. En 1001, Esteban I el Santo (997-1038) creó el arzobispado de Gran.

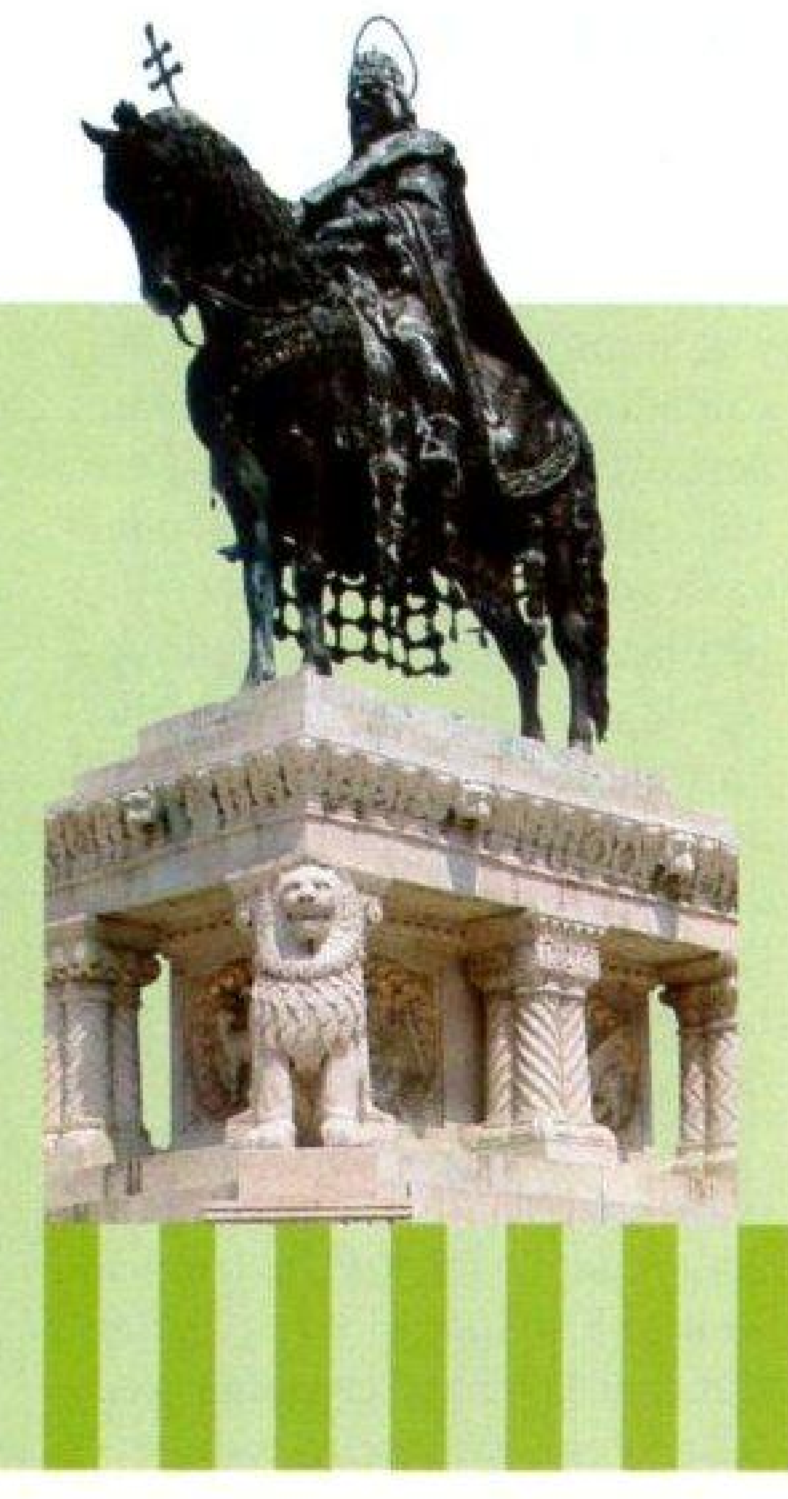
Bajo el reinado de Colomán I (1095-1116), Hungría anexionó Croacia y se expandió por los Balcanes, chocando con el Imperio bizantino. En 1167, Bizancio conquistó Dalmacia, Croacia y Bosnia, territorios que recuperó para

Vladimiro I de Kiev
Príncipe de Novgorod en 970 y Gran Príncipe de Kiev entre 980 y 1015, se alió con el Imperio bizantino y logró frustrar las aspiraciones al trono de sus cuatro hermanos, a los que mandó ejecutar. Tras casarse con una hermana del emperador bizantino Basileo II, se convirtió al cristianismo, adoptando el rito de Constantinopla. *Vladimiro I; grabado del siglo XVIII.*



"Los polacos, muy asustados, ya que ahora no veían delante suyo más que su propia condena a muerte y la destrucción de su país, buscaron la salvación en la fuga. Estaban tan desesperados que asolaron su propia tierra, su propia madre patria (...)".

Otón de Freising (1112-1158). Obispo y crónista. *Imagen: estatua ecuestre de Esteban I el Santo, rey de Hungría.*



La expansión de los búlgaros
Los búlgaros aparecen mencionados por primera vez en las crónicas bizantinas hacia finales del siglo V, cuando atravesaron Besarabia e invadieron los Balcanes. Elegido zar de los búlgaros, Simeón I el Grande fundó un imperio que, además de Bulgaria, comprendía Macedonia, Tracia y parte de Albania y de Servia. *El emperador bizantino Teófilo con los búlgaros; miniatura del siglo IX.*

Reino de Croacia

A partir del siglo VII, Croacia mantuvo una estrecha alianza con la Iglesia romana. Se constituyó en reino en el año 924, y las ciudades costeras, convertidas en importantes puertos comerciales, cayeron bajo la hegemonía de Venecia. En los siglos X y XI, bajo los reinados de Esteban I y Pedro Kresimir, Croacia se convirtió en un estado balcánico floreciente, con una intensa presencia comercial en el Mediterráneo. Sin embargo, en el año 1091 estallaron cruentas luchas dinásticas, en las que intervino con éxito el rey Colomán I de Hungría. Tras establecer un pacto con las doce familias más poderosas de las aristocracia señorial croata, anexionó Croacia al reino a Hungría.

Hungría el rey Bela III (1173-1196), quien finalmente –en 1185– acordó una alianza con Bizancio.

Rusia y los Balcanes

El estado de Kiev, surgido de la fusión entre los varegos y etnias locales, adoptó la estructura de un reino cuando la princesa Olga (945-962) se convirtió al cristianismo. Sviatoslav (962-973) sometió a los búlgaros del Volga y a los jázaros del Cáucaso. En 988, su hijo Vladimiro I sentó las bases del Gran Principado de Kiev. Bajo el reinado de Yaroslav (1019-1054), los enfrentamientos entre los nobles se acentuaron, lo que fue aprovechado por el Imperio alemán, la Iglesia romana y Polonia. En el reinado de Vladimiro II (1113-1125), la expansión del principado de Kiev sentó las bases del futuro Imperio ruso.

El proceso político en los Balcanes fue muy complejo y estuvo marcado por la injerencia de numerosos estados: Bizancio, Hungría, Rusia, Venecia, la Santa Sede y el Sacro Imperio Germánico, entre otros. Servia alcanzó la independencia en 850, pero la perdió pronto a manos de los búlgaros. El príncipe Caslav (927-960) la recuperó, pero Servia se desmembró en pequeños estados, que se reunificaron en 1077, bajo hegemonía húngara.

Simeón el Grande (893-927) unificó Bulgaria, pero su sucesor, Pedro (927-969), debió someterse a Kiev. El zar Kalojan (1197-1207) recuperó la independencia pero, al poco tiempo, el reino fue arrasado por los mongoles.



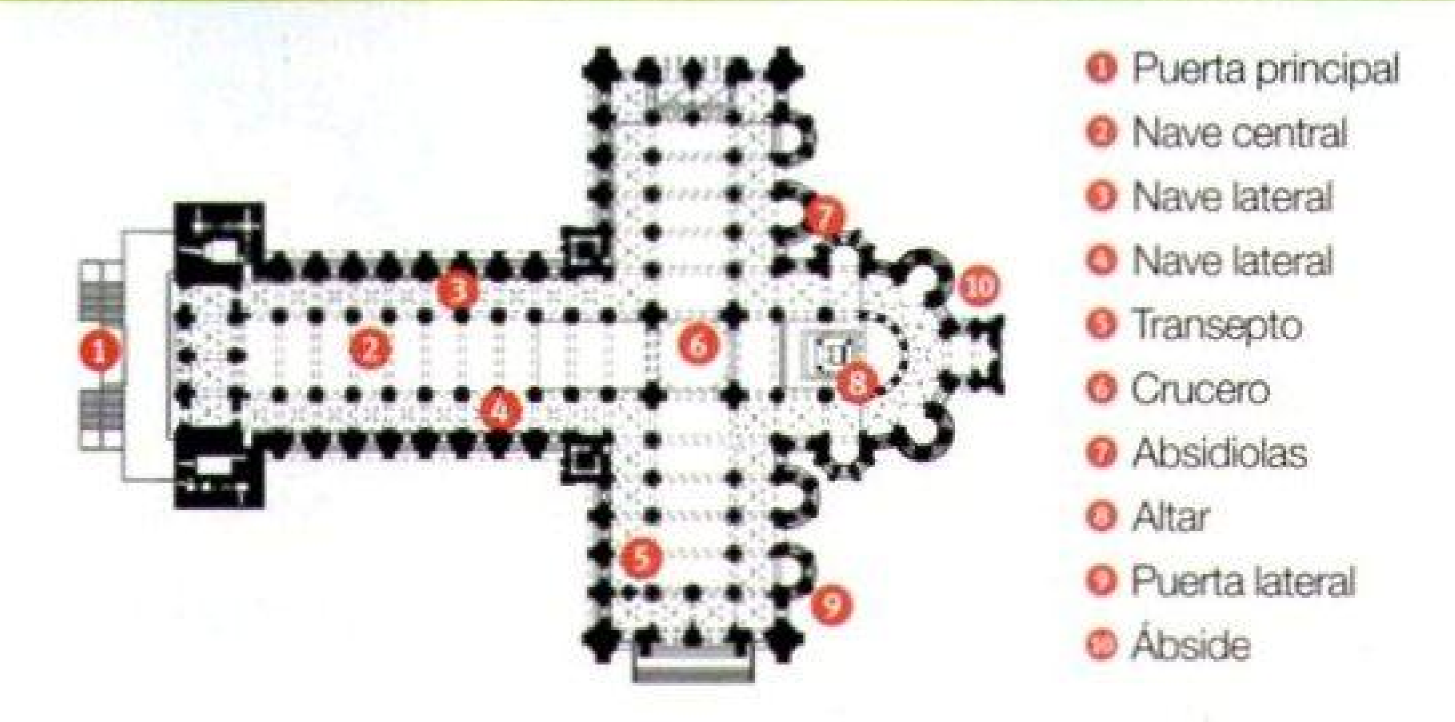
El reino de Hungría
En 1001, Esteban I recibió la corona de rey de los húngaros de manos del papa Silvestre II. En constante guerra con Bizancio, su poder se extendió a Eslovaquia, Croacia y Transilvania.

La arquitectura del románico

La arquitectura románica surgió en Europa occidental en el siglo XI, una vez superado el temor milenarista. Las sencillas iglesias con cubiertas de madera, como la que se muestra en esta lámina, pronto dieron paso a robustos templos y catedrales.

Planta en forma de cruz latina

La planta en forma de cruz latina es arquetípica de la arquitectura románica y está presente en numerosas catedrales de toda Europa. Se caracteriza por comprender, además de la nave central y las naves laterales, uno o más ábsides en la cabecera y una nave transversal o transepto –que da la forma de cruz latina–. La construcción de las iglesias se completaba a menudo con un cimborrio y torres campanario, en función de cada escuela regional.



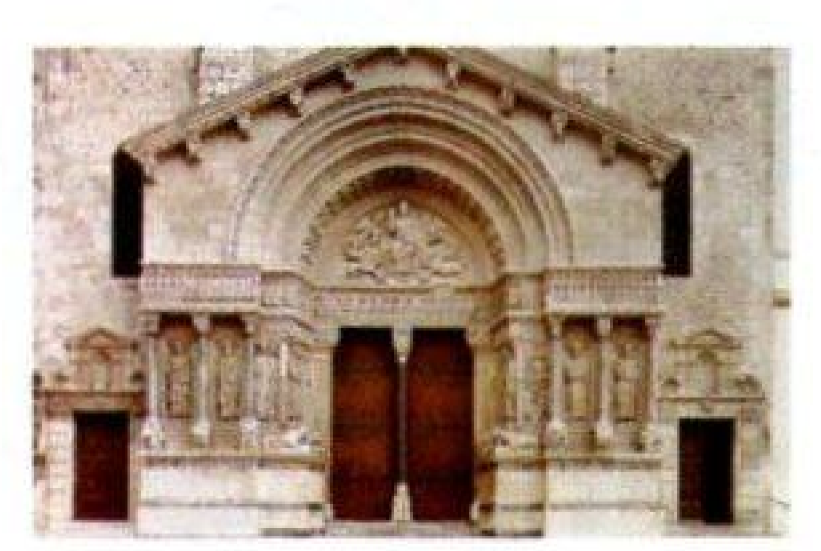
El Pantocrátor

El interior de las iglesias se decoró con pinturas murales, hieráticas, sin perspectiva y de colores vivos. Aludían a las vidas de santos, a los libros sagrados o al Todopoderoso o Pantocrátor. En la imagen, pantocrátor de la iglesia de Sant Climent de Taüll (España).



La escultura

La escultura tuvo el mismo carácter moral y estático que la pintura y limitó la decoración a puertas y capiteles. Un ejemplo de ello es el tímpano de la puerta oeste de la iglesia francesa de Saint-Trophime, decorado con un pantocrátor y escenas del Juicio Final.

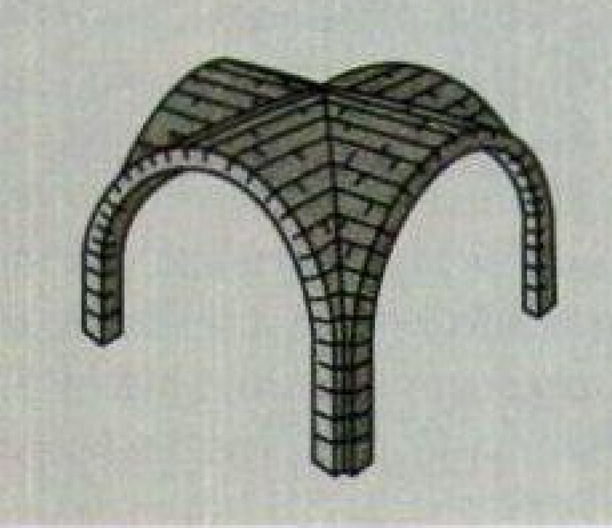


Absidiola En este caso, el ábside está flanqueado por dos absidiolas semicirculares –ábside tricónquido–, que albergaban pequeñas capillas.

Nave Las primeras iglesias constaban de tres naves. Las cubiertas de madera estaban sostenidas por pilastras, unidas por arcos de medio punto.

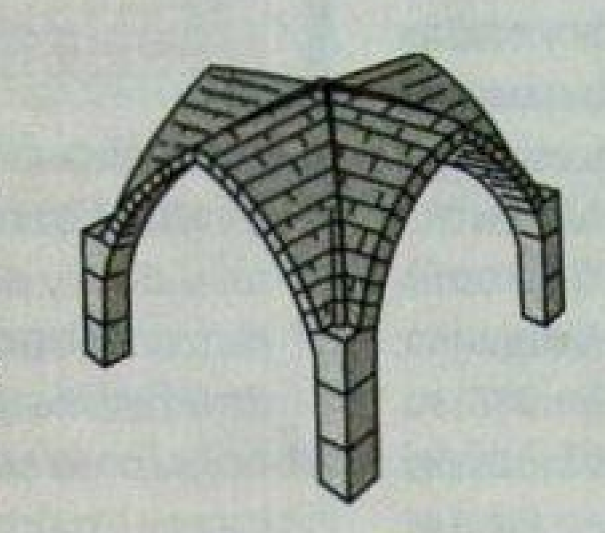
El arco de medio punto

La fácil combustión de las primeras iglesias románicas –con cubiertas de madera– exigió el uso de bóvedas de piedra, a partir de arcos de medio punto. En el gótico serían desplazados por los arcos ojivales.



← Arco de medio punto, típico del románico. Forma bóvedas de cañón.

→ Arco ojival o apuntado para las bóvedas de crucería, propio del gótico.



Torre campanario De planta cuadrada, responde al período conocido como primer románico, caracterizado por la primacía de los maestros lombardos.

El abovedado de los interiores

En las iglesias románicas, las naves centrales y los transeptos se cubrieron con bóvedas de cañón; los ábsides y absidiolas, con bóvedas de cascarón; y los espacios cuadrados, con bóvedas de arista. *Nave central de la catedral de Santiago de Compostela (España).*



*** Las iglesias románicas, por lo general, tenían escasa iluminación. La luz entraba por pequeños vanos, lo que daba un efecto de penumbra.**

Ábside Es la parte sobresaliente de la fachada posterior. Contiene el presbiterio, en el área del altar mayor. Su pared interior solía decorarse con un pantocrátor.

Puerta Era el camino simbólico de los creyentes, de la oscuridad a la luz: al alba, el sol iluminaba el este (ábside), y transcurría el día hasta iluminar el oeste (la puerta).

Algunas joyas del románico

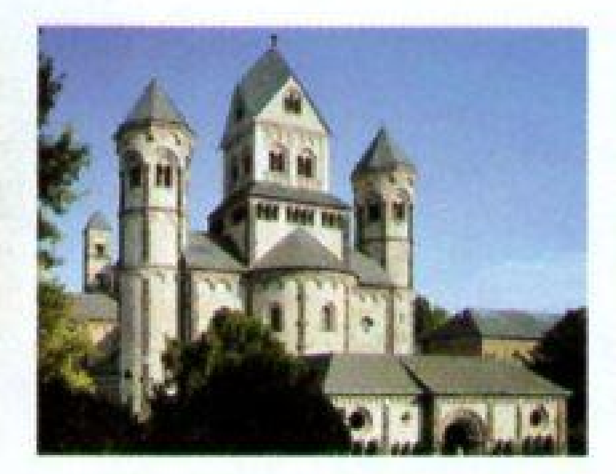
Entre las cuantiosas obras maestras de la arquitectura románica –catedral de Tournai (Bélgica); Notre Dame la Grande (Francia); catedral de Winchester (Reino Unido); catedrales de Spira, Worms y Maguncia (Alemania)–, las siguientes destacan por su importancia o singularidad.



↑ Catedral de Pisa
Lugar: Pisa (Italia)
Fecha: Siglos XI-XII



↑ Catedral de Santiago
Lugar: Compostela (España)
Fecha: Siglos XI-XII



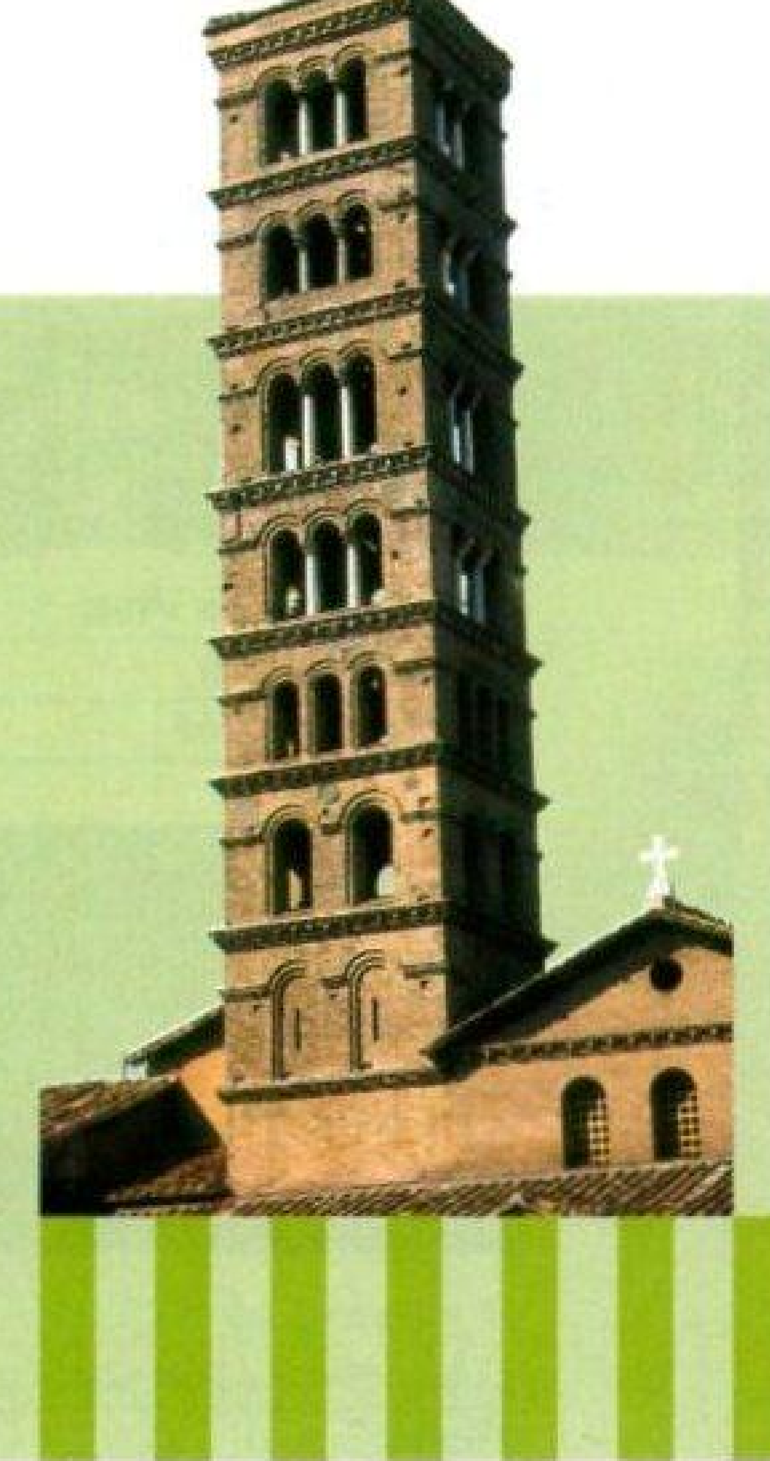
↑ Maria Laach
Lugar: Renania (Alemania)
Fecha: Siglo XI



↑ Sta. Mª di Portonovo
Lugar: Ancona (Italia)
Fecha: Siglo XI

Desarrollo del arte románico

Entre los siglos X y XI comenzó a desarrollarse una nueva sensibilidad artística, en especial en la arquitectura. El carácter grave y hierático de sus figuras y la linealidad y las formas macizas de sus edificios se identifican con la Edad Media.



"Fijémonos en el Buen Pastor, hermanos. Para salvar a sus ovejas padeció el tormento de la cruz. Le siguieron cuando le acusaban y le juzgaron, en la ignominia, en el hambre y en la sed, en las humillaciones y en las tentaciones. Y por eso Dios les recompensó con la vida eterna".

San Francisco de Asís (1181-1226). *Imagen: campanario de la iglesia Santa María in Cosmedin (Roma); siglo XII.*

El arte románico fue un arte monástico pero, al mismo tiempo, también un arte aristocrático, ya que reflejó la afinidad espiritual entre el clero y la nobleza. Los monasterios, situados en medio de sus extensas propiedades, en las faldas de las montañas que desde lo alto dominaban el territorio, eran moradas señoriales tan inabordables como los castillos de los príncipes y barones. Es comprensible, por lo tanto, que el arte que se creaba en esos monasterios se correspondiera con la mentalidad de la nobleza secular.

Un arte medieval

El programa cultural de la Iglesia, autárquico y contrario a toda idea de cambio, no llegó a ser una realidad plena hasta terminado el siglo X, cuando el movimiento cluniacense dio vida a un espiritualismo eclesiástico unitario y absolutista. Luego, el siglo XI fue una época brillantísima en la arquitectura sagrada y también la época de florecimiento de la filosofía escolástica.

El desarrollo de la arquitectura fue paralelo al incremento del poder económico y político de la Iglesia. Igualmente, las grandes proporciones arquitectónicas, las formas pesadas, anchas y poderosas, plasmaron el espíritu de estamento dominante que experimentaba el clero.

Sin embargo, el carácter voluminoso, serio y grave del románico se debe explicar por su "arcaísmo", por su vuelta a las formas simples, estilizadas y geométricas. Fue un arte de carácter mucho más homogéneo, menos ecléctico y diferenciado que el de la época bizantina o carolingia.

La cultura feudal, que era esencialmente antiindividualista, prefería también en el arte lo general y lo homogéneo, y se inclinaba a dar del mundo una representación en la que todo –las fisonomías planas, las grandes manos gesticulantes, los árboles y animales pequeños– estaba reducido a tipos. Este formalismo estereotipado y la monumentalidad del arte románico se expresaron a través de la exaltación de la forma cúbica y la adaptación de la plástica a la arquitectura. En efecto, las esculturas de las iglesias románicas forman parte de los edificios, y los pilares y columnas se integran en la construcción del muro o de la misma portada.



Recogimiento

Autosuficientes y eternas, como el espíritu de las instituciones y las jerarquías medievales, las iglesias románicas se muestran cerradas a las tentaciones provenientes del mundo exterior.

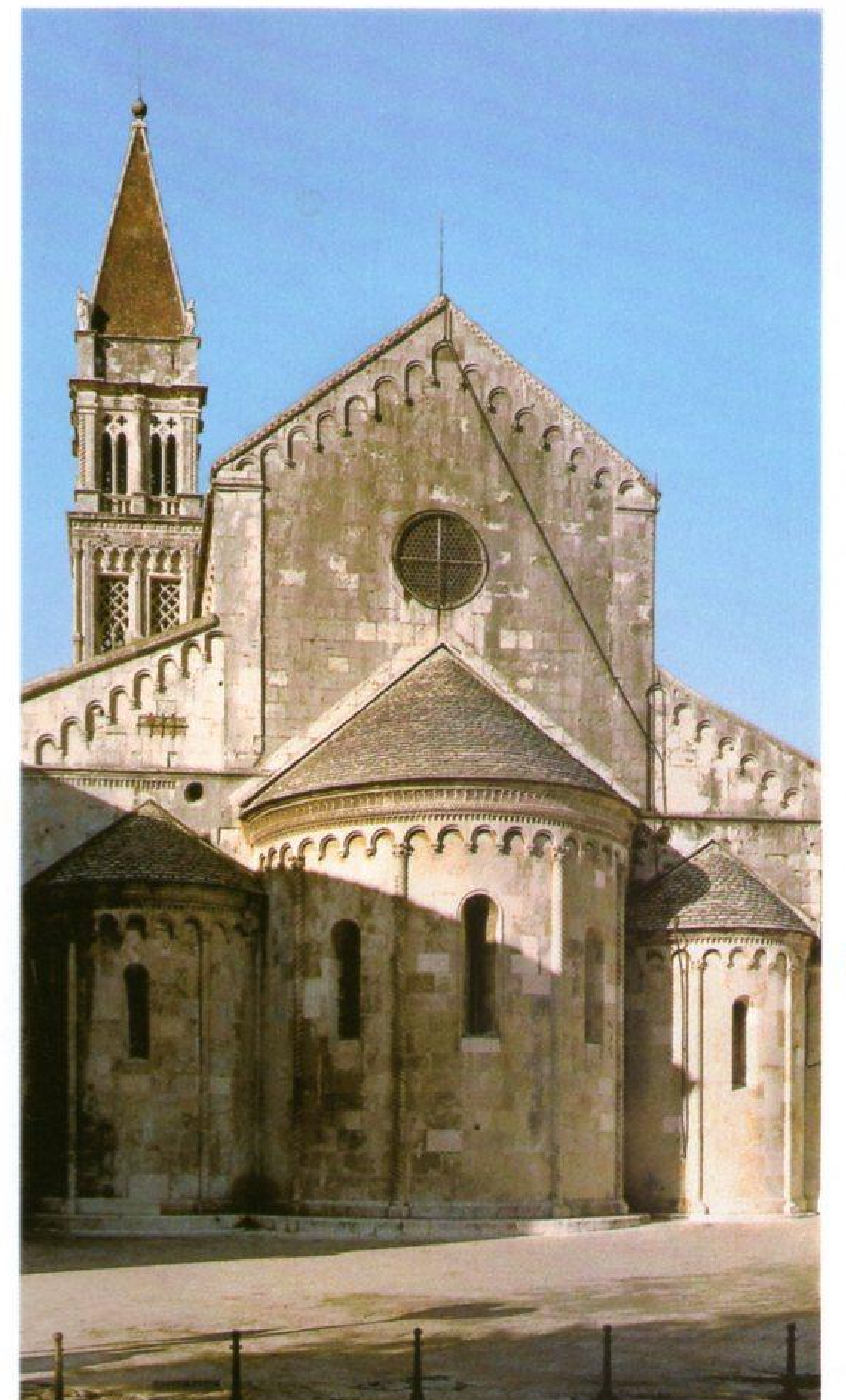
El marco arquitectónico es un elemento constitutivo de las representaciones de figuras, en el que no sólo los animales y el follaje sino la misma figura humana, cumplen una función ornamental en el conjunto artístico de la iglesia, ya que se prolongan o se reducen según el espacio que tienen que ocupar, subordinando cada detalle al conjunto.

El rigorismo formal y la abstracción no son, sin embargo, los únicos rasgos característicos del arte románico. Así mientras en el seno de los monasterios, junto a la tendencia escolástica, se abría paso una visión mística, en los templos, junto al formalismo y el abstraccionismo estereotipado, se perfilaba una incipiente tendencia emocional y expresionista.

Esta sensibilidad particular se acentuó en el siglo XI, cuando surgieron nuevas ciudades y mercados, las cruzadas reactivaron el comercio hacia Oriente y, a través del arte de los normandos, se insinuaron las formas primeras de la arquitectura gótica. La disolución vertical del muro y el expresionismo de las figuras expresaron una concepción más dinámica. Los conjuntos de figuras del románico tardío son representaciones

La representación de la Virgen
Pese al gran desarrollo del culto mariano durante la Alta Edad Media, las imágenes románicas de la virgen muestran rasgos hieráticos que la alejan de toda identidad femenina y maternal. Sólo a partir del gótico, la imagen mariana adquirirá plasticidad y se asociará con la ternura propia de la maternidad. *Imagen del monasterio de Santa María la Real (España); s. XII.*





Las fortalezas de Dios
Las iglesias románicas muestran un espíritu similar al de los castillos de la época. Grandes, firmes y macizas, no por nada eran consideradas "fortalezas de Dios". Expresión de un poder ilimitado y de unos medios inagotables, se puede afirmar que las iglesias fueron construidas no para los fieles sino en homenaje al Señor. *Abside de la catedral de Trogir, en Split (Croacia); siglo XII.*

La escena de la Pasión
La escena de la Pasión es una de las más reiteradas en el arte románico. Por lo general, no transmite dolor sino dramatismo, ya que, en la Alta Edad Media, la sublimidad divina y el sufrimiento corporal eran incompatibles. Como forma de dignidad, el cuerpo de Cristo en la cruz es mostrado de forma vertical. *Detalle del retablo de la iglesia de Sant Andreu de Sagàs (España); s. XII.*



escenográficas que llevan la impronta de una fantasía desbordada y visionaria.

La culminación

En algunas composiciones ornamentales como, por ejemplo, en el pilar zoomorfo de la abadía de Souillac, esta fantasía se remonta a los límites del delirio. Hombres, animales, quimeras y monstruos se entremezclan en una corriente de vida vertiginosa y pululante, y forman un caótico enjambre. Fenómenos como el excesivo alargamiento o los convulsivos gestos de las figuras ya no pueden ser explicados racionalmente, a diferencia de las proporciones antinaturales del románico primitivo, que se derivaban con una lógica casi lineal de la jerarquía espiritual de las figuras.

En el siglo XI, el tema capital de la escultura románica tardía fue el Juicio Final. Éste se elegía con particular preferencia para los tímpanos de los pórticos. Producto de la psicosis milenarista del fin del mundo, era a la vez la más poderosa expresión de la autoridad de la Iglesia, ya que aludía al juicio de la humanidad. Según la intermediación de la Iglesia ante Dios, el género humano sería condenado o absuelto.

El arte no podía imaginar un medio tan eficaz para intimidar a los espíritus que esa fuente de seguro pavor y, al mismo tiempo, de eventual buenaventuranza. Hizo falta que se resquebrajara el monolitismo medieval para que tanta tensión contenida se liberara, hecho que se canalizó a través del arte gótico.

Las iluminaciones miniadas

Las innovaciones más importantes aportadas por el románico se deben a la arquitectura, en especial a la que se desarrolló en Cataluña. En las llamadas artes menores destacó el trabajo de orfebrería, realizado, por ejemplo, en los relicarios. La pintura se centró en los frescos de las iglesias, sobre todo con representaciones de escenas bíblicas. Cabe destacar también los *Beatos*, códices en los que se reprodujeron los *Comentarios del Apocalipsis*, que hizo el Beato de Liébana, monje asturiano del siglo VIII. En la mayoría de los veinticinco ejemplares que se han conservado, se pueden apreciar las iluminaciones miniadas –de ahí el nombre de "miniaturas"–, que realizaban los monjes en los talleres especializados de los monasterios. Estas obras sobrecogen por el horror de las escenas reproducidas.